CORIPO

JUÁNIDE

•

PANEGÍRICO DE JUSTINO II

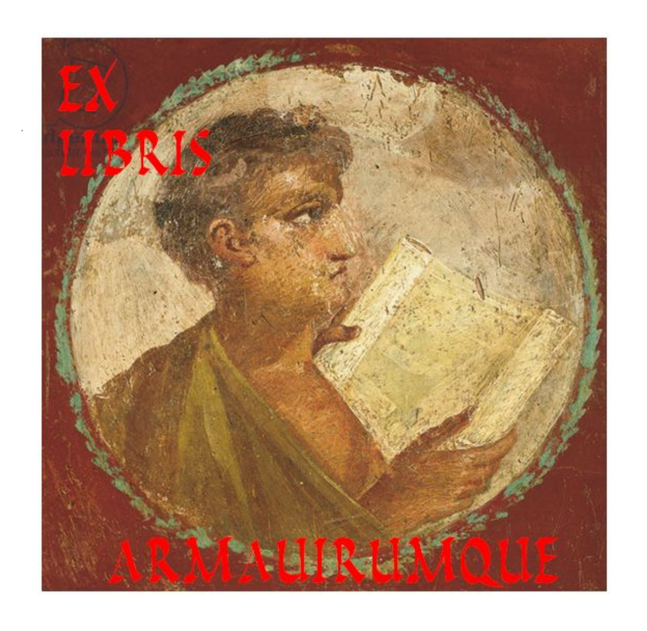
INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

ANA RAMÍREZ TIRADO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 243



Asesores para la sección latina: JOSÉ JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B.C.G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER.

Depósito Legal: M. 32164-1997.

ISBN 84-249-1874-6.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A.

Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1997.



JUÁNIDE

INTRODUCCIÓN

1. *El autor*

Poco sabemos de la vida y personalidad de Flavio Cresconio Coripo, cuyos datos biográficos proceden casi exclusivamente de sus obras [1]. Los manuscritos nos han transmitido su nombre completo, *Flavius Cresconius Corippus,* que no debe ser confundido con el de Cresconio, obispo de finales del siglo VII d. C. [2]. El *praenomen Flavius* está difundido por varias regiones del imperio desde Constantino. El *nomen Cresconius,*

---

[1] J. PARTSCH, *Corippi Africani Grammatici Libri qui supersunt. Recensuit Iosephus Partsch* («*Monumenta Germaniae Historica, Auct. Ant.*», III 2), Berlín, 1879, págs. XLIII-XLVI; G. W. SHEA, *The Iohannis of Flavius Cresconius Corippus; Prolegomena and Translation,* Columbia University, 1980 (= 1966), págs. 6-11; AV. CAMERON, «The career of Corippus again», *Class. Quart.* 30 (1980), 534-539; S. ANTÈS, *Coripe (Flavius Cresconius Corippus). Éloge de l'empereur Justin II,* París, 1981, págs. XI-XII; M. A. VINCHESI, *Flavii Cresconii Corippi Iohannidos Liber primus. Introduzione, testo critico, traduzione e commento,* Napoli, 1983, págs. 23-26; A. RAMÍREZ DE VERGER, *Flavio Cresconio Coripo. El Panegírico de Justino II. Introducción, Edición crítica y Traducción,* Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla, 1985, págs. 11-12.

[2] SHEA, *The Iohannis...*, pág. 10; S. ANTÈS, *Éloge...*, pág. XVI, nota 2; VINCHESI, *Liber primus...*, pág. 24; RAMÍREZ DE VERGER, *El Panegírico...*, pág. 11.

derivado del verbo *crescere* y relacionado con la idea de «crecimiento», es bien conocido y lo encontramos en África en época tardía; mientras que el *cognomen Corippus,* del que no existe ningún otro ejemplo y es probablemente no latino, quizá pueda tratarse de un nombre beréber; la etimología propuesta por Mazzucchelli, primer editor de *La Juánide,* que hace derivar dicho *cognomen* del griego «kóros» *(puer o niger)* y «híppos» *(equus),* no parece tener seguro fundamento[3].

Se ignora el lugar exacto de su nacimiento y la región en que pasó los primeros años de su vida, aunque debió de haber nacido en África a comienzos del siglo VI d. C., pues en el *Panegírico de Justino II* —la segunda de sus obras que ha llegado hasta nosotros y que escribió tras la muerte del emperador Justiniano en el 565— el autor hace alusión a su avanzada edad: *fessae miserere senectae (Pan. Anas.* 48); *senio dextram, pie, porrige fesso* (*Praef.* 37). Por el *Matritensis 10029,* códice en el que se conserva el *Panegírico,* se sabe que debió de haber ejercido la profesión de *grammaticus* en África y en la *Praefatio* de *La Juánide,* su primera obra conservada, se nos informa sobre la lectura de la misma ante los próceres de Cartago. Es el mismo prefacio el que nos revela el gusto de Coripo por la *Musa rustica* (v. 28), con lo que suponemos que el autor había escrito con anterioridad poemas de tipo bucólico que no han llegado hasta nosotros[4].

[3] Cf. P. MAZZUCCHELLI, *Flavii Cresconii Corippi Iohannidos seu de bellis Libycis libri VII. Editi ex codice Mediolanensi musei Trivultii opera et studio Petri Mazzucchelli,* Milán, 1820, pág. X; VINCHESI, *Liber primus...,* pág. 24, nota 55; J. M. LASSÈRE, «La Byzacène méridionale au milieu du VI^{e} S. p. C. d'après la *Iohannide* de Corippus», *Pallas* 31 (1984), 171.

[4] VINCHESI, *Liber primus...,* págs. 23-24; RAMÍREZ DE VERGER, *El Panegírico...,* pág. 11. Para S. ANTÈS (*Éloge...,* pág. XII, nota 2), Coripo haría alusión a su vida en el campo en el prefacio de la *Juánide* (v. 25, *quondam per rura locutus),* y dada su proximidad, considera la expresión *Rustica... Musa,* como «poesía campesina», lo que no significa que fuera de inspiración bucólica.

La lectura de *La Juánide* nos revela no sólo su dominio de los clásicos latinos y de la poesía cristiana, sino su profundo conocimiento de la geografía y etnología africanas. Es probable, por otra parte, que Coripo fuera testigo de los hechos que cuenta en sus versos, como la guerra de los vándalos y la revuelta de los moros [5] y que incluso sufriera las consecuencias de las mismas, como parecen afirmar las palabras del propio poeta en el prefacio del *Panegírico de Justino II* (v. 43): *nudatus propriis et plurima vulnera passus* («privado de mis bienes y con el sufrimiento de muchas heridas»).

De África, Coripo se traslada más tarde a Constantinopla donde debió de haber estado al servicio del cuestor Anastasio [6], al que dedica un pequeño panegírico que introduce su obra dedicada al emperador Justino II. Es probable que su muerte se produjera poco tiempo después de la composición del *Panegírico*, que debió de escribir en torno a los setenta años.

2. *Presentación y clasificación como género literario de «La Juánide»*

La *Iohannis seu de bellis Libycis* es un poema épico de carácter celebrativo, basado en hechos históricos, que canta las campañas en el norte de África a mediados del siglo VI d. C. de Juan Troglita, general al servicio del emperador Justiniano. El poema, al que precede un prefacio en dísticos elegíacos de cuarenta versos, se compone de 4.671 hexámetros desarrollados en ocho libros.

La temática de la obra se dispone del modo siguiente: el primer libro narra el desembarco de la flota bizantina en *Caput*

---

[5] VINCHESI, *Liber primus...*, pág. 25; J. M. LASSÈRE, «La Bizacène...», pág. 164; RAMÍREZ DE VERGER, *El Panegírico...*, pág. 11.

[6] Sobre la naturaleza de esta función, cf. VINCHESI, *Liber primus...*, págs. 25-26; RAMÍREZ DE VERGER, *El Panegírico...*, pág. 12.

Vadorum y la marcha del ejército hacia Cartago y *Antonia Castra;* en este lugar una embajada enemiga es recibida por el general. El libro segundo comienza con un catálogo de las tribus moras. Se produce a continuación una emboscada de los moros a un grupo de exploradores romanos que son finalmente liberados por Juan y el resto del ejército. Durante la noche Juan envía un mensaje al jefe moro. El libro tercero (desde el v. 52) y cuarto (hasta el v. 246) comprenden el discurso, *in medias res*, del tribuno Liberato en el que narra, a petición de Juan, las causas de la guerra de África y los últimos acontecimientos del reino vándalo (años 530-543). El relato termina con el regreso del mensajero enviado por Juan y la noticia de la resistencia mora frente a los romanos. El resto del libro cuarto y la totalidad del quinto describen la batalla que se desata a continuación entre romanos y moros. El libro termina con la descripción de la toma del campamento enemigo y la huida de los moros. En el libro sexto se describe la entrada triunfal de Juan y su ejército en Cartago y la persecución posterior de los moros, que se adentran en el desierto y son finalmente derrotados por los romanos. Los libros séptimo y octavo narran el reagrupamiento de tropas romanas y su victoria frente a los últimos ataques de los moros. Aunque el final del poema está perdido, el último fragmento parece ser una descripción del ejército romano que persigue al último de los fugitivos moros[7].

La datación del poema suele establecerse en torno al decenio del 550, tras el cese de las hostilidades en el norte de África con la victoria de Juan Troglita sobre los moros en el 548 y cuando aún permanecía vivo el recuerdo de las campañas del general[8].

[7] Shea, *The Iohannis...*, págs. 35-42; Ramírez de Verger, *El Panegírico...*, págs. 11-12.

[8] Vinchesi, *Liber primus...*, pág. 24, nota 56; J. M. Lassère, «La Byzacène...», pág. 164; Ramírez de Verger, *El Panegírico...*, pág. 11.

La clasificación como género literario de las obras de Coripo ha sido en ocasiones objeto de discusión por parte de algunos estudiosos [9]. La diversidad y complejidad de elementos que las constituyen, así como la consideración de su contexto histórico y literario, nos impiden aplicar los mismos criterios de clasificación válidos para las obras clásicas, siendo por otra parte obligado considerar la evolución sufrida por los géneros literarios y las influencias mutuas que puedan existir entre ellos mismos. En lo que concierne a la *Juánide,* no he dudado en llamarla «poema épico», compartiendo la opinión de otros autores [10], pues considero que es éste el carácter fundamental del poema, debido no sólo a la abundancia de elementos de dicho género literario que en él se manifiestan, sino a su intencionalidad, pues Coripo se siente continuador de Virgilio y con la creación de su *Juánide* pretende ofrecer un nuevo poema nacional romano que ensalce y apoye la nueva era de prosperidad para el Imperio representada por Justiniano. Así, son propios del género épico los siguientes elementos que encontramos en el poema de Coripo: tópicos como el de la falta de palabras para describir tan grandes empresas (I 23-25), el de las *aristeíai* o descripcio-

---

[9] M. D. N. Estefanía Álvarez, *Los Panegíricos de Flavio Cresconio Coripo,* Santiago de Compostela, 1972; «Epopeya heroica, poema histórico, panegírico poético: un intento de definición», *Actes del VII simposi d'estudis Clàssics 21-24 de Març de 1983,* 55-72; «Precisiones a *Iohannidos seu de Bellis Libycis libri VIII* de Coripo», *Bivium (Homenaje al Profesor Manuel C. Díaz y Díaz),* Madrid, Gredos, 1983, págs. 63-66.

[10] Shea, *The Iohannis...*, pág. 1; D. Knecht, «Remarques critiques sur la Iohannis de Corippe», *L'Ant. Class.* 40 (1971), 675; Vinchesi, «Note testuali all'epos di Corippo», *Stud. Class. Orient.* 30 (1980), 143-158; W. Ehlers, «Epische Kunst in Coripps Iohannis», *Philologus* 124 (1980), 109-135; S. Antès, *Éloge...*, pág. XIII; Av. Cameron, «Corippus's Iohannis: epic of Byzantine Africa», *Papers of the Liverpool Latin Seminar* 4 (1983), 167-180; J. M. Lassère, «La Byzacène...», pág. 163; V. Tandoi, «Corippo», *EV* 1 (1984), pág. 890; Ramírez de Verger, *El Panegírico...*, pág. 12.

nes de batallas en las que además destaca el carácter realista y preciso de la narración (IV 173-76; V 421-92 o el final del libro VIII, entre otros), la *topozesía* o descripción de lugares (IV 191-92), el tópico de la salida del sol para anunciar un nuevo día (III 225-26; IV 256-59; VI 21-22, 459; VIII 227-28, 279, 318); los epítetos heroicos (I 397; IV 505, 610); símiles (II 216-23, 255-58; IV 462-64; VII 446-51, entre otros); catálogos de tropas (libro II), descripción de batallas, discursos pronunciados por distintos personajes (arengas, plegarias, increpaciones...); elementos maravillosos como la aparición infernal y celestial ante Juan (I 243-58; 258-69) o la consulta de Güenfan al oráculo de Amón y el éxtasis de la sacerdotisa (III 81-105); además de numerosos paralelos homéricos y virgilianos.

Pero si es indudable el carácter épico de la *Juánide,* también es indiscutible su particularidad, dado la intervención de elementos pertenecientes a otros géneros literarios que en ella se observan. Por lo que bien puede decirse que es además un poema de inspiración histórica, y en este sentido, no puede ser considerado como la *Farsalia* de Lucano, en cuanto a su fidelidad a la historia, ni del carácter de la *Eneida,* pues no se basa, como ésta, en hechos míticos, sino reales. Coripo es, ante todo, un poeta y no un historiador; su fin es escribir poesía, pero para ello se sirve de una base histórica y de personajes reales, tomando episodios como la dominación de los vándalos en África y las revueltas de los moros contra el imperio bizantino, temas tratados al mismo tiempo por el historiador Procopio. Su gusto por «las normas solemnizantes y artísticas de la narración épica tradicional» [11] y una clara intención celebrativa explican su particular veracidad y la personal interpretación de los hechos que a veces nos ofrece y en la que manifiestamente se aleja de Procopio. Aunque no olvidemos que Coripo es en otras

[11] Cf. VINCHESI, *Liber primus...*, pág. 27, nota 64.

ocasiones una buena fuente de información de la que se han servido historiadores contemporáneos como Diehl, Bury, Stein y otros; y, si bien, los hechos históricos que narra no siempre merecen credibilidad por las razones aducidas, sus datos geográficos o etnológicos no admiten duda [12].

En el poema de Coripo se observan también toda una serie de características propias de la composición de panegíricos: el prefacio en dísticos elegíacos, al igual que en muchos panegíricos de Claudiano; la superioridad del héroe, Juan Troglita, sobre los héroes del pasado *(Praef.* 15); la disculpa de impericia por parte del autor *(Praef.* 22-28); las alabanzas al general Juan o al emperador [13]. Pero no me parecen datos suficientes para clasificar el poema como panegírico, pues dichas características son simplemente fruto de una época en que la poesía histórica manifiesta una orientación hacia el panegírico [14].

Por lo tanto, creo que en la *Juánide* se dan los requisitos necesarios para que pueda ser calificada de epopeya con base histórica y de carácter celebrativo.

3. *Fuentes literarias*

La obra que Coripo toma como base para la composición de su *Juánide* es la *Eneida*; en ella se inspira, no sólo en cuanto a la forma, sino en cuanto a la intencionalidad, ya que la epopeya virgiliana respondía a la perfección a su necesidad de exaltación del poder bizantino como heredero y continuador del imperio romano, pues no en vano fue para el Occidente latino, hasta el Medievo, el poema nacional romano que había expre-

[12] SHEA, *The Iohannis...*, pág. 43.

[13] ESTEFANÍA ÁLVAREZ, «Epopeya histórica...», pág. 68.

[14] E. BICKEL, *Lehrbuch der Geschischte der römischen Literatur = Historia de la Literatura Romana* [trad. J. M.ª DÍAZ-REGAÑÓN LÓPEZ], Madrid, 1982, pág. 485.

sado la eternidad del Imperio y de su poder [15]. La influencia de Virgilio, cuyo nombre cita Coripo en su prefacio (vv. 12, 16), se manifiesta de modo evidente a lo largo de todo el poema. Así, los títulos de ambas obras, *Aeneis, Iohannis,* reflejan el nombre de los héroes cuyas hazañas se cantan. El protagonista, Juan Troglita, el héroe que encarna los valores típicamente romanos, resulta ser una reproducción de Eneas; su mismo hijo, Pedro, se siente identificado con Ascanio, hijo del héroe virgiliano (I 201-203). Y observamos, por otra parte, reminiscencias virgilianas en la narración de Coripo, como la salida de la flota desde Bizancio (I 159-170), que recuerda la marcha de Eneas de Cartago *(Eneida* IV 581 y ss.); o el paso de las naves de Juan junto a la costa de Troya (I 170-207) y el recuerdo de los sucesos allí acaecidos, en especial la huida de Eneas, que es considerado como antepasado de los bizantinos. O la primera escala de la armada bizantina en Sicilia (I 210) y la alusión a los monstruos Escila y Caribdis que aparece en Virgilio en la misma situación *(Eneida* III 420-32); los catálogos de beréberes en los libros II y IV, tomados de los catálogos virgilianos [16].

Coripo se aleja, no obstante, de Virgilio, y de su predecesor, Homero, en algunas ocasiones, mostrando rasgos que le son propios. El elemento divino, por ejemplo, está menos presente en la *Juánide* que en la *Ilíada* o en la *Eneida,* y presenta además un carácter diferente. El aparato divino de la *Juánide* está constituido por un solo Dios, el Dios cristiano que no interviene de modo directo en el desarrollo de los acontecimientos (aunque en el libro III la peste es considerada como un castigo divino), como los dioses homéricos y virgilianos, pero concede su protección a los romanos, sus seguidores, frente a

---

[15] VINCHESI, *Liber primus...*, pág. 28.

[16] VINCHESI, *Liber primus...*, págs. 28-31; A. CAMERON, «Corippus's Iohannis...», pág. 175.

los moros infieles. Se trata de un Dios más propio del Antiguo Testamento, que ejerce su poder sobre el universo y, de acuerdo con la concepción bizantina del poder, desata su cólera contra los enemigos del Imperio. Este Dios posee además ciertas reminiscencias de Zeus-Júpiter, de modo que Coripo llega a describirlo lanzando rayos (IV 280); por otra parte, la combinación de elementos pertenecientes a la tradición clásica con otros propios del cristianismo constituye una de las características más sobresalientes del estilo del poeta africano.

Es curiosa, al mismo tiempo, y paralela a la función de la divinidad, la intervención en el poema, del Destino que Coripo designa con los nombres de *fatum, stamina, Fortuna* y cuya actuación en la *Juánide* como responsable en el desarrollo de los acontecimientos resulta más evidente que la intervención divina; característica que hace a Coripo más próximo de un autor como Lucano.

Por lo que respecta a los personajes, los de la *Juánide,* carecen de la humanidad que se observa en los de Homero o Virgilio y si en ocasiones —como en el largo discurso del tribuno Liberato que abarca parte de los libros III y IV— Coripo llega a mostrar los sentimientos del personaje, se trata más bien de un recurso formal que de una verdadera intención de expresar la psicología humana. Los personajes de Coripo, por otra parte, están trazados según una concepción maniquea, pues el poema se basa de modo evidente en la oposición romanos (buenos)-moros (malos). El enemigo no es considerado con respeto o admiración, como en la épica homérica o virgiliana, sino con claro desprecio, como un pueblo bárbaro que nada tiene en común con los civilizados bizantinos y cuyo sometimiento está ampliamente justificado por su infidelidad al emperador y, por consiguiente, a Dios. En este sentido, y ante la clara toma de posición de Coripo, el poema carece del dramatismo existente en los enfrentamientos entre personajes de la *Ilíada* o la *Enei-*

da. El mismo Juan Troglita, en su papel de héroe al servicio de la causa, dibujado según el modelo de Eneas, resulta más un estereotipo que un personaje con vida propia.

Pero también se observa en el poema de Coripo una clara influencia de otros autores: Ovidio *(Metamorfosis),* Lucano (algunos pasajes de la *Farsalia* tienen como escenario África); Lucrecio, del que Coripo toma algunos préstamos, Ennio, Catulo y Horacio constituyen fuentes ocasionales. Se encuentran algunos ecos de Valerio Flaco, Silio Itálico y Estacio y, entre los escritores tardíos, Claudiano es el modelo más frecuente [17]. Y no es menos importante la influencia de la literatura cristiana en la obra de Coripo y las frecuentes analogías con el lenguaje poético de Draconcio o Sedulio [18]. De todos los autores citados Coripo copia términos, sintagmas y tópicos literarios. No obstante, nuestro poeta no debe ser juzgado por su originalidad —la Antigüedad daba a este concepto un significado muy distinto al que se le otorga en nuestros días—, sino más bien como un autor que poseía, dada su condición de *grammaticus,* un profundo conocimiento de la preceptiva clásica y cuya labor consistió en aplicarla a su obra. De hecho, cabe pensar si muchas de sus imitaciones no se habrían producido de modo espontáneo y como fruto de su buen conocimiento de la literatura. No es, pues, en la originalidad de Coripo donde reside su importancia, sino en su labor como continuador y último representante de la épica latina, así como en la fusión de la tradición clásica con los elementos y nuevos esquemas narrativos de la literatura cristiana que supone su poema la *Juánide* [19].

---

[17] SHEA, *The Iohannis...*, pág. 152.

[18] VINCHESI, *Liber Primus...*, págs. 31, 33.

[19] VINCHESI, *Liber Primus...*, pág. 31.

4. *Funcionalidad y valoración de la «Juánide»*

El renacimiento del *epos* histórico en el siglo VI d. C. no es fruto de la casualidad, sino el resultado de un determinado ambiente político y cultural. La creación de la *Juánide* tiene, pues, su origen en un clima de sentimiento nacional y romano, de inflamado patriotismo y no debe ser considerada exclusivamente como el poema que exalta a Juan Troglita, vencedor de los moros, sino, sobre todo, como el *carmen Romanum* y el nuevo poema nacional que canta, como la *Eneida* virgiliana, el retorno a la *pax romana*[20] y los nuevos destinos del Imperio[21].

En este sentido, el poema tiene un carácter político, de afirmación de los valores morales, religiosos y estatales vigentes en la época de Justiniano. Así, la victoria de Juan sobre los moros recreaba el espíritu triunfador de las hazañas del general Belisario, que en los años 533 y 534 reconquistó la provincia de África, dominada por los vándalos, restableciendo la autoridad imperial y dando comienzo con ello a una nueva era; pues Justiniano no había sido solamente el vencedor de los bárbaros, sino también el elegido por la Providencia para liberar a los pueblos[22].

La importancia de una obra como la *Juánide* reside no sólo en el aspecto textual o literario, sino también en el histórico, pues los acontecimientos reales constituyen la base en la que Coripo se apoya para la construcción de su poema. Sobre los hechos que en la obra se tratan, sólo Procopio *(Guerra contra los Vándalos* II 28, 45-52) y algunos otros autores como Mar-

---

[20] J. L. VIDAL, *Introducción General*, págs. 78-79, en P. VIRGILIO MARÓN, *Bucólicas. Geórgicas. Apéndice Virgiliano* [trad. T. A. RECIO GARCÍA, A. SOLER RUIZ], B. C. G. 141, Madrid, Gredos, 1990.

[21] D. ROMANO, «L'ultimo epos latino. Interpretazione della *Iohannis*», *Letteratura e Storia nell'età tardorromana*, Palermo, 1968, págs. 258-259.

[22] VINCHESI, *Liber Primus...*, pág. 27.

celino Comes (*Chronicon*, en *Patrologiae Latinae Cursus*, ed. Migne, v. 57, pág. 945), Paulo Diácono (*Historia Langobardorum*, pág. 62) y Jordanes (*Romana*, ed. Mommsen, en M. G. H. *Auct. Antiquis* V, *pars prior*, págs. 51-52) hacen una breve mención, pero ninguno de ellos ofrece mayores detalles. Coripo es además el único autor que nos proporciona una información detallada sobre las campañas de Juan Troglita[23]. A este respecto, el poeta africano se convierte en una fuente importante de información al ofrecernos una serie de datos históricos, geográficos y etnológicos indispensables para el conocimiento de la situación en el norte de África en época bizantina; y su poema, la *Juánide*, ocupa su puesto en la historia del *epos* histórico romano como último producto de una larga tradición literaria que había tenido ya en Nevio, Ennio, Lucano y Claudiano sus representantes más ilustres[24].

5. *La tradición manuscrita*

La *Juánide* se transmitió en los siguientes códices: *Casinensis*, *Budensis* —ambos desaparecidos—, *Excerpta Veronensia*, de los que sólo se ha conservado un fragmento, y *Trivultianus 686* (T), único que ha llegado hasta nosotros[25].

Del *Casinensis*, el más antiguo, de mediados del siglo XI, y que hizo transcribir Desiderio, abad de Montecasino, sólo se conoce la palabra que introduce la *praefatio* del poema, *Victoris;* sabemos, además, que este códice llevaba como título de la obra *de bellis libycis*. El *Budensis*, de datación incierta, fue descubierto por Cuspiniano en la célebre biblioteca de Buda, al comienzo del siglo XVI, y presentaba como título *Iohannidos*[26].

---

[23] SHEA, *The Iohannis...*, pág. 42.

[24] ROMANO, «L'ultimo epos...», pág. 272.

[25] PARTSCH, *Corippi Africani...*, pág. XLVII.

[26] SHEA, *The Iohannis...*, págs. 11-12; VINCHESI, *Liber primus...*, pág. 9.

La confrontación entre el *Casinensis* y el *Budensis* planteó un problema, ya que éste último no comenzaba, como el *Casinensis,* con la palabra *Victoris;* el descubrimiento del tercer manuscrito, el *Trivultianus,* resolvió el misterio: el *Casinensis* incluía el prefacio del poema, mientras que el *Budensis* o bien no lo incluía o, en el caso contrario, Cuspiniano prefirió comenzar por los primeros versos del primer libro [27].

Veintidós versos del poema han sobrevivido en los *Excerpta Veronensia,* manuscrito del inicio del siglo XIV. Este manuscrito resuelve el problema del número de libros del poema. El *Trivultianus* está dividido en siete y parece ser que el *Budensis* comprendía ocho libros. Gracias a los *Excerpta Veronensia* sabemos que el cuarto libro del *Trivultianus* fue dividido en dos libros a partir del verso 644 [28].

El *Trivultianus,* códice del siglo XIV, toma su nombre del marqués Trivulzio, en cuya biblioteca, en Milán, fue descubierto por Pietro Mazzucchelli a principios del siglo XIX. Allí se conserva en la actualidad. La ignorancia de la existencia de este manuscrito hasta fecha tan tardía es debida al hecho de que fue erróneamente atribuido a un autor italiano del siglo XIV, Giovanni De Bonis di Arezzo [29], copista del poema de Coripo, que se encontraba agrupado con el resto de sus obras [30].

Los libros que componen la *Juánide* no están separados por ninguna numeración en el *Trivultianus,* sino sólo por un espacio en la escritura que indica el final de un libro y el inicio del siguiente. El texto presenta algunas anotaciones marginales de De Bonis de tipo retórico o descriptivo [31]. El códice carece de título, aunque aparece el nombre *Crestonius* en letras borrosas,

---

27 SHEA, *The Iohannis...*, pág. 12.

28 SHEA, *The Iohannis...*, pág. 13.

29 Sobre su vida y obras, cf. VINCHESI, *Liber Primus...*, págs. 12-18.

30 SHEA, *The Iohannis...*, pág. 13; VINCHESI, *Liber Primus...*, pág. 10.

31 VINCHESI, *Liber Primus...*, pág. 11.

y se han perdido el final del libro octavo al igual que algunos fragmentos, como IV 200; VI 585-591; VIII 369, 622-626, 650-656 [32]. En época más reciente ha podido determinarse la caída del segundo y séptimo folio que corresponden a dos amplias lagunas sucesivas en *Juánide* I 22 y 270 [33].

En el *Trivultianus* preceden a la *Juánide* las *periochae* —llamadas de este modo por Mazzucchelli— del poema, escritas por la misma mano del códice y que comprenden las anotaciones relativas a hechos históricos del siglo XIV y tienen un paralelo con los acontecimientos de la *Juánide* [34].

El códice, escrito en minúscula, con caracteres semigóticos presenta numerosos errores ortográficos, debidos a la negligencia del copista por una parte [35], y al influjo de la pronunciación vulgar por otra [36]. Son frecuentes y aún más graves las faltas de comprensión del texto antiguo, especialmente las que hacen alusión a lugares o nombres de personajes, problemas que sólo en parte la filología moderna ha podido resolver valiéndose de investigaciones histórico-topográficas. Pero es probable que ya el antígrafo de T estuviese deteriorado en este sentido y a esto habría que imputar la existencia de las numerosas lagunas del poema [37]. Su condición de *codex unicus* no ha hecho más que añadir dificultades a la labor de los editores en su interpretación del texto latino.

---

[32] PARTSCH, *Corippi Africani...*, págs. XLVII-XLVIII.

[33] VINCHESI, *Liber Primus...*, pág. 11.

[34] VINCHESI, *Liber Primus...*, págs. 10, 12.

[35] PARTSCH, *Corippi Africani...*, págs. XLVIII-L, nos ofrece numerosos ejemplos.

[36] TANDOI, «Note alla Iohannis di Corippo», *Stud. It. di Fil. Class.* 52 (1980), 52, 79.

[37] VINCHESI, *Liber Primus...*, págs. 10-11.

6. *Ediciones críticas*

La primera edición de la *Juánide* fue publicada en Milán, en 1820, a cargo de Pietro Mazzucchelli, personaje de sólida cultura e intereses variados, desde Dante a la literatura del 700, y que desempeñó el cargo de director de la biblioteca Ambrosiana de Milán[38]. En un largo prefacio de setenta y dos páginas Mazzucchelli nos habla de la personalidad de Coripo, de los distintos códices de la *Juánide,* de su argumento y su utilidad para ilustrar y llenar las lagunas de la historia de África en el siglo VI, y realiza finalmente una serie de consideraciones sobre su edición. El texto de la *Juánide* comprende el poema en siete libros, ya que el cuarto y el quinto aparecen unidos en uno solo. Son interesantes las anotaciones al texto que aparecen al final del mismo, y que incluyen comentarios históricos y geográficos —en los que Mazzucchelli toma como fuente a Procopio, utilizando sus propias palabras—, paralelos de Coripo con otros autores clásicos como Lucano, Claudiano y, sobre todo, Virgilio, autores que Mazzucchelli toma como punto de referencia para realizar sus correcciones. Mazzucchelli alude, por otra parte, a los versos de De Bonis cuando éstos se basan en la obra de Coripo. Termina con un índice de algunas palabras y de todos los nombres propios que aparecen en la *Juánide* y con las *Periochae* donde establece la estructura del poema según su contenido. El valor de esta edición reside en haber hecho legible un texto corrupto y haberlo enmendado, especialmente en el aspecto toponímico y onomástico, recurriendo para ello a una escrupulosa confrontación con las fuentes historiográficas, especialmente Procopio[39]. Pero el mismo Mazzucchelli recono-

---

[38] VINCHESI, *Liber Primus...*, pág. 20.
[39] VINCHESI, *Liber Primus...*, pág. 20.

ce en su prefacio que no pudo «sanar todas las úlceras» del *Trivultianus* y deja esa labor para los editores posteriores [40].

En 1836 Immanuel Bekker, editor infatigable, publica en Bonn las obras de Coripo y Merobaudes en el *Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae*. Aunque no manejó el códice, se sirvió sin embargo del texto de Mazzucchelli para la *Juánide* [41]. La edición de Bekker comienza con un breve prefacio del autor seguido del largo prefacio de Mazzucchelli. El poema, al igual que en Mazzucchelli, aparece dividido en siete libros. La edición termina con las notas de Mazzucchelli y un índice de nombres propios y de algunas palabras y expresiones particulares a las obras de Coripo. Dotado de gran experiencia editorial, Bekker supo mejorar en ciertos casos la *distinctio* del texto y proporcionar algunas conjeturas acertadas como *Nabedes (nec habet* T) en I 62; *Abydenis* en I 172 o *e primis* en I 417, aunque las intervenciones de mayor relieve, como el mismo Bekker reconoce, son debidas al auxilio de K. Lachmann [42].

La edición de las obras de Coripo en 1879, en los *Monumenta Germaniae Historica*, a cargo de Joseph Partsch, representa un gran paso adelante. Partsch introduce su edición con un extenso *proemium* en el que además de tratar sobre la tradición manuscrita y ediciones de las obras de Coripo realiza un importante estudio histórico-geográfico de África desde el período vándalo a la dominación bizantina, fruto de sus confrontaciones con las fuentes contemporáneas de Coripo y de testimonios geográficos antiguos y recientes. Es útil destacar en su introducción la lista de errores en la escritura del *Trivultianus*,

---

40 Cf. MAZZUCCHELLI, *Flavii Cresconii...*, pág. LIII.

41 I. BEKKER, *Merobaudes et Corippus. Recognovit Immanuel Bekker («Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae»)*, Bonn, 1836; cf. VINCHESI, *Liber Primus...*, págs. 20-21.

42 VINCHESI, *Liber Primus...*, pág. 21.

resultado de sus estudios del códice[43]. La *Juánide* aparece dividida en ocho libros y al final de la edición Partsch incluye tres índices: uno geográfico; otro histórico y mitológico; y un tercero de palabras y expresiones. Partsch investigó con mayor rigor científico que el empleado por Mazzucchelli, dando una reconstrucción válida del período y lugares históricos. Restableció en el texto buena parte de la toponimia exacta y los nombres reales de las tribus y guerreros beréberes. Coripo se convertía así en una fuente de primera importancia para los usos y costumbres de los pueblos indígenas de la provincia de África en el período comprendido entre el reino vándalo y la reconquista bizantina[44].

Algunos años más tarde, en 1886, Michael Petschenig edita en Berlín las obras de Coripo. Esta edición estuvo precedida de una serie de estudios y aportaciones textuales que revelan un interés por el aspecto lingüístico y sintáctico del poema[45].

Petschenig, siguiendo a Gustav Lowe, dividió el libro cuarto de la *Juánide*, a partir del verso 644, en dos, «pues el *Budensis* testimonia que Coripo dividió las hazañas de Juan en ocho libros»[46]. No manejó el códice de la *Juánide* pero, buen conocedor del latín tardío, intenta interpretar el texto antes que enmendarlo. En muchos casos restablece la lectura del manuscrito contra las intervenciones normalizantes de los editores precedentes, basándose en analogías expresivas con la lengua latina de la época, especialmente con autores del mismo ambiente de Coripo. Concluye su edición crítica con un índice de particularidades léxicas, sintácticas y prosódicas de gran ayuda

---

43 VINCHESI, *Liber Primus...*, págs. 21-22.

44 VINCHESI, *Liber Primus...*, pág. 22.

45 M. PETSCHENIG, *Flavii Cresconii Corippi Africani grammatici quae supersunt. Recensuit Michael Petschenig («Berliner Studien», IV)*, Berlín, 1886; cf. VINCHESI, *Liber Primus...*, pág. 22.

46 Cf. PETSCHENIG, *Flavii Cresconii...*, págs. XI-XII.

para el conocimiento de la lengua del latín épico tardío. A este respecto, el mismo Petschenig especifica que en su índice sólo se preocupó de las palabras y expresiones más excepcionales, particularidades propias de Coripo o de los africanos que Partsch y los editores anteriores habían olvidado[47].

En Cambridge vio la luz en 1970 la edición de la *Juánide* de J. Diggle —libros impares— y F. R. D. Goodyear —libros pares— que supuso un considerable progreso en la constitución del texto[48]. Una breve *praefatio* introduce esta edición en la que se mencionan las diferentes ediciones de la *Juánide* y se exponen una serie de consideraciones sobre la edición. Es digno de mencionar el denso aparato crítico donde se demuestra al lector la dificultad de lectura y de interpretación. Se concluye la edición con un índice histórico y geográfico. La lectura del códice, que los editores han manejado en microfilm, se ve mejorada, aunque se nota una excesiva tendencia a la conjetura brillante y parece tenerse más en cuenta la tradición clásica que el latín tardío de Coripo. Pero la importancia de esta edición reside en haber proporcionado una puntuación más moderna y racional, además de haber reavivado el interés por el último poeta épico latino[49].

Más reciente es la edición del libro primero de la *Juánide* a cargo de María Assunta Vinchesi, publicada en Nápoles, en 1983. Aunque no abarque el poema completo de Coripo, la riqueza de esta edición crítica reside en su extensa y completa introducción, la traducción del libro primero y su comentario. En la introducción se nos hace un detallado recorrido a través de la tradición manuscrita y distintas ediciones del poema de

---

[47] Cf. PETSCHENIG, *Flavii Cresconii...*, pág. XII; VINCHESI, *Liber Primus...*, pág. 22.

[48] VINCHESI, *Liber Primus...*, pág. 23.

[49] VINCHESI, *Liber Primus...*, pág. 23.

Coripo, datos biográficos del autor y el contenido y forma narrativa del primer libro de la *Juánide*. La edición dispone igualmente de un extenso aparato crítico. Vinchesi intenta completar las lagunas del manuscrito, al que tuvo acceso directo, a partir del verso 22 y 270, mediante la confrontación de las obras de Giovanni De Bonis, copista de la *Juánide,* cuyos poemas recibieron el influjo de Coripo. En el comentario no sólo se tratan los aspectos lingüísticos, sintácticos o estilísticos, sino también todos aquellos detalles relativos a la historia o geografía, con objeto de facilitar la comprensión del texto, proporcionándosenos de este modo una información importante sobre el contexto histórico-político del momento. Al final de la edición se incluye un índice de nombres propios y de particularidades lingüísticas.

7. *Traducciones españolas de la «Juánide»*

Hasta el momento no existía ninguna traducción al español de la epopeya de Coripo. En nuestra Memoria de Licenciatura, *Estudio literario sobre la «Iohannis» de Coripo (los discursos),* adelantamos la traducción y el comentario de los siguientes discursos de la *Juánide*: I 390-410 (discurso fúnebre); VII 167-194 *(lamentatio);* VII 88-103 (plegaria); VI 30-52 (arenga del caudillo romano); VI 107-126 (arenga del jefe moro); VIII 115-126 (increpaciones del caudillo romano); V 166-182 (increpaciones del jefe moro). Posteriormente, en nuestra Tesis Doctoral *La «Iohannis» de Coripo (libro IV): introducción, edición crítica, traducción y comentario* realizamos un estudio parcial de la *Juánide* en el que incluimos la traducción del libro IV. Tanto los primeros fragmentos traducidos, como la traducción del libro IV han sido revisados y corregidos en esta traducción completa de la *Juánide* que hemos realizado.

8. *Nota textual*

Hemos tomado como base para nuestra traducción española la edición crítica de J. Diggle y F. R. D. Goodyear. No obstante, nos apartamos de ella y aceptamos otra en los siguientes pasajes:

Pasajes	Diggle, Goodyear	Lectura adoptada
	LIBRO I	
65	...are	arcem (Lachmann)
312	*et* clauso *monteque*	clauso *montis* requiesse procella (Vinchesi)
	LIBRO II	
31	*duram*...dextram	*diram* (Goodyear)
105	litebit	licebit (Mazzucchelli)
108	iuncta seva	lancea saeva (Haupt)
123	curant	certant (Diggle)
403	bene	bona (*T*, Tandoi)
	LIBRO III	
26	et	ut (Knecht)
34	alta	alma (Petschenig)
79	mox	vix (Bekker)
93	multus	nullus (*T*)
120	multim	multum (Mazzucchelli)
170	intrepidus	et trepidus (*T*)
191	premit	fremit (*T*)
241	furit	ruit (Haupt)
258	*preceps* pariter	pariter *praeceps* (Mazzucchelli)
302		ut (añade Tandoi)
344	his	hinc (Diggle)
404	cursu	versu (Amann)
414	heu	nec (Ramírez Tirado)

Pasajes	Diggle, Goodyear	Lectura adoptada
	LIBRO IV	
1	ductor iacet	dum (Mazzucchelli) decet (Ramírez Tirado)
11	urbe	urbi (*T*)
35	medius	melius (Tandoi)
43	tenuere equites	tenuit (Partsch) miles (*T*)
69	sensere	exire (L. Mueller)
92	ritum	motum (Goodyear)
127	nunc	tunc (Goodyear)
136	monet	movet (*T*)
166	datum	latum (*T*)
172	gravi virtute	gravitate (*T*)
212	furentis	cruentis (Mazzucchelli)
216	haec	hoc (*T*)
234	fastis	fatis (Petschenig)
420	tetulit	tendit (Petschenig)
422	munere	numine (Mazzucchelli)
440	vires	viros (*T*)
444	nutant	iaceant (Bekker)
460	in	et (Knecht)
471	luctatur	laetatur (Mazzucchelli)
493	et	in (*T*)
539	aeratas	auratas (*T*)
553	commistas	commissas (*T*)
565	disponit	componit (*T*)
571	parat	parant (*T*)
578	venti	vento (*T*)
597	bellorum	Maurorum (Bekker)
603	tutus	notus (*T*)
637	Sidifan	Sidisan (*T*)
	LIBRO V	
42	numine	nomine (*T*)
85	pectore	pectora (Bekker)
182	fatis	natis (*T*)

Pasajes	Diggle, Goodyear	Lectura adoptada
201	infesto	infausto (*T*)
345	ast tor	austur (Partsch)

LIBRO VI

206	arene	acerbus (Diggle)
214	pensasset	prensasset (*T*)
257	occiduos	assiduos (Riedmüller)
291	flamina... terror	flammas... error (Cazzaniga)
328	monens	movens (*T*)
341	*quoquo hanc*	*quoque hunc* scripsisse (Ramírez Tirado)
411	conterimur	contrahimur (*T*)
446	Martis	mortis (*T*)
508	condensis	non densis (*T*)
666	erant	eunt (Hall)
666	atro	atrox (*T*)

LIBRO VII

174	caperent	caperet (*T*)
180	aeternum	externa (Mazzucchelli)
187	mei	tui (*T*)
213	an patris	iam pariter (Diggle)
214	dicam veratus	dicamve ratus (Petschenig)
370	ingens	ignes (Mazzucchelli)
414	rarus	raros (Mazzucchelli)
437	inficit	conficit (Partsch)
502	hinc	nunc (Petschenig)
526	victivi	victosve (*T*)

LIBRO VIII

256	pavet	parat (Diggle)
352	nunc	tunc (*T*)
353	fatemur	fatetur (Knecht)
511	cunctos	cuneos (Knecht)
628	retorsit	requirit (Goodyear)

BIBLIOGRAFÍA

a) *Ediciones*

Citaremos únicamente las dos últimas ediciones de la *Juánide* —a las ediciones antiguas ya aludimos en la introducción, págs. 23-27— por parecernos las más interesantes y asequibles para el lector:

J. DIGGLE - F. R. D. GOODYEAR, *Flavii Cresconii Corippi Iohannidos seu de bellis Libycis libri VIII,* Cambridge Univ. Press, Cambridge, 1970.

M. A. VINCHESI, *Flavii Cresconii Corippi Iohannidos Liber primus. Introduzione, testo critico, traduzione e commento,* M. D'Auria Editore, Nápoles, 1983.

b) *Traducciones*

Existe sólo una traducción completa de la *Juánide* en inglés que, a nuestro juicio, podría ser ampliamente mejorada, pues hemos observado en ella numerosos errores en la interpretación del texto:

G. W. SHEA, *The Iohannis of Flavius Cresconius Corippus; Prolegomena and Translation,* Nueva York, Columbia University, 1980 (= 1966).

c) *Historia bizantina*

L. BRÉHIER, *Le Monde Byzantin. Les institutions de l'empire Byzantin I-II,* París, 1949.

R. BROWNING, *Justinian and Theodora,* Londres, 1971.

CH. DIEHL, *L'Afrique Byzantine. Histoire de la domination byzantine en Afrique (533-709) I-II,* París, 1896.

—, *Byzantium: Greatness and Decline,* Nueva Jersey, 1957.

—, *Justinien et la civilisation byzantine au VI siècle I-II,* Nueva York, 1969.

G. E. DUCKWORTH, *Procopius and the sixth century,* Londres, 1985.

E. STEIN, *Histoire du Bas-Empire I-II,* Amsterdam, 1968.

A. A. VASILIEV, *Histoire de L'Empire Byzantin,* París, 1932.

d) *Estudios de conjunto*

E. BICKEL, *Lehrbuch der Geschischte der römischen Literatur = Historia de la Literatura Romana* [trad. J. M. DÍAZ-REGAÑÓN LÓPEZ], Madrid, Gredos, 1982.

E. CAMACHO GUIZADO, *La elegía funeral en la poesía española,* Madrid, 1969.

A. CAMERON, «Byzantine Africa-The literary evidence», *Excavations at Carthage,* University of Michigan, Ann Arbor, 1982, 29-62.

E. R. CURTIUS, *Literatura europea y Edad Media Latina I-II,* México-Madrid-Buenos Aires, 1988 (= 1955).

P. DEL RÍO, «Frater-Germanus», *Emerita* 7 (1939), 1-5.

G. HIGHET, *The Speeches in Vergil's Aeneid,* Princeton University Press, 1972.

—, *La tradición clásica I-II,* México-Madrid-Buenos Aires, 1978.

M. P. O. MORFORD, *The poet Lucan. Studies in Rhetorical Epic,* Oxford, 1967.

M. PETSCHENIG, «Zur Kritik spätlateinischer Autoren», *Wien. Stud.* 3 (1881), 305-309.

J. L. VIDAL, «Introducción general», *P. Virgilio Marón. Bucólicas. Geórgicas. Apéndice Virgiliano,* Madrid, Gredos, 1990.

e) *Estudios sobre Coripo y la «Juánide»*

J. U. ANDRES, *Concordantia in Flavii Corippi Iohannida (Alpha-Omega, Reihe A: Lexika, Indizes, Konkordanzen zur klassischen Philologie, CXXXIV),* Hildesheim, Zúrich, Nueva York, Olms-Weidmann, 1993.

B. BALDWIN, «The career of Corippus», *Class. Quart.* 28 (1978), 372-376.

F. BERTINI, «Nuove edizioni di Corippo», *Maia* 24 (1972), 164-168.

—, «Flavio Cresconio Corippo», *Autori latini in Africa sotto la dominazione vandalica,* Génova, 1974, págs. 109-111.

J. BLÄNDSDORF, «Aeneadas rursus cupiunt resonare Camenae. Vergils epische Form in der Iohannis des Corippus», *Monumentum Chiloniense,* Fetschr. f. E. BURCK, Amsterdam, 1975, págs. 524-545.

E. BURCK, «Die Iohannis des Corippus», *Das römische Epos*, Darmstadt, 1979, 379-419.

A. CAMERON, «The Career of Corippus again», *Class. Quart.* 30 (1980), 534-539.

—, «Corippus *Iohannis*: Epic of Byzantine Africa», *Pap. of Liv. Lat. Sem.* 4 (1983), 167-180.

I. CAZZANIGA, «Corippo ed Accio: la glosa *tela reciproca*», *Gior. It. di Fil.* 22 (1970), 36-38.

—, «Del nuovo Ennio nella *Iohannide* di Corippo?», *Riv. Filol. Istruz. Class.* 99 (1971), 276-287.

—, «Animadversiones criticae in Cresconii Corippi *Iohannida*», *Riv. Filol. Istruz. Class.* 100 (1972), 46-47.

J. DIGGLE, «Notes on the *Iohannis* of Corippus», *Class. Quart.* 18 (1968), 132-141.

W. EHLERS, «Epische Kunst in Coripps *Iohannis*», *Philologus* 124 (1980), 109-135.

—, «Notae ad Corippi Iohannida pertinentes criticae», *Rhein. Museum* 128 (1984), 58-67.

M. D. N. ESTEFANÍA ÁLVAREZ, *Los Panegíricos de Flavio Cresconio Coripo,* Santiago de Compostela, 1972.

—, «Precisiones a *Iohannidos seu de Bellis Libycis libri VIII* de Coripo», *Bivium (Homenaje al Profesor Manuel C. Díaz y Díaz)*, Madrid, Gredos, 1983, págs. 63-66.

—, «Epopeya heroica, poema histórico, panegírico poético: un intento de definición», *Actes del VII simposi d'estudis Clàssics, 21-24 de Març de 1983*, Bellaterra, 1985, págs. 55-72.

Å. FRIDH, «*Funera dare* in Epic Latin Poetry. A note on Corippus, *Ioh.* 2, 108», *Eranos* 73 (1975), 112-115.

F. R. D. GOODYEAR, «Notes on the *Iohannis* of Corippus», *Vigiliae Christianae* 16 (1962), 34-41.

—, «Conjectures and Interpretations in the *Iohannis* of Corippus», *Class. Rev.* 18 (1968), 14-16.

—, «Six notes on the *Iohannis* of Corippus», *Bull. Inst. of Class. Stud.* 15 (1968), 70-71.

—, J. DIGGLE, «More notes on Corippus», *Bull. Inst. of Class. Stud.* 16 (1969), 16-28.

L. HÅKANSON, «Some notes on Corippus' *Iohannis*», *Class. Quart.* 27 (1977), 227-229.

J. B. HALL, «Notes on the text of Corippus», *Bull. Inst. of Class. Stud.* 17 (1970), 92-94.

H. HOFMANN, «Überlegungen zu einer Theorie der nichtchristlichen Epik der lateinischen Spätantike», *Philologus* 182 (1988), 101-159.

R. JAKOBI, «Kritisches und Exegetisches zur *Iohannis* des Coripp», *Hermes* 1 (1989), 95-119.

D. KNECHT, «Remarques critiques sur la *Iohannis* de Coripe», *L'Ant. Class.* 49 (1971), 675-690.

J. M. LASSÈRE, «La Byzacène méridionale au milieu du VI s. ap. J. C. d'après la *Iohannide* de Corippus», *Pallas* 31 (1984), 163-178.

I. OPELT, «Barbarendiskriminierung in den Gedichten des Cresconius Flavius Corippus», *Romanobarbarica* 7 (1982-83), 161-179.

M. PETSCHENIG, «Emendationen zu des Corippus *Iohannis*», *Wien. Stud.* 2 (1880), 257-274.

—, «Emendationen zu des Corippus *Iohannis*», *Wien. Stud.* 4 (1882), 292-299.

—, «Emendationen zu Corippus», *Wien. Stud.* 6 (1884), 261-268.

—, «Studien zum Epiker Corippus», *Sitzber. Kaiserl. Akad. Wiss. Wien* 109 (1885), 631-638.

—, «Transitiva verba als reflexiva bei Corippus», *Archiv. f. lat. Lexicogr.* 3 (1886), 550.

—, «Zu Corippus», *Archiv. f. lat. Lexicogr.* 3 (1886), 284-285.

—, «Zu Corippus», *Philologus* 51 (1892), 50.

—, «Zu Corippus», *Philologus* 58 (1899), 480.

A. RAMÍREZ DE VERGER, «La peste como motivo literario (A propósito de Coripo, *Ioh.* III 338-379)», *Cuad. Fil. Clás.* 19 (1985), 9-20.

A. M. Ramírez Tirado, *Estudio literario sobre la «Iohannis» de Coripo (los discursos). Memoria de Licenciatura (inédita),* Sevilla, 1986.

—, *La «Iohannis» de Coripo (libro IV): introducción, edición crítica, traducción y comentario. Tesis Doctoral (inédita),* Sevilla, 1992.

D. Romano, «L'ultimo epos latino. Interpretazione della *Iohannis*», *Letteratura e Storia nell'età tardorromana,* Palermo, 1968, págs. 252-272.

D. R. Shackleton Bailey, «Notes on Corippus», *Class. Philol.* 50 (1955), 119-124.

—, Reseña a J. Diggle y F. R. D. Goodyear (*Iohannidos libri VIII*), *Gnomon* 43 (1971), 516-519.

F. Skutsch, «Corippus», *RE* 4 (1900), cols. 1236-1246.

A. R. Sodano, «Uno storico-poeta del secolo di Giustiniano: Flavio Cresconio Corippo», *Antiquitas* 1 (1946), 27-36.

V. Tandoi, «Note alla *Iohannis* di Corippo», *Stud. It. di Fil. Class.* 52 (1980), 48-89.

—, «Note alla *Iohannis* di Corippo», *Stud. It. di Fil. Class.* 54 (1982), 46-92.

—, «Corippo», *EV* 1 (1984), 890-892.

M. A. Vinchesi, «Note testuali all'epos di Corippo», *Stud. Class. Orient.* 30 (1980), 143-158.

—, «Versi nuovi di Corippo in imitazioni inedite dell'umanista Giovanni de Bonis», *Riv. Filol. Istruz. Class.* 108 (1980), 291-316.

—, «Nuovi Ritrovamenti. Recupero di versi della *Iohannis* di Corippo da imitazioni umanistiche», *Atene e Roma* 27 (1982), 64-71.

PREFACIO
A LOS NOBLES DE CARTAGO [1]

Presentación del tema e importancia de la poesía

Me he atrevido, nobles, a cantar los triunfos de un vencedor: entonaré cantos de alegría en tiempo de paz. He querido escribir sobre la grandeza de Juan [2] en la guerra, las empresas del héroe que leerán las generaciones venideras. La poesía da a conocer a todo el longevo mundo, al recordar todas las batallas de los antiguos dirigentes.

Homero y Virgilio nos dieron a conocer a los héroes antiguos. Juan Troglita les supera en sus empresas

¿Quién al gran Eneas, quién al feroz Aquiles hubiera conocido, quién al valeroso Héctor, quién los caballos de Diomedes, quién los ejércitos de Palamedes, quién a Ulises hubiera conocido si la poesía no evocara sus antiguas hazañas? El poeta de

---

[1] Debemos suponer, según el título del prefacio y las propias palabras del poeta, que Coripo llevó a cabo una lectura de su poema ante la nobleza de Cartago.

[2] El general en jefe *(magister militum)* Juan Troglita, héroe del poema, era un antiguo oficial del ejército de África que había tomado parte en la expedición del 533 y bajo las órdenes de Belisario, se encargó del mando de una parte de las tropas. Más tarde, durante el primer gobierno de Solomón, defendió la frontera de Tripolitania.

Esmirna[3] describió al valiente Aquiles, Virgilio, versado en la composición de poemas, a Eneas: pero las hazañas de Juan me instruyeron para describir sus campañas y referir todos sus hechos a los hombres del futuro. Juan es superior a Eneas, es más grande su valor, mi verso sin embargo no es digno de Virgilio. Las ilustres hazañas del general, las cualidades del hombre y las batallas ganadas están gritando a voces mi atrevimiento. La suerte incierta del poeta vacila en una situación crítica: por una parte, el reconocimiento victorioso, por otra, el temor que hace palidecer.

Actitud humilde del poeta ante su auditorio. Petición del favor del público

Me estimula a cantar el argumento fidelísimo de los hechos: siendo frío de talento, me enardecí con estas hazañas. Canto en un verso tosco a un general ilustre y la torpeza retiene la lengua en mi boca. ¡Y decir ⟨que yo⟩, ignorante, que en otro tiempo canté por lo campos, voy a enviar públicamente mis poemas a la población de la ciudad! Tal vez, lo confieso, ponga una sílaba en verso cojo: pues mi musa es campesina[4]. Sin duda, la gloria de cantar las alabanzas debe ser reconocida: ¿voy a ser yo solo engañado al escribir sin recompensa alguna? El miedo expulsado de mi pecho me estimula más que mi boca: que sea mi boca reconocida por las alabanzas que ha pronunciado. La victoria concede los versos que niega la erudición y me reconforta una gran satisfacción, cansado de escribir poemas. Si Cartago así se alegra en sus triunfos, tenga

---

[3] Homero.

[4] El término tiene diversas interpretaciones: bien se refiere a la composición, por parte de Coripo, de poemas bucólicos que no han llegado hasta nosotros, bien alude al origen campesino del poeta o bien, podíamos pensar, con TANDOI («Corippo», pág. 890), en una *captatio benevolentiae* y en este caso *rustica* equivaldría a «rudimentaria».

yo el reconocimiento merecido, que tenga, os lo ruego, vuestro afecto.

El poeta se dispone a recitar su obra

Mientras mi musa campestre rivaliza con las camenas[5] romanas, la fama eleva a nuestro general hasta las estrellas. Si os agrada que recite mis palabras del libro primero, entonces cantaré la primera parte de mi poema, obedeciendo vuestras órdenes.

---

[5] Son, en Roma, las ninfas de las fuentes que no tardaron en ser asimiladas a las Musas.

LIBRO PRIMERO

Presentación del tema: guerra en África, empresas de Juan Troglita y restauración de los valores romanos

Canto las enseñas, los caudillos, los pueblos feroces y las destrucciones de la guerra, las insidias y matanzas de hombres y las duras empresas, los desastres de Libia y los enemigos doblegados en sus fuerzas, el hambre impuesta a los hombres y la escasez de agua que golpeaban ambos ejércitos con mortífera confusión; canto a los pueblos amotinados, abatidos y sometidos, canto al general que marcó su empresa con un gran triunfo: las musas desean volver a cantar a los descendientes de Eneas. La paz se devuelve a Libia tras el cese de la guerra. Más segura resplandece la Victoria con sus dos alas; ya la Piedad mira atenta a la tierra desde el alto cielo; junto con la Justicia, también la Concordia, favorable y propicia, restablece el universo rodeándolo con sus dos brazos. Grandioso en medio de éstas, Justiniano, levántate de tu alto trono complacido en tus triunfos, emperador, y como vencedor, proporciona leyes a los tiranos que no han sido abatidos: pues tus nobles plantas pisan a todos los reyes sin excepción y la púrpura[6] se dispone ya a servir al imperio romano. Bajo tus

[6] Se refiere a la paz impuesta a Persia en 546.

pies se prosterna el enemigo vencido, duras cadenas atan a los pueblos y con fuerte nudo aprietan las manos atadas a la espalda, los cuellos soberbios se doblan con el peso de las cadenas ⟨***⟩[7] aunque mi pecho hiciera salir mi canto por cien bocas, no me bastaría a mí, poeta, la inteligencia ni el talento[8] que despliega su vuelo por los solitarios senderos del ancho mundo. A grandes rasgos cantaría aquello: esto[9] es digno de las mayores alabanzas.

Situación de África antes de la llegada del ejército

África vacilaba, agotada, bajo un gran peligro. Pues se había inflamado en las armas bárbaras una fiera locura, soberbia por sus insidias, espadas, incendios y hombres, que prendía fuego a todas las ciudades de la tierra saqueada y se llevaba, arrastrados de todas partes, prisioneros a los africanos. Ya no se hacía distinción alguna: a nadie fue posible respetar a los sacerdotes ni proporcionar a los viejos cansados la honra, cualquiera que

[7] La laguna que presenta el manuscrito es interpretada por VINCHESI (*Liber Primus...*, págs. 12-17, 41) con la introducción de unos versos de Giovanni De Bonis, poeta y copista de la *Juánide* que vivió entre 1340 y 1404 aproximadamente y que acusa una fuerte influencia de Coripo en sus composiciones:

Te pavet Euphrates, iterum te saevus Hydaspes
fortia bella movens; formidant Caspia claustra,
extremus Tanais septem pigrique Triones,
Herculeae Gades Libyaeque ardentis harenae
et Bacchi fines Maeotidis atque paludes
*** *te Nilus adhuc.* ***
et niger extremo pallescens Indus in orbe.
***
***
*** *per centum linguas* ***

[8] Tópico de la falsa modestia (Cf. CURTIUS, I, págs. 127-131).

[9] «Esto» *(haec)* alude a las hazañas de Juan Troglita en África, mientras que el anterior «aquello» *(illa)*, en el mismo verso, representa las empresas de Justiniano que se acaban de citar.

fuese, de la pira. Quedó entonces tirado en el suelo todo cadáver, atravesado de puñaladas. A ningún hijo fue lícito poner bajo un túmulo de tierra los cuerpos asesinados de sus padres ni fue permitido derramar sobre las heridas las debidas lágrimas: mientras el padre es aniquilado, se arrastra a los hijos y a la esposa y se saquean las riquezas, todo lo aplasta la malvada fuerza de la guerra y se abandonan los debidos funerales a la tierra desierta. El noble y el pobre mueren con un mismo destino [10], por todas partes se deja oír el llanto y a todos inunda el terror y el funesto miedo y todo se trastorna con horribles peligros. ¿Quién podría describir las lágrimas, las matanzas, los botines, los incendios, las muertes, las insidias, los llantos, las torturas, las cadenas, los pillajes, quién enumerar los desgraciados sufrimientos? África, la tercera parte del mundo [11], perece humeante en llamas.

Justiniano elige a Juan Troglita como salvador de África, recuerda sus campañas anteriores y le ordena venir

Y entonces el misericordioso emperador examinaba una y otra vez las preocupaciones en su corazón, sopesándolas y meditando qué general en jefe y caudillo supremo del ejército [12] debía enviar a nuestras tierras, con la intención de reparar tanto destrozo. Y al reflexionar sobre todo esto, sólo le agrada Juan por su valor e inteligencia y le parece digno por su valentía y su capacidad de

---

[10] La frase es un tópico literario (cf. III 447-48) y evoca a HORACIO (*Odas* I 4, 13-14): *pallida Mors aequo pulsat pede pauperum tabernas / regumque turris* («la lívida Muerte de igual modo golpea con su pie las cabañas de los pobres que los palacios de los reyes»).

[11] La subdivisión del mundo en tres partes es usual en la geografía antigua, al menos desde Heródoto.

[12] Los *magistri militum* representaban la máxima autoridad en el ejército. En la época de Justiniano eran cinco: *m. equitum et peditum in praesenti duo* con sede en Constantinopla; *m. per Orientem; m. per Thraciam; m. per Illyricum; m. per Armeniam.*

decisión. Sólo él es capaz de atacar a los pueblos feroces y abatir, enérgico, a las tropas enemigas. Es más, la gloria del héroe y las pruebas de una empresa insigne y las durísimas guerras vencidas a un reino soberbio le son gratas: cómo expulsó a los persas, con qué golpe abatió a los partos, confiados en hacer frente con una multitud de hombres y apiñadas flechas; en la época en que los anchos campos de Nísibe [13] manaron sangre de los persas, Nabedes, el primero después del rey parto, entablando el combate, confiado en su fiero valor, perdió las tropas aliadas, sobreviviendo él mismo, y al huir, llevado por su temor, apenas pudo cerrar las puertas y ya irrumpía en la ciudadela de Nísibe el jinete romano y Juan victorioso golpeaba con su venablo las altas puertas de los persas.

Ante los ojos del emperador desfilan una tras otra todas las valerosas hazañas del fiel varón. Sopesa y examina sus empresas: cómo una concentración de enemigos había cercado Teodosiópolis [14] con un difícil asedio; cómo él, atravesando veloz las sombras de la noche, vino a socorrer las murallas de la ciudad vacilante, entrando en las puertas amigas a través de los enemigos; cómo, aterrorizado, el poderoso Merméroes [15] se alejó de aquellas murallas y cómo, más fiero por sus armas numerosas, se atrevió después a invadir Daras [16] —cuya escarpada ciudadela rodea una muralla que se eleva hasta las estrellas y que gobernaba el general Juan con sus enseñas— y atacar las falanges latinas. Pero después que el general, vigilante, arrebató al enemigo la primera ciudad, persiguiendo a continuación a

[13] La ciudad, importante centro militar, se encontraba en el norte de Mesopotamia. El hecho narrado tuvo lugar en el 451.

[14] Ciudad situada en Mesopotamia, a poca distancia de Daras.

[15] General persa que es recordado por PROCOPIO en *Guerra contra los Pers.* I 15 21; II 29-30.

[16] Sede del cuartel general bizantino en Mesopotamia, célebre por la victoria de Belisario en 530.

los que huían, toma primero posesión de los caminos y defiende todos los campos, para que el atroz enemigo no los devastara o dañara a alguien, y ocupa el primero la fortificación de elevada muralla. No soportó esperar más: pues inmediatamente, osando, más fuerte, atacar al enemigo en campo abierto, abatió en afortunado combate innumerables batallones, ilustres jefes y pueblos aliados. Puso en fuga a Merméroes, señor de los partos, que huía, vencido, por los campos. Entonces cada persa, temiendo al romano que le perseguía, arrojó de su mano en mitad de los campos sus espadas y adornos resplandecientes. La espada oriental brilla sobre el campo de batalla y las ligeras vainas y las lanzas y escudos y penachos y los caballos yacen confundidos con los cuerpos y los escuderos del general persa, soberbios con sus armas. Y también él hubiera estado postrado en el campo de batalla si el magnánimo general no hubiera querido cogerlo vivo. Así pues, vencido, Merméroes vio la escarpada ciudadela cuando entró en ella en compañía de unos pocos hombres. Entonces de pie en medio del campo, bendijo al Señor el sabio Urbicio [17], al que la corona imperial más poderosa del orbe tuvo entonces como primer súbdito y leal al imperio y que había enviado, elegido, a muchos territorios para conocer cuáles habían sido las causas de la cruel guerra. Éste, al ver a los vencedores romanos excitados y a los enemigos temerosos huir por los anchos campos, extendiendo las manos y levantando sus ojos al cielo, así dice complacido: «Gloria a ti siempre, Dios poderoso, porque finalmente merecí, después de tanto tiempo, ver a los persas vencidos por el valor de nuestro Juan».

---

[17] El personaje fue un cierto alto funcionario de la corte encargado en Bizancio de controlar la situación en Persia.

Mientras reflexionaba entonces el emperador en su ánimo una y otra vez sobre estas hazañas, juzga que sólo éste, por su probada lealtad, puede defender a la oprimida Libia. Y sin más demora ordenó hacer venir al general desde los confines del mundo. Éste, sereno, abandona las tierras enemigas para dirigirse a las aguas occidentales y en el breve espacio de un día obedeció las órdenes de su señor y volviendo al instante victorioso pisó inmediatamente los umbrales de la dorada puerta romana[18]. Complacido, permaneció ante los pies del emperador. Él con rostro sereno se volvió a mirar a su súbdito que se apresuró a dar besos solícitos a los bondadosos pies[19]. Le ordena referir en pocas palabras los hechos de Oriente. Como se le ha ordenado, notifica a los inalterables oídos las guerras que ha llevado a cabo. La corona imperial, complacida en su pupilo, desea que así venza siempre. Al instante lo envía a socorrer a Libia.

Preparativos para la flota

Por orden del emperador se cargan las naves de soldados, bagajes y armas y se envía al recluta inexperto que debe aprender a luchar bajo las órdenes del gran general que ganará la guerra. Ya un viento leve que soplaba sobre las velas hacía navegables las aguas en una época segura y Tetis[20], propicia para los marineros, aconsejaba la navegación.

---

18 Coripo se refiere a la Puerta Dorada, situada no lejos del puerto de Constantinopla y donde se iniciaba la principal arteria de la ciudad que llegaba hasta el palacio imperial. Era además el recorrido obligatorio del vencedor.

19 Se trata de la *osculatio pedum*, que formaba parte del ceremonial de la corte.

20 La diosa Tetis, madre del héroe Aquiles, era una de las nereidas y, por lo tanto, una divinidad marina e inmortal. Coripo utiliza su nombre como sinécdoque para referirse al mar.

Instrucciones del emperador a Juan antes de partir y despedida de ambos

Entonces el egregio emperador instruyó con inmensa benevolencia a su general, dirigiéndole estas palabras: «Nuestro estado recompensa con premios dignos del esfuerzo demostrado[21], mientras sea yo el emperador, y ayuda a todos sin excepción y hace subir de puesto a cualquier hombre que siente acudir presuroso en defensa de sus tierras y sus pueblos. Ahora escucha mis palabras y conoce los asuntos de buen grado, reteniéndolos en tu mente. Llegó a nuestros oídos bajo cuántos peligros yace África, digna de compasión. La misericordia empuja a socorrerla, en su agotamiento. Decidimos, y así pareció a nuestro ánimo, que tú, valerosísimo, podías velar por Libia. Pon en marcha tus enseñas y sube veloz a las altas naves; alivia a los desgraciados africanos con tu acostumbrada valentía y abate con tus armas los ejércitos rebeldes de los laguantan y doblega el cuello colocado bajo nuestros pies[22], oprimido por tu valor. Conserva las antiguas leyes de los padres, levanta a quienes están agobiados, derriba a los rebeldes. Éste es el afán de nuestra clemencia: perdonar a los que se someten; ésta la honra de nuestro valor: dominar a los pueblos soberbios. Estos preceptos míos, consérvalos en tu mente, fidelísimo general. Que el resto esté en manos de Cristo, Señor y Dios nuestro, que todo restablece mejorándolo y que te guíe en todo con su favor. Que nosotros veamos tu honor aumentado justamente por tus méritos con mejores títulos».

---

[21] La frase alude al concepto cristiano de Dios que distribuye la recompensa según los méritos y que aparece ya en el Antiguo Testamento.

[22] *Laguantan* es la tribu beréber, llamada *Ilaguas* por Coripo en otras ocasiones, que habitaba entre la Tripolitania del Sudoeste y el Sahara. El gesto al que alude Coripo, que consistía en pisar el cuello del enemigo vencido, era de origen oriental y formaba parte del ritual bizantino (cf. *Panegírico de Justino II* II 107-108).

Cae ante sus pies y cubre de besos afectuosos las divinas plantas, regándolas con lágrimas. Paternal, el mismo emperador se entristeció al ver partir al general y el afecto conmovió el ánimo imperial.

Últimos preparativos de los marineros y partida de la flota

A continuación, dirigiéndose a la flota, el noble general exhorta a los marineros que dan gritos de alegría. Traen las naves de la playa; el primer tramo de mar es barrido por los remos que golpean una y otra vez las aguas; levan anclas rápidamente; se apresuran en medio de grandes gritos; aflojan las pesadas amarras con terrible rechinamiento y despliegan las velas. Y el aire mueve las naves, impulsándolas con soplo suave. Los barcos cubren el profundo mar y la superficie se oculta, ceñida por cientos de naves. Se intensifican los soplos favorables del coro[23] propicio que empujan las naves: veloces, rasgan las aguas con sus broncíneas proas, surcan la superficie los espolones, el agua espumosa murmura bajo las largas quillas.

Paso por Troya y recuerdo de los héroes homéricos

La flota atraviesa el estrecho de Tracia por una costa estrecha, allí por donde el mar separa Sesto de las llanuras de Abidos; vuela segura empujada por los vientos sobre las aguas del Sigeo y recorre la costa de la antigua y deplorable Troya. Entonces recitan los famosos versos del poeta de Esmirna[24] y reconocen desde la alta nave los lugares de sus antepasados: aquí el palacio de Príamo, allí la casa de Eneas, que está retirada y rodeada de árboles. Aquí el cruel Aquiles arrastró el cadáver de Héctor en su carro veloz. En esta playa al gran Demóleo abatió,

---

[23] Viento frío del Norte.

[24] Se alude a una serie de héroes y episodios de la guerra de Troya cantados por Homero.

vencedor, nuestro antepasado Eneas con el que resplandecen las altas murallas de Roma y el excelso nombre del imperio y mantiene al ancho universo bajo el dominio del emperador. Y cantan todas las batallas de la guerra de Argos: cómo cayó Patroclo atravesado por la lanza de Héctor y el negro Memnón fue vencido por el golpe del Pelida[25] y cómo lloró la Aurora la digna muerte de su poderoso hijo; cómo se desplomó la virgen guerrera Pentesilea[26] en medio de sus tropas y en qué noche pereció Reso[27]; cómo el joven Troilo se enfrentó con el fuerte Aquiles; conforme a qué ley cayó el vencedor herido por la flecha de Apolo y con qué herida murió atravesado el raptor Paris. Y evocan después el último incendio de la exhausta Troya y la huida de Eneas: cómo entonces, tras perder a su esposa, se llevó con él en su barco, surcando veloz tantos mares azules, a su hijo, llamado con el ilustre nombre de Julo, y a su padre.

El hijo de Juan, se identifica con Julo, hijo de Eneas

Escucha el noble Pedro[28] a los que narran las batallas. Al oír el ilustre nombre del niño Julo, su pecho infantil arde en un nuevo deseo de leer con la intención de conocer las guerras. Un profundo respeto le conmueve: se considera Ascanio, cree que su madre es Creúsa[29]. Ésta era hija de rey: también su madre es

---

[25] Memnón era hijo de Eos (la Aurora) y de Titono, uno de los hijos de Laomedonte y, por consiguiente, hermano de Príamo.

[26] Amazona, hija de Ares y Otrere. A la muerte de Héctor, acudió en auxilio de Príamo y sucumbió a manos de Aquiles que la hirió en el seno derecho.

[27] Héroe tracio que luchó al lado de los troyanos, célebre por sus caballos, blancos como la nieve y rápidos como el viento. Fue muerto por Ulises y Diomedes que lo sorprendieron dormido y se llevaron sus caballos.

[28] Coripo es la única fuente antigua que cita el nombre del hijo de Juan Troglita.

[29] Ascanio es otro nombre con el que se designa a Julo, el hijo de Eneas. Creúsa, primera esposa de Eneas y madre de Ascanio, murió en el incendio de Troya.

hija de rey; entonces Eneas era el padre: y ahora es su padre el mismo Juan. Esto medita lleno de gozo, la alegría inunda su corazón; esto decía él mismo a su padre, esto decía a sus esclavos, esto a todos por el mar cubierto de velas, Pedro, única satisfacción de su ilustre progenitor, la otra esperanza para el Imperio romano.

La falta de viento obliga a la flota a atracar en la costa de Sicilia

Se desliza la flota segura por el mar Egeo así como por las aguas del Adriático y gracias a los vientos favorables surca más rápida alta mar. Apenas toca las costas sicilianas, el aire abandona las naves, el viento permanece callado y todo el mar se extiende con aguas inmóviles; ni la más leve ola golpea la orilla. Se calló entonces la biforme Escila[30], se callaron los ladridos de los perros, el agua no obligó a las rocas a devolver, con un estremecimiento, los aullidos de los lobos. Aunque se unan aquí los extremos de una y otra tierra y ambas costas se agiten en un angosto estrecho, Caribdis, que nunca se aplaca, retuvo, inmóviles, sus olas y no sorbió las claras aguas para volver a escupirlas. Caen las velas aflojadas y sin viento alguno que las hinche, se ataron a sus palos. Entonces, ordenando soltar los cables a sus aliados, les dice el general: «Entrad en el puerto tranquilo». Ante tales órdenes, rápidamente acuden volando los marineros sobre todos los aparejos: éste corre a soltar las velas, aquél recoge los pliegues; otro exhorta con agradables cantos a sus compañeros, alentándolos con su aguda voz. Los hombres

---

[30] Monstruo marino emboscado en el estrecho de Mesina; su aspecto es el de una mujer cuyo cuerpo, en su parte inferior, está rodeado de perros, seis animales feroces que devoran cuanto pasa a su alcance. Aparece con frecuencia asociado a Caribdis, monstruo situado en el mismo lugar que tres veces al día absorbía agua de mar, tragándose todo lo que flotaba, y luego devolvía el agua absorbida.

se dan ánimos con sus gritos: la voz misma ayuda al esfuerzo, dando fuerzas y alegría a los marineros.

Se levanta el viento y la flota se pone en marcha de nuevo

Junto a las llanuras del siciliano Paquino se extiende Caucana[31], de curvada costa, cuyo puerto hirió el ancla de la flota romana con corvo mordisco. Y ya el Héspero[32] encrespa las aguas del mar llenas de estrellas, llevando a la tierra la noche negra de sombras. Dormía entonces en su barco el noble general Juan, libre de preocupación, cuando el mismo timonel de su nave, vigilante, siente levantarse un suave viento. Corren aquí y allí los jóvenes veloces por todas las naves preparando los aparejos y desatan los cables que los unían a la costa, sin esperar las órdenes del general. Los marineros alzan todas las velas, desplegándolas al viento.

Juan tiene dos apariciones

Ya la flota, empujada por los vientos, ganaba el mar abierto y surgía del lejano cielo la Aurora bañada de rocío, haciendo salir el día, cuando una siniestra aparición, procedente de las tinieblas, surgió ante los pies del general. Parecía su rostro, espantoso por su negro color y sus ojos que daban vueltas cubiertos de llamas, el de un moro[33]. Entonces comenzó a hablar así: «¿A qué costas diriges tu flota? ¿Crees que vas a atravesar el mar hasta Libia?». Como respuesta dice el general:

---

[31] El promontorio del Paquino (cf. *Eneida* III 429, 699; VII 289) estaba situado al Nordeste con respecto a la punta sur de Sicilia, y la costa se extendía llana hacia el Sudoeste, doblándose luego en dirección al Noroeste: en este punto debía encontrarse *Caucana*.

[32] El genio de la estrella vespertina que, cada atardecer, trae el descanso de la Noche.

[33] La identificación del diablo con el moro enemigo legitima aún más las empresas del liberador.

«¿Estás viendo atravesar el mar a nuestras naves y me lo preguntas?». Entonces la siniestra aparición con rostro amenazante, retorciendo los ojos espantosos por las apariciones infernales, «no atravesarás», le dice. Comprendió Juan que era el ángel maligno que fue precipitado del alto Olimpo. Y no temió, sin embargo, el rostro que imitaba fieros rasgos de hombre; lo sigue mientras huye e intenta darle alcance. Aquél delante, esparciendo con su mano espesas tinieblas, impedía el paso al general con una negra nube de polvo. Pero por segunda vez baja del alto cielo un anciano de rostro sereno que vestía una túnica blanca y un manto resplandeciente y permaneció ante los ojos de Juan que buscaba sus armas; sujetó su mano y ⟨esto⟩ le dijo con santas palabras: «Que el arrebato no instigue tu corazón a una cólera tan grande; rechaza el mal con tu bondad; evita la disputa violenta con el maligno y no lo temas». A éste dijo el general: «Venerable padre y hombre de Dios, tú estás viendo al que se esfuerza y se empeña en cerrarme el paso». Entonces esto dice el anciano de bondadoso espíritu: «¡Oh, afortunado! Sigue nuestros pasos y camina teniéndome como guía». Hablando así, levantó sereno el resplandeciente fuego de su lámpara derramando una gran luz ⟨***⟩[34].

Se desata una tempestad: desánimo de los marineros ante el peligro

Es más, todos los timoneles entonces permanecen inactivos y con ánimos dudosos; huyendo, da la espalda al viento y reconoce que el auxilio de la técnica está vencido, sin saber adónde dirigir su barco. Las velas con sus pliegues desgarrados no soportan el soplo del viento; nadie las necesita: los marineros recogen todas las velas y abandonan al mismo tiempo las naves a los vientos y a las olas. En distintas direcciones se dispersan por diversos puntos del mar, adonde

[34] Pasaje lagunoso.

los arrastra el azar y la fuerza del viento, errantes en la noche. La fortuna amenaza a los desgraciados con un duro naufragio. Creen que no queda salvación alguna y pierden la esperanza de vivir ante los inminentes peligros.

Plegaria del general

Gimió el general y entristecido elevó su pensamiento a los cielos; guiado por su devoción, como el mismo miedo le dictaba, busca, con lágrimas que brotan de sus ojos, la ayuda de Dios y postrado comienza, suplicante, su oración con estas palabras: «Todopoderoso padre del Verbo y creador de las cosas, principio sin fin, Dios, todo te reconoce como autor y señor y tiemblan los elementos ante ti, su hacedor; los vientos y las nubes te temen, el aire te sirve y por orden tuya truena ahora el alto éter y se mueve la enorme maquinaria del universo sacudido. Tú eres sabio, padre venerable, Tú conoces todo de antemano: ni con deseo de riquezas, ni con afán alguno de lucro me veo obligado a venir a Libia, sino para poner fin a la guerra y salvar vidas desgraciadas. Éste es mi único objetivo, ésta toda la aspiración de mi corazón. Aquí sólo me trae la sagrada voluntad del emperador. Nuestro emperador gobierna con tu beneplácito. Él mismo reconoce que te debe justa servidumbre, como está establecido; Tú a él nos sometes a todos y nos ordenas servirle; yo he cumplido tus preceptos. Propicio, vuélvete a mirar, padre santo, nuestro infortunio y socorre, aplacado y bondadoso, tan gran calamidad. Pero si sus faltas condenan, sometido a tu juicio, al pecador Juan, aplástame con cualquier otra muerte, pero perdóname ahora por mi querido Pedro». Al pronunciar este nombre se le ahogó la voz en la garganta, tembló su corazón de padre, más frías que el hielo desfallecieron sus piernas y sus manos; todos sus miembros vacilaron. Derrama entonces lágrimas como las aguas de un río, elevando hasta los cielos grandes gemidos.

Dios escucha la plegaria y aplaca la tormenta

Acoge el Señor el llanto y las palabras del que así ora: ordena aplacarse a los fuertes vientos y a la tormenta retirarse a la gruta de un monte. Huyen las nubes de ligero vellón. Vuelve el sol y el sagrado día resplandece en el claro cielo con una brillante luz. La firme voluntad divina aplaca la superficie del agua: soplaron vientos favorables. Alegres, se ponen en movimiento los marineros, llenándolo todo con sus voces; despliegan las velas quietas en sus mástiles y se hinchan los pliegues. Acogen entonces de todas partes a las naves aliadas y resplandecen por todo el mar las velas. Ya vuelan más y más veloces y los soplos favorables empujan a las naves que surcan el azul en su carrera.

Juan divisa la costa de la tierra africana y ordena desembarcar

Al fin divisó el general a lo lejos la costa de la tierra abrasada, reconociendo las indomables riendas de Marte y no se trataba de una incierta visión —pues los incendios dicen la verdad—: los vientos revolvían las llamas, encrespándolas en un torbellino y el humo y la pavesa, volando más allá de las estrellas, esparcían por el alto cielo pequeñas chispas. Se eleva y ya hierve la llama en medio del cielo, envolviendo todos los árboles de la tierra incendiada. Una mies abundante se quema, madura en los campos cultivados. Y todos los árboles sirven al fuego de alimento, que crece con el follaje, y se deshace consumido en cenizas. Desgraciadas ciudades se destruyen con sus habitantes asesinados y todos los edificios con sus techos arrancados son pasto de las llamas. No de otro modo lo hubiera incendiado todo Faetonte[35] por todas las regiones del mundo con el carro que le fue

[35] Hijo del Sol y de la Oceánide Clímene, fue criado por su madre sin saber quién era su padre, pero se lo reveló al llegar a la adolescencia. Entonces el muchacho reclamó un signo de su nacimiento y pidió al Sol que le dejase conducir su carro. Faetonte partió siguiendo el camino trazado en la bóveda celes-

injustamente concedido, arrastrado por caballos que vomitaban llamas, si el padre todopoderoso, compadecido de la tierra, no hubiera desuncido los caballos jadeantes con su extraordinario rayo, sofocando el fuego con el fuego.

El general ardió en deseos de socorrer a la desgraciada tierra, encolerizado, con más compasión que de costumbre, y regó con lluvia abundante sus mejillas. Ardió su valor con el habitual deseo de luchar y la ira le empujaba a dirigir sus pasos precipitados en medio de las olas. Pero a su afán se opone su naturaleza y el valor unido a la moderación que, dirigiéndolo todo y equilibrando lo glorioso con lo pequeño, gobierna las empresas de los hombres. Rápidamente ordena volver las naves hacia la costa y penetró gozoso en la conocida arena.

Descripción del lugar del desembarco

El mar no baña con aguas uniformes la costa de Bizacio[36], pues la tierra opone resistencia. Una parte, más lisa por la suavidad de la marea, se ofrece como abrigo a las curvas naves: los fondos marinos forman un puerto tranquilo en extremo. Aquí no hay fuerza del noto[37] capaz de encrespar las suaves olas ni el viento hace temblar la clara superficie del agua. A la otra parte la golpean las aguas y el mar al retirarse de la orilla ruge estrellándose contra los escollos: resuena el agua penetrando en las rocas, aquí y allá derramándose sobre las negras algas. Allí el hinchado bóreas y el euro más violento por sus tormentas revuelven el mar desde su fondo profundo. Entonces perecen las desdichadas naves con el cable roto por la fuerza del mar: a menudo se extendieron sobre los escarpados campos las tablas

te, pero pronto, atemorizado, descendió demasiado y estuvo a punto de incendiar la Tierra. Zeus lo fulminó para evitar una conflagración universal.

[36] Provincia situada entre Numidia y Tripolitania.

[37] El Noto es el dios del viento Sur, cálido y cargado de humedad. El Bóreas es el dios del viento del Norte. El euro es el viento del Sudoeste.

de la nave junto a las proas putrefactas que yacen sobre la hierba. Por esto temen el lugar los marineros y huyen de los horribles peligros para dirigirse a las aguas seguras de una zona tranquila.

Se recuerda una expedición de Belisario al mismo lugar en la que perdió la vida el hermano de Juan

En aquella costa había fondeado la flota romana en la época en que Belisario [38] pisó el suelo de Libia para dominar el poder vándalo: los antiguos marineros llamaron a este puerto Punta de los Vados, por la distinta naturaleza de sus partes. Al venir aquí también soltó sus velas el noble general Juan, de idéntico valor. ¡Afortunado aquel lugar que fue abrigo seguro y propicio para la flota latina! Entonces el ancla, sujeta por su bocado, mantuvo a las naves seguras en la costa. Reconoció aquel puerto el valerosísimo general y, complaciéndose en el lugar, lo mostró con el dedo desde el mar, diciendo así a sus compañeros de buen grado: «Mientras las naves vengadoras ocupaban por primera vez estas tierras, yo mismo fui el primero en pisar la arena de esta playa, confiado en mis armas juveniles: pues yo era uno de los capitanes. Cuando el pérfido tirano Géilamir [39] ostentaba el poder en los territorios de Libia, esta arena la pisó por vez primera la tropa romana y aquí bebió el agua de Libia; en esta orilla estableció entonces su campamento el ejército que venía con sus primeras armas. Aquel cerro a lo lejos, cerca de las aguas del mar, ¿lo véis cómo

---

[38] El general Belisario desempeñó un importante papel en la política expansionista de Justiniano. Su carrera comenzó en el 529 al ser nombrado *magister militum per Orientem*. Reconquistó la provincia de África a los vándalos (533-534) e intervino en la conquista de Italia en dos campañas (535-540 y 544-548). Aunque cayó varias veces en desgracia, hizo siempre prueba al emperador de su lealtad ejemplar.

[39] Último rey de los vándalos que fue vencido por Belisario y llevado prisionero a Constantinopla donde desfiló en el cortejo del general.

crece y es aumentado por la fina arena que transporta el noto? Allí en lo alto colocó el general Belisario su tienda con todas las enseñas; en torno a él se establecieron los capitanes junto con los oficiales. Yo acampé en este lugar acompañado de mi difunto hermano. ¡Ay, durísimo destino, enemigo de los gozos humanos! ¡Ay, cuántas alegrías de los hermanos que se aman arrebata la muerte brutal que llega de repente! ¡Con qué valor derribó encolerizado al enemigo aquel hermano mío! ¡Con qué prudencia, al ejercer el mando, conservó, benévolo, a sus aliados! ¡A qué gran hombre lloró el Estado! No arrebató el destino de la guerra a mi valeroso hermano que volviera tantas veces vencedor del cruel enemigo. ¡Ay, muerte atroz, tú vences a los justos! Tú eras, Papo[40], para mí la imagen de mi padre y de mi hijo... el único consuelo digno de tanta desventura es que desprecias, victorioso, el agua de la Estigia[41]. Estos lugares me han hecho recordar a mi difunto hermano, provocando mis lágrimas. ¡Qué guerras llevó a cabo en el pasado aquel héroe! Que Dios mismo me secunde en mejores empresas. Sea venturoso este lugar, más que en aquel año, con la benevolencia divina. Pero mientras permanece inacabado este campamento, ante tanta amenaza de guerra, ¡a cuántos pueblos se les quita la posibilidad de salvación! Si la Victoria favorece a mis enseñas en la guerra, yo terminaré la fortificación iniciada en este lugar, reforzándola con dura piedra».

---

[40] Según PROCOPIO *(Guerra contra los Vánd.* I 11, 7), era comandante de caballería con Belisario; este autor lo nombra sólo como hermano de Juan *(Guerra contra los Vánd.* II 28, 45). Es probable que su muerte se produjera entre el 533 y 537.

[41] Laguna, o río, según otras versiones, de los infiernos. Coripo la utiliza en este caso como sinécdoque para referirse al mundo subterráneo, al Infierno.

El ejército bizantino se traslada desde Cartago a los campos de Bizacio

Hablando así se compadeció de las ciudades desiertas de habitantes y de las casas vacías y lloró apiadándose de los desastres de Libia; ordenó desatar los cables de la playa y abandonó las velas al viento deseado. El tercer día ofreció ante la vista, después de tanto tiempo, las murallas de Cartago, devolviendo al general a la exhausta ciudad. Apenas había dejado la huella de su pie en la playa, ordenaba al ejército salir en dirección al campo y da orden a los capitanes de formar las tropas en apiñadas filas y avanzar en formación. Un profundo dolor provoca su ira: más aún, el sufrimiento ante la destrucción de la tierra que él mismo había conocido lo empuja a levantar el campamento. Obedeciendo a sus órdenes la tropa, despertando del sueño, va y viene agitada y todos los soldados, volviendo a coger las espadas, reclaman la batalla. Entonces los cantos roncos del retorcido bronce provocan el ardiente deseo de combatir. Y ya nueve escuadrones irrumpen en las anchas puertas y todas las murallas derraman tropas cubiertas de hierro: aquí avanza la caballería, una parte de la infantería se mueve lenta por mil direcciones y gime la seca tierra, golpeada por los pies.

Como el dueño de una hermosa parcela, cuando cambia de sitio las colmenas, ordena a la apretada multitud de abejas salir de los panales y avanzar en formación ante sus doradas tierras o si, provocada su ira casualmente por un jefe enemigo, prepara batallas o se apresura en alejar a los mezquinos zánganos y la tropa presurosa, obedeciendo a sus órdenes, deja las colmenas por numerosas entradas y salidas y con roncos chillidos llama al enemigo: no de otro modo salen los soldados a la llanura por toda Cartago, contentos de avanzar con los estandartes en alto. De aquí se encrespa una mies compacta de manípulos cubiertos de bronce: unos llevan aljabas y arcos, a otros les resuenan en sus anchos hombros las armas resplandecientes; brillan lanzas

y escudos y las pesadas corazas y los penachos erguidos sobre la punta de los cascos. A continuación un extraño torbellino de oscuro polvo se levanta; la pezuña remueve la tierra pisoteándola continuamente y el polvo de la arena sometida arremolina el aire.

Entre los primeros, el general mismo va a caballo exhortando a sus filas e inflama, como de costumbre, a sus capitanes deseosos de luchar recordando los antiguos combates llevados a cabo en Persia. No podría de otro modo excitar los espíritus de sus soldados sin alabar las empresas de la guerra. Así el mismo Júpiter, según dicen los antiguos poetas en versos paganos, mientras Flegra era ocupada por la cruel rebelión de los gigantes[42], daba a conocer la voluntad de los hados a la multitud de dioses: cómo podría derribar a los nacidos de la tierra con su rayo fulminante, con qué lanza desgarraría Marte las articulaciones (del enemigo), a quiénes transformaría Palas en piedra, después de ver a Górgona; a quién daría muerte el arquero con abundantes flechas, a quiénes atravesaría la veloz Delia con su dardo[43].

---

[42] Los gigantes, hijos de la Tierra y Urano, nacieron en Flegra, en la península de Palene, Tracia. Son seres enormes, de fuerza invencible y terrorífico aspecto. Apenas nacidos ya amenazaron al cielo contra el cual lanzaron árboles encendidos y rocas enormes. Esta actitud provocó el enfrentamiento con los dioses al que alude Coripo.

[43] La diosa Palas Atenea había colocado en su escudo la cabeza de Medusa (Górgona), monstruo degollado por Perseo, de modo que sus enemigos se convertían en piedra con sólo mirarla. «El arquero» es el dios Apolo, uno de cuyos emblemas es el arco y «Delia» alude a la diosa Ártemis —Diana, para los romanos—, nacida en Delos.

Los romanos establecen su campamento en Antonia Castra. Discurso del moro Macco y respuesta de Juan

Y ya el ejército, apresurándose por las anchas llanuras de Bizacio, emprendía el camino del lugar que llamaron los antepasados Campamento de Antonio[44]. Aquí, apenas asentó Juan su campamento, vinieron los embajadores del tirano. Hace llamar a éstos a su tienda el ilustre general para que le transmitan las disposiciones del cruel tirano. Entonces Macco, que hablaba la lengua latina, dice, obedeciendo a su orden: «El noble jefe del aguerrido pueblo de los laguantan, el héroe Antalas[45], hijo de Güenfan, nos ordena decirte esto. Así que tú, Juan, a quien conoció la tropa masila[46] en tiempos del cruel Solomón[47], que fuiste general cerca de nuestros territorios y en otro tiempo protegiste la costa lindante con el mar, ¿no oíste que cayeron los escuadrones de Solomon, todos por igual, en dura batalla y cómo llenó el río de muerte el ejército romano y cuántos hombres vuestros cubrieron, muertos, los campos y la gran derrota en la guerra de tu general? ¿Tú vas a atreverte a atacar a pueblos invencibles? ¿No conoces el valor

[44] No se sabe con precisión de qué lugar se trata.

[45] Jefe, como sucesor de su padre Güenfan, de la tribu de los frexes —en este caso, Coripo utiliza el adjetivo *laguantan* con el sentido genérico de «moros»— y uno de los reyes principales de Bizacena. Ya bajo el dominio vándalo comienza a realizar saqueos y pillajes, hasta que consigue hacerse con el poder y para ello, unas veces permanecerá fiel a los romanos, otras se les enfrentará, según su conveniencia.

[46] Coripo utiliza tres términos generales para referirse a los moros: *Mauri, Massyli* (en este caso lo utiliza como adjetivo, modificando a «tropa») y *Mazax*. El segundo aparece en la *Eneida* VI 60, y el tercero en *Farsalia* IV 681.

[47] El ex-cónsul Solomón, jefe de estado mayor de Belisario, fue nombrado por Justiniano sucesor del mismo y prefecto del pretorio de África. Por PROCOPIO *(Guerra contra los Vánd.* III, 11, 16) sabemos que era un eunuco y, según el mismo autor *(Guerra contra los Vánd.* IV 19, 3-4), gobernó con moderación y aseguró una completa seguridad en África.

en el combate del pueblo de los ilaguas, que tanto celebra la antigua fama eterna? Cuyos antepasados ya conoció en la guerra Maximiano[48], emperador que poseía el cetro de Roma sobre el orbe. Tú, con unos pocos soldados, tú que ya vas a morir, ¿te atreves a mirar mis escuadrones? ¿Vas a poder resistir nuestro ataque y mirar a la cara de mis hombres, general romano, en el campo de batalla? Mejor, date la vuelta, coge tus estandartes, emprende la retirada y guárdate de la muerte. Pero si piensas que puedes entablar batalla conmigo, si te agrada morir y ya te llama el día último, ¿por qué cansas a tus hombres? Contéstame cuál es tu decisión y vendré a donde quiera que desees, para no hacer esperar al destino. Estas órdenes me dio nuestro jefe valerosísimo, tú da la respuesta que quieras».

Entonces sereno en su firmeza de carácter, sin encolerizarse contra el enemigo, dice el general: «No es necesario responder ahora al cruel enemigo. Debo meditar durante algunos días las instrucciones del feroz tirano y después os daré las mías». Hablando de este modo, ordenó tenerlos bajo vigilancia mientras preparaba valerosas empresas. ¿Quién pudo esperar que quedaba una salvación para aquellos hombres? ¡Cuánta tolerancia la del gran general! ¡Cuánta su bondad y su moralidad en el mando! Los corazones bárbaros se hinchan, inflamados por una cólera desmesurada: éste actúa con clemencia, gobernando con dignidad romana. No quiso castigar a los soberbios con una muerte inmediata, sino salvar a los humillados y aliviar a los sometidos. Así permanece y permanecerá siempre la virtud romana: reprime y salva, promete el perdón desde la ira.

48 Marco Aurelio Maximiano compartió el poder con el emperador Diocleciano, instaurador de la Tetrarquía, durante los años 286 a 304 d. C. y tuvo que enfrentarse a las tribus de moros y beréberes que se rebelaron en África.

Se levanta el campamento de los romanos que avanzan hacia el enemigo. Discurso de Juan

Cuando Lucífero[49] extendió sus rayos resplandecientes saliendo de las aguas del Océano, entonces el general da orden de levantar todo el campamento y de salir a las falanges en apiñadas filas. Dando la señal, gime terrible, con espantoso canto, la trompeta de hueco bronce, arrojando del pecho el dulce sueño. Se dan ánimos los soldados —el clamor llena las tiendas— y exhortan al compañero; entonces los escuderos arrancan la tela de las tiendas, fijada al suelo, traen de las altas caballerizas a los caballos adornados con placas de metal y recogen todas las armas. Pero cuando el ejército empieza a avanzar, formados los escuadrones, y a mostrar por la llanura las águilas victoriosas, poniendo así orden a las preocupaciones en su corazón, siempre atento, advierte él mismo a sus capitanes, refiriéndoles y mostrándoles la situación: «¡Oh, ejército romano, oh, fidelísima esperanza del Estado, oh, valor y honra del mundo, el más sólido sostén y lealtad del Imperio y recompensa a nuestras empresas, aunque bien conocéis la confianza que debemos poner en este pueblo, yo mismo os recordaré, sin embargo, las insidias, los engaños y las traiciones pronosticando lo que hay que temer y exponiendo lo que hay que hacer. Las duras batallas nunca carecieron de malvadas traiciones: el ejército moro siempre combatió mediante insidias[50] y acechó, confiado en dudosas armas; sólo el engaño mantiene a las fuerzas masilas y

---

[49] Es el nombre latino de Fósforo, la estrella matutina, también llamada Heósforo. Frecuentemente es personificado en poesía como el astro que anuncia la Aurora y trae la luz del día.

[50] Es característico de la estrategia de los moros el sorprender al enemigo desprevenido e indefenso mediante estratagemas y emboscadas. La técnica de los moros que detalla en este caso Coripo y que consistía en acorralar al enemigo en un valle, provocando después una emboscada, ya la explica LUCANO en la *Farsalia* IV 736-748.

hace luchar a los cobardes, mientras las rocas ofrezcan escondrijos en los más altos montes o los ríos de extensas orillas o el campo donde se extiende la verde oliva o los árboles de frondosa copa permiten al ejército permanecer escondido en el campo. Con estas astucias provoca el moro la lucha, de modo que, al aparecer de repente con rapidez, atemorice al enemigo desprevenido y lo asedie, inseguro, confiado en su número, en el terreno y en los caballos domados; entonces se envían maliciosamente unos pocos guerreros a los llanos campos para provocar el combate y huyen al ser vistos para atraer a más enemigos. El moro blande lanzas con punta de hierro y no cesa de dar vueltas con su caballo domado; pero cuando se acerca el enemigo, huye con habilidad para dispersar, astuto, las filas ordenadas mientras lo persigue una tropa numerosa que se cree vencedora, extendiéndose en los campos en todas direcciones. Con estas estratagemas actúa el moro cobarde simulando la lucha, hasta conducir al ejército contrario en medio de los enemigos y lo encierra en valles sitiados. Entonces cuando se descubre el engaño, afloja las duras riendas y hace venir de todas partes a las bandas que permanecían ocultas. Él, que es presa de un miedo atroz, huye en el primer tumulto: a éste, que el mismo miedo hace temeroso, abate el moro con duro golpe. Pero si valerosamente los soldados les hacen frente con firmeza, ninguna tropa perseguirá a quienes se atreven a luchar, sino que huirán volviendo los suaves cuellos de sus caballos: de este modo abandonan el combate. Así cae el ejército que huye, así resiste el firme. Pues la fortuna abatirá a los cobardes y ayudará a los prudentes y valerosos[51]: pues con frecuencia volvió a ver a muchos y ¡cuántos obtuvieron la victoria de esos mismos peligros! Como deben ser los capitanes, prudentes, fuertes y fieros, que

[51] La *sententia* recuerda el virgiliano *audentes fortuna iuvat (Eneida* X 284).

demuestre cada uno sus fuerzas en el momento crítico de la batalla. Que ésa sea la empresa digna de vuestro valor. Disponed las tropas en escuadrones y que avancen todas las enseñas en manípulos ordenados. Que se actúe sobre todo con la mayor prudencia, seguid, vigilantes, estas recomendaciones: de este modo venceréis a los enemigos. Que precedan los oficiales, cada uno en su orden, a la tropa y que mientras vayan los capitanes a explorar los valles sospechosos y a preparar caminos accesibles. Todo el ejército estará seguro con estas disposiciones: y el enemigo no vendrá por sorpresa al que es prudente y permanece rodeado de los suyos. Pero si el ejército moro, acostumbrado a las oscuras trampas, ataca, antes un veloz mensajero a caballo lo traéra hasta mis oídos y hará apresurarse a las cohortes con cautela. Recordad esto, capitanes: confiad en la justa salvación».

Esto dijo el general y el ejército lo acepta con palabras de aprobación: lo alaban, le aplauden y lo aprueban, se regocijan en su corazón y, alegres, ejecutan sus órdenes con solicitud.

LIBRO SEGUNDO

Huida de los moros ante el avance de los romanos. Invocación del poeta a Justiniano y a las musas

Mientras tanto, se expulsa al moro destructor de regiones enteras y el enemigo adverso lo aplasta en su agitación. Al huir, abandona aterrorizado las ciudades sitiadas y agobiado por el miedo acude corriendo a los altos montes para montar y proteger sus funestas tiendas en los bosques. Los profundos valles y las inclinadas colinas se llenan de innumerables tribus que cubren los anchos campos y los ríos sinuosos. Apiñados escuadrones impiden ver la tierra limítrofe y la choza colgante oculta las copas de los árboles en los altos bosques. Huye de aquí todo tipo de animales temiendo los venablos del moro sanguinario; pero sin poder escapar, desgraciados, a tamaña destrucción, sino que yacen en el suelo con los dardos clavados en el pecho. No pudo el tierno pájaro colgar su querido nido de las altas ramas o entre el follaje; pues los moros atan sus tiendas a todos los árboles para levantar un techo y en ningún monte queda ya una cima vacía: igual que se oculta la tierra, cubierta por una nube cargada de nieve, y los campos, los montes y todos los árboles están blancos y el mismo movimiento del aire es limitado; las abundantes lluvias arrebatan la apariencia evidentísima de las cosas y no se

reconocen los astros en ninguna constelación. ¿Qué poeta con una nueva técnica me pondrá en orden tantos pueblos, tribus y batallas[52]? Tú, Justiniano, enséñamelo todo, con tu ayuda: pero haz partícipe a la musa de delicioso encanto. Que ella disponga mis versos que vacilan entre insólitas palabras: tan salvajes son los nombres vociferantes en la lengua bárbara.

Enumeración de las tribus y los jefes que participan en el combate

Va el primero a la guerra, obligado por la muerte fraterna, Antalas[53] príncipe de los moros, que en otro tiempo fue súbdito de los emperadores romanos, grato a los capitanes y fiel a nuestros dirigentes: provocando al combate, furiosamente encolerizado, levantó su temible diestra con la que empujó con violencia a todos sus pueblos, cubiertos de bronce, hacia las recompensas de la guerra. Fue fiel a la paz establecida en las fronteras libias y la mantuvo durante diez años enteros. ¡Ay, qué indiscreción de un jefe ignorante provocó la lucha, haciendo reavivarse las llamas apagadas! La locura sembró entonces las semillas de la peligrosa guerra; la cólera facilitó el crimen de la perfidia y el germen de tanta muerte. Con más dureza provocó a las rudas tribus de Libia, promoviendo matanzas en todo el orbe.

Con escuadrones de la misma raza lo siguen los frexes[54] en apretadísima formación; con cuello altivo alaban a su dirigente,

---

[52] Tópico de la falsa modestia (cf. nota 8).

[53] La muerte de su hermano Guarízila se llevó a cabo por orden de Solomón, el pacificador de África antes de la llegada de Juan Troglita, sin considerar su fidelidad al imperio mantenida durante años.

[54] Una de las tribus que habitaba las estepas y llanuras del sur de Tunicia y en época bizantina de las más temibles entre las poblaciones indígenas de esta región. Bajo el mando de su gran jefe Antalas, habían derrotado más de una vez a los ejércitos de los reyes vándalos y tanto por el prestigio de sus fuerzas como por el nombre de su rey, ejercían sobre las tribus vecinas una autoridad incontestable.

pueblo fuerte, de hombres duros y fiero en el peligro de la guerra, tanto si va a pie, anticipándose por la llanura a través del enemigo, como si espolea los ijares de su caballo relinchante. Por una parte, empuñan sus armas los veloces escuadrones de caballería que acompañan a Sidifan[55]. Él vuela impetuoso en medio de la formación, confiado en su caballo, y, enérgico, pone en movimiento a las falanges armadas, provocándolas, corriendo, indómito, aquí y allá por los anchos campos. Por otra, las cohortes de Sinusdisa se extienden rápidamente por el campo de batalla y los silvacas amenazadores y los naffur, de crueles armas y el feroz Silcádenit[56], que en los caminos apartados de los elevados bosques prepara batallas temibles por sus emboscadas, amedrenta a los enemigos con la confusión del lugar y es descubierto, fuera de sí, en sombríos crímenes[57]. A continuación avanzan los que habitan las montañas de Gúrubi y los valles estériles, las colinas de Mercurio e Ífera[58] de frondosos

---

[55] Nada se conoce sobre los nombres de Sidifan o Sinusdisa (v. 51), que me inclino a interpretar más como referidos a personajes que a tribus. La dificultad que plantea Coripo consiste en que en muchas ocasiones no puede distinguirse entre los nombres referidos a grupos y a individuos, pues con frecuencia las tribus son nombradas con términos en singular.

[56] Los silvacas y silcádenit, cuya situación geográfica nos es desconocida —sólo se nombran algunos lugares como Gúrubi, Mercurio e Ífera— pertenecen al mismo grupo que los Frexes, al igual que los Naffur, que parecen estar establecidos al sudeste de la Bizacena y que se encuentran continuamente asociados a las empresas de Antalas.

[57] Cf. nota 43.

[58] Resulta difícil la identificación de estos lugares. DIEHL (*L'Afrique Byzantine...*, pág. 304, I) habla de un país montañoso y boscoso, en la península del cabo Bon, que se extendía desde Curubis (Kourba) hasta el promontorio de Mercurio. Para SHEA (*The Iohannis...*, págs. 54-55) resultaría tentador identificar *Gurubi* con *Curubis,* la actual Gurba que, según Ptolomeo, el *Itinerarium Antonini* y Cellario, está entre *Hadrumentum* y *Neapolis,* cerca del promontorio de Mercurio.

bosques; con ellos marchaba el imponente Autíliten[59] que no le iba a la zaga en las atrevidas empresas de su padre, prefecto y aliado en la guerra y que a nadie era fiel; daba rienda suelta a sus crímenes incendiando, robando con crueldad, matando y llevándoselo todo por la fuerza. Iban los silvaizan y los nómadas mácares[60] que en los altos montes escarpados y en los espesos bosques levantan sus erizadas tiendas, protegiéndose tras la sombra de una roca; los silzactas y los veloces caunes[61], entre quienes derrama su corriente el Vádara a su paso por los llanos y mezcla las fuentes con sus aguas, por donde dirige su curso, desde la cima de un monte, sobre la hierba de sus curvadas orillas. Acudieron a combatir los pueblos que alimenta el Agalumno, al que puede verse alzar su elevada cima en medio de las nubes, y el Macubio[62] que sostiene los astros del vasto firmamento; y los pueblos a los que ⟨***⟩ alimenta atando la escasísima cebada cargada de paja de la tierra llena de maleza. Sascar acude también a la llamada desde territorios lejanos y los ástrices, Anacutasur, Celiano e imaclas[63]. Y los pueblos

---

[59] Sin duda, es otro jefe moro, aunque nada se conoce sobre su identidad.

[60] No sabría decirse exactamente dónde se encontraban establecidas las tribus de los silvaizan y mascares cuyas tiendas estaban cubiertas de follaje, de ahí el adjetivo «erizadas» *(horrida)*. Al parecer, las tribus revueltas y mal sometidas se refugiaban en las regiones montañosas del norte y del interior de la provincia proconsular.

[61] Estas tribus ocupaban el alto valle del Bagradas, hacia el punto donde el río se escapa de las montañas para entrar en la llanura y con seguridad cubrían la región accidentada y difícil que se extiende entre Khamissa *(Thubursicum Numidarum)* y Soukarrhas al oeste, Chemtou y el Kef al este.

[62] Montes del sur de Bizacena; ambos se sitúan a cuarenta kilómetros aproximadamente de la antigua ciudad de Thelepte.

[63] No sabemos con seguridad si el nombre de Sascar alude a un individuo o a una tribu. Los mecales o imaclas eran tribus que vivían sobre la orilla de la Pequeña Sirte, en los confines mismos de Tripolitania y Bizacena, entre el lago Tritón y el mar; y cerca de ellos el numeroso y poderoso pueblo de los ástrices, cuyo territorio se extendía cerca de la costa.

que poseyeron la encrespada Zérsilis de reducidos campos. La deshonrosa Gálica manda en seguida sus siniestros hombres; y no cesan los funestos campos de enviar a los pueblos que la nutricia Tilíbaris recibió de las tierras de Talante, por donde Marta[64], creadora del mal, prolonga al mar sus arenas mezcladas. La tropa romana hubiera evitado ver estos funestos campos, si el destino, a menudo enemigo de los buenos, hubiera permitido romper los hilos de la muerte: así tú lo dispusiste, Padre eminentísimo, así lo exigían tus órdenes.

Un mensajero, atravesando hasta los más remotos territorios de Libia, convoca a las tribus indómitas para luchar contra los extranjeros. El ilaguas[65], que nunca fue vencido, acude con numerosos soldados y aterroriza al orbe entero corriendo de un lado a otro. Lo sigue el salvaje áustur[66] con las riendas de sus caballos aflojadas, confiado en sus fuerzas, valeroso en armas y superior sólo en número. Pues el áustur guerrero, ansioso por entablar equívocas batallas en los campos, levanta muros amarrando los camellos y cava fosas y coloca ganado de distinta clase, rodeándose de un apretado círculo para impedir con obstáculos el ataque de los enemigos y cerrarles el paso en su confusión[67]. Corre entonces el cruel ilaguas a abatir a los escua-

---

[64] Para Diehl (*L'Afrique Byzantine*..., pág. 303, I), Zérsilis puede ser Gergis, en la costa de la Pequeña Sirte; Talalati y Tilíbaris fueron en otro tiempo estaciones de la ruta de *Tacapae* a *Leptis Magna*, y capitales de los territorios militares; Gálica y Marta se situaban al sudeste de Gabés.

[65] La más importante de las tribus de los marmáridas es la de los ilaguas o laguantan, sin duda los *leuathai* de Procopio. Establecida, al parecer, en los confines occidentales de Tripolitania. Durante muchos años esta tribu comenzó y dirigió todos los ataques emprendidos contra el país bizantino. Parece además haber ejercido sobre las tribus vecinas una especie de preeminencia.

[66] Los áustures, rápidos jinetes, acostumbrados a vivir de robo y de pillaje, vivían, según indica Amiano Marcelino, entre *Leptis Magna* y Cirene.

[67] Coripo alude a una táctica típica de los moros, la de proteger el campamento con los propios animales (cf. IV 598). También Procopio (*Guerra con-*

drones entre los estrechos muros y se dirige con seguridad a los campos persiguiendo y cerrando el paso y con inaudita matanza se enfurece, destructor, contra el desgraciado ejército. Tienen el ariete, arma monstruosa de guerra, y levantan sus tiendas de manera ordenada con las enseñas colocadas en diversos sitios, raza espantosa de hombres aguerridos, audaz por sus innumerables victorias, que no deja nunca de luchar, impía y cruel; no teme destrucción alguna, aunque pudo haber temido o le será permitido merecidamente: que se arrepienta durante largo tiempo de haber sido cruel. Pues el poderoso Ilaguas, postrado en otro tiempo con una herida por los anchos campos, entregó sus terribles lanzas, poniendo fin a los botines y batallas. El feroz Yerna [68] era su jefe y sacerdote del dios Gúrzil [69]. Dice el pueblo que su padre es el cornífero Amón [70] y una brava becerra su madre: ¡tan grande es la locura de las mentes ciegas! ¡Ay, así engañan los dioses a sus desgraciados pueblos! Acuden los ifúraces [71], expertos en armas hostiles: su infantería se distingue por los escudos y armas resonantes, poderosa en el manejo de la espada cuando ataca al cruel enemigo. La tropa

---

tra los Vánd. IV 11, 17-20) hace alusión a este sistema de defensa en el ataque de Solomón a los moros. El camello, animal indispensable para los nómadas de Tripolitania, es utilizado al mismo tiempo como animal de carga, como montura y animal de combate.

[68] En el gran levantamiento del 546, Yerna, jefe de la tribu de los laguantan, fue nombrado general en jefe a la cabeza de todas las tribus de Tripolitania.

[69] Divinidad adorada por la tribu de los laguantan, cuyo nombre servía a sus adoradores como grito de guerra en las batallas y su imagen, llevada como fetiche en medio de los combates, era regada, la víspera de la lucha, con la sangre de los sacrificios.

[70] Dios de Tebas, en Egipto, que era adorado bajo la forma de un carnero. Había sido asimilado a Zeus por los griegos. Ovidio (cf. *Metamorfosis* V 17; XV 309) utiliza también el adjetivo «cornífero» *(corniger)* al referirse a Amón.

[71] Sobre la tribu de los ifúraces no se conoce nada, sólo sabemos por Coripo que eran soldados de infantería.

muctuniana[72] que habita la desierta Trípoli baja desde las tierras cálidas; la malvada Gádabis envía hombres desde su ciudadela y la pérfida Dígdiga[73], erizada de terribles murallas, proporcionó una formación a las tierras vecinas. Entonces acuden los pueblos que barren los estanques con sus chalupas velanides[74] y corren con habilidad por la superficie del agua, arrojando sus curvados anzuelos a los peces temblorosos.

Los barceos[75] rivalizan en su cólera con acostumbrado furor, comienzan a abandonar sus tierras y a tratar de obtener las nuestras. La ira y la guerra proporcionan armas y una raza dura a estos hombres. No llevan los escudos y las espadas amenazadoras ceñidas al costado, como de costumbre, sino que con una cuerda que los rodea, ligeramente ajustada, sujetan las vainas colgando de sus brazos desnudos. Y no adornan los moros sus brazos con mangas de túnica ni se ciñen con cinturones incrustados de ninguna clase de cuentas, sino que, desceñidos, excitan a sus fieros escuadrones al combate llevando dos lanzas de hierro muy pesado. Un tosco manto acolchado[76] que cuelga, anudado, de los miembros les cae bajando desde los hombros; después, un manto de tela, atado con un fuerte nudo, les cubre la negra cabeza y bajo la negra planta pisa el áspero pie moro.

---

[72] Para MAZZUCCHELLI (en I. BEKKER, *Merob. et Corip.*, pág. 231) esta tribu debió de vivir cerca de la ciudad de Macuma o *Macumades Syrtes*.

[73] PROCOPIO sitúa el pueblo de Gádabis cerca de Leptis Magna (*Edif.* VI 4, 12) y Dígdiga es referida en la *Tabula Peutingeriana* como el *municipium Selorum*.

[74] No se sabe nada de los velanides, ni siquiera si se trata de una tribu, excepto que se los nombra con relación a las ciudades de Gádabis y Dígdiga.

[75] Son probablemente los habitantes de Barca, que aparece en el *Itinerarium Antonini,* conocida también en la antigüedad como Ptolemais e identificada con la moderna Tolometa. Este pueblo es mencionado por Heródoto y Ptolemeo.

[76] Procopio nos da también esta característica de los moros: «En cualquier época van vestidos con una túnica basta y un manto de tela áspera».

A tantos pueblos moros soportó África en la guerra. ¿Quién podría pensar que ha sobrevivido la desdichada? Pero no fue esto suficiente, ¡oh, dioses! Al instante se levanta, audaz, desde uno y otro territorio, el jefe enemigo indignado por la destrucción que la tropa romana le causó antes a él con los estragos de la guerra: por eso, terrible, acumula ahora tanta ira. Le acompañan innumerables tribus: los que viven en Gémini Petra[77] y en los campos de Zérquilis cubiertos de maleza y los que habitan los infames montes del funesto Navuso y los lugares desiertos y los que alimenta la seca tierra de la execrable Árzugis —así la llaman los antiguos—. La tropa aurasitana[78] baja de las tierras altas; sus líneas de infantería no pueden venir a combatir, pero su caballería lucha con valor. Llevan entonces dos lanzas de duro enebro y aguda punta de hierro y a menudo un ligero escudo tosco pende de la dura espalda o les cae suspendido del costado y la espada misma, fulminante, les cuelga, atada, del hombro izquierdo. El moro labrador, que siega dos veces al año las mieses de la cálida Vadis[79] atando la cebada en pacas bien apretadas, es presa de delirio, ¡ay!, sobre la seca arena del candente Febo. ¡Qué grande es el afán de botín! Se hace frente

[77] Los territorios que ahora se nombran estaban ocupados por las tribus de Numidia. *Gemini Petra* es el precipicio mencionado por PROCOPIO y llamado *Geminianou pétra (Guerra contra los Vánd.* II 20, 23). *Zerquilis* es, según PARTSCH (en G. W. SHEA, *The Iohannis...*, pág. 57), la otra fortaleza del monte Aurasio, que PROCOPIO llama «Serboule» *(Guerra contra los Vánd.* II 19, 19). Los montes de Navuso y la tierra de Árzugis son más difíciles de identificar.

[78] Así llamada por vivir en los territorios cercanos al monte Aurasio.

[79] Vadis estaba situada cerca del monte Aurasio, PROCOPIO la situa al pie *(Edif.* VI 7, 8). PARTSCH *(Corippi Africani...*, pág. XV) la identifica con la moderna Badis. En las regiones montañosas y llanuras fértiles vivían las poblacio-

al ardiente calor, se soporta la sequía, el ardor del estío y la sed por el afán de una guerra salvaje y el deseo del indigno dinero.

Primer enfrentamiento sin importancia entre romanos y moros

El valeroso ejército, apresurándose, veía ya a los enemigos apiñados en las cimas de los montes y colinas y los lugares humeantes de llamas y los bosques que cubría el compacto ejército no dejaban ver ninguna cumbre. Todas las viviendas permanecen ocultas. Por todas partes suena una voz cruel confundida en el aire. Se creería que, un fuerte temporal, al desatarse, sacude los bosques y las selvas sonoras y que se estrellan en la costa las aguas entrechocadas del mar. Se agudiza, por una parte, el griterío de los jóvenes, el relincho enloquecido de los caballos, por otra. Golpean el aire las madres con temblorosos gemidos. La tierra hierve entonces en agitado tumulto. Viene entonces un grupo de pastores huyendo de los valles ante la llegada del enemigo. El balido del ganado resuena por los prados y brota de la arena un polvo denso. Ya corría el caballo por los campos con las riendas aflojadas y era el primero en arrebatar la presa entre los rebaños ahuyentados. Entonces les salen al paso, desde un peligroso desfiladero, unos pocos enemigos pero no se les ve avanzar ordenados en escuadrón alguno ni amenazar impetuosos a los enemigos que se encuentran en frente, sino que sólo se enfurecen con un griterío. La tropa entonces busca desde los bosques los mantos agitados por frecuentes movimientos, llamando en su ayuda, según la costumbre, a las multitudes de moros. Así pues, los veloces frexes acuden volando al primer enfrentamiento en un combate sin importancia y aseguran sólo los ganados: pues la implacable formación no lleva arma alguna.

---

nes sedentarias que cultivaban la tierra, mientras que en el límite del desierto o en las vastas estepas propicias para los pastos, la vida nómada persistía.

Una patrulla romana se adelanta para espiar al enemigo y es descubierta por los moros

No se inició, sin embargo, la batalla con derramamiento de sangre. Pues Géisirit, jefe valeroso, se había adelantado a la formación por orden del general, acompañado del sabio Amancio[80], para explorar los territorios enemigos, sondear los valles y allanar los caminos, según la costumbre. Los ejércitos romanos se asientan ahora en un elevado montículo y contemplan con sus ojos a los pueblos impíos; en su pensamiento dudan qué han de referir a su ilustre general. No pueden soportar aquel tumulto ni observan con detalle aquellos parajes atestados. ¿Quién podría ver tantos miles de hombres? Tantos como la langosta que cae cuando sopla el austro[81] y se extiende bajo las estrellas sobre los campos de Libia al acabar la primavera o cuando el noto le ordena precipitarse desde el alto cielo al mar y un enorme torbellino la arrastra: el corazón de los campesinos vacilantes se estremece ante el temor de que la terrible plaga triture las cosechas, devaste los tiernos frutos y los huertos que empiezan a verdear o dañe la oliva que florece en tiernas ramas.

Y ya iba a volverse la tropa romana con los informes para su general, cuando el enemigo, que se encontraba cerca, rápidamente los rodea. Y avanzaban ahora las filas de endurecidos hombres. Acuden los enemigos apiñados desde los montes y de todos los desfiladeros, derramándose por todos los campos: el áustur y la tropa mutuniana que se pone en movimiento, ardorosa, con armas indómitas. Les sigue el valeroso ilaguas. Y el ejército, trasladándose cerca de la muchedumbre enemiga, corría ya con innumerables caballos; crea la confusión y los hostiga y se concentra más y más en apretada formación, dominan-

[80] Amancio era el escudero de Juan Troglita.

[81] Viento del Sur.

do a los soldados. Las lanzas mismas estrechan el campo de batalla y un enorme estrépito golpea la tierra. Como cuando el viento empuja con fuerte silbido a las nubes que corren; entonces se inflama un nubarrón con frecuentes relámpagos y la tormenta, que llega por el frente contrario, se desata, arrojando un terrible granizo de enorme peso: el viajero, sometido por las lluvias y vientos, inclinando entonces su apenado rostro, tirita de frío con un castañetear de dientes; así encorva la espalda, vencido, y encaminándose a lugares seguros, corre hacia los bosques y viviendas. Del mismo modo se retiraba vencido el jinete romano, ante el ataque del poderoso enemigo. Aunque su insigne valor se despierta para perseguir valerosas hazañas, cae, sin embargo, sobre él el enemigo que acude numeroso en exceso. Los soldados no pueden arrojar con la mano los dardos ni flexibles saetas; sólo apenas les basta la espada para defenderse en el combate, apenas les bastan los escudos para resistir los golpes. Golpea entonces el aire un siniestro griterío: los escudos de los hombres que hacen frente a los dardos recibidos les responden con gemidos. La vida es zarandeada por horribles peligros. Entonces el ejército romano intenta poco a poco retirarse de la lucha, debatiéndose por alcanzar las colinas de enfrente.

Un mensajero informa sobre la situación crítica de la patrulla. El general acude en su ayuda

Entretanto un veloz mensajero había violentado los tranquilos oídos y sembró la agitación en el campamento con enorme estrépito, diciendo que los feroces enemigos habían bajado, innumerables, de los bosques y los montes y que abominables ejércitos habían llenado los campos, que los lugares eran ocupados por pueblos de armas resplandecientes y que ya podían sucumbir los capitanes ante tan gran batalla.

Al instante todos los jinetes se precipitan en campo abierto: pues a todos impulsaba el patriotismo, la pasión y el miedo a su

general que, temible, empuja las espaldas de los suyos, conduciéndolos con su voz: y golpea a veces con su lanza a los que ve detenerse. Ordena a las tropas que salgan del campamento y les manda ir en ayuda de sus compañeros.

Tras conducir a los veloces escuadrones de caballería a campo abierto y adelantarse a los capitanes, increpa a los que se demoran en el campamento, atemorizándolos con el sonido del ronco bronce. La trompeta, llamándolos con insistencia, gime, terrible, con tembloroso canto. Les sigue una formación compuesta por numerosos manípulos. La pezuña ensombrece de polvo las llanuras resplandecientes, el sol en su esplendor palidece, al contraerse sus brillantes rayos y el cielo es enturbiado por la arena que sube hasta él. Así como el euro se precipita desde los montes de Éolo, soplando potente cuando las tormentas barren la arenosa costa y enturbia el aire entonces con soplo amenazador, rasgando las nubes con hostiles soplidos: del mismo modo siembra de confusión las llanuras el ejército romano en compacta multitud. Y el polvo ya se cierne sobre los enemigos a lo lejos. Melango, receloso, los ve venir desde una roca situada en frente y da la señal bárbara, alborotando a sus cohortes con un enorme grito. La formación empieza a abandonar poco a poco los campos para ponerse a salvo en el campamento.

El general regresa con sus hombres indemnes y ordena montar el campamento cerca del enemigo

Al llegar el valeroso general rodeado por su tropa, ve a los enemigos asentados en la cima de los montes y recibe con alegría a sus hombres indemnes y gozosos. Cuentan entonces las feroces y terribles batallas que había llevado a cabo la tropa en medio de crueles peligros y hablan de los perniciosos desfiladeros. El general mismo ordena a sus hombres cavar los fosos y montar el campamento, no lejos del enemigo, cuyo campamento estaba situado en frente, sino muy cerca.

Llevan a cabo rápidamente sus instrucciones y fijan en seguida por la llanura las blancas tiendas de níveos toldos. Entonces la valerosísima tropa romana, tras levantar el campamento, corre de un lado a otro con diferentes ocupaciones. Una parte coloca de nuevo en su lugar las poderosas armas, examina las aljabas, vuelve a tensar los arcos y sujeta los pesados toldos en las altas columnas. Clavan en orden las lanzas sobre los tiernos prados apoyando, según la costumbre, los escudos sobre las lanzas y ajustan las pesadas corazas y los cascos con pieles superpuestas y guardan las hondas y el resto de las armas. Otra parte bien dispuesta reúne los caballos que han prestado sus servicios, llevándolos a pastos seguros. Vuela uno, experto en la preparación de la comida, coloca el caldero sobre las llamas y sirve las viandas. Otro saca agua helada de un pozo y otro prepara los lechos curvados sobre la hierba y coloca todos los platos en sus lugares, preparándolos para el banquete y lavándolos con agua corriente.

Juan comparte sus preocupaciones con el fiel Ricinario

Mientras tanto el ilustre general daba vueltas en su mente a sus preocupaciones, considerando los distintos asuntos: las tribus y los territorios, los cautivos africanos que mezcló la guerra con las tribus y los sometió, desgraciados, con la captura de un botín. Se consume el general y da vueltas una y otra vez en su mente a estas preocupaciones, sin saber qué debe hacer. Y su destacado valor ya prepara entablar el combate. Sólo su clemencia le dicta el perdón para no destruir sin distinción alguna a los ciudadanos cautivos por aquellos que se habían levantado en armas. Insomne, su pensamiento se debate, volando de una a otra posibilidad: cuando su voluntad toma una decisión, se opone luego a ella. Una lucha interna enloquece su corazón: la benevolencia y la cólera se enfrentan. Y como un campesino al ver que sus tierras dan frutos mezclados con zarzas, con apenado corazón se preocupa, solícito, de arrancar de sus campos las

funestas zarzas, pero —la misma Ceres[82] lo provoca— teme y calcula la pérdida si los abrojos mal dispersados arruinaran la cebada o murieran los frutos con las malas hierbas; así sopesaba el padre en su corazón las preocupaciones, una tras otra, juzgándolo todo en la balanza: a qué lado va a inclinarse su voluntad y qué deberá hacer. Y ni le agrada estar de pie ni sentado en agradable conversación: los suspiros se multiplican de su callada lengua. Agobiado por las preocupaciones y respirando con dificultad, se levanta y en medio del campamento decide luchar y va y viene por los caminos, fatigando su mente y su cuerpo. Lo acompaña en su caminar, excitado por las mismas preocupaciones, la gloria del ilustre general, su honorable consejero y en extremo benévolo, Ricinario[83] pegado a su costado. Lo tiene como fiel aliado en los crueles peligros, hombre de valor, que le sirve de consuelo por su buen juicio. Se alegra el general de que éste, vencida la batalla con los mayores triunfos, haya soportado con él tan grandes empresas en la guerra, obteniendo igualmente la mayor recompensa. Así pues, iba entonces como compañero, capaz de soportar las fatigosas preocupaciones y le reconfortaba, en su tranquilidad, con su conversación.

Juan pide consejo a Ricinario

«Mi pensamiento vacila ante las amenazas que nos acosan por doquier», dice el general, «y jadea mi pecho al dudar cuál será nuestra oportunidad de salvación en estos momentos críticos. No habrá victoria si se ocasionan grandes pérdidas: pues si se destruyen las cosas por las que vine a luchar ¿qué beneficio ha-

---

[82] Es el nombre romano de la diosa griega Deméter, hija de Crono y Rea. Es la divinidad de la tierra cultivada y esencialmente la diosa del trigo. Tanto en la leyenda, como en el culto, se halla estrechamente vinculada a su hija Perséfone, que fue raptada por su tío Hades, enamorado perdidamente de ella.

[83] Consejero y jefe de estado mayor de Juan Troglita y que, al igual que él, había tomado parte en la última guerra persa.

brá para el vencedor? Pues estoy cansado de toda esta situación llena de calamidades. Por una parte, nos amenazan con una funesta destrucción, por otra, quieren negar la gloria y quitar de nuestras manos los triunfos obtenidos por nuestro exigido deber. Si decidimos luchar, los cautivos africanos perecerán confundidos con las tribus. ¿Qué gloria la de nuestra hazaña, si entregamos a los desgraciados? Ningún enemigo será vencido en este momento. Piensa qué debo decidir ante el riesgo de la cruel guerra y dime qué debo hacer».

Respuesta de Ricinario

Esto dijo con calma el héroe Ricinario, hablando brevemente y con voz clara: «El valor que lo sopesa todo con moderación, éste es el más importante, éste sólo me parece bien, éste es capaz de vencer y apaciguar a los pueblos. Más vale, noble general, que domines tu indómito valor con una santa benevolencia; con cualquier cosa que hagas después, la victoria será nuestra: así lo muestran el orden establecido y todas las cosas. Sólo es necesario enviar embajadores al duro tirano, prometiéndole la paz; que reclamen a los prisioneros y que se retire de nuestros territorios el impetuoso áustur y el cruel pueblo de los ilaguas. Que éste mismo, acostumbrado a soportar con frecuencia el yugo del emperador, someta su cuello. Si se retira, todo estará salvado; perdonarás a las tribus y se concederá sin violencia la victoria a nuestro imperio. Pero si, por casualidad, el rebelde mantiene altivo su cuello, entonces deberá ser vencido por las armas. Y no habrá en ningún momento arrepentimiento en favor de los desdichados: si caen en combate, Juan estará libre de todo pecado. Tu probada bondad permanecerá intacta en tu corazón». Agradaron al general los justos consejos del fiel varón; aunque liberado el padre de aquellas preocupaciones, no descansa, sin embargo, pues otras preocupaciones fatigan su corazón sucesivamente.

Instrucciones del general al mensajero que irá hasta el jefe moro

Inmediatamente pone en práctica el plan y ordena a un veloz escudero que lleve sus proposiciones al soberbio tirano, instruyéndole de este modo: «Lleva mis palabras al rebelde; golpea los soberbios oídos con estos consejos nuestros. Mientras pecan las tribus, la clemencia romana perdona, olvidando todos los delitos. No tenemos prisa en destruir cualquier tribu en el combate si renuncian finalmente a la guerra, retirándose, si sometidos piden para sí mismos tratados, perdón y paz. El emperador prefiere que todo le pertenezca para salvar a todos y gobernarlos como su señor, perdonando a los sometidos y doblegando con su fuerza a los soberbios[84]. Que el agobiante temor no se adueñe de tu corazón, esclavizado por tus pecados. Pues todo te será ventajoso si te retiras y te daremos por añadidura el perdón y la paz de buen grado. Tantos pueblos aprenderán cuál es el poder romano y cuál su clemencia y fuerza de gobierno. ¿Qué fatalidad te domina? ¿No nos fuiste siempre fiel y acostumbrabas a alegrarte con nuestros triunfos, entonces como buen súbdito? ¿Qué malos hados te arrastran, soberbio, hacia crueles guerras? Deja ya de una vez las terribles acciones que llevas a cabo, trastornado, contra las desdichadas tierras. ¿De qué te sirve, infeliz, provocar a las enseñas romanas? ¿Por qué te dispones a precipitar a los desgraciados en tamaña destrucción? ¿Acaso piensas que cualquier tribu a través de los siglos ha podido vencer a las tropas romanas? Nosotros dominamos al imperio persa, nosotros a los lazos, los hunos, los francos y los getas[85]. Y los feroces pueblos que bajo la bóveda celeste se ex-

[84] Cf. VIII 464: «al perdonar con su poder a los humildes y humillar a los rebeldes» *(dum relevat virtute humiles humilatque rebelles)*.

[85] Se trata de pueblos bárbaros. Los lazos son unos pueblos de la Cólquide, región de Asia Menor; los hunos provenían de la Sarmacia asiática; los francos eran un pueblo germano y los getas estaban establecidos en el Danubio.

tienden por el ancho mundo sirven como esclavos en nuestros palacios y bajo el mando del virtuoso emperador, tras haber renunciado a la lucha, se disponen a aceptar sus órdenes, doblegando sus cuellos al grato yugo. Acepta mis palabras sin dilación para salvar a las tribus y a los tuyos. No os enviamos la propuesta como cobardes, pensando en nuestra salvación, ni huimos de la lucha al pedir la paz. La clemencia[86] que mantiene el universo y vela por los desgraciados cautivos y por vosotros, teme por vuestra salvación. Ésta, en su grandeza, me ordena perdonar a vuestras fuerzas que están a punto de sucumbir: por los cautivos me será permitido conceder el perdón.

Pero si, en tu dureza, te atreves a ir en contra de mis palabras, prepara la guerra mañana: dispersa el ganado, según tu costumbre, en torno a los fosos para protegerlos[87]; levanta murallas que han de ser derribadas; reúne los rebaños de ovejas y las cabras preñadas y los chivos que balan en el centro con mirada amenazadora. No necesitamos derrumbar las huecas torres apuntando con el ariete. Mejor despojaremos a los enemigos sin él y entre tus ovejas todo carnero será robado y serviremos un buen almuerzo sobre las murallas destruidas. El esculpido Gúrzil, bajo cuya protección dicen que se concede prosperidad a tu ejército, será partido en dos, desparramada su madera y enviado al fuego ardiente ante la vista de todos. Vuestras tribus dispersadas lo buscarán en la llanura y por todos los montes. Cualquier crimen cometido por la inmoralidad mora lo vengará en justo combate nuestra tropa, derribando en la llanura los calientes troncos, una vez cortadas sus cabezas. Aprenderás lo mucho que pueden nuestras batallas mientras la espada venga a los desdichados africanos y los ejércitos moribundos caen desparramados por los fosos».

[86] Se refiere a la clemencia *(pietas)* del emperador, la misma que impulsa a Juan a perdonar a los moros si aceptan su proposición.

[87] Cf. *supra* nota 66.

Marcha del mensajero. Descripciones del campamento romano y moro durante la noche

Apenas dijo esto el general, el mensajero pisaba las regiones montañosas. Dirigiéndose al campamento enemigo, atraviesa por entre las tiendas y, sin dudarlo, se encamina después a la residencia del feroz tirano. La húmeda noche devuelve al cielo los astros resplandecientes y las estrellas fugaces. Pues Cintia[88], con su cuerno ya vacío se sumergió en el agua sin dar luz a la oscura tierra: el transcurso del mes había debilitado su luz. Pero el campamento de los capitanes romanos no sintió las tinieblas de la noche: intensas luces resplandecen, claras, en las hogueras por los campos y brilla la tierra por los altos montes circundada por el fuego. Los espesos bosques despiden rayos de luz hasta las nubes. ¿Quién podría aquella noche distinguir el cielo de la tierra, diciendo cuál era la estrella resplandeciente y cuál la llama? Todo era luz. Por una parte, resplandece la tierra de llamas, por otra, el cielo de estrellas. Cada vez que corría volando una chispa de fuego, se consideraba una estrella fugaz en la noche. Quienquiera que vio las tiendas desde el campo opuesto, tembló, en su ignorancia, creyendo que eran las estrellas que aumentaban de modo extraño en el cielo. Vagó el marinero por las llanuras marinas, sin poder entonces reconocer de ningún modo las constelaciones, y se resistió a navegar, haciendo retroceder su nave.

Vigilante, el soldado moro armado pasaba la noche insomne. Corriendo aquí y allá rodea los fosos y examina los sonidos con oído atento, previniéndolo todo, no fuera alguien a intentar tender una emboscada, aprovechándose de la oscuridad de la noche, o atacar el inseguro campamento. Corren aquí y allá a proteger las tiendas por turno y por turno duermen plácidamen-

[88] Nombre de Diana, identificada con la luna, honrada en el monte Cinto, en la isla de Delos.

te con el torso cubierto de hierro doblando sus cuellos que se inclinan sobre el pecho. Unos se ajustan los escudos, otros las aljabas colocadas tras la nuca y llevan lanzas y arcos. Los que están sentados, apoyados en las espadas, doblan el rostro sobre el pecho. El sueño, escapándose, apenas toca los ojos en el ala opuesta; y de nuevo, una y otra vez dejan caer la cabeza, sin poder levantarla, y cierran los ojos y los agitan y se golpea la cabeza cayendo sobre el agitado pecho. Mientras hacen guardia y cambian los turnos, arriesgándose en la ruta, el resto de la juventud, a salvo en el campamento, dormía ya plácidamente. Sólo las violentas acciones de la guerra atormentan su mente: el insomnio trastorna sus preocupados espíritus, ofreciéndoles distintas visiones en la noche. Cuando el soldado relajó sus miembros con un agradable sopor, le invadió en seguida el primer sueño con húmedas alas de nuevo rocío[89] y, habiendo exhalado su aliento, jadeó su pecho y, ausente, tomó el campamento enemigo desde los altos montes. Aunque duerme con el cuerpo inactivo, trabaja sin embargo con su mente, luchando, y vence al enemigo despojándolo o lo hiere o esquiva con astucia los golpes que le sobrevienen, oponiendo su escudo. Unas veces hay una separación entre su mente y su mano y otras, pone ambas en movimiento. Le parece que él mismo lucha en los bosques, pero sus miembros descansan debilitados por el sueño. A menudo ven sus ojos entablarse el cruel combate, sus ojos cerrados ven la lucha. Va violento en su cólera con la intención de atacar, pero los miembros cansados del guerrero se aflojan con el sueño. ¡Cuántas veces su diestra, blandiendo la espada, hiere, perversa, un pecho aliado, creyéndolo enemigo.

---

[89] Alusión a Hipno, la personificación del Sueño, que es hijo de la Noche y del Érebo y hermano gemelo de Tánato, la Muerte. Es representado a menudo como un ser alado que recorre velozmente la tierra y el mar y aletarga a los demás seres.

El ejército maurusio informado de antemano, en medio del bosque es ya conducido por crueles hados a lugares impenetrables. Al ver que su campamento es saqueado, abandona el amargo sueño. Desfallece y no puede llorar a sus camellos despedazados ni se levanta, vengativo, sino que ve correr por toda la llanura a las filas desparramadas, levantando en vano su diestra, y a otros, por otra parte, que han sido derribados fuera de los caminos con distinta suerte. A cualquiera que pretende correr se le debilitan los miembros de temor, desplomándose con el peso del sueño. Todo lo aterroriza el enemigo feroz, clavando una y otra vez el hierro cruel en las entrañas. Queriendo esquivar el violento golpe que provoca la herida, golpea el pecho de su esposa, dejando caer su cabeza. Entonces, se apoderan más bien de ella; pues el soberbio raptor se la llevaba por los bosques arrastrándola por los cabellos. Viéndose así cada uno, temían el sueño que les golpeaba el pecho. Contándose el siniestro descanso durante la noche, les aterrorizan las visiones, pero se alegran de que fueran falsas y ríen los hombres al contarse las batallas y el sueño. La brevedad del tiempo proporcionó alegría a los desgraciados.

LIBRO TERCERO

El general y sus hombres tratan los asuntos de la guerra y la destrucción actual de África

Las preocupaciones mantenían en vilo la mente del invencible general que, temiendo por los suyos, no ofrece a sus miembros descanso alguno y sin cerrar sus ojos al agradable sueño, los mantiene fijos, al acecho, en el centro del campamento. Rodeado de sus capitanes que se apiñaban en torno a él, discutían de modo semejante las cuestiones más importantes, pasando la noche en variada conversación. Se cuentan las satisfacciones del combate y las amargas pruebas por las que pasó el ejército romano en su conquista del mundo, narrando unas veces por orden las batallas bien llevadas a término, recordando otras con renovado dolor las guerras mal dirigidas. Mientras cuentan distintas cosas, habló así el general: «¡En qué situación se encontraba África en el momento de nuestra llegada, cuando Dios envió al cruel reino su mayor venganza para destruir al terrible tirano y a la raza vandálica, tras cien años de poder![90] ¡Con qué violencia había maltratado a los africanos el

[90] Sobre la duración del poder vándalo en África, hay desacuerdo entre los cronistas que tratan el tema y Coripo, quien habla de cien años de poder, redondeando, sin duda, la cifra. Así Marcelino Comes, Victor Tonense y Mario Epíscopo consideran, al igual que Procopio, que el dominio vándalo tuvo una dura-

abominable Géilamir, aniquilándose en su maldad, en la época en que el noble general Belisario envió bajo el yugo a las ciudades sidonias [91], y presentó al tirano capturado ante los más ilustres de la ciudad! ¡Con qué rapidez se llevaron a cabo tantas guerras, al disponer de las mejores fuerzas, y qué digna la fortuna que acompañó al héroe! Avanzaba su ejército bajo las sombras de los frondosos árboles y no les afectó el ardiente calor del sol que quemaba como en el estío abrasador, aunque era otoño, hasta tal punto que, a causa del ardiente carro de Febo [92], una guerra más penosa se llevaba a cabo sobre la caliente arena.

Y una vez se hizo la paz y fue capturado el tirano, África se volvió en extremo fecunda. Dejé a Libia rica y cultivada; al marcharme volvió a su estado anterior e incluso mejor que antes —así lo recuerdo—: fértil y rebosante de mieses, producía el brillo que derrama el fruto de la oliva y estallaba en zumos del alegre Yaco [93]. La paz era bienhechora para la comarca: ¿Qué violenta pasión tan desatada llevó a los hombres al combate? ¿Qué loco furor comenzó a arder en estos desgraciados territorios? ¿Qué Belona [94] excita a las innumerables tribus,

---

ción entre noventa y dos y noventa y siete años y hacen coincidir su caída con la captura de Géilamir, miembro de la familia real al que los vándalos concedieron el poder tras haber destronado al rey Hilderic.

[91] El adjetivo «sidonio» equivale aquí a «cartaginés».

[92] Coripo recurre a esta perífrasis para referirse a la elevada temperatura que soportó el ejército de Belisario.

[93] Dios que preside místicamente la procesión de los iniciados en los misterios de Eleusis. Parece ser que su nombre era el grito ritual *Iacche* proferido por los fieles. Las tradiciones varían sobre su personalidad, aunque en general este dios, cuyo nombre recuerda uno de los que lleva Dioniso, Baco, puede considerarse como mediador entre las diosas eleusinas y Dioniso. Se le identifica a veces con Baco.

[94] Diosa romana de la guerra, considerada a veces como esposa de Marte; se le representa también conduciendo su carro, con rasgos horripilantes, empuñando una antorcha, o bien una espada o una lanza. Se parece mucho a la representación tradicional de las Furias.

golpeándolas injustamente con su látigo?, o ¿qué Erinia[95] sobreviene e inflamando a las tribus con los fuegos de Faetonte, así todo lo arruina, al provocar una violenta destrucción? Venga, contéstame, cualquiera que estés presente y seas testigo de la época que discutimos».

Gencio propone al tribuno Liberato referir los orígenes de la guerra de África

El ilustre Gencio, respondiendo a su general y siendo él mismo también general, dice: «Dirigente supremo de los capitanes, que mereces el honor de una digna aclamación, que eres el sostén de una tierra vacilante, esperanza de Libia, protección y fuerza de nuestra victoria, desconocemos el infame origen de la reciente guerra, pues impenetrables misterios lo encubren. Si a vuestro tribuno Cecílides[96] que es de la región, se le ordena narrar la crisis del inicio de la guerra, podrá aclararnos todo, pues un ciudadano conoce cualquier cosa que se lleve a cabo en su patria: a las tribus y sus territorios, al responsable del mal o la cólera de una época pasada».

Liberato expresa su emoción al recordar tales momentos

Se ordena a Liberato que hable con palabras sosegadas. Obedeció al instante y habló así con clara voz: «Me esforzaré, el más noble de los generales, en narrar las causas de las calamidades, como lo exigen tus órdenes. Pero cuando intento hablar,

95 Las Erinias, llamadas también las «Euménides», son unas divinidades violentas que los romanos identifican con las Furias. En un principio su número es indeterminado, pero más tarde se va precisando, así como sus nombres; generalmente se conocen tres: Alecto, Tisífone y Megera. Se representan como genios alados, con serpientes entremezcladas en su cabellera y llevando en la mano antorchas o látigos. A partir de los poemas homéricos, su misión esencial es la venganza del crimen.

96 Liberato Cecílides, tribuno africano del que se sirve Coripo en el poema para narrar, *in medias res*, el origen de las revueltas en África.

se enciende la perversa llama, la sangre helada altera el ritmo de mi corazón y el relato apenas puede salir de mi voz paralizada. Pues tú mismo me ordenas soportar estas pruebas de nuevo, al contar la cruel guerra que sufrió África. Pero ya que me apremian las excelsas órdenes de mi general y señor, márchate, dolor, lejos de aquí, pues vas a ser vencido por una gran audacia. Hay que obedecer y cumplir las órdenes con la humildad que provoca el temor.

Comienzo del discurso de Liberato (que finaliza en el v. 246 del libro cuarto)

Al principio África ya había sufrido una doble catástrofe; ahora de nuevo la desgraciada soporta una doble calamidad. La maldad que dividió al mundo tuvo su origen en nuestras fronteras. Güenfan es el responsable de nuestras desgracias, al nacer el salvaje Antalas. Pues en una época remota la paz era segurísima en todas las tierras de Libia. La pobre África exultaba de alegría, adornada con renovadas guirnaldas. Los campesinos entrelazaban su carro de rubias espigas; Baco[97] enrojecía en su acostumbrado pámpano y la Paz decoraba a la fértil África con la brillante oliva. Así floreció África durante treinta años tras el nacimiento de Antalas y, poderosa, la zona más grande del mundo, resplandeció, como resplandece Lucífer por todo el cielo y vence al brillo de las estrellas con una luz más brillante. Lo mismo que infligió a nuestra tierra el hijo de Güenfan, concédele, noble padre, a sus vidas y a su raza.

---

[97] El nombre del dios Baco se utiliza aquí como metonimia para referirse a los racimos de uva que se convertirán después en vino. Dioniso, llamado también Baco, es identificado en Roma con el antiguo dios itálico *Liber Pater*. Es en la época clásica el dios de la viña, del vino y del delirio místico.

Güenfan, padre de Antalas siendo éste un niño, consulta un oráculo

Ya siendo pequeño Antalas, apenas rozaron sus feroces labios los pechos maternos, vuela al instante la Fama, acuciada por la terrible advertencia de Megera[98] a prevenir el peligro. Su padre, pues, en persona se dirige al falso templo de Amón. Entonces, para conocer el temible destino de su malvado hijo[99], ofrece, según la costumbre profana, horribles sacrificios a Júpiter[100] y encaminándose al siniestro altar de Apolo[101] busca los trípodes y el laurel de Febo[102]. La funestísima sangre se derrama sobre los altares que causan espanto, mientras la sacerdotisa, adornada con cintas, sacrifica todo tipo de ganado para provocar a los hados. Indagó primero en las vísceras que había extraído, examinando las entrañas expuestas en larguísima hilera, y

---

[98] Cf. *supra* nota 95.

[99] La raza mora, supersticiosa en exceso, escucha religiosamente a cualquiera que predice el porvenir; tienen una confianza ciega en sus adivinas y sólo deciden en los más graves asuntos después de haber consultado sus oráculos.

[100] Júpiter es el dios romano asimilado a Zeus; el gran dios por excelencia del panteón romano. Divinidad del cielo, de la luz diurna, del tiempo atmosférico y del rayo y el trueno, constituye el poder supremo, preside el consejo de los dioses y de él emana toda autoridad.

[101] El dios Apolo, nacido en Delos, es hijo de Zeus y Leto y hermano de la diosa Ártemis. El trípode es uno de sus emblemas y, sentada sobre él, la Pitia pronuncia sus oráculos. Además de ser el dios del vaticinio, es dios de la música y la poesía y se le representa como un joven alto y muy hermoso. Las alusiones que Coripo hace a Júpiter y Apolo no son fáciles de interpretar, pues es un moro el que dedica sacrificios a estas divinidades. Es conocida la importancia concedida por los moros a la adivinación, pero no hay constancia de que rindiesen culto a dioses del panteón romano.

[102] El laurel es el árbol consagrado a Apolo. Febo, «el Brillante», es un epíteto y, a menudo, nombre del dios. Es la única vez que Coripo utiliza este término para referirse a Apolo, pues en todas las demás ocasiones lo emplea para aludir al sol (cf. II 158; III 26, 225; IV 25, 257, 529; VI 459; VII 320; VIII 227, 279, 318; *Panegírico de Justino* II IV 118).

coloca las horribles vísceras sobre las llamas que no cesan de arder. A continuación, con aspecto feroz que provoca terror, es poseída; se apodera de ella una súbita locura que le hace clavarse a un tiempo los cuchillos que estaban hundidos en las vísceras. Ninguna sangre mana de su cuerpo aunque el cuchillo reproduce las heridas con repetidos golpes. Se eriza el cabello en su cabeza y entonces, en un salto, revuelve sus ojos llameantes y se ve forzada a dar saltos y vueltas con su cuerpo. Un rubor de fuego tiñe su rostro, trastornado con la marca del dios; su cuello y sus cabellos, dejándose llevar, le caen sobre los hombros. Suena su pecho desde dentro con roncos soplidos; se confunden entonces murmullos y palabras de distinto sentido y los suspiros agitan su hinchado pecho. Como se levanta Vulcano [103] al clarear la aurora y excita con habilidad a los hinchados vientos, frunciendo su fuelle, a acudir juntos y atiza las llamas, invocando a los euros resonantes para renovar en su fragua las tormentas apagadas.

La sacerdotisa en trance predice las correrías de Antalas

Entonces profetizando un funesto destino, contesta la sacerdotisa con duras palabras: «Güenfan, los hados atraen del mismo modo la destrucción de los vándalos y de Libia, al liberar a los moros del yugo y las ataduras. Al crecer tu hijo Antalas toda clase de locura y cólera trastornará el desgraciado mundo con su espantosa llama. La llameante Tisífone [104], de retorcidas serpientes y cabellos que se encrespan por el aire vacío, comenzó a ensañarse. Está empapado su rostro, rociado de negro veneno y desfigurado en sus proporciones con los ojos y la tri-

[103] Divinidad romana identificada con el dios griego Hefesto, dios del fuego, de los metales y de la metalurgia. Reina sobre los volcanes, que son sus talleres, y en ellos trabaja con sus ayudantes, los Cíclopes.

[104] Cf. *supra* nota 95.

ple lengua; las sienes se le endurecen de horrible pus. Veo ríos de sangre vándala bajar corriendo de los montes. ¡Mira cómo prenden fuego a las ciudades libias! ¡Mira cómo saquean las casas vacías, poniendo el ⟨botín⟩ al descubierto! ¿Por qué, pues, dioses, preparáis un desorden de tal envergadura, sembrando por doquier la confusión? ¿De qué les sirvió a los moros engrandecerse sobremanera? —mira cómo de nuevo perecen—. ¿De qué sirvió el haber merecido, durante breve tiempo, un desastre provocado por una fuerza indómita? Este joven [105] alzará unas veces, destruirá otras, muchas naciones con su nombre y un destino diverso regirá las distintas etapas de su vida. Por lo que la agotada África llamará en su ayuda a su hacedor, el dios que ella misma venera y que tiene el poder de reconocer a los justos. Entonces el más ilustre creador del nombre romano envía de antemano las fuerzas de Oriente a nuestros territorios. Mira cómo aterroriza a todos con su flota. Ahora tiembla el joven invencible con una repentina palidez ante la llegada de la escuadra; ya soporta el yugo, jadeante; un gran peso lo domina; arde en deseos de romper las injustas cadenas que soporta su cuello: y he aquí que, tras romper sus cadenas, prepara la lucha de nuevo. Acude entonces junto a él un gran número de hombres y el joven corre a destruir el mundo. ¿De qué sirve a las tribus alzarse tras su caída para morir aquí en exceso? ¿Por qué alzarse tan alto para caer de nuevo? He aquí que se marcha, altivo, de nuestros territorios cargado de despojos y al volver, finalmente, bañó los campos, ¡ay!, con nuestra sangre coagulada».

[105] Se refiere a Antalas.

La sacerdotisa vuelve en sí

Poseída por el trance, la que así hablaba, gira su rostro tras la espalda retorciendo el cuello: guardó silencio de repente con un estremecimiento, desvaneciéndose pesadamente en el suelo y un murmullo ininteligible recorrió sus cansados labios. Como cuando una tubería lleva de un lugar a otro por su hueco bronce una corriente de agua, que fluye, derramándose, con ronco sonido. Pero si se decide retener la corriente canalizada, el obrero con rapidez y habilidad corta el paso del agua, trenzando un ancho dique; la afluencia de agua es detenida, cortada por el dique. La corriente vuelve a su origen y el resto del curso fluye sobre aguas tranquilas.

Juventud de Antalas: pillajes y luchas contra los vándalos

Animada por las nuevas respuestas, se complacía la tribu y guardaba silencio, pues era una tribu de condición humilde. Sin embargo, todas sus esperanzas y temores se concentran en Antalas: lo protegen y lo cuidan como algo sagrado, alegrándose del don que los hados le han prometido.

Había cumplido los diecisiete años cuando el joven se dedicó a robos nefastos. Igual que Caco [106], privado de la vida por los brazos hercúleos, emprendió, temible, el camino de noche y arrastró, tras haberlo robado, al guía y padre de un rebaño, sujeto firmemente por el cuello, llevándoselo, en su locura, hasta

[106] Héroe local de Roma cuyo mito está ligado al de Hércules. La historia cuenta que Caco robó a Hércules los bueyes que éste sustrajo a Gerión. Para no dejar huellas, Caco arrastró a los animales por la cola, obligándolos a caminar hacia atrás hasta su cueva, con lo cual las pisadas parecían dirigirse en sentido contrario. Hércules descubrió la estratagema al oír el mugido de los bueyes en la cueva que sintieron la presencia del resto del ganado. Tras entablar batalla con Caco, lo mató con su maza. Coripo ilustra, pues, con este mito la avidez de Antalas, al que presenta devorando un carnero tras haberlo robado.

una cueva. Lo estrangula después, oprimiendo con su puño la apretada garganta. Se desplomó sin aliento ante sus pies el carnero, única esperanza del ganado lanudo. Entonces, desenvainando su espada, arranca la piel que estaba firmemente adherida, dejando al descubierto las vísceras desnudas. Corta al animal entero en cuantiosos trozos y entrelaza sus articulaciones temblorosas sobre los asadores. Y el horrible despojo se quema en la llama abrasadora. En mitad del fuego, jadeante y presuroso lo engulle, medio quemado, devorándolo entero con gran avidez.

Ya desde aquella época comienza Antalas a crecer en medio de crueles robos y a mantener a sus seguidores con oscuros botines. Más tarde reúne hombres a los que exhorta, en su maldad, a ir con él a robar en silencio entre las tinieblas de la noche. Los instruye con habilidad de modo que el ladrón lo mismo roba un aprisco entero que un rebaño de bueyes. Se dispone a esconder su botín en los altos montes y a esconderse en las rocas ocultas y lugares seguros. Se atreve a tender emboscadas en un valle tomado de antemano y, escondido, a atacar a las falanges vándalas. ¡A cuántos jefes, a cuántos enemigos decapitó con su espada, cercándolos con un asedio en medio de los desfiladeros; arrastrando a los escuadrones bárbaros con intención perversa, los abatió, impío, con su lanza sobre los anchos campos!

Primeras revueltas de los moros

Hados implacables acosaban a los desgraciados africanos en aquella época y habían ya destruído rápidamente el reinado vándalo, tras cien años de duración [107]. Entonces por vez primera los frexes comenzaron a prender fuego a las ciudades de nues-

[107] Coripo sitúa el final del dominio vándalo coincidiendo con el ataque de Antalas y los moros a los ejércitos vándalos, discrepando en esto de los cronistas anteriormente mencionados (cf. *supra* nota 90).

tras regiones, a devastar las viviendas y a correr por los campos, atreviéndose a entablar batallas hostiles. A continuación, poniendo en movimiento sus fuerzas [Naffur ruge jadeante] [108], y a los hombres de todo el populacho, Naffur ruge jadeante desde la región vecina. Un destino despiadado nos obliga a abandonar nuestras tierras y los queridos lares, atemorizados. Corre excitado el feroz saqueador: ya no es posible la vida a salvo en ningún lugar. Nos vemos acosados y empujados por hados hostiles. A un mismo tiempo perecieron los gozos del reino vándalo y los nuestros. Tuvimos entonces la desgracia de llorar a nuestros penates [109] derribados y la deshonra de buscar tierras seguras.

Los moros libran la última batalla contra los vándalos de Híldimer

En aquella época Híldimer [110] entabló batallas con funestas enseñas, poco acostumbrado como estaba a atacar: no sería capaz de vencer con fuerza alguna ni le sería posible hacer frente con enseñas tan numerosas. En pleno monte, donde un destino enemigo lo atemoriza, el hado adverso corta los hilos de su vida [111]: a menudo la Fortuna, irritada contra los buenos, protege a los malvados. Ya se habían detenido sobre las cumbres y los bosques las enseñas de los moros soberbios; el ejército había ro-

---

[108] En el v. 189 se repiten tres palabras *(tunc Naffur anhelus)* que Petschenig separó del texto.

[109] Los lares y penates eran divinidades protectoras del hogar.

[110] Lugarteniente del ejército vándalo que Petschenig —al que siguen Diggle y Goodyear— identificó erróneamente con el anciano rey Hilderic.

[111] Aunque Coripo se sirve del término *fatum* (el destino), hace en realidad una clara alusión a las Parcas cuando habla de la ruptura del hilo de la vida. Las Parcas son las divinidades romanas del Destino, identificadas con las Moiras griegas, de las que se han asimilado casi todos los atributos. Se las representa como hilanderas que limitan a su antojo la vida de los hombres. Como las Moiras, son también tres hermanas: una preside el nacimiento; otra, el matrimonio, y la tercera, la muerte.

deado al enemigo desde los peñascos de las cimas, de modo que los soldados acosados no tenían ninguna posibilidad de escapar, ni pudieron confiar en su número elevado, ni tener esperanza de salvar la vida, siendo imposible hacer frente a los moros: hasta tal punto es retenida la tropa vándala por los hostiles peñascos. Las escarpadas rocas sirven de protección a la soberbia tribu, mientras que el enemigo, rodeado, es cercado por los profundos valles.

En mitad de los bosques y los pastos existe un lugar funesto, de enorme extensión y por todas partes protegido por escarpadas rocas. A pesar de que este territorio se eleve, escarpado y coronado de una altísima cima, cubiertas sus peñas de frondosos saucedales, por sus alturas de llana cumbre se extienden las llanuras celestes. No existe ningún camino accesible, apenas un sendero; por todas partes sólo hay crestas quebradas con caminos sinuosos en esta elevada meseta. Un espeso bosque circunda esta apartada región.

Cuando Híldimer vio el campamento protegido por tales defensas naturales y que el frente, ya sin ningún acceso, se situaba en el precipicio, temió arriesgarse al cruel peligro. Él mismo entonces ordena a las compactas formaciones que se detengan con sus propias enseñas, sin saber por dónde atacar a los enemigos fortificados. Todo se les vuelve en contra con la intervención de los hados.

Febo inundaba ya de luz el centro del cielo, resplandeciendo en todo su ardor: el fuego ardía en las secas gargantas y un calor sofocante acosaba a los desgraciados. La intensa sed hizo bajar a algunos hacia las frías aguas, de modo que los soldados se retiraron, pues por aquel entonces el río estaba muy lejos. Los criados llevaban odres llenos de agua, situándose en un profundo valle, no lejos del lugar. Cuando el primer vándalo que alcanzó las funestas aguas se felicitó por haber apagado su sed, acudió entonces corriendo el resto de la multitud: así los

arrastraban los hados, así la perversa Fortuna condenaba a muerte al ejército.

En ese instante un portaestandarte, atreviéndose a pensar que se debía cambiar la enseña, tiró con fuerza de las riendas, haciendo volver a su caballo desde los altos montes; le sigue el ejército de apiñadas armas. Los lugares intransitables y escarpados se hacen visibles y al intentar agarrarse a los peñascos, vuelven la espalda. El enemigo, creyendo que emprendían la huida, se precipita desde la cima del monte. La fatalidad llenó a todos, incluso a los capitanes, de terror. Se arrancan los estandartes en la huida. No había llanura por donde pudiera correr libre el caballo, atravesándola veloz con las riendas aflojadas. Por las rocas y escollos, por las escarpadas piedras del monte caen los soldados empujados por el miedo y se hunden por su propio peso. Los hados persiguen a los desgraciados y el enemigo los aterroriza en su carrera, acosándolos con ardor. Por todas partes cae la numerosa multitud, atravesándose el pecho con sus propias armas. Unos vienen a precipitarse sobre las lanzas de los que caen, a otros arrastra el peso de sus compañeros. Así se precipita, sin distinción alguna, un ejército compacto de hombres desde los altos montes en medio de la confusión. El jinete y el valeroso caballo caen juntos, mezclados con las armas; éste, precipitando su carrera en rápido torbellino, aplasta a su amo con su enorme peso [112]. Como cuando sobreviene el granizo y arranca la verde oliva sacudiendo el fruto del árbol tras golpear la copa. Entonces, tras precipitarse la tormenta, la tierna rama, sacudida al mismo tiempo por el granizo, es derribada también al suelo. No era el valor de los enemigos, sino los

[112] Estos versos en los que se describe la caída al río del ejército vándalo arrastrado por el pánico y la confusión, constituyen un paralelo y antecedente de otro pasaje en el libro IV (191-200) que narra prácticamente la misma situación.

hados hostiles lo que pesaba sobre los soldados dispuestos a perder una nación tan grande.

Final del poder vándalo y tiranía del jefe moro Géilamir

Desde aquí volvió el ejército hecho pedazos, destituyó al tembloroso rey, agotado por su avanzada edad y aterrorizado por el desastre, y concedió a continuación el cetro al cruel tirano[113]. En aquel momento deploró el emperador la ruptura del tratado con el reino vándalo, Roma entonces trató de recuperar Libia con sus acostumbradas victorias. Sin embargo, en el corto tiempo que duró el desastre muchas cosas se destruyeron en demasía: todo fue víctima de la horrible guerra. Pues en aquel tiempo dos calamidades pesaron sobre África: la asediaba, por una parte, la insaciable guerra, por otra el tirano con sus saqueos. La Fortuna robó a los desgraciados africanos el auxilio de una bienhechora salvación, amenazándolos con la muerte en una lucha mutua. ¿De quién deberán huir? ¿en qué lugar van a caer? si hay saqueos por doquier, si en cualquier lugar los hombres están aterrorizados. Así Libia entera, la más insigne de las tierras, es despojada por crueles pillajes, como perece un barco, ¡ay!, a la deriva, bamboleado por el borrascoso viento.

El emperador restaura la paz. África conoce la prosperidad durante diez años

El emperador lleno de bondad y compadecido, según su costumbre, de los púnicos, puso fin a estas calamidades con el mejor consuelo para los desgraciados africanos y destruyó ambos males, glorificando a los antepasados sidonios con más dignos

[113] La destitución del rey Hilderic, según la versión de Coripo, fue provocada por la derrota que sufrió el ejército vándalo contra Antalas y los moros; fue el ejército, pues, quien entregó el poder a Géilamir («el tirano»). En este punto Coripo discrepa una vez más de Procopio, que atribuye la caída del rey a una conspiración de su sucesor, Géilamir, que utilizó como excusa para usurpar el poder el hecho de que el viejo rey había sido demasiado débil con los moros.

honores[114]. Vuestra tropa arrebató a los desgraciados africanos de las fauces de la muerte y, exhaustos, les retiró el cruel yugo. África se alzó ennoblecida por vuestros triunfos; tras la consternación concedisteis alegría a esta tierra aliada, con el sometimiento de las tribus y la victoria sobre el orbe entero. En ese momento los intrépidos jefes de los moros, sometidos por vuestro valor, temblaron ante la guerra; entonces todos, temiendo vuestros ataques, corrieron veloces a soportar de buen grado el gobierno y las leyes del emperador.

Esta prosperidad conoció nuestra tierra, que floreció libre durante diez años enteros[115], y aunque hubo rebeldes, por fuerza del destino, el enemigo más bien fue destruído antes de llevarse su presa. Entonces bajo tu vigilancia, padre, no pudo África ponerse de acuerdo en sus propósitos para decidir la guerra. Léucada[116] contempló tu valor y tus batallas. Los campos se inundaron de sangre, se emblanquecieron de huesos; el arado hiende las cabezas arrancadas de los hombros y los troncos son esparcidos sobre la hierba por tu espada. De todos es sabido lo que pudiste llevar a cabo en aquel combate con la

[114] Justiniano, llevado por un sentimiento de deber religioso para con los católicos de África, decide entablar la guerra con los vándalos y envía a Belisario, que se embarca con el grueso de su armada en 533. El 15 de septiembre, Belisario, al frente de su ejército, entra en Cartago y comienza inmediatamente los preparativos para su fortificación. Tras varias batallas contra el ejército vándalo, éste es vencido por fin y Géilamir, ante la inminencia de la derrota, emprende la huida.

[115] Coripo alude probablemente a la pacificación de África durante Solomón, aunque su duración no fue de diez años, sino desde el 534 al 539.

[116] El término plantea dificultades de interpretación, pues, si por una parte, PARTSCH (*Corippi Africani...*, pág. XII) lo considera como uno de los nombres con los que Coripo alude a la tribu de los laguantan o ilaguas —siendo ésta su única aparición en toda la obra—, por otra, para SHEA (*The Iohannis...*, pág. 46) como para DIGGLE y GOODYEAR (*F. C. Corip. Ioh....*, pág. 195) se trataría de un lugar de difícil identificación.

ayuda de Dios. ¿Quién pudo dejar las huellas de tantas tropas sobre las llanuras? En tu grandeza, has realzado con honores y has engrandecido a menudo los triunfos de Solomón[117].

Estucias emprende una guerra civil que es sofocada por Belisario

Mira cómo Yaudas[118] intentó al mismo tiempo la guerra y la dirigió, sin embargo, antes de ver el campo abierto, tembló ante los romanos que corrían en mitad de los bosques. Pero Estucias[119], que había pertenecido antes a nuestro bando, dio comienzo a la guerra. Este delirio, esta cólera, este afán criminal se añadieron al noble imperio: renació la guerra civil. En aquella época Cartago, una vez roto el tratado, vivió feroces saqueos y un abominable peligro en una lucha sin ventaja[120]. Fue vencido, sin embargo, en breve tiempo y se marchó Estucias. Membresa lo vio correr por sus campos; lo vio emprender igualmente la huida, tras haber dispersado al enemigo, el noble

---

117 Liberato compara a Juan Troglita, a quien dirige su relato, con Solomón, el pacificador de África anterior a su llegada. Cf. nota 47.

118 Jefe moro al que Procopio describe como un gran ambicioso, dispuesto a todo para aumentar su poder. Lleva a cabo sus saqueos por doquier al frente de su caballería. De elevada estatura y probado valor, tiene entre los suyos un prestigio sin igual; su habilidad no le va a la zaga a su valentía y, al abrigo de sus inaccesibles montañas, puede agotar a sus adversarios con una larga guerra de emboscadas.

119 Jefe de los rebeldes de *Bulla Regia,* que hasta antes de la revuelta era «guardia de corps» del *magister militum* vacante, Martín.

120 Coripo alude a las revueltas que inician las tribus moras tras la caída del poder vándalo y la marcha de Belisario que deja a Solomón al frente de la situación. África vive entonces momentos de gran tensión, pues el restablecimiento de la administración financiera imperial había exasperado a la población, con la que el fisco vándalo había sido mucho menos exigente. Por otra parte se retrasaba la soldada de las tropas y la legislación con la que Justiniano pretendía liquidar el régimen vándalo en materia económica y religiosa aumentaba aún más el descontento del ejército.

Belisario que venció con un modesto ejército [121]. A ti también te vio la Victoria en pleno combate; irrumpiendo en el campamento, valeroso, hacías pedazos a los escuadrones con tu poderosa espada y con semejante valor matabas a los hombres del soberbio y vencido tirano que Germano [122] dispersaba. A ti te contemplaba Celas Vátari con extraordinario amor; a ti te había visto Autenti [123] matar a los crueles enemigos. Vivió entonces nuestra tierra una fecundísima tregua. Ni la guerra, ni el rapaz saqueador, ni el avaro soldado se acercaron a nuestras casas en el campo. Se respetan todas las posesiones y el soldado, pacífi-

[121] Estucias, con un ejército de aproximadamente ocho mil hombres, al que se añadieron un regimiento de vándalos y un gran número de esclavos fugitivos, creyó poder tomar Cartago con facilidad. La ciudad pudo ser salvada por la rápida intervención de Belisario que, acompañado de Solomón y de apenas cien de sus «guardias de corps», llegó justo a tiempo para evitar la capitulación. La noticia de su regreso a Cartago fue suficiente para desanimar a los sitiadores, que se retiraron en medio del desorden. Belisario se lanzó a su persecución y alcanzó a los rebeldes cerca de Membresa, a orillas del Bagradas, infligiéndoles la derrota.

[122] Primo del emperador Justiniano y una de las grandes figuras de la época. Procopio lo define como un verdadero señor en el mejor sentido del término; de absoluta integridad, muy rico pero también generoso, súbdito siempre fiel, nunca dejó de hacer prueba de su prudencia y tacto extremos. Justiniano apreciaba sus cualidades morales y la gran capacidad militar de la que hizo prueba. En 536 Germano, ex-cónsul honorario y patricio, ocupaba el más alto cargo con el que puede ser investido un general del imperio: el de primer *magister militum in praesenti,* cuando el emperador decidió confiarle la tarea de salvar la prefectura de África que estaba a punto de convertirse en estado independiente, dominado esta vez por la soldadesca revuelta.

[123] El término Celas Vátari presenta un problema de interpretación. Vátari aparece en la *Tabula Peutingeriana* como una ciudad de Numidia, identificada con el moderno el Gattar. Celas resulta inexplicable. Puede pensarse que se trate de una confusión de nombres, pues Procopio cuenta que Juan Troglita participó con Germano en una importante batalla en *Scalae Veteres*. Es posible, pues, que Coripo confundiera *Scalae Veteres* y *Cellas Vatari*. Autenti, fortaleza de Bizacio, es situada por el *Itinerarium Antonini* en la ruta entre Thevis y Theveste.

co, se complace en su propio hogar. Todo estaba lleno de prosperidad; la paz era estable en la comarca de Libia. En aquella época era fecunda Ceres, entonces el pámpano se complacía en los racimos y resplandecían los colores del árbol, guarnecido de olivas como gemas. El viñador comenzaba a plantar sus viñas nuevas por doquier y, con los bueyes uncidos al arado que él mismo dirigía, sembraba alegre sus campos y su canto sosegado se escuchaba desde la montaña. También se atrevió a cantar a la luna el alegre caminante. Por todas partes lanzaban su pregón los mercaderes. Se repiten como un eco por las tierras tranquilas hermosos cantos y voces suaves. Canta, por una parte, regocijado el labrador, el alegre viajero, por otra. Pues las camenas encantaban y aliviaban el corazón de los hombres con variados cantos.

Una nueva ruina se precipita sobre África: la peste

Existió entonces una completa libertad, pero por poco tiempo. Los hilos de los hados son hostiles a la desgraciada humanidad. ¿Por qué, Láquesis[124], mantienes el destino de los hombres pendientes de tan fino hilo? Con sólo tocarlo, se precipita al instante el universo en ruinas.

⟨***⟩ o vuelves con sólidas cadenas de bronce y de hierro ⟨***⟩ trastornándolo todo, el terror acosaría ⟨***⟩, la cólera no destruiría ⟨***⟩ y África entonces, más restablecida, había recuperado nuevas fuerzas ⟨***⟩[125].

Y la epidemia había comenzado a destruir al género humano y al mundo que se tambaleaba. Llegando en poco tiempo a

[124] Láquesis es una de las Moiras que, junto a Átropo y Cloto, regulaba la duración de la vida de cada mortal desde el nacimiento hasta la muerte, con ayuda de un hilo que la primera hilaba, la segunda enrollaba y la tercera cortaba cuando la correspondiente existencia llegaba a su término.

[125] Pasaje fragmentario.

nuestras costas, se propagaba con asombrosa rapidez[126]. Nunca se había conocido un género de muerte tan terrible, ni en los albores del universo informe, ni en la época de Pirra[127]. Pues este año mortífero, trastornando a los desgraciados con calamidades, había confundido a los manes con los dioses celestiales y los hombres se veían heridos por flechas divinas, contemplando cómo surgían entonces de la profundidad de la tierra diferentes plagas y visiones terroríficas. En este momento ya no existe terror alguno ante la crueldad de la muerte; cerraban sus ojos los hombres sin temerla, cualquiera que fuese su edad. El amargo llanto abandona al género humano y no derraman lágrimas los ojos, pues cada cual teme por su propia vida. Nadie entonces cumplía con el debido rito funerario; no se oyeron lamentos de duelo en la ciudad: no llora el marido a su esposa, ni la novia al novio, no se entristece la madre por sus hijos, ni los hijos por su madre. ¡Ay, corazones endurecidos que no lloran

[126] Se trata de la devastadora peste que se originó en Egipto en el verano de 542. De Egipto se extendió por Palestina y Siria hasta alcanzar Constantinopla en la primavera del año siguiente, difundiéndose después por Asia Menor, Mesopotamia y Persia. Por Occidente llegó hasta África y, desde allí, invadió Sicilia e Italia. Procopio nos ha dejado una minuciosa descripción que toma como fuente la peste de Atenas descrita por Tucídides. Coripo trata, pues, un tema vigente como motivo literario desde el Antiguo Testamento hasta nuestros días y lo utiliza como un *excursus,* muy de moda en esta época, para enfatizar el estado de postración en que se encontraba el norte de África antes de la llegada de Juan Troglita. Cf. A. RAMÍREZ DE VERGER, «La peste como motivo literario (A propósito de Coripo, *Ioh.* III 338-379)», *Cuad. Fil. Clás.* 19 (1985), 9-20.

[127] Cuando Zeus quiso destruir a los hombres de la Edad del Bronce por considerarlos una raza viciosa, decidió enviar al mundo un gran diluvio con objeto de ahogarlos. Sólo quiso preservar a dos justos: Pirra y su esposo Deucalión. Construyeron una arca en la que se introdujeron y durante nueve días y nueves noches estuvieron flotando sobre las aguas. Después del diluvio, que los depositó en la cumbre del Parnaso, ambos crearon seres humanos arrojando piedras por encima de sus respectivos hombros. Pirra creó mujeres y Deucalión hombres. Cf. OVIDIO, *Met.* I 125-415.

ante una muerte nunca conocida en otro lugar! Se decretó el luto público pero nadie llora en la intimidad del hogar: aquella muerte era de poco valor para todos.

Ya abandonaban los ciudadanos libios las ciudades, que se van quedando deshabitadas; apenas quedaba un solo habitante que, vagando por muchas casas, buscaba, tras un largo proceso, el patrimonio paterno. Sin ningún derecho ya está lleno de riquezas el que era heredero de mil padres. Un desconocido se apoderó a un tiempo del patrimonio de los antepasados, de las cosechas, la plata, el guardarropa y el oro, llenando, insaciable, con tantos bienes su hacienda. Se enriqueció con tantas posesiones y, sin embargo, nunca sacian los avaros su avidez sin límite. Se arde en deseos de contraer nuevos matrimonios; desposan viudas ricas, mientras ningún novio solicita a la doncella sino que se busca esposa según la riqueza de su difunto marido y se concede una pequeña dote a las doncellas. De este modo ninguna mujer en esta época maldita se preocupó de guardar luto por su marido.

Entonces todos tienen acceso a los tribunales y comienzan a entablarse penosos pleitos. La discordia se ensañó por doquier originando crueles disputas. La honradez desapareció por completo; nadie, movido por su conciencia, obra con justicia.

Dios envía otra calamidad como castigo a los africanos: Antalas

Por este motivo el todopoderoso Creador, sin ninguna dilación y llevado por su cólera, castigó a los desgraciados y, enojado contra todos, suprimió sus disputas. Hizo aparecer a un enemigo que nació en nuestra propia tierra [128]. Este lloraba conmovido la muerte de su hermano, pero no hubo fuerza alguna con

[128] El enemigo del que habla Liberato, y el que parece ser causante de todos los males de África, es Antalas. Recordemos que ya Liberato acusaba primero a su padre Güenfan de haberlo engendrado (v. 66).

la que pudiera atacar. Sin embargo, mientras mantiene oculto su proyecto de guerra en su corazón, vio cómo el destino deplorable de los soldados había reducido sus innumerables tropas. La peste, aliada de la guerra, no perjudicó a las rudas tribus; no obstante, temeroso, tomaba precauciones para evitar el contagio en la tierra saqueada. Pero cuando pasó la epidemia, empezó a surgir un ardiente deseo de luchar y él obligó a los funestos escuadrones a combatir. Los envió a las remotas arenas de la sedienta Libia —donde en otro tiempo había secado Faetonte la tierra con el exceso de sol, precipitado por el rayo— e instruyó a los malvados pueblos, hablándoles hasta la saciedad de la matanza de nuestros hombres. Y al instante se extienden las feroces tribus por el territorio libio. El saqueador comienza a correr, enloquecido, por nuestras tierras, destruyendo las viviendas, incendiando las casas y prendiendo fuego, en su ímpetu, a las ciudades.

Solomón reúne un ejército de aliados contra Antalas. Muerte de Solomón en combate

Cuando Solomón vio surgir una guerra de tal envergadura, congregó a los ejércitos romanos llamados de todas las regiones, apresurándose a hacer frente a un destino hostil. Se envía al instante un mensaje de escritura funesta y he aquí que corre volando, forzado a combatir con desventaja, un jefe de los moros amigo del desdichado Solomón y siempre fiel en extremo al imperio romano: Cúsina[129], podero-

[129] Cúsina es medio beréber, hijo de un jefe indígena y de una mujer romana. Aunque se rebela al principio contra la autoridad bizantina, su única preocupación será en adelante firmar la paz con el imperio lo más pronto posible. Se alió, pues, a la causa imperial y hasta tal punto le fue fiel —no en vano su nombre va siempre acompañado del adjetivo *fidus,* al igual que el Acates de Virgilio— que Justiniano lo nombró *magister militum* vacante y puso bajo sus órdenes, además de sus moros, a los soldados del ejército regular.

so en fuerzas, llevando consigo a los mastracianos[130]. Acude con él el que era entonces general en Trípoli, el valiente Pelagio que, llevando consigo al combate a los aguerridos mecales, que eran paganos, no avanzaba con fuerzas favorables; sin conocer sus artimañas, tomó bajo su mando a los falsos ifúraces. Siempre que falta claridad al pensamiento, Fortuna, estás al acecho, amenazante. ¡Solomón, digno de compasión, no[131] debías haber unido éstos a tus fuerzas! El que es arrastrado por un destino destructor siempre hace lo que es perjudicial para él; nadie podrá evitar lo que es inminente.

Y ya llegó el día postrero para nuestra tierra; el hado amenazante se apresuraba entonces a aniquilar a Libia. Avanza Solomon sembrando de batallas la espesura de los bosques, sin temor y confiado en sus fuerzas. Ya había vencido a los enemigos y el ejército contrario ya había comenzado la huida llevado por el miedo y él mismo ya corre impetuoso a través de los enemigos, persiguiendo a los escuadrones que huyen extraviados, cuando de repente la lealtad fue quebrantada. La Fortuna les volvió la espalda, Láquesis rompió entonces los hilos y la Victoria ultrajada replegó sus alas caídas. En aquel momento los funestos hados encontraron a su intermediario. El miserable Gúntarit[132] sembró el terror en nuestro ejército, estando a punto

[130] El término «mastracianos» no ha podido identificarse en relación con ninguna de las tribus moras.

[131] Proponemos la conjetura *nec* (en lugar de *heu* en el manuscrito); nos parece más apropiada al sentido del texto, si consideramos la expresión del v. 411, «no avanzaba con fuerzas favorables».

[132] Es el *dux* de Numidia. Antiguo lugarteniente de Solomón, había participado recientemente en la batalla de Cillium; su actitud ambigua y su huida le habían hecho, no sin razón, sospechoso de traición. Ambicioso, sin escrúpulos, era capaz de todo, pero bastante hábil, por otra parte, para no comprometerse con demasiada evidencia. Aprovechó su mandato en Numidia para entablar relaciones con los grandes jefes del lugar, pero, por otra parte, y a pesar de las negociaciones que mantenía en secreto con los beréberes, Gúntarit fingía permanecer fiel al imperio.

de arruinar por completo las fuerzas romanas. Ni la Fortuna amenazadora, ni el enemigo, ni el angustioso miedo habían acosado al vencido, sino que da la vuelta, malintencionado, a sus estandartes, fingiendo la huida. Cuando lo vio tembloroso al volverse toda la cohorte, lo persigue tras abandonar a su general que luchaba en pleno foso. Este penoso azar infundió entonces a un tiempo nueva cólera y valor a los enemigos, a nosotros muerte, miedo y la desvergonzada huida que suele aniquilar a los pueblos con una muerte deshonrosa. Los persigue el enemigo en su implacable cólera, más poderoso ahora por sus compactas armas. Al hacerse inminente esta misma agitación, muere, ¡ay!, de modo injusto Solomón, con su pecho traspasado por las duras flechas. Al instante la situación cambia por completo. Según es costumbre en estado de guerra, nadie en su locura permaneció ya fiel a la causa imperial, sino que toda la tropa aliada luchó para apoderarse del botín. Lloró entonces al huir el labrador apenado porque el enemigo le robó sus novillos desuncidos. En aquel momento todas las casas fueron destruidas con todas sus posesiones y no sólo sucumbió el pobre, golpeado por esta desgracia, sino que tanto el rico como el pobre se vieron implicados. Tras el mandato de Solomón se dio rienda suelta al pillaje y ninguna región se libró de la malvada guerra. El saqueador enloquecido prende fuego por doquier a las ciudades y los campos. Y ni la cosecha o el árbol que se consume ardiendo en el fuego son los únicos en ser destruidos, pues lo que se salvó de la peste lo devora el ganado y África entera es pisoteada por los jefes moros. ¡Ay, dolor! Ningún ejército pudo ya resistir en los campos, ni soldado alguno defender las murallas cerradas; todo lo abandonaba al pillaje la cólera divina. De nuevo corrió a combatir el pérfido Estucias a las órdenes de Antalas; el tirano tuvo el derecho de correr por doquier saqueándolo todo bajo las órdenes de su jefe moro.

LIBRO CUARTO

El tribuno Liberato prosigue su relato: los moros toman la ciudad de Hadrumeto

Mientras debo [133] recordar el nombre del cruel tirano, siento de repente un dolor muy intenso que hace estremecer mis huesos desde lo más profundo de mi ser. Confusamente me debato recordando tantas derrotas sufridas por los jefes, tantas desgracias de los míos y mías, pues el pérfido soldado consiguió que unos hombres amedrentados entregaran sus enseñas a los malvados enemigos. Sería interminable narrar la catástrofe: no obstante, contaré los crímenes de la guerra con las palabras justas. Himerio [134] era el jefe que custodiaba la ciu-

[133] Proponemos esta conjetura *(decet),* pues no supone un gran cambio con respecto a la versión del manuscrito *(iacet).* Para la construcción *dum... ecce* en la *Juánide,* cf. IV 136-137; VI 465, 468.

[134] Prefecto de Hadrumeto, ciudad costera situada entre Cartago y Punta de los Vados. Coripo narra en estos versos la toma de la ciudad por los moros mediante una estratagema preparada por éstos. La versión que da PROCOPIO *(Guerra contra los Vánd.* IV 23, 3-17) de los hechos es algo diferente, pues, según él, Juan, el hijo de Sisinolo, ordena a Himerio que reúna sus tropas en una llanura cerca de Hadrumeto para preparar el ataque a las tribus que saqueaban los alrededores de la ciudad. Desgraciadamente el lugar estaba ocupado por los rebeldes y las tropas de Himerio fueron derrotadas.

dad sitiada, protegiendo con soldados las murallas cerradas y las elevadas torres. Pero una intriga arrastró a los desgraciados fuera de sus murallas, entregándolos a la esclavitud de los moros. Pues se envía a la ciudad sitiada una carta muy persuasiva, de escritura funesta, escrita en nombre del general; cuando entra el soldado sinonio[135] dice que la carta es de Juan[136]. Leemos las órdenes del tirano tomándolas por las de nuestro general. Nos exhorta en la carta con frecuencia, como si fuera el general, a atacar en campo abierto y a destruir igualmente los campamentos diseminados de los moros. En medio de la confusión los tribunos dan ánimos a los soldados.

Damos la orden de emprender la marcha. Sale incluso el propio general más veloz que la callada brisa y entre las sombras de la noche se precipita la caballería para unirse a las enseñas aliadas, pero cualquier premura es poca para los soldados. Aquel infiel Sinón se adelantó entonces corriendo, dispuesto a preparar a su pueblo y tramar las intrigas.

Cuando el funesto Febo sacó de las heladas aguas sus fogosos caballos, se descubrió el engaño. Vimos entonces, —¡ay, desgraciados!—, las enseñas del tirano acometer a las nuestras y a los feroces moros que infestaban los campos. Retrocedimos atemorizados, pues ¿quién podía hacerles frente? Antalas y Estucias, fuera de sí, persiguen por los prados a las amedrentadas tropas: no hay salvación posible; el enemigo en gran número rodea amenazante a nuestros temblorosos soldados. Teníamos

[135] El adjetivo *Sinonius* se utiliza como sinónimo de traidor para evocar al Sinón que, durante la guerra de Troya, convenció a los troyanos de la huida de los griegos, induciéndoles a aceptar el enorme caballo de madera —en cuyo interior éstos se habían escondido— que esperaba ante las puertas cerradas de la ciudad; cf. VIRGILIO, *Eneida* II 79, 196, 258, 329.

[136] Oficial romano que era también llamado «el hijo de Sisinolo» y que protagoniza la parte de la narración de Liberato incluida en este libro —sus alusiones al «general» o al «general Juan» se refieren, pues, a este personaje—.

la muerte ante los ojos y el destino cruel nos negaba su auxilio —¡ay! ojalá hubieran estado nuestros cadáveres tendidos en el campo de batalla, la indigna deshonra se alejaría ahora de nuestras armas. De mejor modo pereció Juan, al que arrebató una muerte afortunada[137] pues no hubo de soportar la soberbia del enemigo dominador ni temió la espada del amo siguiendo, como prisionero, la suerte común—[138], pues el vigoroso caballo se ve forzado a correr —resuena, con el choque continuo, su pezuña de cuerno— huyendo a través de campos extensos y el feroz enemigo nos atemoriza, amenazándonos desde los montes.

La fortaleza de Cebar[139] ofrecía un campamento de difícil acceso en campo abierto. Hacia aquí dirigió la desgraciada tropa las riendas de sus caballos; el soldado ocupó la fortaleza con los desgraciados tribunos; el general estaba también entre ellos. Mas no tomamos la precaución de cerrar las puertas. Aseguramos los caballos y nos armamos para un combate a pie, rechazando a los enemigos que avanzaban hacia las viviendas. Los dos tiranos con la multitud que les acompañaba, la cohorte de los laguantan y naffur, de numerosas armas, se lanzaron a combatir precipitadamente.

Entonces Estucias, simulando reprimir la cruel batalla, corre veloz como el fuego, con la espada desenvainada, al medio de las filas. Aconseja persuasivamente a los feroces moros que abandonen el campo de batalla y reprime con vergonzosas palabras la cólera desatada. Abandonaron éstos el lugar, pero el

[137] Mantenemos los versos 35, 36 y 37 en su orden original; en la edición de Diggle y Goodyear se sitúan tras el verso 201. El paréntesis que comprende los versos 33 a 37 es nuestro.

[138] Parece ser que Juan, el hijo de Sisinolo, tuvo una muerte parecida a la de Solomón, en cualquier caso, murió combatiendo hasta el final, de ahí la expresión «muerte afortunada» *(felici morte)* que alude a la idea de *mors honesta,* la muerte digna en el combate.

[139] Fortaleza de Bizacio, provincia situada entre Numidia y Tripolitania.

malvado permaneció de pie sobre un alto montículo, aparentando serenidad, mientras hostigaba con halagos a los de ánimo indeciso. A un tiempo garantiza la lucha, y apremia a sus hombres y con diversas palabras les exhorta a combatir. Unas veces se muestra amenazante, persuasivo otras. Los soldados dejan caer sus armas, dominados por el terror y rápidamente se arrojan a las rodillas del tirano, aclamándolo con fervor. Ninguna salvación hay ya para los jefes. ¿Para qué decir más? Solicitamos el perdón. Se nos da en seguida. Procuramos que los enemigos juren por su vida: así lo hacen. Obligados, simulamos someternos a los crueles tiranos. La ciudad de Justiniano es entregada entonces a los despiadados moros con un destino incierto.

Estratagema de los romanos para escapar de los moros

A continuación conseguí atraerme la atención de los aliados con mi discurso. Marturio también estaba preparado para las estratagemas. Así que ambos persuadimos a los de espíritu indeciso a entregarse a sus propias enseñas. Los soldados consintieron salir del campamento enemigo y emprender progresivamente la huida. Las tinieblas protectoras de la noche se me llevan temeroso, seguido de una multitud. Al llegar, vi mi casa y a mi esposa. Marturio abandonó en su huida a los crueles enemigos; le siguen detrás los soldados, aunque el que quiso se quedó. La ciudad de Justiniano permanece abierta a los ataques nocturnos: un ciudadano leal la abrió con una justa traición [140], no pudiendo soportar el yugo del cruel tirano. A pesar de todo,

[140] Hadrumeto, que había caído en manos de los rebeldes, fue devuelta a la armada bizantina gracias a la estratagema de un sacerdote llamado Paulo. Éste, después de llegar hasta Cartago y volver con un grupo reducido de soldados, hizo correr el rumor de que Germano acababa de desembarcar con un poderoso ejército y se dirigía a Hadrumeto. Tal era el prestigio de éste, que la noche siguiente se abrieron las puertas de la ciudad a la armada imperial.

las enseñas públicas permanecían encerradas en las murallas y nadie fue capaz, combatiendo en campo abierto, de atacar a la tropa enemiga, ni el general quiso ya confiar en sus aliados, mientras estuviera vivo el malvado Estucias.

Llegada del senador Ariobindo a África

Cuando la desolada África se veía amenazada por tantos peligros el mar se iluminó con las naves de Ariobindo[141]. La llegada del general fue motivo de asombro; el pueblo de los laguantan se marchó aterrorizado. ¡Ojalá no hubiera contemplado Ariobindo impasible los penates de los cartagineses! África sufrió entonces matanzas por una calamidad más desastrosa y sangrientos saqueos entre ambos jefes. El poder compartido no sabe soportar a dos iguales: en ninguna época ha surgido la amistad entre quienes comparten el poder. Así nos lo enseñan los mismos ejemplos de nuestros antepasados. Igual que un pie sigue al anterior, que ha echado a andar primero, o los miembros del cuerpo siguen el movimiento que dicta la cabeza o las ramas del árbol producen el fruto de su propia especie, ni el mundo tosco aún, apenas fértil con sus escasas espigas, fue capaz de mantener a dos, ni Roma —el más poderoso de los imperios— que cimentó sus nuevas murallas con su propia sangre. La rivalidad los divide en medio de la confusión y ambos permanecen desavenidos despreciando a su igual. El estado se escinde en dos partes en las que cada uno apoya a sus dirigentes. Mientras uno, engreído, se cree el primero y el otro, sin embargo, no se considera en segundo lugar, África llora devastada por los saqueos extranjeros.

---

[141] Ariobindo, senador romano enviado a África por Justiniano, había accedido a su cargo por estar emparentado con el emperador, pero era en realidad un personaje sin ninguna fuerza de carácter, sin decisión ni experiencia. Cuando Ariobindo llega a África era Sergio, sobrino de Solomón, quien estaba al frente de la provincia. Más adelante Coripo aludirá a la rivaliad entre ambos.

Enfrentamiento entre romanos y moros. Arenga de Juan a sus soldados

Por orden de los jefes y del valeroso Juan precisamente atacaron con fuerzas desiguales a los feroces enemigos, pero emprendieron la huida vencidos: fue la amarga lucha entre las pasiones quien venció a los soldados. Una vez más el general Juan en persona, abriendo la marcha, avanza contra el enemigo numeroso disponiéndose a morir, confiado en su arrojo; y llevando tras de sí a los valientes tribunos no temió enfrentarse a tantos horrores. Su amor por la patria despreció las heridas de la muerte despiadada. Cuando se dio cuenta de que ya se aproximaba la llegada del cruel enemigo, sin pereza, solicitó voluntariamente la muerte. Colocó sus estandartes en el frente y, confiando en sus aliados, les habló de esta manera: «El desprecio de la vida en beneficio de la patria, esto es la auténtica vida[142]. La muerte, según la ley del Tonante[143], es el destino del ser humano sin excepción, pues un día ha de llegar de un modo u otro. Se acerca el enemigo, compañeros. ¿Cuántas veces escaparemos al grato oficio de la guerra? ¿Cuántas veces va a reírse de nosotros el enemigo tomándonos por cobardes, ante nuestra huida? Ahora hay que resolver la situación que nos apremia, ahora es necesario el valor. Siempre supe de vuestra valentía, soldados, siempre de vuestra lealtad. Levantaos, ciudadanos romanos, por la gloria de nuestro sagrado emperador, y doblegad a los pueblos soberbios. Alejad ya de vuestros jefes tan enorme oprobio. Pero supongamos que pretendemos huir: el enemigo aplastará entonces a los fugitivos con una muerte digna de mujeres. Cambiad de parecer y que la deshonra se ale-

142 Las palabras del general recuerdan el discurso de Vulteyo en *Farsalia* IV 476-520.

143 Epíteto de Júpiter por ser él quien lanza desde el cielo los rayos y los truenos.

je de nuestras sombras. ¡Ay, ojalá se me enfrentara aquel sanguinario Estucias y la fortuna me lo entregara en persona! ¡Ojalá que nuestras respectivas espadas nos abrieran los corazones a un tiempo llevándosenos la suerte despiadada, o que una flecha fatídica se clavara en el cuerpo del tirano con herida mortal! Y al mismo tiempo el Estado se viera privado, conmigo —si así lo amenazaba mi destino—, del horror de una guerra civil».

Nuevo enfrentamiento entre ambos ejércitos

Mientras él provoca a sus hombres, el perverso ejército masila llega entonces corriendo con intención de atacar y sirviéndose de estratagemas se establece en las orillas de un río cercano, dispuesto en una larga fila. Entonces comienzan el combate primero las veloces flechas que atraviesan con su alado hierro los cuerpos impíos. El ejército enemigo al retirarse dirigió los caballos al otro lado del río: el general los sigue atravesando rápidamente el río entre una nube de dardos. Sin miedo al peligro, sin miedo a la muerte recorre un camino sin retorno [144] y arremete contra los enemigos. Como un fiero león devorador que destroza ganados y toros bravos y a uno ahuyenta, a otro aniquila —el rebaño atemorizado se dispersa por doquier y el pastor emprende la huida—; enloquecido, con sus dientes ensangrentados despedaza y muerde por los anchos campos, así hostigaba el general Juan valerosamente las filas masilas, cubriendo de muerte el campo de batalla. La cohorte imitándolo ataca con las espadas atravesando los escuadrones fugitivos. Y se lanza fogoso por toda la llanura con sus aliados el general enfurecido, persiguiendo a los moros en fuga, como triunfante vencedor.

---

[144] La expresión «sin retorno» *(irremeabile)* tiene cierto sentido premonitorio y hace alusión a la muerte de Juan, el hijo de Sisinolo.

Ya están calientes las armas de tanta sangre; empuña la luchadora diestra del soldado y del general la espada enrojecida. ¡Ay, desdichada desgracia de una suerte injusta! ¡Oh, calamidad sin límite! Ya se retiraba el enemigo derrotado y el jinete romano derribaba por doquier grupos de adversarios sobre los prados y, como vencedor, daba la muerte, cuando de pronto el cruel Estucias, haciendo avanzar sus enseñas enemigas desde el centro de las empalizadas, acude corriendo; e igualmente van Hermógenes, deshonra para el nombre latino, y Tauro[145]. Tras estos rebeldes va una tropa romana, mas no de los nuestros.

Entonces de nuevo acuden a un tiempo con deplorables intenciones y se entabla una guerra civil. Se busca el corazón de los familiares y sus entrañas las atraviesan las diestras de los parientes.

Estucias es herido en combate

El primero en reconocer las enseñas de Estucias fue el magnánimo Juan que permaneció, terrible, frente a él con el arco tensado. Más aún, los aliados emprendieron la huida, no pudiendo soportar la cólera de su rostro. Él, no obstante, colocó una flecha en el arco y apuntándola la lanzó con fuerza. Y la flecha atravesó el muslo del cruel tirano rompiéndole el hueso hasta las blandas médulas y las plumas se enrojecieron bañadas de la sangre que allí brotaba impregnando las vestiduras señoriales. Pero Estucias alcanzado, abatido por la herida mortal huye haciendo volver a su caballo. Sus compañeros lo sostienen, pues la muerte ya lo hacía caer, y lo colocan bajo un árbol frondoso.

---

[145] Se trata de dos dirigentes o soldados romanos rebeldes. La traición al ejército bizantino era algo frecuente en esta época.

Increpaciones del general a sus aliados fugitivos. Éstos mueren en su precipitación

El general volviéndose vencedor vio a sus aliados que huían por los campos y un inmenso dolor le abrasó sus firmes entrañas. Entonces lleno de tristeza y lamentando la desgracia habló de este modo: «¿De quién huís, compañeros? Vuestra es la victoria, ciudadanos. Estucias, atravesado por nuestra flecha, ya se ha retirado del combate y permanece tendido en el suelo. Dad la vuelta a las enseñas. ¿A dónde os precipitáis? ¿A dónde os lleva el destino lamentable? ¡Ay, valor romano, estás muerto!». Así, con estas palabras, reprendía a los soldados aterrados ante la suerte del destino. Pero nadie volvió. Los persigue, temerosos, el valor de los moros que corren a miles tras ellos.

Había un cauce que atravesaba los campos y cortaba en dos partes la tierra vecina. Hasta aquí llega la tropa fugitiva y, precipitados por el temor a la muerte [146], caen a las orillas y fosos, originándose un lamentable desastre. ¡Ay! El peso de los compañeros y el temor a los enemigos acosa a los desgraciados soldados. La misma precipitación empuja a muchos sobre las armas de los que caían; atraviesan otros su corazón con sus propias picas; los recios caballos aplastan con su enorme peso a sus amos en una estruendosa caída. Así perece una tropa digna de lástima y sus tribunos derrotados. Al mismo tiempo el general ⟨***⟩ [147]. Marturio apenas pudo intentar huir; dispuesto a morir, arremetió contra los enemigos con una pequeña tropa. El azar otorgó al audaz guerrero la salvación, alejándolo de la despiadada muerte.

[146] Cf. III 245-255.

[147] Es probable que en los versos que faltan se narrara la muerte de Juan, el hijo de Sisinolo.

Muerte de Estucias

Mientras tanto, Estucias moribundo se lamentaba. El salvaje se arrepiente de haber emprendido la lucha. Suspira y gime, increpándose a sí mismo entre lamentos de esta manera: «¿Qué deseo tan cruel de luchar me ha poseído? ¿Por qué, lleno de ingratitud y ejerciendo un poder funesto, no fui nunca fiel al señor del Imperio? Es de lo único que ahora me arrepiento, muerte despiadada, mientras me arrastras en medio de mi infortunio. Cumpliré, perversa, el castigo que merecí. Catilina, exasperado por las sanguinarias furias, está aquí como compañero mío. Ya veo abrirse el Tártaro[148] y revolverse las esferas de llamas y los espantosos incendios. Es ésta la recompensa a mi traición, junto con el crimen de la dura muerte, que me proporciona la guerra. Que lamenten y eviten los latinos este castigo y mantengan la fidelidad a su Imperio y a su emperador». Así habló y la muerte cruel contuvo su miserable aliento.

Gúntarit, tras hacerse con el poder, es asesinado en un complot dirigido por Atanasio

Al morir Estucias, si bien el ejército sentía un enorme dolor ante la muerte de Juan, la valentía de los romanos comenzaba a resurgir y ya se dirigía nuestro ejército al frente. Y entonces, una vez más con perversas intenciones el malvado, el pérfido, el funesto, el amenazador, el estúpido, el adúltero, el ladrón, el homicida, el saqueador, el pésimo promotor de batallas Gúntarit atacó sin piedad al jefe desprevenido sorprendiéndolo con sus argucias y engañándolo con una serie de juramentos. Y no le impresionó la dignidad de tan ilustre general ni temió emprender la guerra ni asumir el nombre de tirano. ¡Qué matanzas, qué inhumanos peligros soportaron los ti-

[148] El Tártaro es el mundo subterráneo, identificado con el infierno, lugar donde se atormentaba a los grandes criminales.

rios! Fueron sometidos por la poderosa espada, aunque por poco tiempo, pues se acortó el plazo del abominable y perverso poder. Fue el venerable Atanasio[149] quien con sus mejores consejos libró a los africanos de la matanza del malvado Gúntarit. Él solo consiguió devolver Libia al imperio romano y condenar a muerte al nefasto tirano. El armenio había colaborado entonces en tan importante proyecto. Sereno, con la severidad propia de la vejez lo obligó a sacrificar al hombre despiadado. No temió el venerable anciano arriesgarse en defensa de la libertad. El infeliz Gúntarit, que pretendía mantener su tiránico poder, sintió la espada del armenio entre las funestas copas y manchó con su sangre las mesas apenas colocadas.

Fin de la narración de Liberato. Reacción de los soldados

Así se hunde África sucumbiendo, sin ser vengada, entre tantos saqueos. Exhausta te espera a ti[150]. Socórrela en su aflicción, pues te es posible: tu valor es ya famoso en el mundo entero y tu fuerza y sensatez permanecen alertas en tus ilustres hazañas.»

Recordando tales hechos narraba la guerra el tribuno con los ojos llenos de lágrimas y lamentaba con amargo llanto las calamidades de Libia y el destino de todos sus dirigentes. Gimió emocionado el magnánimo general; lloraron los jefes; con espíritus indómitos se preparan a combatir. La vergüenza y el dolor debilitan los valerosos corazones. Entonces manchan sus mejillas, palidecen, enrojecen y no ocultan la rabia en sus ros-

[149] Prefecto del pretorio, Atanasio era un sutil y astuto diplomático que permanecía fiel al emperador. Fue el promotor, junto con Artábano, al que Coripo llama «el armenio» (comandante de uno de los regimientos armenios que había acompañado en 545 a Ariobindo a África), de una conjuración contra Gúntarit que acabaría con el asesinato de éste.

[150] El tribuno Liberato, al terminar su discurso con una intervención que recuerda a las súplicas de las plegarias, se dirige a Juan Troglita que ha permanecido en silencio escuchándolo.

tros. Ya ansían que surja el día vacilante y el lento amanecer, quejándose ante la larga noche.

Preparativos para el combate y plegaria de Juan

Febo surcaba el cielo rasgándolo con su luz resplandeciente y, atravesando las nubes con sus rayos errantes, esparcía la luz de su lámpara bajo las aguas temblorosas. Nacía el día gratísimo a los infelices africanos. Y ya los jefes animando al escuadrón con diversas palabras apremiaban a los valerosos soldados y a los ilustres tribunos, exhortando y dirigiendo cada uno a los suyos: les ordenan levantar el campamento y preparar las armas o esperar las órdenes de sus superiores. Los soldados cogen los estandartes, se preparan y se alegran al ver la brisa favorable que juguetea golpeando las banderas. Mas el noble Juan entristecido, levantándose se arrodilla con piadoso corazón y elevando sus manos y sus ojos, suplicante, pronuncia estas palabras, haciendo resonar su voz: «A ti, Cristo, padre poderoso, con razón te glorifican las lenguas de los hombres y mi corazón sin mancha; con gusto te alabo y te doy gracias. No pretendo ensalzar a nadie más. Tú, creador del universo, Tú vences pueblos y batallas, Tú aplastas las armas impías. Tú acostumbras acudir en nuestra ayuda. Mira las ciudades incendiadas por los pueblos salvajes, Todopoderoso, mira los campos. Ya ningún labrador cultiva sus tierras, ya ningún sacerdote es capaz de llorar en el templo por su pueblo; pues en las montañas todos, con las manos atadas a la espalda, soportan pesadas cadenas. Míranos, Padre santo, y que no cesen tus rayos [151]. Esparce las bandas de moros bajo nuestros pies; libera a los cauti-

[151] El Dios cristiano de Coripo aparece a menudo como un ser violento, ante el que el Universo entero se estremece (cf. I 288-91; *Panegírico de Justino II* II 33), más propio del Antiguo Testamento, y con ciertas reminiscencias de Zeus-Júpiter. Esta combinación de elementos cristianos y clásicos es típica del pensamiento de Coripo.

vos africanos de los pueblos despiadados y compadeciéndote, según tu costumbre, contempla, benévolo, a tus hijos romanos y convierte, propicio, nuestro llanto en alegría».

Instrucciones del general a sus soldados. Regreso de un mensajero romano y discurso de éste

Mientras decía estas cosas, derramaba sus lágrimas sobre las secas arenas, pués el dolor y la devoción conmueven y emocionan su bondadoso corazón y sacuden sus miembros con abundantes sollozos. Una vez que, al terminar con las palabras oportunas, guardó silencio, se levanta entonces triunfante y secando los ríos que fluían de sus ojos, ya con rostro sereno, el héroe se vuelve hacia sus hombres y ordena apresurarse a las cohortes armadas. Él mismo se coloca sobre un montículo desde donde, más alto, pudiera aconsejar, según su costumbre, a todos sus colaboradores. Acuden los capitanes seleccionados y los valerosos oficiales y los soldados que vienen en apiñada formación. Rodean al general por todas partes en apretada multitud. Como las abejas que, enlazando sus patas unas a otras, forman un enjambre y siguen con frecuencia a su reina; ésta ocupa la copa de un árbol o el interior de un fresno de frondosas ramas, colocándose allí ella misma y es la primera, respetada por su zumbido, en elegir un lugar; el ejército de tupidas alas, por su parte, se reúne a su alrededor y ejecuta las órdenes de su reina. Entretanto llega súbitamente corriendo un escudero que venía de los altos montes y al ver a la numerosa muchedumbre y al general resplandeciente en el centro, en un elevado montículo, con su diestra vuelve las riendas de su veloz caballo y, dirigiéndose al general, emprende una vertiginosa carrera sobre la hierba y, tras atravesar rápidamente el apiñado escuadrón, desmontó y besó entonces los pies, según la costumbre [152], del magnánimo

[152] Cf. nota 19.

general. Y se le acerca entonces toda la multitud impetuosa, deseando conocer la situación y oír la respuesta del cruel tirano; y están temiendo que éste pida la paz, cuando, tras habérsele ordenado hablar, Amancio obedeció y ⟨***⟩[153] ⟨dijo⟩ con voz serena: «Cumpliendo todo lo que mi señor me ordenó como esclavo, fui corriendo a transmitir sus órdenes a través de las tribus y, al llegar, vi al terrible tirano en una gruta, en lo más alto de un monte. Entonces éste llama a los rebeldes atrayéndolos con su voz. La multitud de moros acude en veloz carrera; sus rostros oscuros llenan las tiendas: igual que dicen que en otro tiempo Plutón[154] convocó una asamblea para promover luchas entre los dioses y acudieron innumerables monstruos por los anchos caminos: Hidra y la funesta Megera y el anciano Caronte, tras abandonar su barca, venían corriendo; y Tisífone blandiendo un enorme y pesado pino envuelto en llamas, Alecto, la de enroscadas serpientes, fuera de sí, y todos los rostros que es posible ver bajo el inmenso Averno. Cuando llegó el apretado escuadrón y rodeó a su jefe, tras sentarse éste, permitió que se colocaran a su lado aquellos del escuadrón que lo merecían. Él, a su vez, como prefecto, se situó en el centro y mirándolos altivamente a todos de este modo hace resonar su atronadora voz: «Ciudadanos, quiero presentaros a los emisarios, daros a conocer el duro mensaje de Juan y mostraros a todos a su portador. Escuchadlo abiertamente con oídos atentos y decidid, si en vuestro ánimo está, si debemos solicitar la paz o provocar la guerra».

---

[153] Este verso está incompleto, aunque no aparece ningún espacio en el manuscrito.

[154] Plutón es el sobrenombre ritual de Hades. Hidra fue la serpiente de múltiples cabezas aniquilada por Hércules. Caronte es el anciano barquero que pasa las almas hasta la orilla opuesta del río de los muertos. Megera, Tisífone y Alecto son las tres Furias; cf. nota 95. En cuanto al Averno, es el mundo de ultratumba.

Se me permitió hablar una vez que impusieron silencio con los dedos a sus lenguas. Les transmití las instrucciones encomendadas por el emperador y su deseo; expuse en un largo discurso cómo la inmensa benevolencia de nuestro soberano se extiende por doquier. Uní su indómito valor a su bondad. Dije, añadiendo con frecuencia algunas amenazas, que los romanos [155] eran capaces de perdonar, aunque siempre doblegaron a los pueblos soberbios, y que habían sometido por completo en el combate a los poderosos tiranos; y enumeré a los pueblos que, tras provocar enfrentamientos desde el confín del mundo, sometieron la poderosa Roma y nuestro propio emperador. Aseguré nuestra intención de luchar y, volviendo atrás, les mostré las posibilidades de la paz. Por último, guardé silencio y solicité una respuesta.

Ellos, una vez interrumpido mi discurso, enloquecidos, emiten entre sí con sus lenguas silbantes diferentes gritos y horribles sonidos, compartiendo un extraordinario pavor: igual que en pleno monte, cuando se extienden las nubes sobre las anchas tierras, los lobos golpean el aire con sus frecuentes aullidos y hacen resonar las huecas sombras con sus ladridos.

Respuesta de Antalas al mensajero romano

Cuando se calman los ánimos, entonces Antalas, altivo y con palabras crueles, me da la siguiente respuesta: «Bastante conozco esa lealtad del Imperio romano que ha sido recientemente quebrantada. Y que nadie piense que puede engañar más a Antalas; ya basta con que el armenio tuviera una vez ocasión

155 Así se llama normalmente a los soldados del ejército bizantino; y de hecho así es como se consideraba de modo oficial a los súbditos del emperador que reina en Constantinopla, que además puede reivindicar el título de emperador romano. Esto demuestra el vínculo tan estrecho entre Bizancio y la antigua Roma.

de hacerlo [156]. ¿Qué clase de amigos me inventas con tu astucia? ¿No lo era yo vuestro? ¿No acudí más de una vez en vuestra ayuda? ¿No estuve al servicio de vuestras órdenes con lealtad? ¿No luché, romano, por tus caudillos? Testigos suficientes son el Estado, leal sin duda, y tu sangre, hermano Guarízila, derramada por orden de un jefe injusto [157], y la recompensa recibida de tu armenio que enseñó cómo él, valiéndose de nuestro poder, pudo doblegar al tirano Gúntarit. Así, leal a vuestra paz beneficiosa, mereciéndolo así, pues con frecuencia contribuí a vuestros triunfos, ¿tuve esta digna recompensa? Porque emprendí batallas en vuestro beneficio, ¿ésta es vuestra fidelidad? ¿Hombres así se llaman amigos? ¡Si solamente me hubieras entregado a Artábano, fortuna, siéndome favorable, cuando, por un extraño azar, nuestro valiente ilaguas dirigía el campamento y los pueblos de los territorios del fiero Austro! Por el contrario, a éstos con un pequeño grupo de soldados se dispone ahora a atacar el general Juan que, sin pensar pedirnos la paz con humildes palabras, agobia astutamente con temores inútiles a quienes debería solicitarla.

Después de tantos triunfos merecidos realizados por mi diestra, una vez vencida la batalla y muertos los jefes gracias a mi arrojo, después del fiero Solomón y de la muerte del primer Juan [158], ¿podrá alguien atacar a Antalas en la lucha? ¡Pues que el cordero que pace en los valles aterrorice al lobo y que el león tema al ciervo de altivos cuernos! ¡O que el perro impetuoso se atemorice ante la liebre o el gamo y el sanguinario halcón ante la inofensiva paloma que vuela bajo la nube! ¡Que el mismo

[156] Artábano, durante el reinado de Gúntarit y para intentar derrocarlo, negociaba en secreto con Antalas haciéndole una serie de promesas para atraerlo hacia el partido de Bizancio, promesas que al parecer no llegó a cumplir.

[157] Cf. nota 53.

[158] Alusión al hijo de Sisinolo.

escudero de Júpiter[159] huya por el aire transparente temeroso de la ronca grulla y del cisne cantor y que perezca toda la naturaleza en el caos de sus elementos[160]! Decido, pues, luchar de nuevo contra los romanos tantas veces vencidos. Que vuelvan y que entablen la batalla».

Reacción de los soldados y arenga de Juan

Apenas dijo esto el emisario, interrumpiendo sus palabras, se extiende entre los jefes y los excitados escuadrones un confuso murmullo. Del mismo modo que, al comenzar la tempestad, gimen las aguas golpeadas por un potente torbellino chocando contra las orillas; entonces las olas reproducen el sonido y toda la costa se estremece con su caída y las aguas encrespadas por el abundante oleaje se retiran. El general levantando su diestra impone silencio con una señal. Inmediatamente se callaron los soldados y atentos dirigieron la mirada a su jefe. Entonces dirigen a él todos los rostros y todas las mentes, queriendo escuchar deseosos la decisión de su líder y prestando sus sentidos y oídos a sus palabras. El general exhorta con voz serena a las cohortes atentas y, excitando al combate sus espíritus impacientes, los inflama con tales palabras, reafirmándolos contra el enemigo: «Así creció la gloria del Imperio romano, compañeros, y de este modo llegó el Estado a gobernar todo el universo, en tanto que sometía naciones y ganaba batallas. No temió el soldado romano a los pueblos que empuñaban armas ni volvió, atemorizado, la espalda ante los escuadrones, por numerosos que fueran; sin duda, mantuvo la confianza en los suyos y permaneció alerta con gran astucia y siendo capaz de soportar las fatigas del combate gracias a su entereza. Pero siempre que la lealtad fue quebrantada y ningún respeto debido al emperador

---

159 Alusión al águila.

160 Es el tópico de los *adýnata o impossibilia.*

consiguió doblegar los espíritus dispuestos a combatir, mientras se prefiere el robo y el saqueo, mientras el soldado desea las recompensas del combate que nos son perjudiciales, entonces la tropa romana, atemorizada por sus propias fuerzas, huye creyendo que son los pueblos salvajes quienes han vencido. No ofreció, sin embargo, la Fortuna largas fatigas a estos pérfidos, sino que volvió más propicia y favorable. Amó a su querida Roma por voluntad de los hados. Por ella aniquiló a muchos culpables, destruyéndolos por completo, y proporcionó su alegría a nuestro imperio.

¿De qué le sirvió al insensato Gúntarit, que cayó rodando en la matanza del armenio, ostentar el nombre de tirano? ¿Acaso en el banquete, entre las copas de la mesa festiva, no recibió su castigo merecido por haber roto el pacto? ¿Qué voy a contar del fugitivo Estucias que andaba errante por tantos rincones de la tierra? Mientras fue ambicioso, mientras pretendió lo que era inútil, queriendo poseer el nombre de tirano en injusto combate ¿será necesario contar qué matanzas arrojó sobre Libia, qué locuras sobre las tribus y con cuánta sangre tiñó su espada? Aunque demasiado tarde, murió, no obstante, con una muerte digna, pagando su crimen y, al mismo tiempo, sufriendo su castigo.

Veis, pues, soldados, cuánto se esfuerza la Fortuna por conservar la lealtad a los emperadores y cómo se encarga de someter, en afortunado combate, el universo entero a los romanos. Así pues, vamos, compañeros de lucha y fieles ciudadanos, que despliegue cada uno a sus hombres ante el peligro manifiesto y, según la costumbre romana de nuestro sagrado emperador, acometed a estos pueblos malignos. Que sepan los pueblos y reyes sometidos lo que es la valentía del Imperio, la gloria en el combate. Mirad bajo cuántos peligros se hunden ahora nuestras enseñas y permaneced alertas, soldados. Los moros rodean nuestras tiendas. Con el valor y la espada debemos buscar la salvación. Quienes consideramos como amigos a nuestro lado

y creemos pacíficos están pendientes del resultado final: si el romano resulta victorioso entonces se someten, le adoran y sólo la suerte de los vencedores y el miedo que han experimentado los mantendrá fieles. Ahora, ahora levantaos ciudadanos. Ésta es la victoria que dividirá las dos facciones. Que mueran atravesados por la espada, que vuestra valentía aterrorice a estos enemigos. Id, capitanes, y que cada uno disponga sus tropas en las posiciones correspondientes. Que avancen los estandartes con sus propios manípulos y llevad al frente los escuadrones bien formados».

El general a caballo se dirige al combate: enumeración de las tropas y dirigentes que lo acompañan

Habló así y de un salto subió al alto lomo de su caballo. Las armas del venerable varón resonaron y su casco, brillando con inusitado fulgor, emitió con el reflejo del sol luces y resplandores y el ardiente destello de su coraza se extendió por el campamento. Como una tormenta que, impulsada por un extraordinario estruendo desde el límite de la bóveda celeste hasta alcanzar el centro del cielo, resuena y de repente lanza rayos a través de las nubes.

Entonces le aclamaron todos los capitanes y todos los oficiales. A continuación la cohorte, imitándolo, se apoyó sobre las enormes lanzas y de un salto espoleó los caballos mientras otros sujetan el largo cuello de los soberbios animales. El caballo veloz se debate contra el bocado por toda la llanura brincando a derecha e izquierda sobre la hierba; se alegra al sentir en su cuello las manos de su amo y disfruta corriendo a través de las extensas llanuras.

Se formaron los escuadrones. Gencio dirige la formación en el ala derecha, rodeando las enseñas con manípulos escogidos. Él mismo como capitán, triunfante, con su fulgurante casco, cabalga y mientras galopa entre los escuadrones, distinguiéndose por sus penachos y resplandeciente con el brillo del oro, exhor-

ta al combate y ordena las filas, lleno de arrojo, con digna maestría. Junto a él Putzíntulo, valeroso, pone en movimiento las armas de los jóvenes, llevando tras los estandartes sus apiñadas cohortes. Este mismo, de espíritu luchador, impresionante con su casco empenachado y su resplandeciente coraza, iba altivo en su caballo, muy apuesto, con una larga lanza. Y, como era su costumbre, exhortaba con sus palabras a los aliados, pues una incomparable sabiduría anidaba siempre en su valeroso corazón. ¡Afortunado, si los hados le hubieran concedido en su vida largos días para que fuera anciano en su vejez, qué anciano hubiera sido!

A continuación Gregorio, el tercero, fuera de sí, con una lanza que cogió precipitadamente y el escudo ligero, resplandecía con sus armas iberas.

Próximo a éste, Géisirit, consciente de su propio valor, hacía avanzar a sus tropas y estandartes con intención de destruir los campamentos enemigos antes de la señal. Protegido por brillantes armas, va empuñando venablos de enorme peso. Está resplandeciente con todo el cuerpo armado de hierro y la coraza entrelazada con mallas de oro. Lleva un casco dorado como la llama combinado con hierro cuyo extremo, al igual que los penachos, está formado por una crin de caballo. Se ciñe con un brillante cinturón recamado de pedrería y le adorna el costado su espada en una vaina de marfil. Entonces, entrelazándolas con un cordón persa de abundante oro, coloca en sus piernas las grebas incrustadas de roja púrpura con gran maestría y adornadas con pedrería. Da gusto ver todas sus enseñas y, aún más, su extremado valor.

A continuación, organizando los escuadrones por los extensos campos, iba valeroso Marturio, que tomaba sus decisiones con determinación y dirigía a los aliados con valor digno de un tribuno. El vigoroso Marciano se lanza contra la densa formación de enemigos, dispuesto a mezclar con la suya la sangre del

barceo. Y el egregio Senátor, de ilustre estirpe, cabalga lleno de dicha, adornado con sus armas resplandecientes.

Acompañado de una numerosa multitud les sigue el fiel Cúsina al frente de los escuadrones con las enseñas masilas. Era romano de espíritu y no estaba lejos de serlo de sangre, dotado de costumbres pacíficas y de sobriedad latina. No había quien le igualara en fuerza física ni en el lanzamiento de dardos, ni Adonis, amado por Venus, ni el valeroso Aquiles [161].

Y por la otra parte, en la reluciente ala izquierda, desempeñando el cargo de general, se apresura el ilustre Juan [162], ya anciano y avanzado en años, poseedor de una vigorosa vejez y una valentía juvenil que le permitió, glorioso, doblegar al enemigo empleando no poco esfuerzo. Va montado en un soberbio caballo de color matizado de manchas blancas y negras, adornado con oro y pedrería que corre, piafando, ligero por toda la llanura. Él va y viene veloz, con infatigable voluntad, ordenando sus escuadrones personalmente y transmitiendo su seguridad a los aliados que se acercan. El infatigable Frónimut, a su lado, pone en marcha sus tropas con los estandartes levantados y se le une como aliado en campo abierto. Aunque sea él quien destaque en el centro, deslumbrante con sus penachos y su casco y levantándose, erguido, golpee los rayos y la luz del sol con el extraordinario fulgor de su espada, no obstante numerosas filas de soldados radiantes con sus escudos y cascos lo rodean por todas partes.

---

[161] Venus era una antigua divinidad romana que fue asimilada a la Afrodita griega, diosa del amor que tuvo amores con dioses y mortales, entre ellos Adonis. Aquiles, hijo de Peleo y de la diosa Tetis, fue uno de los héroes que participó en la guerra de Troya.

[162] Es el capitán romano Juan el Mayor.

Cerca estaba Marcencio apremiando a sus tropas y animándolas a combatir. Corren los escuadrones, tal como se les ha ordenado, a través de las anchas llanuras. Oprime sus rubios cabellos un casco dorado endurecido por el bronce y pesado por sus penachos; y una coraza de resplandecientes escamas rodea sus enormes hombros. Su caballo realiza arrogantes cabriolas con las patas. Lleva las armas en sus costados y va ceñido con una aljaba y un arco resonante; combatiendo con doradas flechas, protege los estandartes rodeados por los aterrorizados tribunos. Por una parte estaba Liberato que se distinguía especialmente por su larga lanza; por otra, el apuesto Úlitan, cubierto con armas de diverso color; éste era excelente en el lanzamiento del dardo y no era lento en el tiro con el arco curvo.

Ifisdayas —con la compañía de su hijo Bitipten—, muy hábil en el manejo del caballo con las riendas aflojadas, avanzaba como prefecto y guía de su pueblo que le seguía intrépido. Era un pueblo numeroso en hombres y de gran valor. Su propio dirigente, de carácter enérgico, había mantenido su lealtad a los romanos y era querido por el ejército, los capitanes y el noble general en jefe. Su ilustre hijo, muy audaz en el manejo de las armas, no le iba a la zaga al padre de tal modo, que podría vencer con sus dardos las delicadas flechas que lanzan los persas con sus tensados arcos.

El capitán Tárasis, poniendo en marcha sus altos estandartes, ordena las filas de infantería reunidas según la diversidad de sus armas. Él mismo a caballo dirige la batalla entre los escuadrones oblicuos y ordena a los suyos que se protejan con los escudos. La valerosa línea de batalla, erizándose con los escudos entrelazados, se extiende a lo largo en apretadísima formación por los anchos campos. Los soldados se ocultan tras los gruesos escudos como tras una muralla; sólo surgen por encima las hachas y las puntas de los cascos resplandecientes con sus

penachos. La llanura cubierta de hierro se encrespa con las lanzas erguidas y brilla el aire cargado de extraños terrores.

De este modo el venerable Juan, de poderosas armas, poniendo en orden sus alas para la batalla, reúne en el centro los estandartes, dirigiéndolo todo en la formación e igualando los escuadrones a través de la columna. Cabalga en medio dispuesto a luchar con todas sus armas y a dirigir con valentía sus tropas, animando a su pueblo a combatir. Como los ojos escrutadores de un toro preparado para embestir miran atentamente a un lado y a otro y buscan por dónde herir al enemigo que le ataca y embiste por un lado, gira a la derecha y a la izquierda le amenaza, multiplicando las heridas con diferentes cornadas y allí por donde le indican sus ojos se clavan sus astas, así el general ordena a las filas, una vez examinadas por partes iguales, entrar en combate. Del mismo modo que el órgano o la lira deben ser pulsados por los dedos del experto, de manera que cuando éste la toca la caña suena al contacto con el viento, mientras que, ni las cuerdas ni el aire suspiran si la voluntad del músico no hace resonar cantos bien articulados; así avanza la línea de batalla ante la orden del general y entra en combate en formación con los correspondientes estandartes.

Junto al general estaba Ricinario, que resplandecía con sus brillantes armas y disponía los escuadrones con el mismo cuidado. Era de espíritu impulsivo, de severidad moderada y gran corazón, indulgente, sabio, valerosísimo, incapaz de hacer mal, de poderosas armas, vencedor en la guerra, portador de la paz, humilde de corazón —lo que resulta grato a Cristo—, bondadoso y digno de acercarse a semejante general. Porque no fue la naturaleza que se muestra en el cuerpo, sino los rasgos del don más preciado —el amor casto, el patriotismo, la bondad, la sabiduría, el valor— quienes unieron a ambos bajo una sola alma. Así pues, iba a caballo en medio de las filas distinguiéndose por sus armas e instruía a los aliados con sosegadas palabras.

El jefe moro Yerna fortifica su campamento ante al ataque de los romanos

El ejército enemigo siente admiración por el valeroso Juan que dirige los afortunados estandartes en formación. Pero Yerna, jefe de los moros, durante la noche angustiado por las preocupaciones, construye una muralla en torno al campamento rodeándolo con ocho filas de camellos[163]. A continuación lo rodea con seis filas de bueyes, entrelazando hábilmente sus cuernos. Y con astucia y maestría prepara emboscadas por los caminos apartados, de modo que, más tarde, los moros advertidos corran veloces en plena batalla a asediar al escuadrón desprevenido de soldados indefensos que se dirigen al campamento. Ni Minos en su preocupación hizo doblar con tantas curvas los círculos equívocos por los escondrijos del laberinto[164], retorciendo confusamente los caminos que el hijo de Egeo, bien aconsejado, supo encontrar con habilidad, volviendo sobre sus pasos, tras haber tensado el hilo. Entonces él mismo hirió con su espada el pecho biforme y la bestia, vomitando sangre, se desploma clavando sus cuernos en la oscura tierra. Para construir una tercera barrera en la empalizada, dispersa el ganado pequeño y une a los animales trabándoles las patas. En el centro ata hábilmente a los asnos apiñados, estirando las cuerdas resistentes y coloca trampas por el campamento, horcas bicornes, espinos afilados y enormes rocas para impedir el paso.

---

[163] Cf. nota 67.

[164] Minos, según la mitología, fue un rey de Creta cuya esposa Pasífae tuvo amores con un toro y concibió al Minotauro, monstruo que tenía cabeza de hombre y cuerpo de toro. Minos mandó construir un inmenso palacio, el laberinto, formado por un embrollo de salas y corredores de modo que nadie podía encontrar la salida, donde encerró al monstruo. Teseo, hijo de Egeo, mató al Minotauro y consiguió salir del laberinto siguiendo el hilo de un ovillo que le regaló Ariadna, la hija del rey.

Alineación de tropas y enumeración de los jefes moros

Del mismo modo Antalas dirige la lucha con maestría y avanza rodeado por sus escuadrones. Confiado en su caballo, resplandece en el centro y sitúa a las falanges para un combate a pie, unidas por los pesados escudos. Pero mantuvo muy cerca los escuadrones para proteger el campamento y no quiso que la infantería se arriesgara a luchar más lejos, habiendo experimentado en tantas ocasiones lo que pueden el terror y el valor romano en el combate. La formación mora, sin embargo, avanzó en orden preciso con estandartes semejantes. Delante la caballería veloz recorre toda la llanura y va raudo el laguantan inundando los campos, las colinas cercanas, los profundos valles, los bosques y los ríos, con el fiero Yerna y el temible Bruten que le sigue. A continuación, siguiéndolos con muchos miles de hombres, Cámalo avanza contra los enemigos e Hisdréasen[165] y el feroz Yaldas y el impetuoso Sínzera y todos los que nadie, que pretenda comprender sus nombres o nombrar tantos pueblos crueles, es capaz de recordar. En medio de éstos estaba el cruel Sidisan que estimulaba y dirigía la lucha, al frente de la caballería y de las enseñas del ala derecha. Y en el ala izquierda Carcasan[166], asociando sus escuadrones, despliega las densas filas por todo el campamento, excitando a los ifúraces a combatir; e igualmente Melango dirige sus enseñas y Gantal y Güentan, Alacanza y el cruel Yutungun, el veloz Autíliten, el valeroso Catúbar y los innumerables jefes que las Sirtes enviaron a combatir.

---

[165] Quizá sea Esdílasan o Isdílasan, jefe moro que se rebeló contra los romanos y que menciona PROCOPIO (*Guerra contra los Vánd.* IV 10, 6; 12, 26, 29).

[166] Rey de la tribu de los ifúraces.

LIBRO QUINTO

Preliminares de la batalla: increpaciones de Juan a Antalas

Y ya se acercaban los enemigos a sus adversarios, que estaban situados en frente, con los estandartes en formación. Sacan de las aljabas los arcos y las aladas flechas y arrojan los dardos. Una parte había delimitado en su avance un espacio del campo vacío; el ejército extranjero impedía el acceso a los soldados romanos y, cerrándoles el paso, había obligado a los enemigos que avanzaban a permanecer en sus posiciones y la formación se quedó inmóvil, sujetando fuertemente las riendas. Al observar las filas del enemigo, Antalas, hijo de Güenfan, vio al general Juan entre las enseñas, reconociéndolo a lo lejos. Entonces pasando entre los dardos de los suyos, va altivo en su caballo y atraviesa ante la vista del noble dirigente. El valerosísimo general que avanzaba sin hacer uso [167] de sus armas salió, no obstante, al encuentro de su enemigo. Emprende aquél la huida, haciendo volver con las riendas a su caballo domado. A él se dirigió de este modo el general: «¿A dónde huyes, Antalas? ¿Éstas son tus palabras amenazadoras? Mira cómo te llama

167 VINCHESI («Note testuali...», pág. 152) da al adjetivo *vacuis* el sentido de *non occupatus*.

Juan, que avanza con unos pocos soldados [168]. ¿Hacia dónde desvías tu camino, veloz? Entre tanto que juzgue el que mueve el cielo y la tierra y lanza los rayos».

Presagio para los moros

Ante el que decía tales cosas para incitarle a luchar, enrojeció Antalas y se confundió pesaroso entre las armas de sus hombres; cuando ⟨***⟩ [169] mediante el uso de la magia se envía desde el centro de los moros un toro que el sacerdote Yerna y máximo líder de los jefes de la tribu, había fingido que representaba la divinidad de Gúrzil Amonio [170], como primer presagio para los suyos. Se encoleriza el animal entonces entre unos y otros con sus astas levantadas, sin saber por dónde embestir al enemigo. Ante la agitación de las formaciones, avanza en su carrera y arremete contra los escuadrones sírticos y, bravo, reclama de nuevo su campamento. Lo sigue un jinete romano que arrojando un dardo tembloroso ⟨entre⟩ sus ijares lo derribó en mitad de la arena.

Invocaciones a los dioses respectivos

Anunciaron la batalla los cuernos con su ronco canto; entonces se eleva hasta las estrellas un extraño clamor de voces rotas y la Erinia se inflama con penetrantes alaridos. El bosque entero retumba; resuenan entonces todos los ecos que imitan las diferentes lenguas, devolviéndoselas a las tribus. Por aquí el ejército maurusio, invocando a Sinifere, llama al feroz Mastiman [171]:

---

[168] Juan alude de modo irónico a las palabras que Antalas le dirige en el libro IV 375: «a éstos (a los moros), con un pequeño grupo de soldados se dispone ahora a atacar el general Juan».

[169] El verso 22 está incompleto.

[170] Apelativo de Gúrzil al que se considera hijo del dios Amón.

[171] Ambos nombres corresponden a dos divinidades de los moros. El nombre de *Mastiman* aparece con *i* larga, mientras que en VIII 307 la *i* es breve.

«Mastiman», responde el eco. Por allí dicen «Gúrzil»: «Gúrzil», resuenan las huecas rocas. Por aquí la tropa romana, enturbiando el aire con sus voces, grita de forma atronadora y con un gemido responden a su vez las montañas al ruido de las aljabas golpeadas. Retumba una voz venerable. Se grita: «Que Cristo poderosísimo luche en tu nombre, Justiniano, con tus armas. Conserva, Padre venerable, el poder de nuestro emperador». Ante el nombre los cielos se estremecieron; los bosques temblaron profiriendo gemidos, con un sacudimiento de la tierra, y parecía que eran golpeados, al ser sacudida la cima de los montes. Las montañas y los lagos emiten roncos quejidos; el universo se estremece, liberado de su trabazón y los elementos reconocen con sus lenguas a su Creador.

Inicio de la batalla

A continuación se desata la cólera y los ánimos se inflaman con el deseo de luchar. Los soldados espolean a sus caballos, arrojando con sus brazos una nube de flechas, y la luz del sol palidece ante la densidad de las lanzas. Bajo las jabalinas se precipita una noche negra y en el campo de batalla, sobre las armas, la espada de uno y otro bando separa la luz y las tinieblas. Los dardos que se arrojan al enemigo se multiplican con las flechas lanzadas que vuelan alternativamente de una y otra parte. Entonces todo el aire sopla funesto y oscurecido por tan gran cantidad de lanzas; los bandos reciben en esta medida tantas heridas como lanzas arrojaron. Todo dardo que se acerca amenaza muerte, pero una suerte desigual ejerce su poder. Pues con mucha frecuencia un dardo lanzado, golpeando en su carrera una lanza enemiga, cae en el campo de batalla, al añadírsele un doble peso; Marte es privado de dos heridas robadas a un tiempo y la misma muerte en otros se enrojece. Entonces se humedece la tierra mezclada con la sangre y el aire silba al arrojarse las lanzas. Marte desata su cólera y arrolla a los caballos muertos

revueltos en mitad de la matanza de guerreros. Se añade una violencia desmedida que se precipita de una y otra parte y los soldados, cegados por la confusión y la ira, ofrecen sus pechos a las armas contrarias; los que se preparan para atacar a otros reciben la espada en sus entrañas y derraman la dulce vida por las heridas.

Intervenciones de Ricinario y Juan en el combate

El impetuoso Ricinario, abriéndose paso entre los inquebrantables enemigos, se precipita y pone en fuga a las filas y las enseñas contrarias, una vez muerto Éilimar, que era el primero en atacar provocando batallas y que se atrevió a acometer a las filas romanas, confiado en su caballo y en sus hombres. El ilustre héroe puso a éste fuera de combate: atravesándole el pecho cuando avanzaba, haciéndole frente con su espada, cortó por las rotas costillas sus órganos vitales y la lanza se prolongó por su espalda con un gran impulso.

El moro hace volver a sus caballos mientras huye con un miedo que le produce escalofríos. Le sigue la tropa romana que siembra la confusión hostigándolo y oprime en su agitación a la retaguardia maurusia por la extensa llanura y cansa a los que huyen con una matanza sin dificultad. Cuando la caballería destrozada vio desde el frente a la infantería aliada que esperaba preparada, recobran el valor sus corazones, hace volver a los caballos y corre inundando el campo de feroces gritos y busca el camino a través de las espadas de los soldados enemigos. Pero con extremado valor el general les cierra el paso y consolidando los ánimos de sus hombres, les exhorta con amistosas palabras: «Nobles romanos, consuelo del Imperio y nuestro, acostumbrados a soportar tantas veces las fatigas de la guerra, habéis deseado la lucha, al final se nos ha proporcionado la ocasión de luchar. La situación vacila ya en el riesgo de un solo instante. En este espacio de tiempo precipitaos contra los ene-

migos con el mayor empuje. Éste será el único esfuerzo con el que se concederá una clara victoria a nuestro bando. Somos portadores de los mayores honores para los soldados que vencen las guerras, doblegando a los pueblos soberbios, y renuevan la satisfacción del Imperio romano».

Así habló e irrumpiendo veloz en medio de la formación, espolea su caballo y va rugiendo con potente voz a través del enemigo. Le siguen sus valerosísimas filas de tupidas armas. El polvo lo oculta todo. Una lluvia de hierro cae sobre el campo de batalla y la cuerda del arco lanza la flecha que revolotea. El general envió primero a Mantísinan a las sombras, cortándole la cabeza con su espada. Y no sintió la profunda herida el robusto cuello del guerrero, ni la espada, que se detuvo en sus huesos, estaba teñida de sangre. Su cabeza permaneció en el suelo con los ojos abiertos y su caballo corre por la llanura llevando su cuerpo y la sangre brilla por donde se ha atravesado el cuello. A continuación hiere a Laúmasan en las sienes con su poderosa espada que le atraviesa igualmente los huesos rotos y el blando cerebro; continuando con el casco y el manto al mismo tiempo, le hendió la frente y los ojos, cortándole los largos cabellos. Al veloz caballo de Guarsucia lo derriba arrojándole una lanza en combate cuerpo a cuerpo. Tembló la pica clavada en el ijar izquierdo y, atravesando con su hierro caliente las entrañas del caballo y el pie derecho de su amo, quedó colgando, enganchada. Se desploma el caballo herido y él mismo aplasta en su caída a su amo y lo golpea brutalmente con un peso mortal. Al terrible Manzérasen corta en dos por el medio con su inflexible espada y el cuerpo se separó hacia uno y otro lado, cayendo en dos mitades. Derribó a Yarto cortándole el cuello y su mano armada; al cortarla, tiene ésta sujeta la espada, mientras que el cuerpo cae frío. El estremecimiento del golpe lo arroja contra la tierra, sacudiendo sus brazos inertes de nervios calientes.

Mázana, que observaba el ímpetu de Juan en la matanza, saliéndole al encuentro, se precipita sobre él y lo ataca, blandiendo una lanza con su brazo. Y tras lanzarla contra el héroe que se acercaba, hizo volver a su caballo, sometiéndolo. Pero el valeroso general, sin temor alguno a las heridas, desvía el arma arrojada, recibiéndola con su escudo y sin miedo ataca al enemigo y lo hiere con valentía. Su sangre al brotar tiñe la verde hierba y yace en el suelo el enorme cadáver. Vio Gardio a su robusto hermano derribado por el golpe y vuela entonces preparándose a vengar su muerte. Protegido por su escudo y soberbio con sus armas, se dirige hacia el general; lo empuja un valor consciente del peligro y el dolor por la muerte de su hermano. Mientras se distrae al levantarse con la rodilla doblada, recibe por las costillas una lanza, que vibrando le atraviesa la coraza, y cae herido en la arena. A él, que ya está vencido por la muerte, dice el noble Juan: «¿Por esto era, desgraciado, por lo que nos atacabas, sin ser consciente de nuestro valor? o ¿acaso, más bien, te preparabas a ir como compañero de tu hermano? Mira cómo se ha cumplido tu voluntad, malvado, en un destino común; es más, persiguiendo al mismo tiempo el botín y la muerte, del mismo modo te marchas con tu hermano de los territorios libios».

Inmediatamente ataca Juan desde lo alto a Cullan con su lanza hostil y lo persigue durante largo tiempo. La caballería mora emprende la huida por toda la llanura, escapando, aterrorizada, de su noble enemigo. Él mismo los persigue fuera de sí y, tras haber arrojado sus lanzas, las clava en las espaldas de los guerreros y una gran cantidad de sangre se derrama sobre la arena. Caen los cuerpos apiñados, revueltos por la extensa llanura. El terror de la guerra precipita al enemigo ilaguantan: todas las filas se estremecen. El espanto ante su insólito valor inunda los corazones de la tribu: se asombran y se horrorizan y huyen del héroe. Del mismo modo temblaron ante el Tonante

los gigantes, derribados por el rayo con el cuello roto; así huía la tropa troyana del valeroso Aquiles.

Increpaciones de Bruten a los moros que huyen

Cuando Bruten vio que las tribus, arrojadas fuera de los campos, emprendían la retirada huyendo, que se había despertado en los suyos un insólito temor y que las filas se rendían dando la vuelta a las enseñas y los moros, que huían a causa del miedo, entraban en el seguro campamento, creyendo que sus últimos hados ponían fin a su vida; llama y hostiga con su voz a las cohortes que se alejan y vuelve a conducir al combate a los temerosos guerreros con tales palabras: «Oh, tropa digna de lástima que nunca se retiró vencida, ¿de dónde viene ese intenso miedo? y ¿con qué empuje persigue a las atemorizadas tropas? ¿Acaso alguien se protege con esta huida? ¿Vas a estar a salvo en el campamento que el soberbio vencedor de la guerra ya está dispuesto a saquear? ¿De qué temida batalla huyes, esforzado pueblo de los laguantan? ¿A dónde corres, áustur, vencido por el enemigo, tú que confías en tu caballo, con tan gran temor? ¿No os avergüenza, ay, desdichados, el haberos marchado abandonando el frente? ¡Oh, valor, oh, arrojo de los guerreros! ¿Os agrada volver desarmados y privados de todo? ¿De este modo váis a contemplar a las Sirtes calurosas? Oh, tropa desertora, recuerda las antiguas guerras de tus antepasados y las luchas terribles y su noble bravura. Vuestros padres vencieron al Imperio; y Maximiano, aunque poseía el poderoso cetro del Imperio Romano, no fue capaz de vencer a nuestros abuelos. Mirad ahora con cuántos soldados y con qué populacho nos hostiga Juan, destruyendo nuestra formación, y, por último, acudid a socorrer a vuestros hijos».

Con tales palabras se inflamó el valor de los moros, volvió el ejército y emprendió la batalla de nuevo con más violencia y alborotó las nubes arrojando multitud de dardos. Lo mismo que

una nave sometida por un torbellino, que es a menudo sacudida en su ruta, es llevada hacia las aguas marinas adonde el austro la dirige; mientras funestos peligros siembran la confusión entre los desgraciados marineros, les sobreviene un viento de soplo deseado, se levanta animoso el piloto y, exhortando a sus compañeros con grandes gritos, hace volver la nave con habilidad y despliega las velas afortunadas a los vientos serenos. Del mismo modo reanimó el prefecto con su voz a los pueblos vencidos e hizo volver al combate a los espíritus feroces.

Bruten arrojó su lanza contra Paulo que le hacía frente y la pica atravesó el pecho caliente del héroe, vibrando a causa del impulso, y le desgarró el conducto de su palpitante pulmón, rompiéndole dos costillas con la fuerza del golpe. Yaldas hiere con su espada a Largo que provocaba la lucha. Sínzera mata a Crescente e Ilasan a Servando. Hisdréasen, atacando al tribuno Marciano en un encuentro funesto, arrojó su lanza con enorme fuerza, y espantoso por su cólera, hiere la frente del robusto caballo de su adversario. Se desploma el caballo abatido por la herida mortal, rompiendo la lanza bajo su enorme peso. Rápidamente se levantó el tribuno con gran valentía y sin amilanarse ante la pérdida de su caballo, permaneció en el campo de batalla como soldado de a pie y resplandeció altivo con su casco y su escudo. Pero el feroz Hisdréasen, aterrado ante su vista, se detuvo y, sin atreverse a atacar solo a su enemigo, emprendió la retirada. Entonces lo sigue el tribuno con la espada desenvainada. Hisdréasen hizo volver a su caballo domado, espoleándolo, y, huyendo atemorizado a través del escuadrón aliado, se confundió entre las compactas armas. Pero cuando su perseguidor no consiguió alcanzar al que le arrojó la lanza, derribó con su espada en el centro a Merasgun y además a Suartifan. Las montañas salvan al veloz Gamasdro, mientras que el desdichado Isaguas recibe la muerte. A continuación el vencedor, movido por su cólera arrebata las armas de los enemigos vencidos y

con violencia y sin temor, hace frente a los que huyen con las lanzas de sus aliados. Se extienden por doquier los cuerpos amontonados de los guerreros y los caballos al mismo tiempo, a los que en el medio alcanza un dardo arrojado al azar mientras vuela contra los enemigos.

Intervención de Antalas en el combate

Y a lo lejos lo contemplaba Antalas, que lo observaba todo desde una elevada colina. Pues no quiso entablar antes la batalla con los primeros guerreros, sino que astutamente tenía la intención de acudir a combatir como refuerzo. Entonces no soportó al tribuno impetuoso en la matanza y, ardiendo en deseos de socorrer a los moros extenuados, se dirigió desde la colina hacia las líneas dispersadas. Así pues, irrumpe con violencia en el escuadrón aliado, dirigiéndose hacia Marciano que perseguía a los escuadrones por los prados. Igual que un león, provocado por el enorme griterío de los cazadores en pleno monte, agitando su áspero lomo con latigazos y golpes de su cola, aviva su cólera para combatir y con un rugido doblega a los fuertes hombres con su valor. Va a su encuentro el tribuno, sin miedo ante la vista del enemigo y se precipita contra él, dirigiéndose hacia el guerrero con espada funesta. Pero antes una lanza atravesó la rodela que le hacía frente y con su ancha punta permaneció clavada, dañina, en las costillas del héroe.

A continuación se produce el estruendo. Las montañas resuenan con los fuertes gritos y la batalla se hace más violenta, una vez dominada la agitación. El valor de Antalas que avanzaba provoca la cólera y proporciona esperanza a los vencidos. De nuevo se esfuerzan por luchar; los escuadrones se concentran en cuñas y se renueva la formación. Él mismo, cuando concentró sus fuerzas, tras haber reunido a sus escuadrones, se precipita con gran ímpetu por entre las espadas blandiendo su lanza y lo llevan en un vuelo hasta los apiñados enemigos. El

primero que le hizo frente, saliéndole al encuentro fogoso fue Orno, que no fue engendrado de la raza de Rómulo y al que su madre, Persia, educó para combatir; África, sin embargo lo arrebató a su madre, vencido por la mano de Antalas. Pues audaz, blandiendo su lanza con fuerza, atravesó el escudo y al enemigo. Inmediatamente, entregado a unos hados hostiles, sale corriendo a su encuentro el desdichado Arsacis, al que con su espada homicida Antalas encolerizado corta por la mitad, por donde se ciñe el arco, separando en dos partes sus entrañas palpitantes. A continuación, dando la vuelta a su lanza, hiere al atemorizado Malco; traspasa en su furia a Artemio y a Mauro de nombre funesto que derriba, herido por el golpe de su compañero.

Descripción de las matanzas de uno y otro ejército con la enumeración de los guerreros abatidos

Zudio, orgulloso con sus hermosas armas, tras haber rechazado el caballo, iba como infante y como tribuno abatía, triunfador, a los escuadrones enemigos. Y ya había derribado a Misantas y a Tíseras: Tíseras pertenecía al populacho rebelde, Misantas llevaba un penacho [172]. Entonces envía a las sombras al cruel Sangin. Sometió al soberbio Amaro y a Gárafin y a Tílifan y a los dos hermanos los derribó en el suelo a causa de sus heridas. Cada hermano mientras moría vio morir a su hermano. Se compadecieron del corazón de su madre que habría de soportar un triste dolor durante tan largo tiempo. Sidifan, que desde una colina lo veía encolerizarse a lo lejos, se prepara para salirle al encuentro. Reúne entonces las armas sírticas y ataca al noble tribuno fiero en la matanza, a quien acosa la cantidad de enemigos y su valor. Los enemigos apiñados lo rodean y lo rechazan por do-

---

[172] El calificativo «empenachado» *(pinnatus)* indica en el ejército moro a un oficial de familia noble.

quier arrojándole flechas. Atraviesan y hieren al héroe. Mil enemigos lo derriban entonces en mitad del campo, aniquilado por sus heridas. La línea de batalla dio la vuelta, tras haber arrojado los estandartes fuera del camino; el terror había empujado a los jefes romanos a emprender la retirada. Pero apresurándose el general, acompañado por sus fieles escuderos, animó con su valor a sus compañeros vencidos.

A continuación Juan, temible por su espada, irrumpiendo primero en las filas enemigas, atravesando a Maden por el pecho con una fulminante jabalina, lo derribó en el suelo y al robusto Magargo y a Taden y a Meilan. Irguiéndose entonces en toda su estatura, Áriarit derribó al enorme Mestan de un golpe y con su espada hace rodar a Magno y la cabeza de Altísera rodó de su cuello por la hierba. La cara de Zambro le cae rodando por el pecho, una vez golpeado su cuello y Rofas aniquilado, vomita arrojando de su estómago rojos ríos y al echar las entrañas, con sus últimos sollozos ya no podía sacar palabra de su boca.

No lejos de allí Ziper corría hacia el centro de la formación y sembraba la confusión entre los guerreros, obligándolos a volver al campamento. Mató con muertes diferentes a Yaldas, Tusdrun, Aracan y Nados, pero los derribó en un solo valle. A éstos añadió al veloz Ilas y derribó al orgulloso Conunian en mitad de la arena, hiriéndolo con su pica.

Llamando a su portaestandarte Vítulo, el fiero Ricinario lo obliga a acercar la enseña en medio de los moros. Él mismo, volando igualmente a través de los apiñados enemigos con valentía, se dirige hacia el campamento de los salvajes. Le sigue entonces el resto de la tropa, destruyen los accesos e intentan destrozar los fosos. ¿Qué dolor fue aquel con el que así se dirigía Ricinario fogoso hacia los montes enemigos, derribando las formaciones y preparando irrumpir en el campamento? Alcides, temible por su valor, sembró la confusión de tal modo en

las murallas de Troya, hostigando a los Laomedontíadas y a su tembloroso rey[173]. Ricinario persigue y mata a los guerreros. A continuación, blandiendo su dardo, hiere el duro pecho de Lanzo que se enfurece en la matanza. Entonces derriba al suelo con su espada la cabeza del fiero Masgüen y hiere desde lejos a Nácusan con su rígida lanza. Derribó en mitad de la arena al caballo de Macúrasen, atravesado por una profunda herida, y aplasta él mismo a su amo que se precipita desde arriba. Con las venas rotas su corazón deja escapar a su alma purpúrea. El moribundo sacude la tierra con sus talones y golpea la hierba.

Seguidamente el valeroso Sólumut atacó a los enemigos en compacta formación. Mata a Cullen y derriba en el suelo a Yutungun que acudía corriendo con él. Corta el cuello con su espada a Meuzzen, al que había acosado, y persiguiendo a Laltin, lo derribó de su caballo y hiere al valeroso Sinisgun y a Varinno, al que aún no se llevaban los hados. La espada le rompió la coraza y alcanzó la mano izquierda, desgarrando con el golpe los nervios principales. Él huye vencido entre las filas con la rodela hundida; la mano izquierda le cuelga con los dedos ensangrentados y la sangre impregna sus huellas, pintándolas, en su carrera.

Géisirit derriba al ardoroso Mífico, que desata su cólera en el campo de batalla y hiere por el pecho a Ceucro que le hace frente. Dorotis atravesó con una flecha al empenachado Antifan. Al instante encorva su combado arco con enorme fuerza y,

---

[173] Alcides, Heracles o Hércules es un héroe hijo de Anfitrión y Alcmena. Laomedonte, rey de Troya, se negó a pagar a los dioses Apolo y Posidón, a los que había encargado la construcción de las murallas de Troya; como castigo Posidón envió un monstruo que causaba estragos en la ciudad, hasta que Hércules se ofreció a matarlo. Como Laomedonte se negara de nuevo a pagarle la recompensa prometida, Hércules volvió con un ejército y aniquiló al rey y a sus hijos, excepto a Príamo.

lanzando una flecha, hiere al robusto Maggite que rueda en su caída. La flecha lanzada mantuvo su trayectoria, escapándose por las sienes del cruel Cambro. Cuando el desdichado Cambro se desplomó de bruces, arrebatado por una herida que iba destinada a otro, Barsippa, protegido por su escudo, atacó a un escudero, arrojando una lanza en su excitación. Mientras se distrae saltando con su escudo sobre su noble enemigo, el ágil Barsippa recibe en sus entrañas una flecha emplumada y cae a tierra con su enorme peso. Bulmitzis persigue a Aco que se precipita corriendo a través de la batalla y lo atraviesa arrojándole de cerca una lanza. A continuación persigue al negro Manonasan y derriba al guerrero con su espada ensangrentada. Muere el fiero Vascina con su brazo arrancado por la espada de Bulmitzis y derriban al valeroso Tamazo y un duro venablo atraviesa a Mártzara y al áustur en extremo colérico. Germano somete a Arzen, Sálusis a Méniden y Juan a Mestan en una roca. Tánala mata a Iten, Vitalis a Tizen con una flecha y Física derriba de un golpe al enorme Frecten.

Retirada de los moros a su campamento; hasta allí los persiguen los romanos

Entonces Marte, desencadenándose violento, obligaba a las formaciones, empujadas por el miedo, a penetrar en el seguro campamento. El soldado comenzó a matar a los moros en medio de los camellos y a destruir con violencia los fosos sitiados. Pero entonces se acude corriendo por doquier con una gran batalla y corren a un tiempo los valerosos romanos y los moros, rebeldes y pacíficos. Y nadie reconoce a su hermano, recubierto de polvo, ni el conocido pudo ver al querido amigo; ni fue capaz el ciudadano de reconocer al ciudadano. Se habían mezclado sin ninguna diferencia las líneas con los escuadrones en un combate despiadado y avanzaban corriendo las formaciones de apiñadas armas. En la confusión del combate la muchedumbre apenas permitió atacar a las bandas que ofrecían resistencia.

Hacen pedazos el pecho contra el pecho, los escudos contra los escudos y golpean el robusto cuello de los guerreros cercanos con las cimeras de los cascos. Entonces, sin darse cuenta, el enemigo recibe crueles heridas, atravesado por cuchillos que no puede ver. Los cuerpos muertos se amontonan en compacta multitud. Caen mil cadáveres: la sangre se derrama sobre la arena. Se pisa un largo río de sangre y su corriente purpúrea, y las huellas se empapan con el rojo limo.

Yerna y el fogoso Antalas apremian a los desgraciados moros, incitándolos a combatir; empujan a las formaciones a abandonar el centro del campamento y llevan armas a lo largo de todas las murallas. Los adolescentes se apiñan mezclados con los viejos. Se obliga a todas las edades a acudir corriendo hacia los fosos sitiados y la creciente confusión excita la lucha. A los romanos infundió cólera su valor, a los moros su posición. El falso moro lucha por doquier con insidias. Va corriendo y observa en medio de los camellos a los enemigos que entran en el campamento y con fiereza, unas veces los atraviesa, arrojando de cerca un dardo, otras veces, con su espada desenvainada y los hostiga, acorralados.

En este momento, una vez establecida, la formación de los moros sale de sus murallas e intenta rechazar a los valerosos escuadrones. Y no sólo propina espantosas heridas la espada que revolotea, sino que ahora caen piedras y tizones; unas veces se lanzan trozos de madera, a continuación resuenan sobre los cascos y escudos pértigas y enormes piedras partidas en el monte; otras veces los cuerpos entregan las almas bajo el peso del plomo. Con frecuencia se ven antorchas que corren encendidas, como un rayo, de rojas llamas, volando desde una y otra parte[174]. El soldado mantiene su posición con todo su ímpetu y

[174] La técnica de los moros consistía en arrojar sobre la cabeza del adversario toda clase de proyectiles desde lo alto de los camellos, sobre los que transportaban a las mujeres y niños junto al material.

confiado en el valor de su invencible general, ataca el campamento enemigo. Lucha, no obstante, el cruel enemigo y ataca a los soldados y defiende los fosos, manteniéndolos alejados. Pero el general Juan, animando y alentando a sus compañeros, les da fuerzas con su atronadora voz. Aquel sonido, que llena de confusión a los enemigos, los aterroriza y tiemblan ante el rostro y la voz del héroe. Como cuando Júpiter provoca sus espantosos fuegos, habiendo sacudido el éter, y aterroriza con su trueno a todas las especies de la tierra y se estremecen los corazones cuando se desgarran las nubes. Del mismo modo siembra la confusión entre las filas marmáridas el miedo estremecedor, cuando la voz del noble Juan golpea sus pechos.

Juan exhorta a sus hombres

La formación trastornada se aterroriza y emprende la retirada. Los persigue el romano que derriba los cuerpos unos sobre otros en sus mismas posiciones. El general triunfador les exhorta a irrumpir en el campamento e inflama sus corazones con alentadoras palabras: «Habéis vencido, compañeros. Derribad ahora sin dificultad las murallas con las espadas y aniquilad a las tribus con los puñales ensangrentados, mientras se presenta la ocasión de la venganza, mientras un miedo mortífero acosa al enemigo, mientras el más noble valor anida en vuestros corazones. Ahora es el momento: exigid, jóvenes, la recompensa de la guerra. Una vez aniquilados los enemigos, será lícito esperar el botín. Por órdenes del emperador (¡que así pueda ver los amados ojos de mi querido Pedro a salvo! ¡Así merezca ver, como vencedor, las ciudadelas de Cartago!) entregaremos de buen grado todo el campamento a los soldados como recompensa a sus esfuerzos. Ni a mí, ni a ninguno de los jefes le será lícito privar a los soldados de botín. Que tenga su alegría el soldado saqueador y que se regocije, valeroso, en las empresas que él mismo se atrevió a realizar. ¡Ea, vamos, jóvenes! Ani-

quilad, terribles, al hombre, al ganado y lo que se interponga en vuestro camino y allanad con una ancha ruta los caminos tortuosos. Yo mismo avanzaré el primero para que el soldado, protegido contra el enemigo, vea qué debe hacer, siguiendo entonces cada uno mi ejemplo».

Estragos de los dirigentes romanos en el campamento moro

Así habló y él mismo, que se dirigía el primero al campamento, hiere con su espada a un enorme camello en las patas, por donde toda la fuerza del animal se oculta concentrada en los tendones. Entonces la dolorosa herida atravesó las dos patas y cortó los dos huesos con un breve golpe. Retrocede el camello que cayó rodando en el suelo con horrible estrépito y aplastó con su peso a dos moros, que ante su espantoso miedo al general se habían escondido bajo su alto vientre, y trituró sus huesos, confundidos desordenadamente con las médulas golpeadas. Se cayó al suelo la getula[175] tendida hacia atrás, con sus dos hijos y el bagaje se les desploma al caer. Se cayó el lecho y la piedra de moler el grano; el peso rompió las ataduras y eliminó el obstáculo.

De repente, se siembra la confusión en el campamento y se abren las murallas, resquebrajadas por un solo golpe; como un alto edificio, cuando se derriban sus columnas, cae desplomándose con estrépito y su enorme armazón, tras haberse desligado de las rocas, yace desparramada por la extensa llanura.

Desde otra parte Gencio derriba en el suelo a las bandas enemigas y con sus soldados en compacta formación siembra la confusión en las murallas destruidas con implacable ardor. Del mismo modo derribaba el impetuoso Putzíntulo los horribles cuerpos con sus flechas fulminantes. Igual que corren dos

[175] He interpretado el adjetivo «getula», siguiendo a Mazzucchelli, referido a una mujer mora que iría montada en el camello con sus dos hijos.

leones, inducidos por el hambre funesta, acosando a los ganados, así iban ambos, implacables, contra los enemigos, acometiéndolos por su parte con un golpe. Frónimut corre infatigable, destrozando la formación opuesta y levanta el campamento entero. Marcencio ardía de ira con sus apiñadas armas, derribando a las formaciones en mitad de los fosos y al mismo tiempo se encoleriza el impetuoso Juan con su espada enrojecida.

En otra parte aniquilaba a las bandas enemigas Cúsina, que estaba unido a los romanos en parentesco y lealtad. Derramando sobre sus armas abundante sangre, derriba los cuerpos maurusios por los anchos campos con una nube de flechas. Hace rodar con su firme espada los brazos y cuellos de muchos guerreros y mutila los nervios de sus caballos. Los tribunos destrozan los fosos por doquier. Entre ellos desata su cólera el gallardo Tárasis contra los enemigos: el capitán ⟨atraviesa⟩ el pecho jadeante; las entrañas desgarradas se salen por las rotas costillas y se endurecen con la sangre caliente. El valiente Ifisdayas iba fogoso con sus fuerzas más poderosas y aniquilaba a las líneas contrarias por los prados, derribando los cuerpos sírticos con su ardiente espada. El extremado valor de los generales y la cólera que manifiestan inflama a sus compañeros.

Por otra parte los soldados provocan entonces un gran tumulto con sus espadas: acometen y matan, roban y hieren, avanzan derribando cadáveres por doquier y corren feroces. Hieren sin discriminación alguna. Ni la edad, ni el sexo inocente apacigua sus espíritus: todo tipo de cuerpos aniquila el soldado romano [176]. Estalla el estruendo de las armas. Los montes re-

---

[176] Esta vergonzosa actitud de los soldados bizantinos —no olvidemos, por otra parte, que se trata de mercenarios que se comportan como verdaderos asesinos sin tener en cuenta precisamente el derecho romanos— es apenas mencionada por los historiadores. Así, PROCOPIO sólo nos dice que Juan mató combatiendo a muchos enemigos y que recuperó las enseñas de Solomón (cf. *Guerra contra los Vánd.* II 28, 46); en la misma línea se sitúa JORDANES, que

producen el sonido de las armaduras rotas; gimen los pechos con sus miembros arrancados y los cadáveres se concentran, mezclados por los anchos campos. Al igual que una gran multitud de campesinos que derriba los árboles de un antiguo bosque, a porfía persiste en cortar las secas ramas; tan gran cantidad de hachas reproduce los fuertes golpes por todo el bosque que les responde con gemidos. Del mismo modo irrumpió Juan en el salvaje campamento moro con sus aliados. Rechinan las espadas por doquier y se enrojecen con la sangre. Entregan sus vidas en la herida con un gemido y ruedan, al caer por los prados mezclados, bien los jóvenes con los viejos, bien las madres, aplastadas por el peso con sus hijos pequeños entre los rudos ganados. Derrotan con sus ardientes espadas a innumerables enemigos y al sobrevenir la desgracia de los que mueren, abate a muchas mujeres. Las moras, llevadas por los cabellos, temen las fieras heridas mientras las arrastra el enemigo triunfador. Uno lleva a los niños que han sido arrebatados en un vuelo al enemigo y los envía a los siervos y vuelve, pisoteando los cadáveres, al centro de los fosos. Otro se divierte rompiendo las ataduras de los camellos; otro roba los bueyes; otro vuelve con las ovejas que se habían alejado; éste golpea a los lentos asnos, dándole la vuelta a su lanza. Ya todo es destruido: en ninguna parte hay ganados de los moros [177].

---

nos cuenta cómo los moros enemigos fueron vencidos por los moros fieles al Imperio y que en un solo día Juan aniquiló a diecisiete de sus jefes, obteniendo la paz en toda África (cf. *Rom.* 385).

[177] El término *tarva* («ganado») parece ser moro, conocido y utilizado por los soldados que luchaban en África en aquella época (cf. VII 273). Coripo imita a SALUSTIO *(Yugurta* XVIII 8), VIRGILIO *(Geórgicas* III 340) y TITO LIVIO (XXX 3, 8 y ss.), autores que se sirven del término púnico *mapalia*, al utilizar esta voz extranjera. Los autores discrepan en cuanto a su interpretación, así CAZZANIGA («Animadversiones...», págs. 65-66) lo interpreta como «tribu»,

Huida de los moros acompañados del jefe Yerna al que abaten los romanos

Un jinete solo corre entonces desarmado por el campo abierto. Huye aquel fiero Yerna, doblegada su fuerza, y se llevó consigo la espantosa imagen de su dios Gúrzil. Esperando que con la ayuda de éste podría ponerse a salvo, sobrecargó a su caballo, agobiándolo con un doble peso y él mismo, desdichado, aceptó su propia muerte. Quienquiera que sea a quien veneras, embustero, ¿qué protección ofrece a las tribus? ¿Qué merecido auxilio te ofrece a ti mientras tú caes muerto, mientras él es hecho pedazos por los enemigos, mientras funden su reluciente metal en la llama destructora?

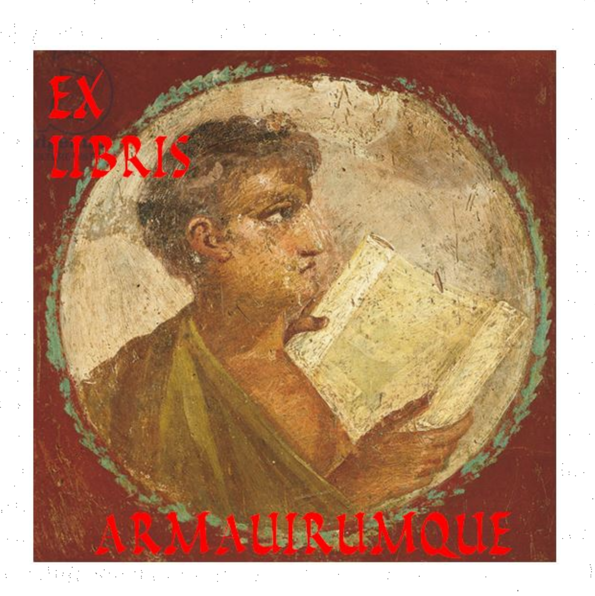
Los escuadrones sírticos huían por las anchas llanuras y los persigue el ejército rodeado de tupidas armas que los derriba fuera de los caminos con suerte diversa. Y nadie pudo hacer frente a los romanos que los perseguían en violento combate, ni volver el rostro y la mirada al huir. Arrojan las espadas, dominados por un miedo estremecedor y caen en su precipitación. El soldado cruel persigue entonces a los temblorosos guerreros en una matanza sin dificultad. Vuelven a levantar los soldados las antiguas enseñas de Solomón y, al mismo tiempo, retiran las de Yerna que habían sido capturadas. Espantosos cadáveres se extienden por llanuras enteras; se precipitan por los valles y peñascos. Ya se llenan los ríos de cuerpos amazacotados; los caballos pisan los cadáveres y su veloz pezuña se enrojece con los miembros golpeados. Profieren gemidos los desdichados. Por la hierba corre la sangre y la que ha rociado las armas, una vez coagulada, pega las espadas en las manos de los guerreros. Todas las espadas se enrojecen. Murió, entre muchos miles, el jefe Yerna. Aquel fiero rey de los marmáridas, en otro tiempo altivo, yace herido en mitad de la arena, completamente desarmado.

---

mientras que para Riedmüller, SHEA (*The Iohannis....*, págs. 125-126) y TANDOI («*Note alla Ioh...*», pág. 73) su significado es el de «ganado».

El ejército romano regresa victorioso a su campamento al finalizar el día

Aquel día hubiera sido el último para todas las tribus sin excepción, si un retraso propicio, como ocurrió antes en una ocasión, hubiera retenido al sol que se precipitaba. Más inclinado ya, según el orden fijo de su eje, sumergiéndose ardiente en las aguas de poniente, entre tinieblas quitó de la vista a las tribus en fuga y el combate, reconduciendo al valeroso ejército al campamento.



LIBRO SEXTO

Euforia en el campamento romano tras la victoria. Los moros, aún aterrorizados, continúan la huida

Una vez vencedores, no todos los romanos buscaron de noche el plácido descanso al mismo tiempo, sino que, por turno, vigilan el campamento centinelas escogidos sin cerrar sus ojos. Alegres pensamientos recorren las mentes insomnes. Tras la batalla los miembros del indómito soldado no están en absoluto entumecidos; la victoria reanima los nervios golpeados; además la esperanza de la captura del botín renueva su valor y las promesas del fiel general levantan los ánimos.

Entretanto las formaciones de moros, protegidas por las tinieblas de la noche, corrían por los lugares apartados en todo el territorio, dispersadas por el miedo. La noche misma les sirve de ayuda, la noche misma los agobia. Ella arrebató a todos los guerreros de las fauces del Orco [178], ocultándolos en su oscuridad, pero de nuevo angustia a las mismas bandas que vacilan en un combate poco seguro. Huyen atemorizados sin que nadie

[178] Se trata, en las creencias populares, del demonio de la muerte, y se identifica con los mismos Infiernos, donde viven los muertos.

los persiga. Temblando de miedo, creen que su propio estrépito y el ruido que hacen los suyos es el enemigo y en medio de la confusión golpean los altos flancos de sus caballos. Las montañas resuenan en el silencio de la noche con el sonido repetido de sus látigos; la pezuña veloz, al golpear el duro suelo, excita con espanto a la formación aliada.

Nace un nuevo día. Juan da instrucciones a sus hombres

El nacimiento del siguiente día obligaba a Febo, en su recorrido, a salir corriendo del Océano. El mar se agita y se inflama con sus caballos jadeantes; las aguas empiezan a hervir; las olas bullen en efervescencia al dar a luz a los fuegos sagrados.

Poniéndose en pie primero el general, con su acostumbrada devoción da las gracias con alegría y adora al Señor del poder, otorgándole a cambio las alabanzas debidas por semejante don. Vinieron entonces los capitanes escogidos y los valerosos oficiales y los principales entre los nobles. En medio de ellos el general en persona habló el primero de este modo: «¡Qué pueblo tan inflexible se desplomó ante vuestros pies, compañeros! Ni en la salvaje Persia ni entre los pueblos del Albis [179] vi a un pueblo tan dispuesto a morir, que ofreciera de este modo su cuello a la muerte, que así acometiera al contrincante. Pues cuantas veces obligué a huir al enemigo derrotado, tantas veces volvió con expresión desafiante y amenazadora, gritando con estrépito y dando saltos con fiereza. Sin embargo, se retiró doblegado por nuestra inigualable disciplina y el poder de nuestro Dios.

Ahora considero oportuno apresurar la protección de las fronteras líbicas con la guardia acostumbrada y restituir un go-

---

[179] Al parecer, se trataría de ciertos pueblos de Germania. El *Albis* es el actual Elba.

bierno próspero. Conducid rápidamente vuestras tropas a sus posiciones habituales y proteged la zona. Rodead con fortificaciones los altos montes, las grutas, los bosques, los ríos, las rocas de las frondas, los escondrijos y con precaución mantened cerrados los desfiladeros sitiados. En poco tiempo ha de perecer la infame raza de los moros y ha de morir de hambre. O al instante se someterá a nuestras armas y pedirá la paz, si el guerrero, derrotado, no tiene fuerzas para saquear las viviendas, o se dirigirá en su huida a los últimos confines del mundo y abandonará nuestros territorios. Que los dos capitanes de Bizacio se preocupen en extremo de sembrar la confusión entre las angustiadas filas masilas, persiguiéndolas con una línea de batalla, de hostigar a las funestas falanges con las espadas y de expulsar a los enemigos lejos de nuestras fronteras».

Entrada triunfal de Juan en Cartago

Terminó de hablar y todos sin excepción convinieron en obedecer a sus palabras. A continuación, el ejército resplandeciente se retira y se dirige a sus propias ciudadelas; van hacia sus ciudades, fortalezas y territorios. La desgraciada África se libera de una larga aflicción y, en su alegría, canta la victoria de Juan, de espíritu sereno. La afortunada Cartago Justiniana, aclamando al general con numerosos aplausos, lo recibió con los brazos abiertos. Ya se abren las puertas que estuvieron cerradas durante mucho tiempo. El triunfante vencedor entra atravesando la ciudad ante la alegría del pueblo. Los padres sidonios le entregan palmas y verdes laureles; acude corriendo de todos los caminos la multitud para ver la entrada de las filas latinas; acuden los cansados ancianos y las tímidas doncellas deseosas de ver; de pie por las murallas las madres observan y lloran de alegría de manera diversa. La larga duración de la cruel guerra conmueve sus espíritus; se lamentan con femenina compasión, recuerdan las desgracias pasadas y cuentan las

atrocidades del cruel tirano[180]: cómo, tras romper el tratado, abrió sucesivamente las inseguras puertas a las tribus; con qué intención engañó a la desdichada ciudad y con cuántas matanzas las hostigó en su maldad.

Los niños, los jóvenes y los ancianos cantan con interminables alabanzas el nombre del general, como tributo al emperador, y se regocijan sus corazones. Todas las edades se admiran al ver las enseñas guerreras, los ropajes cubiertos de polvo y a los hombres, a quienes la cruel matanza daba un aspecto espantoso. Contemplan las corazas, las cimeras de los cascos, los escudos y espadas amenazadoras, los cinturones, las riendas de los caballos, los penachos, los arcos y las aljabas resonantes y los dardos con la punta enrojecida por la sangre masila. Les agrada mirar el paso de las moras cautivas, cómo van, con su frente grabada, sentadas en los altos camellos, atemorizadas, estrechando bajo su pecho a sus niños pequeños. Otras con el rostro entristecido —¡ay, pobres madres!—, se esfuerzan en sujetar, los fardos y las cunas, rodeándolos con ambos brazos. Gimen los corazones impíos; quieren ya servir en seguida a las desgraciadas madres africanas; sus infames corazones conocieron las calamidades y se lamentaron por su infortunio; se dieron cuenta de hasta qué punto debían evitarse las guerras. Condenan su suerte y a sus dioses.

Y no tuvieron un solo color todos los cautivos. Sentada con sus hijos negros va aquélla, de color semejante, causando espanto, del mismo modo que se puede ver ennegrecerse a las crías de los cuervos con su madre sentada encima, cuando ofrece el acostumbrado alimento a sus picos abiertos y con las alas extendidas los abraza, dándoles calor. Mientras los padres y madres se complacen en mostrar los espantosos rostros a sus hijos pequeños, entrando de este modo en el umbral del templo,

[180] Alusión a Gúntarit.

el noble general acompañado de las enseñas oró al Señor del cielo, de la tierra y del mar [181] y entregó una ofrenda que el obispo, según la costumbre, colocó en el altar y consagró a Cristo como agradecimiento por el regreso del héroe y la derrota de los enemigos.

Discurso de Carcasan en el que expresa su decepción ante la huida de los moros

Entretanto, el jefe sírtico Carcasan reúne a las formaciones de todos los territorios, que había dispersado un inmenso terror, y habla a los afligidos con lágrimas que le brotan de sus ojos: «No esperaba, tribus indómitas, ver a los moros de este modo derribados. El ilaguas, que nunca fue vencido, desarmado está y vuelve derrotado. Madres, esposas e hijos hemos perdido a un tiempo, ¿qué nos queda por último a los guerreros, si no es sólo la muerte? ¿Qué os parece bien ahora?, ¿permanecer inactivos?, o ¿acaso os parece mejor provocar, con luchas y guerras, las armas del aguerrido soldado? Fue una vergonzosa y deplorable falta el haber retrocedido una vez, sometidos. No toda la ayuda ofrecida por los dioses se alejó de aquellos campos: no lo pretende, pues, Amón, ni Gúrzil, que ya se lamenta por su ultrajada divinidad [182]; no lo amenaza de este modo la fortuna, que quiso salvar a nuestros hombres. Sólo perdimos nuestros rebaños, pero aquí está nuestra fortaleza de espíritu. Mirad cuántos guerreros han sucumbido. Al igual que si un cántaro sacara agua del Océano, ¿acaso en algo Tetis po-

[181] Esta concepción de Dios como creador del universo y señor de todos los elementos, aparece ya en las plegarias de la *Juánide* I 286-291; IV 272; VIII 341-347 y en el *Panegírico de Justino II* II 12, 36, 52, 58.

[182] Alusión al final del libro quinto (vv. 501-502), donde la imagen de Gúrzil es quemada.

dría decrecer o apreciar la falta? Con tantas estrellas como caen, arrojando estelas de fuego y, sin embargo, el cielo lleno de constelaciones conserva siempre todos sus astros. De este modo el infortunio alcanzó a nuestro pueblo, sin embargo, en su extremado valor, apenas lo sufrió. Tomad una decisión y socorred rápidamente a vuestro reino».

Bruten propone reanudar la lucha. Aclamaciones a Carcasan

Cuando Bruten oyó las quejas que pronunció su boca, con fiereza tomó la iniciativa de luchar. «Noble padre», dijo, «combatiendo de nuevo podrás hacer revivir, con nuestro esfuerzo, a nuestras esposas e hijos; pues decido que muramos y terminemos nuestra vida luchando. ¿Qué reputación tendrá nuestra tribu por todos los pueblos, si la injuria de nuestra matanza, no vengada, se cuenta por el ancho mundo? Mejor que se lleve la muerte a las tribus, engullidas por un repentino resquebrajamiento de la tierra; que se abran las fauces del Tártaro y las casas sombrías por la falta de luz; que Prosérpina conserve su reino privado de padre por las guerras de su negro marido [183]. Tienes ejércitos, tienes armas: ponte en pie, emprende la guerra con ardor. Bajo tu mando ofreceré confiado mi vida, sin un reproche. Ésta es la salvación segura. Tú eres la gloria de nuestra tribu, tú el honor de nuestro valor, tú la esperanza fidelísima de los moros».

Apenas dijo esto Bruten, todos le siguen gritando y dicen «Carcasan» entre gritos y reconocen con sus voces y en sus mentes que Carcasan es el único jefe de todas las tribus.

---

[183] Prosérpina es la diosa de los Infiernos romana, asimilada a la Perséfone griega.

Carcasan solicita el oráculo de Amón. La sacerdotisa profetiza su entrada triunfal en Cartago

Cuando vio que había aumentado el furor que se originó en las tribus y que había crecido la loca pasión por la insensata lucha, se dirige a continuación a los territorios de los marmáridas, donde vive el cornífero Amón, y solicita las respuestas del cruel Júpiter. Siempre gusta de engañar, embustero, a los espíritus desdichados este Júpiter al que en vano preguntas; se alegra con la sangre, espantoso, y busca la destrucción de todos los pueblos sin excepción[184].

Cuando el fiero toro cayó, con su testuz golpeado por el hacha de doble filo, la funesta sacerdotisa arrebata con sus manos el ronco tambor y da vueltas en torno al altar con estrépito, saltando presa del delirio. Palpita su altivo cuello, sus ojos brillan con fuego, se le erizan en la cabeza los cabellos y su rostro se enrojece con la agitación, manifestando la presencia divina. Ya mancha sus mejillas de palidez, ya revuelve sus ojos, ya vuelve su cabeza con un fuerte rugido, mientras concentra en ella los crueles fuegos. Pero al sentir a la divinidad en todo su pecho, contempla de noche a la alta luna de sangrienta luz y trata de conocer los hados, examinándola; se abrasa, jadea, bosteza, palidece, enrojece, se quema, se hiela buscando el camino del hado. Por fin, su desmesurada voz dio a conocer de sus feroces labios los misterios de los hados bajo la brisa: «El vencedor ilaguatense sembrará la confusión entre los latinos hostigándolos en violento combate. El moro de extremado valor ocupará para siempre los campos de Bizacio. Entonces habrá una paz nutricia. El jefe Carcasan, entrando en las altas ciudadelas de Cartago por sus puertas abiertas, con arrogancia y serenidad, será llevado, en compañía de sus hombres, por el centro de la ciu-

[184] Coripo recurre a la *vituperatio cultus*, tópico utilizado para injuriar y descalificar a los dioses y la religión del enemigo.

dad. El africano se admirará ante los espantosos rostros. Correrán con laureles y palmas ante su llegada. Cartago será llamada afortunada por todos los pueblos. El terror a Carcasan someterá a las violentas tribus que gustarán de los tratados de paz».

El poeta revela la verdad del oráculo

Mientras esto profetiza la sacerdotisa, el espíritu, trastornándola, cierra su boca y engaña a las mentes desgraciadas. Con estas mentiras engañó el falso Amón a las tribus masilas, mientras en la profecía, cubre de sombra la verdad y prepara las insidias. Pues es cierto que los moros ocuparon durante todo el tiempo los campos de Bizacio y siempre los habitarán sus huesos que ahora yacen rotos por el valor del noble Juan. El jefe Carcasan, en compañía de sus hombres, iba altivo atravesando las altas ciudadelas de Cartago; África vio después, una vez cortado su cuello, su cabeza clavada en una dura pica.

Carcasan, confiado en el oráculo, reúne a sus tropas y se prepara para la guerra

Privado de juicio y demasiado confiado en las respuestas que le serán hostiles, Carcasan prepara guerras espantosas. La noticia se extiende y va por todos los pueblos hablando del poder que vaticinó Amón para las tribus. Los veloces escuadrones bajan corriendo desde las cálidas Sirtes e invitan a las feroces tribus con el pretexto de conseguir el poder. La muchedumbre bárbara se reúne y se aumenta en número y en armas. Entonces corren los jinete y los infantes y los que, según la costumbre de los moros, cabalgan sobre altos camellos. Y no sólo los ilaguas, ni las tribus que primero lucharon acudieron con ellos, sino que vinieron el rudo nasamón [185] que cultiva las tierras sírticas y el

[185] La tribu de los nasamones vivía al sudeste de Cirenaica y son mencionados ya por Plinio el Viejo y Heródoto. Si no han sido mencionados con anterioridad es porque toman parte en la guerra sólo tras la derrota de los moros. LUCANO también habla de este pueblo en la *Farsalia* IV 679; IX 439, 444, 458.

que habita las tierras cercanas a los campos de los garamantes [186] y los hombres que beben las aguas a la orilla del fértil Nilo. ¿Quién podría nombrar o enumerar a las tribus? ¿Se podrían contar las aguas del mar o las gotas de las nubes o todas las arenas que bañan la costa o los peces del mar o las aves que la tierra entera posee o todas las espigas que producen los diferentes campos con el retorno de la primavera o cuantas estrellas adornan todo el cielo [187]?

A continuación el implacable dirigente de la guerra, creyéndose seguro y poderoso con sus fuerzas, restauró a los ídolos y las enseñas y puso en movimiento a sus líneas desde los territorios más alejados, rugiendo con más valor que el acostumbrado, y dirigiéndose contra el enemigo. Al igual que Anteo [188], vencido por los brazos hercúleos, fortalecía con frecuencia su cuerpo cansado al contacto con la arena, cayendo voluntariamente, hasta que el vencedor tirintio [189] descubriera su astucia y, cogiendo a su enemigo con toda su fuerza, sujetara su cuerpo, que se inclinaba con enorme peso, mientras le oprimía la terrible garganta; al no poder tocar a su madre, la Tierra, la muerte vencedora le cerró los ojos al desgraciado. Vencido de este modo, Carcasan renueva toda su fuerza desde las Sirtes, su territorio, y de esta forma prepara sus armas contra el enemigo,

[186] Los garamantes eran un pueblo nómada de la Libia interior, al sur del Atlas, famoso por su arrojo y de quienes tal vez desciendan los tuaregs. Los romanos trabaron contactos con este pueblo en la expedición realizada por L. Cornelio Balbo en el año 19 a. C.

[187] La interrogación es nuestra.

[188] Gigante hijo de Posidón y Gea, la Tierra. Era invulnerable siempre que tocara a su madre, pero Heracles luchó contra él y consiguió vencerlo, levantándolo en vilo e impidiendo que tocara a la Tierra.

[189] Tirinte es una ciudad de la Argólide. Aunque Hércules nació accidentalmente en Tebas, siempre se considerará al Peloponeso y, en especial, la Argólide, como su verdadera patria, de ahí el apelativo.

sin saber que va a morir. Entonces se desvanecen el terror ante el combate y tantos crueles peligros en la oscuridad de la noche.

Un mensajero informa a Juan sobre los planes de Carcasan. Discurso de Juan

Vuela en este momento un veloz mensajero enviado por el noble Rufino y a las ciudades líbicas apaciguadas ya aterroriza la noticia de que las tropas vencidas habían emprendido la lucha de nuevo, que ya corrían escuadrones de jinetes desde las tierras del Este, saqueando las viviendas de Trípoli y que Carcasan como jefe se dirigía hacia las altas murallas de Cartago, instruyendo a las tribus feroces y prometiéndose la gloria del poder. Apenas pisó la corte sidonia el mensajero que llevaba las noticias al general, una cólera violenta sacudió su corazón cuando el hombre le expuso su relato. Pero la perfecta sabiduría de su espíritu honesto, dominando su invencible valor trata de adquirir la prudencia. Medita las preocupaciones en su mente y permanece inmóvil, con la mirada fija[190]. Se despliega la sagacidad de su espíritu que todo lo examina. Sopesa con discernimiento la situación y ve por todas partes un peligro nefasto. A continuación, haciendo venir a los nobles, según la costumbre, solicita sus consejos y les desvela su estado de ánimo y sus preocupaciones con tales palabras: «El ilaguas, que ha sido vencido y será vencido de nuevo, nos declara otra vez la guerra, compañeros, y se atreve a atacar a nuestras enseñas expertas. Hostiga ya los campos de Trípoli y roba el botín de los rebeldes, prometiendo dirigirse a nuestros territorios. Dispongo poner en movimiento las enseñas, ir al encuentro de tantas tribus con la intención de emprender la bata-

[190] La impasibilidad, el perfecto control de las pasiones, la imperturbabilidad ante cualquier acontecimiento, forman parte del espíritu bizantino y caracterizan a personajes como el emperador o sus generales y se pone de manifiesto en el arte mediante el hieratismo con el que son representados el mismo emperador y su corte.

lla en tierras extranjeras y derribar a los enemigos lejos de nuestros campos, para que África no perezca más, golpeada de nuevo por crueles desgracias. Pero preocupan mi ánimo los gastos, los lugares y la dificultad de los caminos, pues es conocido este año estéril y la misma provincia ha perdido sus propios recursos en las guerras, ¡ay!, demasiado agotada en su postración. Un gran ejército no será capaz de soportar el hambre. Si permitimos a los enemigos que sólo alcancen las tierras más alejadas de Bizacio, entonces querrán apresurarse, todo lo destruirán con sus saqueos y una vez más hostigarán las luchas a una tierra agotada. Decidíos y reafirmad a los espíritus indecisos con vuestra instrucción».

Los soldados romanos, decididos a luchar, se encaminan con el general hacia el Sur

Apenas el general dijo estas cosas, todo el ejército decide avanzar más lejos y dicen que son capaces de soportar los frecuentes calores de Libia. Toda la multitud promete tener manos y mentes feroces y quieren intentar grandes esfuerzos por su patria y desprecian a las tribus rebeldes y a los ánimos violentos [las líneas de fiero valor][191].

Cuando el general ve a sus filas animadas por un fiero valor y que prometen ser valerosas en la guerra, da la señal de poner en movimiento las enseñas. Entonces la trompeta de bronce emite roncos gemidos; su voz implacable grita a las tropas armadas. Desde sus propias posiciones acuden todos los escuadrones y los infantes que han recibido la orden, los aliados y los capitanes latinos y el líder Cúsina, conduciendo al combate a las filas masilas, siempre en extremo leal a las armas romanas. El valerosísimo general se dirige a la zona del Sur donde

---

[191] Las palabras que aparecen entre corchetes provienen del verso siguiente; se trata, tal vez, de un error del copista, que «saltaría» al verso siguiente, inducido por la igualdad de las desinencias en los términos *truces / acies*.

la ardiente luz del sol bajo el astro de Cáncer inunda las secas tierras abrasadas en exceso por su calor y los campos siempre padecen sed y se queman con los vientos. Pues el ábrego allí seca todos los campos con tormentas que arrojan llamas y allí el africano sediento vaga, desfallecido y necesitado, por las calientes arenas, buscando las aguas estigias.

Ante el avance de Juan, los moros huyen al desierto donde los persigue el ejército romano

La Fama, que divulga la noticia a través de innumerables lenguas, vuela primero proclamando que el valeroso Juan se apresura con todos sus capitanes. Los malos rumores se dirigen hacia los oídos de la tribu de los laguantan. El cruel jinete saqueador devastaba ya las tierras de Bizacio. Pero el rumor del nombre de Juan, golpeando su pecho con enorme fuerza, lo aterrorizó e hizo volver a sus innumerables filas. Ya creen, llevados por el terror, que el general está encima y tiemblan porque lo han conocido. Recuerdan su rostro cruel y todas las enseñas del héroe. Y no dudan en franquear las secas Gadayas[192] y los lugares funestos donde no hay modo alguno de ir o de vivir. Ninguna ave atraviesa volando el aire caliente por aquellos territorios. El mismo escudero de Júpiter que transporta los fuegos de su rayo, apenas puede sin peligro desde el extremo del cielo soportar las llamas que su error le obligó a afrontar.

Cuando el general se dio cuenta de que las tropas enemigas se habían retirado por el desierto atemorizadas, con su acostumbrado valor persigue a los que huyen, penetrando con más ímpetu en las calientes arenas de la tierra sedienta. No obstante,

---

192 Los antiguos geógrafos e historiadores no mencionan este lugar. PARTSCH (*Corippi Áfricani...*, pág. XXXI) cree que se trata más bien de un término moro, pues estos pueblos llamaban a las dunas «guedea», de modo que la expresión *siccas Gadaias* haría alusión a las dunas que limitan el desierto.

ordenó a todos los suyos que se llevaran agua y comida; rápidamente obedecen las órdenes del general. Pero ¿hasta qué punto podría saciar a tantos hombres en aquellos lugares y en cuántos días alimentaría a tan numerosa formación? Pues los odres de agua están vacíos y ya no hay comida en ninguna parte. Entonces se abrasan con las gargantas secas y desfallecen de hambre. ¡Ay!, el soldado delira, sin aliento y se quema enrojecido con el ardor del sol, abrasándose bajos sus potentes rayos. Sin encontrar río alguno entre las arenas, busca el agua y se esfuerza en vano, como en otro tiempo, mientras las ilustres formaciones de los dánaos se dirigían a los campos tebanos, se asustaron ante los lagos y fuentes secos por el poder de Baco y su general, Adrasto[193], sediento buscó ríos en los anchos campos.

Quejas de los romanos ante el hambre y la sed

El infortunado soldado se lamenta y, prorrumpiendo en desdichadas quejas, dice: «Si funestos hados amenazan ahora con destruir en un solo instante a la raza romana, hay espadas, hay guerras y la cólera feroz de las tribus; que nos atraviese una lanza, que vengan, como un rayo, todos los dardos a la vez. Que la flecha lanzada traspase nuestras entrañas y deje escapar nuestras vidas por tantas heridas. ¿Por qué el hambre cruel y el calor y la sed, al acosarnos, ay, con un hado lento, nos cansan de este modo con una muerte larga? Que nuestra tropa se ofrezca a las espadas. Da la vuelta a los estandartes. Esto te suplica a un tiempo, ¡oh, noble general!, la hambrienta multitud. Ten compasión, en tu misericordia, de nosotros y de ti mismo. Dirige, noble, a los tuyos tu mirada. La escualidez endurece ya nuestras articulaciones y nuestros huesos desnudos están aga-

[193] Se alude a la expedición de los Siete contra Tebas —a los que se llama «dánaos» por el fundador de Argos, Dánao— que fue capitaneada por Adrasto, uno de los reyes de Argos.

rrotados y enflaquecidos con sus médulas secas. Los nervios están tensos, se nos seca la piel y nuestras mejillas, con los ojos hundidos, están cubiertas de palidez. La sombra de la muerte se adueña ya de nuestros cuerpos y la sed nos abrasa el aliento».

Increpaciones de Juan a los soldados

Apenas dijo esto la multitud debilitada, el padre en persona contuvo a los afligidos soldados y, en su bondad, reconforta a los agotados con su discurso, provocándolos a menudo con tales palabras: «Oh, esperanza romana, gloria y salvación de nuestra patria, no rechaces las penalidades duras en exceso. Domina tu sed y el hambre terrible. Recuerda ahora las difíciles empresas de tus padres. Las naciones conocieron la fuerza de tus antepasados. De este modo, haciendo frente a las dificultades, vuestros padres dominaron el mundo con sus propias virtudes. La capacidad de resistencia es la mayor virtud; las tribus la temen y aterroriza a otros enemigos, al causar su muerte. La línea de batalla enemiga se debate entre dos calamidades: por una parte, la sed abrasadora, el ardiente calor y el hambre los atormenta; por otra, los hostiga y amenaza el terror a los romanos. Intentad, feroces, atravesar la zona del calor y las regiones que se nos niegan. La región ardiente, como testigo y con la confirmación del cielo, contará vuestras hazañas. Vuestros descendientes leerán que después del ilustre Catón [194] yo lo intenté y éste

[194] Se refiere a Catón de Útica, que atravesó las Sirtes con sus hombres. De hecho, el tono del discurso de Juan recuerda el que Catón dirige a sus hombres en la *Farsalia* IX 379-405 y donde también se insiste en la importancia de la *patientia*, la capacidad de resistencia del soldado.

también lo escribió[195]. Que el amor a la patria domine vuestra razón y cesará la malvada sed, rechazada por el misericordioso poder divino y vuestro ardiente deseo de beber será saciado».

De esta forma aplacaba el ilustre general a las cohortes latinas con sosegada voz, como si regara todos sus corazones con el río de su grata palabra y llenara sus estómagos de manjares.

La muerte de los caballos provoca el desánimo en los soldados romanos

Pero una suerte desgraciada sobrevino a la causa latina que, una vez debilitada su resistencia, disminuyó sus poderosas fuerzas. Los caballos vagaban por todos los campos en busca de pastos; pues el hambre espantosa y el ardiente deseo de saciarla se adueñaba de toda especie de seres. No había hierba fresca, ni árbol con hoja alguna cuando, de repente, la llanura cambió de color cubriéndose de espesa hierba y los campos situados en frente se tiñeron de flores. La hambrienta manada, al ver la hierba durante tan largo tiempo deseada (pues la empuja un hambre terrible), corre en todas direcciones y pace por doquier en todos los lugares. Los caballos lamen ya las arenas desnudas sin poder saciar su hambre al pastar una hierba venenosa. Pues perecieron de una extraña muerte, amontonados en los campos mismos con la hierba apretada entre los dientes.

La muerte de los caballos destrozó a la tropa romana. Su cólera feroz desaparece y todos los soldados caminan apenados y afligidos y grandes preocupaciones confunden sus mentes. Aterrorizado en exceso por esta única desgracia, se vino abajo el extraordinario valor de los hombres. Entonces la fortuna funesta sembró la confusión en el campamento con el primer tumulto, aplastándolos con su peso.

---

195 Alusión al poeta. La conjetura que proponemos *(quoque hunc),* no sólo se aparta mínimamente de la versión del manuscrito *(quoquo hanc),* sino que conviene bien al sentido del texto; cf. v. 340 en el que se alude a Catón, que fue inmortalizado por Lucano.

El general levanta el campamento y ordena establecerlo a orillas de un río

Cuando entonces vio el general que había sobrevenido tamaña ruina y que habían disminuido las fuerzas de los suyos, levantando el campamento, se dirige hacia las regiones de la costa con la intención de aliviar y reanimar a sus afligidos hombres. Y el soldado ya empieza a sentir el aire ligero y, al acercarse a la costa, encuentra hierba fresca, aunque no hay río alguno. Entonces mastican flores con sus bocas resecas, tiñéndose con su jugo los ardientes labios; y sacian el hambre con extraños vegetales, pero no pueden aplacar el hambre. Muchos vuelven aprovechando la oscuridad de la noche, otros se dispersaron por los campos buscando alimento; otros vagan en busca de agua; el hambre cruel obligó a otros a huir y abandonaron todos los estandartes del general que han despreciado.

El general establece su campamento a la orilla del río indicado. La tropa romana se precipita sedienta sobre sus orillas y se sacia en sus límpidas aguas. Allí junto al agua acude el soldado por doquier y bebe de su agradable corriente. Como carece de pan, come flores y verde hierba, deseando con esto saciar su hambre. El general ordena que su mensaje se transmita a través de las ciudades costeras: que salgan naves que traigan alimento para sus hombres. ¡Ay, funestos hados! Tuvieron Notos contrarios. Pues una suerte cruel impidió a los barcos de vela cruzar las aguas. Se unió, cercana, pero entonces no leal a los latinos, la tropa urceliana[196] que se mezcló al destino de los romanos.

[196] La identidad de esta tropa y el origen de su apelativo nos son desconocidos.

Los ástrices envían embajadores a Juan para solicitar la paz

Los ástrices habían ocupado, ya durante largo tiempo, aquellas tierras con sus toscas casas, tribu violenta en la guerra y numerosa en hombres y a salvo durante muchos años. Cuando se dio cuenta de que los estandartes de Juan que avanzaba estaban en sus territorios, aterrorizada ante su primera llegada, corrió con humildad a enviarle embajadores para pedir la paz. El general los recibe sereno en medio de las tiendas. Solicitando indulgencia, paz y salvación para su pueblo, expresaron, sometidos, sus ruegos: «Tu poderosa reputación, noble general, el vigor de tu espíritu, tu valor y tu lealtad que se propagaron antes de tu llegada, aterrorizaron a todas las tribus por igual y las condujeron gustosas bajo tu autoridad. Con el cuello doblegado, la ilustre raza de guerreros ástrices se somete a tus órdenes, valerosísimo. Los ancianos de nuestra tribu gustan de tus tratados y los desean al mismo tiempo; y con la voluntad de servirte preparan sus cuellos al yugo. Perdona, ilustre, a quienes te suplican. Te rogamos la paz y un tranquilo descanso después de la guerra».

Nuevas quejas de los soldados romanos. Los hijos de los ástrices se entregan a Juan en prenda

En medio de estas palabras sonaron los murmullos de la ignorante multitud en el campamento del general: «¿Hasta cuándo matará el hambre impune a nuestros escuadrones? No tenemos ninguna esperanza de vida ni de salvación. Somos disminuídos por el hambre, tropa digna de lástima». Cuando aquel sonido llegó hasta los oídos del general, profundamente impresionado dice así al oído de Ricinario: «Pon fin ahora a las funestas quejas del cobarde soldado. ¿Qué locura de su razón empuja a la ruina a las desdichadas multitudes en la confusión? Están viendo a los embajadores; estos pueblos me piden tratados, permanecen humildes, rogándome

con súplicas. Éstos han descubierto lo más recóndito de nosotros y nuestro mal secreto. ¡Ay, detestable populacho que rinde culto al estómago, como el ganado y las fieras!». Al instante, saliendo rápidamente, Ricinario acalló todos los rumores con sosegadas palabras, transmitiendo las órdenes del general. Cuando se hizo la calma, el general sin perder tiempo dice a los embajadores: «Habéis oído ahora la cólera que nuestro ejército ha dejado estallar. El soldado desea el violento combate; proyecta cruzar a través de vuestra tribu. Pero nuestro poder se afana siempre en perdonar a los sometidos. Aplastamos a los pueblos que poseen armas, a los humildes los aceptamos como amigos. Marchaos, hombres. Si una fidelidad auténtica solicita mis tratados, traed a vuestros hijos como prenda a mi campamento y conservad mi paz. Toda la raza de los ástrices permanecerá segura y poderosa bajo nuestro emperador». Tras haber dicho esto, los carga de presentes. Ellos reconocen su sometimiento al Imperio romano, prometiendo ofrecer a sus hijos como prenda de la paz. Aprueban a los latinos por su valor y su benevolencia. Alaban las fuerzas y la lealtad del emperador y del general. Vuelven, tras haber convenido la paz.

Los moros continúan su huida perseguidos por los exploradores romanos

Pero a lo lejos, vagaba el ilaguas extenuado y sediento por los áridos campos, sin poder soportar ya tantas fatigas ni el hambre cruel. No hay ninguna posibilidad de salvación y ningún camino se les muestra. Detrás estaba Juan, delante el excesivo calor del sol. Por todas partes la tribu tenía la muerte ante sus ojos y no es posible ⟨***⟩[197] avanzar ni emprender la retirada. Confundida por los peligros, gime la angustiada multitud, reclamando la muerte. Una suerte adversa los persuadió para retirarse, desviando el funesto rumbo de la infame tribu. La tropa

[197] El verso 442 está incompleto.

sírtica se da la vuelta impulsada por el cruel destino de su muerte, no para solicitar la batalla con sus dardos, sino para intentar una huida poco segura. El explorador romano a caballo corría por doquier y mezclado con los latinos estaba el fiel moro que buscaba del mismo modo dónde había huellas de la tribu. No tenían noticias, ni había enemigo alguno en las inmediaciones, cuando, de repente, en la oscuridad de la noche ven unos fuegos ardiendo y los examinan, sin saber si son los ástrices o el fugitivo ilaguas.

Cúsina propone atacar a los moros. El general decide avanzar al lugar que ocupa el enemigo

Una funesta Aurora que sacaba sus negros corceles de las olas del Océano, extendía sus rayos al cielo, haciendo salir un lúgubre Sol con sus caballos portadores de crueles hados. Las nubes ocultan su paso y Febo llena el día de tinieblas con su oscura luz. Entonces un mensajero volando refirió que bajo la noche silenciosa vio brillar, lejos de los fosos de los suyos, a gran distancia, innumerables fuegos. No estuvo claro en su relato si el agotado ilaguas emprendía la retirada o si la vecina tribu de los ástrices desplegaba su campamento en los parajes. Mientras el general examina la cuestión en su mente con sagacidad en el difícil momento y se asombra ante lo crítico de la situación, entonces el fiel Cúsina, que viene además acompañado de una gran multitud, llega de repente y así dice con alegría al general: «El fugitivo ilaguas se prepara para atravesar a escondidas por aquí, agotado y desarmado, tras levantar su debilitado campamento. Ha llegado la ocasión —pon en pie los estandartes, el más noble de los generales— de destruir en seguida a la agotada tribu. Pues es una empresa fácil para el ejército. Un río sombrío baña las umbrosas riberas con su margen verdecida, rodeado de árboles de distinta clase y de verde junco. Aquí se dirigen las tribus. Vayamos los primeros hacia el río y ocupemos todo su curso».

Agradaron a los soldados las palabras del varón. El general, no obstante, les prohibía avanzar, pues ya desde hace tiempo conservaba en su preocupado corazón los rumores de la agotada tropa. Pero ¿quién podrá dominar o hacer frente a los designios fijados por Dios? Levantando el campamento, el general ordena a sus cohortes que avancen en formación a través de sus tropas y escuadrones. Sube el polvo hasta lo alto amontonando las nubes y enturbiando el cielo con la arena. El general emprendía un espantoso camino y la funesta Gálica mostraba sus malvadas colinas y sus siniestros campos. El Sol en su ascensión inflamaba el alto cielo con su carro de fuego, cuando los ejércitos, uno tras otro, se asentaron junto al cauce del río. Pero el enemigo sírtico, deteniendo su paso con espanto y emprendiendo la retirada, abandonó las orillas y dejó el deseado río.

El general ordena establecer el campamento y luchar únicamente para proteger el río

En aquel momento el general les da la orden de establecer el campamento y los fosos y de retrasar el combate, pues preparaba emprender la batalla al día siguiente, y les ordena sólo defender con sus armas el río y sus aguas. Consejo útil si entonces la tropa romana hubiera cumplido las instrucciones de quien les dio las órdenes. Pero un desgraciado destino dio osadía a los soldados y corre la tropa por doquier dispersa por los campos y los primeros hombres provocan a las primeras filas enemigas. Acuden corriendo sin orden alguno los latinos con un griterío, sin su acostumbrada formación. La trompeta, tocada por orden del capitán, no cantó con su agudo sonido las hostilidades la agitación del combate; las soberbias enseñas no permanecieron en sus posiciones para la batalla. A través del enemigo, sin orden, ¡ay!, corría la tropa confiada en exceso, con un destino adverso. En el primer encuentro las filas de los marmáridas se retiraron aterrorizadas. Los sigue la tropa romana que provoca violentos combates con sus armas disper-

sas. El jinete latino derriba por los campos con su lanza los cuerpos de los que huyen de la batalla; los atraviesa y los hostiga y el temor obliga a los vencidos a ir junto a sus camellos [198].

Pero a lo lejos, Juan, poderoso en armas, protegía todas sus enseñas en su propia disposición, dando la orden de establecer el campamento y los fosos y que los dirigentes de los soldados atacaran a los enemigos sólo para proteger el agua del río. Formaron las filas. Cúsina en persona ocupaba el lado derecho, rodeado por las armas masilas y latinas. Junto a él, Frónimut, valeroso en las armas romanas y el vigoroso capitán Juan, adornado con el bienaventurado nombre del general ⟨***⟩ [199], no afortunado en su suerte. Y el lado izquierdo lo ocuparon el robusto Putzíntulo, el arquero Géisirit y Sínduit, de soberbias armas. En el medio permanecía el máximo líder de los dirigentes y aconsejaba en vano a sus compañeros con sus palabras, pues ya les sobrevenía un penoso destino. Ante él Tárasis, protegiendo con escudos las apiñadas falanges de infantería, corría de un lado a otro en su veloz caballo y preparaba sus escuadrones.

Un mensajero anuncia la retirada del enemigo. Dos escuderos convencen al general para que entable combate

Entretanto, un mensajero veloz llega entonces ante el general diciendo que los enemigos en medio de la confusión se retiran ya vencidos, huyendo por los campos. Pero el joven no pudo con estas palabras disuadirlo de su justa decisión; su intención no se alteró. Mas no lo quisieron así los designios del temible Dios: los escuderos persuadieron al líder en su duda a afrontar el combate, Áriarit, en otro tiempo valerosísimo, y el esforzado Ziper, dos

[198] El sentido de la expresión es «el temor obliga a los vencidos a retirarse a su campamento».

[199] Esta parte del verso 520 aparece borrosa en el manuscrito.

potentes rayos en la guerra, a los que entonces temieron las falanges masilas, ambos semejantes en valor y con un destino común. Entonces Ziper comenzó a hablar así: «Socorre a los latinos, el más noble de los generales. Tus aliados entablan feroces batallas en los campos, pero al ser unos pocos, el enemigo numeroso los hostiga; su elevado número los acosa. Sigamos al combate a nuestros aliados. Coge las armas y socorre a los tuyos». Entonces el valeroso Áriarit se inflamó con el deseo de combatir y obligó a su líder, que se demoraba, a poner en movimiento las enseñas. Con las palabras de su fiel subordinado se excitó el ánimo del general.

La espantosa trompeta gime con su canto mortífero y empuja a los escuadrones a la batalla. La tropa avanza en vano bien ordenada, pues los hados la apremian. Así lo has decidido, excelso Padre, mientras quieras ultrajar a los pueblos pecadores de Libia. Sus faltas fueron la causa de tamaño mal, que no fue culpa de su gobernante.

Carcasan exhorta a sus hombres a luchar; éstos les obedecen

Carcasan, al ver acumularse una nube de polvo a lo lejos, grita rápidamente a su propia formación de nasamones y reanima sus temblorosos corazones con tales palabras: «Indómitas tribus, cuyo conocido valor me persuadió a atacar a las filas romanas con las armas, éste es el día en que el cornífero Amón os prometió el suelo destinado[200]. Id ahora sin miedo, armados a través del enemigo; desplegad ahora las alabanzas de la patria. Que luche cada uno feroz con su tropa y confiad en los hados. Grandes divinidades nos protegen; se os concederá una victoria segura, creedme, guerreros. Rechazad el vergonzoso miedo y llevad a la batalla vuestras fuerzas y ánimos de siempre».

---

[200] Carcasan exhorta a sus soldados al modo de César en la *Farsalia* VII 254 y ss.: *haec est illa dies, mihi quam Rubiconis ad undas promissam...*

Apenas dijo esto Carcasan, un terrorífico griterío se extendió por el campamento sírtico con un violento estrépito. Las líneas marmáridas se enfurecieron. Un penoso destino provoca su cólera y Belona excita a las crueles multitudes, empujando las espaldas bárbaras con su látigo ensangrentado. Entonces se inflaman de locura los fieros corazones. Numerosos caballos empezaban a abandonar el campamento y ocupaban las llanuras.

La espesura del terreno impide luchar a ambos ejércitos

En medio del territorio había un río apropiado para las estratagemas de la guerra y los engaños de los moros. Un espeso bosque retiene las armas, enredándolas en su follaje; los secos tamariscos y el acebuche de hojas amargas habitaron los hostiles valles. Aquí estaban situadas las líneas marmáridas, en la parte contraria estaban las líneas latinas y provocaban la funesta lucha. El bosque traba las armas del soldado y el dardo volador con sus ramas que le impiden el paso. Y no lo atraviesa la delgada flecha lanzada por la mano robusta, ni el jinete puede dirigir libremente su caballo contra los enemigos, ni el soldado puede ejercitarse con su larga jabalina, por doquier enredado en las ramas que le aprietan. Aquel lugar impidió luchar a los inquietos capitanes y al precavido general y obligó a las formaciones a mantenerse inmóviles. Detuvieron su paso, sin atreverse nadie a luchar, cada uno se mantuvo quieto en la escarpada orilla. El general avanza valerosamente hacia el lugar preparando intentar con sus escuderos por qué camino pueda atravesar los frondosos desfiladeros ⟨***⟩ el nasamón escondido ⟨***⟩ y el camino seguro es protegido ⟨***⟩ la tropa fiel hostigada, en su huida ⟨***⟩[201] ante la llegada precipitada del cruel enemigo no lanzó dardos. Al ver a los nasamones en frente, huye al ins-

[201] Estos versos aparecen incompletos en el manuscrito.

tante más veloz que el austro y con más rapidez que una aparición vista en sueños.

Los romanos caen en una emboscada de los moros. Intervención de Juan

Entonces una noticia fiable que llegó en un vuelo informó al noble general que los moros apaciguados abandonaban ya la batalla, llevados por un gran terror. Y por orden de Juan, el juicioso Paulo junto con Amancio se apresura a aliviar a los soldados con su ayuda. En ninguna parte se vieron ya huellas de los moros, ni el númida, al huir atemorizado, volvió su mirada al combate ni su rostro al enemigo. Volviéndose entonces, huyeron los capitanes y todos los oficiales se retiran temerosos, una vez que el general renunció a luchar. En ese momento el ilaguas vencedor persigue a las líneas dispersas. El griterío sube hasta el cielo. La facción enemiga suelta ahora sus formaciones desde todos los valles por la extensa llanura. Se creería que de una grieta de la tierra que se resquebrajara de repente, brotaban hombres. Corriendo aquí y allí, rodean los estandartes y corren apiñados a miles tras los capitanes dispersos. Las lanzas que se arrojan eclipsan la luz del día y las tinieblas de la noche cubren los campos en toda su extensión. Prorrumpe en gemidos la desdichada tropa; dardos ensangrentados derriban sus caballos por los campos. El enemigo infatigable desata su cólera, violento y cruel. Aquel día hubiera podido destruir a un tiempo de una sola desgracia a toda la raza latina, si el Padre todopoderoso, que se compadeció desde el alto cielo, protegiendo a las líneas romanas entre tantos miles de enemigos, no hubiera salvado a los que huían con la voz del noble Juan. Pues al ver a los escuadrones aliados abandonar los campos, haciendo resonar su voz, aumenta su cólera con tales palabras: «Si morimos, compañeros, si el último hado arrastra con su suerte a los latinos y prepara derribarlos con crueles guerras, ¿por qué debo morir con una muerte digna de mujer? Si la vida subsiste,

¿por qué debo, cobarde, huir? Aflojad ya los frenos, ciudadanos. Sujetad los estandartes, héroes; despreciad la cólera de las tribus y emprended la batalla con violencia. O vencemos a los enemigos, si es la voluntad de Dios, o si nos lo impiden los pecados de mis facciones, no nos faltará nuestra alabanza al morir. Rechazad la huida, desenvainad la espada. Que haga cada uno lo que me ve hacer a mí.»

Descripción de la batalla y nueva interpretación de Juan en el combate

Hablando de este modo, con rostro cruel, emitió un rugido de su boca, cogió rápidamente la brillante empuñadura de su espada y colérico la dirigió hacia la herida. Su facción segura se volvió hacia su voz. Entonces se entablan las violentas batallas y corren las lanzas por doquier en una continua nube. Resuenan corazas y cascos, gime el escudo de bronce bajo los golpes y entre las entrañas hacen salir el alma purpúrea de las venas rotas. Ziper, altivo por su valor, iba colérico entre las armas implacables a través del enemigo, derribando a los escuadrones sírticos con dardos mortíferos y lo mismo hacía Sólumut, aunque tenían ambos diferente destino. Atraviesan con sus largas picas el pecho de gran cantidad de contrincantes. Se clava la lanza en el hígado palpitante y en el corazón de los guerreros; con un dardo volador abren las huecas sienes. Uno arranca una cabeza, otro corta un enorme muslo. No se hubiera visto de otro modo a una pareja de leones ensañarse con sus fauces en medio de los rebaños: ahora uno destroza, implacable, su presa con las garras; ahora el otro hace pedazos el tierno ganado con sus dientes ensangrentados, regocijándose con la sangre tibia.

Pero, por otra parte, Bulmitzis y el robusto Áriarit y el fiero Dorotis y el mismo escudero Juan derribaban por las extensas llanuras los cuerpos de sus atacantes con heridas de diverso tipo. Se enfurece uno, soberbio con su espada; otro, audaz, es

más vigoroso para lanzar la pica. Uno lanza duras flechas con el nervio silbante; otro ruge valeroso en su destreza y lucha con los dardos de ambos. El general en persona resplandece en el centro con su espada fulminante, manteniendo alejadas a las falanges enemigas con terror. No de otro modo se cuenta en un poema que Júpiter armado hizo temblar a los gigantes en la guerra, al destruir la fuerza de su rayo a los espantosos hermanos con una herida ardiente.

Aquella tropa hubiera vencido, si la fortuna irritada no les hubiera negado entonces sus éxitos. Ya crece la numerosa banda de enemigos; vinieron multitudes de infantes marmáridas. Por doquier vuela a su alrededor una nube de dardos y pasan trozos de pesadas estacas y piedras amenazadoras como rayos. El espantoso campo de batalla se oculta bajo el polvo; el soldado, asediado, apenas puede distinguir sus propios dardos. Inquebrantable, el general hace frente a todas las flechas, prohibiéndoles volver la espalda. En la gran confusión que les amenazaba cayeron dos escuderos: cae el robusto Áriarit, mas no de un solo dardo, y el noble Ziper con cien heridas. Un fuerte golpe atravesó de cerca el caballo del general al avanzar; el aguerrido general, arrancando con su diestra el dardo del cuerpo de su impetuoso caballo lo rompió y, lo arrojó, encolerizado, a la cara de su enemigo.

En ese momento, al ver ya a sus aliados puestos en fuga y sus propias heridas, el general dio un rugido; subió a continuación al alto lomo de su caballo y con rostro amenazador rápidamente irrumpió, terrible, en la compacta formación. El general junto con sus aliados se abre camino con la espada entre las formaciones enemigas; las líneas, empujadas por el terror al general, emprenden la retirada. El héroe se apropia de un territorio para él y sus hombres; se encamina entonces a través del enemigo, situando a sus soldados entre las enseñas y mantiene alejadas con sus flechas a las filas masilas. Ningún guerrero

pudo ya atacar al encolerizado general. Cualquiera que lo persigue recibe a cambio una herida de su arco que se vuelve contra él. Si alguien lo ataca por casualidad, es derribado, traspasado de lejos su pecho jadeante por su rígida lanza. Quienes se reúnen a su lado, al instante entregan sus almas a los dardos voladores: su flecha les parte en dos.

Huida de los nasamones; Juan increpa a su capitán y éste, avergonzado emprende la lucha con más ímpetu

Entonces el nasamón, que temía unirse a las enseñas del general, se retira y, con ímpetu, dispersa sus caballos a modo de obstáculo por los anchos campos y mata a los hombres que abandonaron las enseñas al huir y fueron los primeros en temer las violentas amenazas del combate y volver la espalda.

El capitán era noble, resplandeciente con su título de líder, y no menos con su valor, e ilustre con las armas romanas. Cuando el general lejos de allí vio al que escapaba del combate por la extensa llanura, de este modo lo llama con tales palabras: «¿Ésta es vuestra lealtad? ¿De esta forma luchamos», dice, «para que perezca la tropa romana? ¿Ahora abandonas las armas? ¿A dónde corres, desgraciado? Por tu culpa perecen nuestros desdichados soldados y nuestra reputación». Él enrojeció ante las palabras del general y un profundo dolor, al mismo tiempo, se inflamó en sus huesos. Entonces un funesto pudor lo empujó a mirar a las tribus que lo perseguían; la muerte cruel lo apremiaba en su deseo de romper los escuadrones enemigos. Lucha por defender a sus compañeros asediados. Ya se derriba al enemigo vencedor y se levanta al vencido; se altera el destino de los que perecen. La fortuna ayuda primero al valeroso. Ya se enfurece, soberbio, en la matanza y derriba los cuerpos

---

[202] El adjetivo alude a Hircania, comarca del Asia antigua, cercana al mar Caspio y fronteriza con la Escitia asiática, con Partia y con Media.

con diferente suerte. Como se enfurece una tigresa madre, jadeante por los campos hircanos[202], privada de sus cachorros que casualmente robó un jinete, arrebatándolos de su cubil caucasio —él, que los lleva como espectáculo para los reyes persas, cansa, atemorizado, a su caballo con su espuela de hierro—; ella entonces, semejante a su macho y más veloz que el Céfiro[203], se lamenta por sus queridas crías y vuela feroz. De este modo se empeña el capitán en luchar contra los hombres. A uno corta la cabeza con su espada y lanzando el dardo del moribundo, derriba a otro desde lejos; a otro golpea en el pecho con su fuerte pica; amenazador, atraviesa con su vibrante lanza el escudo de otro, su mano y su costado al mismo tiempo. Otro, ve su pierna sin vida arrancada por un golpe que cae en un pedazo y se lamenta junto a ella, habiendo sobrevivido. Herido, yace otro destrozado por su caballo caído y atravesado sobre él. La sangre espumeante brilla desde lejos y al fluir se mezcla con las tibias arenas. El impetuoso vencedor propinaba heridas de mil modos, pues la fortuna le ofrecía la ocasión. Su caballo ya cansado y jadeante, exhalando vaho, se niega a correr. La formación maurusia engrosa en su avance; le siguen Cámalo y Cerao y el fiero Estóntao. El enorme ejército rodea al enemigo y delante las lanzas que vuelan apiñadas, siembran la confusión en el campo. El escudo, haciendo frente a los dardos que le atacan, gime y hace resonar su ronco bronce. Hostigan y desconciertan al héroe con su griterío. Su escudo atravesado es cubierto por espesos dardos. Ya transpira bajo su propia coraza y lo oprimen el peso de las armas; el espeso bosque fatiga al agotado capitán y se debate contra la multitud que se le viene encima. Retirándose despacio, se dirige con habilidad a las regiones vecinas de la costa y con las aguas del mar protege su lado derecho. Al avanzar, se protege el lado izquierdo y la espalda con el

[203] Viento del Oeste, suave y templado, que anuncia la primavera.

escudo; a continuación, defiende su rostro y su camino con los dardos. Como un león sin miedo, rodeado por un círculo de cazadores temblorosos, ruge con valor y ensordece feroz sus murmullos abriendo tremendamente sus fauces, mientras excita su cólera, enfurecido, habiéndose desatado su fiereza y los hombres no tienen ni el ánimo ni el valor de correr a su encuentro, sino que sólo con sus gritos y arrojándole lanzas atacan a su enemigo de lejos. No de otro modo, colérico, se retiraba él asediado por la muchedumbre para ocupar la curvada costa mientras evitaba los dardos con su escudo.

Muerte del capitán en su retirada

Lejos, en mitad de la arena, hay un lugar escarpado, al que bañan en su orilla las aguas del mar, como un río y en su desembocadura encierran los campos con sus aguas amargas. En estos lugares las algas y el limo que se depositan y el abundante cieno se pudren bajo una agitada corriente. Cuando llega aquí el caballo del capitán se horroriza ante las negras algas y huye atemorizado. Entonces resoplando por el hocico, endereza las dos orejas —señal de temor—, se da la vuelta, humea fiero y revuelve sus ojos al acecho, sin atreverse a afrontar el espantoso peligro.

El noble capitán había terminado, ¡ay!, el recorrido de su vida y su camino, defendiéndose. Le persigue el enemigo en compacta formación, hostigando y desconcertando al héroe con sus gritos. Entonces espolea una y otra vez a su caballo, golpeando sus robustos ijares. Salta el caballo espoleado e intenta en su carrera acercarse al camino negado y cuando él mismo cae, engullido, se sumerge en el torbellino y la infame tierra engulle además a su amo en su cruel avidez. La fortuna arrancó al héroe del enemigo, acogiéndolo para que no permaneciera inerme y humillado, suplicante y le proporcionó una sepultura para que no yaciera su cuerpo desnudo sobre las arenas de Libia.

LIBRO SÉPTIMO

Los romanos llegan a una ciudad donde descansan y recuperan las fuerzas tras la batalla

Entretanto el general emprendía ya un camino seguro con los estandartes protegidos por su formación y, agotado, se acercó a las murallas de una pequeña ciudad con los aliados que traía. Aquí se sació el hambre del ejército. Aquí se permitió a los hombres esperar la salvación después de la guerra. Aquí el agua sació la ardiente sed de los caballos y su hambre funesta cesó gracias al pasto. El soldado antes sediento, bañó a los caballos en el río, gozándose en las deseadas aguas y, recordando las desgracias pasadas, introducía su cuerpo en el agua helada. Con el tiempo recuperan comiendo sus escasas fuerzas y tras la guerra terrible beben el vino que les trae la alegría.

Ahora la negra noche corre sobre la tierra y retrasa los quehaceres del mundo, confundiéndolo todo bajo un cielo oscuro. A ésta le sigue el húmedo sueño que ⟨ya⟩ trae el dulce consuelo de las preocupaciones y abraza con alas silenciosas. El descanso amigo de la noche, dando rienda suelta a su poder, había relajado los ojos que se cerraban. Entonces las mentes de los hombres se abandonaron, olvidadas de sus desgracias y de ellos

mismos; por lo demás, sus cuerpos resoplaban con los miembros agotados por tantos esfuerzos.

Juan y Ricinario permanecen insomnes. Aquél tiene prisa por reemprender la lucha

No obstante, en un momento lleno de confusión, el general pasa la noche insomne, considerando en su mente las innumerables preocupaciones. Conmovido por la compasión, mientras lamentaba tantas muertes, el padre lloró, derramando lágrimas. Ricinario era entonces el consuelo del general y su compañero en las fatigas. Él siempre soportaba por igual las dificultades unidas a la prosperidad, sin dormir con el soldado corriente, amigo del rigor y poderoso por su arrojo, nunca temió exponer su vida por la patria. El persa feroz conoció todas las hazañas del héroe, su talento, su fuerza, sus decisiones, sus esfuerzos, su ilustre labor en la guerra, su paz y su generosa lealtad. África supo lo que hizo entre los moros enemigos y el padre mismo supo que el héroe había soportado a menudo con él penalidades. Así crece el amor, así permanece entre ambos un grato afecto. Él considera a Juan como su padre y Juan lo considera como su propio hijo, nacido de su sangre. Así pues, entristecidos e insomnes, se hablaban el uno al otro, contándose las nobles muertes en el campo funesto.

El general dijo esto primero: «Vana es, sin duda, la atención de los hombres sin la atención divina. Nadie puede vencer una guerra con sus propias fuerzas. Sólo el Todopoderoso que aplasta al enemigo, que todo lo mueve, lo cambia y lo destruye. La raza romana, sin embargo, no es demasiado odiosa para el Señor de las alturas, pues quiso salvar a mis hombres que eran hostigados por tantos miles de enemigos. Decido apresurarme a reparar el desastre y atacar inesperadamente, mientras el vencedor está seguro y cree que el vencido emprende la huida. ¡Cuántas veces los vencidos vencieron en el combate a los hombres soberbios! La victoria más excepcional se concede a

unos pocos. Decide, querido amigo, qué conviene más a nuestras armas».

Consejos de Riciniario al general, que los pone en práctica con prontitud

Entonces Ricinario, sereno en su firmeza, habló, dando amistosos consejos al general que lo había ordenado: «Es justo, noble general, contar con la ayuda divina. ¿Por qué insistes en emprender de nuevo la batalla? ¿Te empuja tu conocido valor y la fuerza de tu poderosa diestra? Sin embargo, no es necesario que expongas ahora tu vida a inciertos peligros. Una suerte cruel en favor de los enemigos los hizo soberbios y audaces. Los corazones de quienes huyen del combate están siempre yertos de temor. El extraordinario valor, doblegado por el terror ante la muerte, siente miedo. Es propio de unos pocos el soportar los desórdenes de la guerra, tras las batallas que, con más fuerza, han golpeado a los hombres en la reciente matanza. La mayor parte de los nuestros ha sido dispersada, pero permanece a salvo. Reúnela, valeroso general, y ordénales reponer fuerzas y reclama, gritando unas veces de una parte y otras veces de otra, a las tribus que siempre leales mantienen nuestros tratados. Ordena a éstas desplegarse, tras haber puesto en movimiento sus tiendas[204] y estandartes. Acudiendo así reunido todo el ejército, estará a salvo, al encontrar, en efecto, todo lo que pueda venderse; pues las tribus traen consigo muchos ganados. Vendrán naves hacia la costa que traerán comida y vino. El tiempo mantiene ya el mar abierto. Las formaciones repondrán sus fuerzas quebrantadas y, olvidados del miedo, los escuadrones renovarán las batallas».

---

204 El sustantivo *cannae* equivale en Coripo a *mapalia* («tiendas»).

Le agradó el consejo al general y, reteniendo las excelentes palabras de su fiel amigo, ordena a sus subordinados que lleven a todos sus instrucciones con rapidez. Corre el caballo por doquier llevando las órdenes del general y rápidamente ponen en movimiento a las tribus y a los suyos. Ningún general rechazado en la guerra pudo renovar los feroces combates con tanta prontitud como fue capaz el ilustre Juan, de espíritu diligente. La fortuna no lo elevó primero, engreído por su éxito en la guerra, ni después lo abatió la adversidad, inconmovible en su fortaleza.

Plegaria de Juan al amanecer solicitando la ayuda divina

La Aurora bañada de rocío, surgiendo del Océano, ya había alejado las heladas sombras. Cuando el general vio nacer la blanca luz, se lavó con agua ambas manos, el rostro y el cabello endurecido con el polvo de la lucha del día anterior y oró con las palmas levantadas, pronunciando estas palabras: «Padre todopoderoso, poder y gloria del universo, firme salvación y artífice del mundo, Tú que todo lo determinas en segura alianza, lo cambias y diriges con tu acción. Varías las épocas, pero Tú no cambias a través de ellas, desarrollando el año prolongado en cuatro etapas sucesivas y encerrando el día en doce horas iguales. Todo lo renuevas según su orden, pero a ti nadie te renueva, permaneciendo Tú mismo creador, señor y hacedor del orbe. Creo, Padre supremo, que es enorme tu poder y lo reconozco. Que las detestables divinidades engañen a las infelices tribus que creen en ellas. A menudo Tú mismo permites que los tuyos sean sometidos a prueba, sin embargo, también a tu vez los levantas rápidamente gracias a su devoción. Acércate y presta consuelo a tus agotados hijos. Pon en pie a las líneas romanas y abate a las orgullosas masilas que desean la guerra; acude rápidamente a socorrer nuestra desgracia, te lo ruego y, como guía nuestro, vela por nosotros».

La plegaria es escuchada. Concentración de tropas y arenga del general

Con estas súplicas el padre inundaba su rostro de lágrimas, conmovido por la devoción y preocupado, sopesando el peligro de Libia, gemía una y otra vez. Entonces el Padre todopoderoso acogiendo las lágrimas y las palabras del que se lamentaba, quiso reponer las fuerzas latinas. Acuden los aliados que había dispersado el horror de la guerra y el miedo al enemigo. Dicen en ese momento al general que muchos hombres están a salvo y que le esperan en Yunci[205], si quiere seguirlos. La noticia de la salvación de los aliados produjo una pequeña alegría y el consuelo en la adversidad. El general los congrega entonces a todos, llamándolos con el bronce. Temblorosos, formaron un espaciado círculo. Lo rodean entristecidos y derraman lágrimas sobre sus pechos. El buen general les habla con agradable voz, exhortando y reanimando a sus hombres y comienza con tales palabras: «No es necesario, jóvenes, que durante la guerra quebrantéis con lágrimas vuestros espíritus valerosos. El soldado romano nunca ha sido debilitado por las adversidades. ¿Por qué lloráis tanto, amigos? Mirad cómo vienen los aliados de entre los enemigos, todos a salvo, haciéndonos saber que otros han sobrevivido en Yunci. Si viven los aliados, no hay motivo para que piense cada uno que los ha perdido a manos del enemigo. El botín, que quizá ahora lamentáis que os arrebataron los guerreros, permanecerá seguro y aumentará incluso. Los enemigos que véis enorgullecidos por una fácil matanza, aprenderán con dureza lo que pueden las batallas y la fortaleza romana. Entonces os agradará coger vuestro botín y el de los moros a un tiem-

---

[205] Vinci o Yunci era una población costera de la Bizacena meridional, mencionada por PROCOPIO (*Guerra contra los Vánd.* I 15, 8), *Iouce,* y situada, según el mismo autor, cerca de *Caput Vadorum,* a nueve días de distancia desde Cartago. Partsch lo identifica con el actual pueblo de Kasr Unga.

po con vuestro acostumbrado valor. Liberad vuestros entristecidos espíritus, alejad las preocupaciones y arrojad de vuestros corazones el miedo indigno, latinos. Llegará la victoria para nuestro Imperio».

Juan se dirige a la ciudadela de Láribus

Así hablaba el general, causando alegría a otros, pues entristecido él mismo, simulaba ante sus amigos un rostro risueño. Les proporcionaba esperanza con su apariencia al retener en su mente las preocupaciones. A continuación, dirigiéndose a Yunci, reúne a la formación romana y dispone que los capitanes, los destacamentos y los valerosos oficiales vuelvan a sus propias posiciones, reanimen a los fatigados caballos dándoles de comer y esperen a la siguiente lucha. Él mismo emprende el camino avanzando por los territorios de la costa, donde pudiera reponer las fuerzas a sus aliados con un alimento diario. A continuación, tras abandonar la playa, se dirige a una ciudadela, situada en un lugar elevado. La ciudad de Láribus[206] se alza en mitad de los bosques, en extremo segura y fortificada por nuevas murallas que construyó el mismo emperador Justiniano, poderoso señor del orbe de Oriente y de Occidente, gloria del Imperio romano. En este lugar ordenó el general que salieran a su encuentro rápidamente sus aliados, los capitanes y las tribus que él sabía que habían sido fieles a sus enseñas en la primera contienda.

---

[206] Esta ciudad es mencionada por PROCOPIO (*Guerra contra los Vánd.* II 28, 48) y aparece también en las obras de antiguos geógrafos como Celario que la sitúa cerca de Útica, entre los ríos Bagradas y Tusca, el *Itinerarium Antonini* o la *Tabula Peutingeriana*. Partsch y Diehl la identifican con la actual Lorbus.

Llega a Cartago la noticia de la muerte de los soldados romanos y del capitán. Lamentos de su viuda

Una desgraciada noticia había golpeado la ciudad tiria[207] anunciando las crueles batallas y las muertes en el terrible frente. Sin duda, todos se quedaron paralizados, pero hubo una sola esperanza segurísima para la situación, pues el rumor hizo saber que el general estaba a salvo.

Entretanto, esta misma noticia llega veloz hasta los oídos de la desgraciada esposa del capitán[208]. El calor abandonó su paralizado corazón y con un temblor palideció súbitamente su rostro. A continuación se desplomó la desdichada: su dolor le arrancó, con la luz del día, el cielo y la tierra entre tinieblas. Entonces la imagen de la muerte mantuvo sus ojos cerrados, debilitados sus nervios, durante largo tiempo. Acuden corriendo las esclavas y se esfuerzan por levantar rápidamente a su señora caída, reanimándole el corazón con sus manos. Su débil vida apenas pudo recalentarse en los helados miembros. Levantada por sus manos ⟨***⟩[209] se sentó con la mirada fija, enajenada, herida por la pena y olvidada de sí misma. Luego exhausta, recobró el sentido, como confuso, y con el primer dolor de su duelo, empezó a hablar así: «Sufre mi alma, pero mis ojos no pueden derramar ninguna lágrima. ¿Por qué la boca de esta desgraciada no prorrumpe en lamento alguno? ¿Es que en medio de tanto sufrimiento el ardiente dolor abandona mi ánimo?, o ¿acaso, más bien, es el mismo dolor quien me impide el llanto y la palabra? ¿No fue esta desdichada suerte quien me trajo, apremiándome, a Libia como extranjera, siguiendo por mar y por tierra las campañas de mi querido esposo? ¿Por qué no corrí a través de la batalla? Entonces el cruel destino del sepulcro

---

[207] Alusión a Cartago.

[208] Se trata del capitán romano Juan el Mayor, cuya muerte se narra al final del libro sexto (vv. 763-73).

[209] El verso 163 está incompleto.

se hubiera apoderado a un tiempo de ambos desventurados, sepultándonos en un súbito resquebrajamiento de la agrietada tierra. Y hubiera estrechado su amado pecho mientras se unían nuestras manos y, abrazada a mi marido, se hubieran confundido nuestros cuerpos. La muerte es cosa grata para los que sufren. ¡Y ojalá hubieran permitido los hados a una amante deseosa atravesar de nuevo, como compañera, las sombras! Ay, desdichado, ante quien temblaron las feroces tribus, yaces sepultado bajo la arena extranjera. Tu valor fue la causa que te empujó a la muerte. ¿Por qué, si habían huido tus hombres, quisiste volver solo y rechazar a los innumerables escuadrones, ay, confiando demasiado en ti mismo? ¿A dónde volveré? ¿Dónde correré? ¿A quién pediré ayuda, una vez cautiva? Tú eras mi sosiego en la desgracia; contigo no temí, pues en ti confiaba, atravesar el profundo mar cuando el austro impetuoso combatía las naves temblorosas encrespando las olas. Sin ti, ¿podré regresar a través de espantosas tempestades, desgraciada esposa, viuda de tan ilustre marido? Ay, si unos hados favorables hubieran acometido mis penas, arrebatando mi vida, y la muerte cruel no me hubiera permitido sufrir por largo tiempo tantas desventuras, sino que, gracias a un destino inmediato, disfrutara de las manos y del rostro de mi querido Juan, unida a él... «La desgraciada inundaba la ciudad sidonia de abundante llanto, lamentándose entre lágrimas. El sonido de sus aullidos hace crecer los elevados techos. Todos los ojos derraman fuentes saladas, los gemidos rompen los piadosos pechos.

Atanasio prepara enviar refuerzos al general con la ayuda de Pedro

Pero el venerable Atanasio, considerando sus preocupaciones sucesivamente y alarmado por la situación y la salvación de su patria, pone en movimiento a todas las formaciones para avanzar por las anchas llanuras y acercarse al valeroso general. Su venerable vejez conduce a sus hombres con atención. Los

empuja el respeto y el afecto a tan ilustre varón. Su dignidad, propia de los ancianos, su resistencia y sus agradables palabras cautivadoras, sirven de consuelo a los desdichados espíritus.

Así pues, el padre Atanasio ordenaba entonces enviar una gran cantidad de material y, mientras conducía a sus aliados los apremiaba y el agradable anciano enviaba su amistoso consejo al valeroso general. Y el ilustre Pedro, que lo disponía todo como si fuera un hombre de edad, ordena a sus subordinados que lleven rápidamente mensajes a su noble padre y que de nuevo le informen. ¡Hasta qué punto, respetable niño, el sentido del deber ya empuja tu ánimo del mismo modo para proteger a Libia con tu padre! Esto, cualquier cosa que yo piense o diga que sea según mi opinión, es un admirable indicio, el que a pesar de ser niño, comprendas estas preocupaciones con tu mente infantil. Ya temen y tiemblan las tribus ante tu reputación y desfallecen de miedo y al oir el nombre del pequeño Pedro expresan su temor en su mirada y sus manos.

Al mismo tiempo sus subordinados con la mayor eficacia y toda su aplicación se esfuerzan por el Imperio ⟨***⟩[210] y por el noble general, empujando a los escuadrones indecisos a ir al combate y exhortan y doblegan a los hombres poniéndolos en movimiento con su instrucción. Ahora estimula uno a sus compañeros con un ruego, ahora otro los excita con dureza. El soldado romano odia el gusto por el retraso cuando el tiempo es escaso. Es más, el dolor y la compasión de los hombres y el amor al ilustre Juan conmueven sus espíritus. Ahora el joven examina una y otra vez en su mente el rostro sereno y oye y ve a los ausentes con desasosiego en su imaginación y ruega al Señor por el prestigio y la salvación de tan noble general. Se estremece de miedo y reflexiona en su interior y, al considerar tantas penalidades en su ánimo, fatiga su compasivo corazón,

---

210 Pasaje lagunoso.

del mismo modo que hacen juntos ahora su padre y Ricinario —sin duda, se entristecen sus corazones en la abominable desgracia—. Arde en deseos de emprender el camino, de ver los queridos escuadrones y con la voluntad de besar los pies del general, todo lo dispone con precaución y con el mayor cuidado.

Actividad de las tropas en marcha

Gimen por los caminos los carros cargados y hay gran agitación en la ruta con los altos camellos. La espada golpea el bronce resonante. Llevan por las anchas llanuras todos los graneros y gran cantidad de armas que, según la costumbre, deben ser pagadas por los latinos. Y ya corren de aquí y de allá los capitanes y los valerosos oficiales y llevan las águilas victoriosas en compactos escuadrones.

Juan Estefánides reconcilia a Cúsina e Ifisdayas. Enumeración de los moros aliados de los romanos

Se envía al astuto joven Juan Estefánides para reunir con discreción a dos facciones. Pues ya entonces el feroz Ifisdayas y el fiel Cúsina con su odio mutuo conservaron las semillas de una guerra cruel entre sí. La futura guerra empezaba ya a inflamar por turno los corazones bárbaros, mientras el odio duplicaba su cólera. Así pues, el general ordena a éste establecer una paz inalterable entre ambos, calmar a los hombres y hacer venir a las tribus en ayuda del Imperio. Y otro no hubiera podido doblegar sus espíritus inflexibles o aplacar sus ánimos feroces. Él podía amansar con sus palabras a los tigres salvajes, suavizar a los feroces leones con su facilidad en el discurso y rechazar el pernicioso veneno de las serpientes con su voz. Él, sin embargo, separó a los que se enfurecían, cada uno en una parte, refrenó su crueldad y con su extraordinaria habilidad favoreció a las tribus con un pacto. ¡Qué miedos, qué fatigas soportó él a menudo entre ambos, mientras doblegaba tanta cólera! Pero le agradó

afrontar tan crueles peligros por su patria. Preparó a las tribus y las condujo, al mismo tiempo, al combate.

Acude, pues, bramando, equipado con diversas armas el fiel Cúsina y, como líder, conduce a la batalla innumerables filas de moros. Gimen todos los campos con el levantamiento de las tiendas y sus pisadas endurecen las extensas llanuras. Arma, valeroso a sus treinta capitanes y aunque a cada uno le sigan mil guerreros, él se alegra, sin embargo, de ser dirigente entre los soldados romanos, a quienes el más poderoso emperador del orbe en persona los entregó como aliados de la paz y ayuda en el combate. En ellos confiaba, doblegaba a las tribus y ganaba batallas.

Viene impetuoso Ifisdayas con cien mil hombres y el ganado llena las extensas llanuras de Ársuris[211], pero era menor el número que su valentía. No obstante, equipa con armas a las formaciones enemigas de terrible aspecto mientras provoca violentísimas batallas a través del enemigo con sus apiñadas flechas. El súbdito Yaudas proporcionó ayuda al Imperio al armar, con su hijo, a doce mil compañeros. Acudiendo al mismo tiempo el jefe Bézina, conduce todo su ejército y llena los campos con sus bestias de carga.

El general despliega sus fuerzas para la batalla. Antalas prepara sus tropas

Una vez que el general consolidó sus fuerzas con los innumerables escuadrones, pone en movimiento sus enseñas y da rienda suelta a las tribus que se extienden como caudales de agua, al dirigirse a la violenta batalla. En los campos mamen-

[211] Según Ptolemeo, el lugar estaba situado entre *Sicca Veneria* y Thevesta. PARTSCH *(Corippi Áfricani...*, pág. XXXVI) no acepta esta versión y considera a Ársuris como un pequeño pueblo de Bizacio. En cualquier caso, parece más acertada la localización del primero, si tenemos en cuenta la proximidad entre Ársuris y Láribus, donde Juan se había situado con sus tropas.

ses[212] el áustur derribaba los cuerpos de los campesinos con sus funestos dardos, apoderándose de una parte de Bizacio y de un próspero botín. En aquel momento Antalas había unido de nuevo su propia formación a la facción contraria y se ponía en movimiento para luchar.

Los moros conocen la llegada del general. Carcasan simula la huida aconsejado por Antalas

La noticia de la llegada del general atraviesa los vientos con sus alas veloces llevando su mensaje en dirección al campamento sírtico. Vuela por todas las bocas. Unas veces aterroriza a los orgullosos enemigos, pregonando terribles palabras: la gran cantidad de tribus que había acudido a luchar en ayuda del general. Otras veces provoca la cólera mientras dice el feroz Antalas con su acostumbrada astucia que las bandas de moros que se han unido a las enseñas latinas son unos cobardes. Entonces Carcasan, en un arrebato, quiso salirle al encuentro. El enemigo güenfeyo[213] lo hace retroceder, instruyéndolo con sus consejos y sus palabras. Además añade estas cosas: «Si deseas vencer a los romanos, poderoso dirigente, escucha de buen grado estas palabras de salvación para que se lleven a cabo. No es necesario emprender la batalla en estas tierras; el valeroso soldado aún no ha sido golpeado por destrucción alguna en el combate y se enfurece con violencia. Ni podrás poner en movimiento a tus impetuosos guerreros contra los ejércitos latinos, ni hacer frente al hambre. Pero levanta el campamento y simula ponerte en camino para huir. Como un ejército enorme nos perseguirá en nuestra huida, destruiremos cualquier campo verdecido: entonces no encontrarán nada. Si en este momento provocas violentas batallas, serás el vencedor y el hambre y la espada mata-

---

212 Así se llamaba el área que rodeaba a la ciudad de Mammes, situada, según PROCOPIO *(Guerra contra los Vánd.* II 11, 14-15; *Edif.* VI 6, 18), en Bizacena, cerca de la frontera con Mauritania.

213 Alusión a Antalas, hijo de Güenfan.

rán a los vencidos». Le agradó el funesto consejo y levantó el campamento.

Los soldados romanos no pueden soportar la sed y el calor

El valeroso general persigue a las fuerzas que huyen recorriendo de nuevo todo su camino. Cerca ya del enemigo, intentaba emprender la batalla con sus enseñas reunidas. Pero como Dios no había otorgado aún su hora al general, reservó sus armas, adecuadas a mejores triunfos. Pues las formaciones proseguían su camino por las extensas llanuras y el polvo del enemigo indicaba con más claridad que no estaba lejos de los soldados. El valor se acrecentaba en los implacables espíritus y estaban a punto de provocar la batalla cuando súbitamente el día se hizo más caluroso. Pues Febo subía más alto en sus caballos jadeantes, suspendido en medio del cielo, en el momento en que la sombra más reducida se apropia de los dos pies. El ábrego, vomitando fuego, comienza a abrasar las tierras con sus soplos y debilita las fuerzas y el furor de los soldados. Todos sus cuerpos están resecados por el soplo del viento abrasador. Se les seca la lengua, el rostro se enrojece, jadea el pulmón en profundidad, golpeando el pecho, y hace salir fuego de la nariz. Sin saliva, la boca reseca comienza a calentarse y un fuego abrasador arde en sus secas gargantas. Todos los humores fluyen corrompidos de las entrañas y bañan la piel que inmediatamente seca el pernicioso calor del aire, retirándolos, calientes, del cuerpo.

El general establece el campamento junto a un río. El calor hace también estragos entre los moros

Cuando esto vio el general Juan, tras atrasar la lucha, estableció su sediento campamento junto a un grato manantial. El ejército abrasado por la sed acude corriendo hacia las heladas aguas y se precipitan sedientos. De este modo se concentran las innumerables abejas en los caños de un

jardín al volver ya de libar y el enjambre artífice de la miel bebe las aguas de la corriente. Así corre por las orillas toda especie quemada por el fuego. Las riendas no retrasan a los caballos domados, ni a los camellos retienen las escasas cuerdas que hay en sus bocas. Todas las especies confundidas bebían las aguas errantes. Mientras beben se abrasan y están sedientos. Uno bebe de rodillas, otro con las manos ahuecadas, otro, inclinado, lame con la lengua las aguas del río. Uno bebe en un jarro y el otro coge una copa y una vasija. Pronto disminuye la corriente. El guerrero hunde su boca en la misma arena que los caballos arrastran al moverla con frecuencia y la multitud que se abrasa de sed no desprecia el agua mezclada con el fango: hasta tal punto perseguía el soplo del ábrego a los desdichados.

No obstante, una llama cruel consumía al campamento sírtico, confundido por un miedo excesivo y sometido a peligros sucesivos. Pues además del viento, un profundo temor que los agotaba y aumentaba su sed, empujaba a las rudas tribus a ir más lejos; pero el ábrego retiene a los pueblos vencidos, impidiéndoles el paso con su fuego. Una espantosa muerte acosa a los cautivos africanos. El saqueador hostiga a los desgraciados, la llama los retiene, la lanza hiere las espaldas de los infelices, el ábrego que abrasa con sus llamas siembra la confusión en sus mentes. La muchedumbre caía gimiendo postrada sobre los campos; muere descarriada con diferentes destinos. Uno cae por causa del fuego del viento, otro por la herida de la cruel espada, otro por ambas cosas, pues con las espadas derriban los cuerpos de aquéllos a los que quedó un leve aliento en el borde de los labios. Un soplo de viento que sobreviene ahora con más fuerza alborota los cuerpos maurusios, acosándolos con la muerte.

Mezclados por los campos caían agotados los caballos; un destino cruel les negaba la vida. El temor, sin embargo, que acosa a las bandas enemigas, les ordena atravesar el desierto. Y

el terror ya no les permite establecer su campamento, sino que empuja a las tribus masilas hacia los extensos territorios. Durante diez días el ábrego había acrecentado sus llamas, quemándolo todo con tormentas que se propagaban como el fuego. El ejército contrario al huir de los enemigos durante tantos días, se situó, a causa de su terror, lejos de los agotados latinos.

Se envía a Cecílides para espiar al enemigo. El tribuno decide capturar vivos a unos cuantos

Por orden del general, el tribuno Cecílides sale a espiar al enemigo, acompañado al mismo tiempo de un destacamento de feroces jinetes a quienes agradaba por su valor. La constitución del héroe, que derribaba a los enemigos con no menos fuerza que Hércules, había sido ya conocida por el noble general. Era veloz por su agilidad, temible por su excesivo valor, maduro en sus decisiones. Aunque la violenta tribu maurusia había cortado todos los accesos mediante un asedio, él, sin embargo, más esforzado, a menudo había golpeado a las feroces tribus con sus precavidas armas. El ilaguas, derribado en combate, tembló ante el héroe, temblaron los frexes y el naffur jadeante. A éste temió aquel tirano del pueblo vándalo, a éste, en extremo valeroso, estimó el venerable general en persona. Él mismo observó a menudo al héroe que se esforzaba con sus propias armas; recibió de sus manos a los rebeldes capturados en el combate. La tropa romana conoció las valerosas hazañas del héroe, regocijándose con tan gran cantidad de triunfos. Así pues, se marchó, tras haber sido enviado.

El mezquino saqueador que ocupaba los campos de Yunci, cercanos al mar, vagando fuera de peligro, quemaba todas las propiedades, prendiéndoles fuego. Cecílides se había escondido en la oscuridad de la noche y penetró rápidamente en las murallas de la angustiada ciudad a través del enemigo: tan grande era la confianza en su espada. Cuento hechos que no son desco-

nocidos. Él no temió vencer el peligro en beneficio de su patria. De este modo le fue posible cumplir las órdenes del general y soportar tantas fatigas. Franquea las puertas e indaga los lugares secretos del enemigo; rodea los fosos contrarios, desviándose según su orden y reconoce sus posiciones, recorriéndolas en medio de un silencio que le es favorable. Desde aquí vuelve junto a sus compañeros y se dirige, a continuación, hacia el noble general. Y ya había franqueado con valentía innumerables bandas de saqueadores. Cuando ve a lo lejos las tiendas de los moros y se da cuenta de que sus hombres no corrían terribles riesgos con relación a la tribu y descubre que los enemigos devastan la región por doquier, estalla la cólera en su corazón y comienza a hablar así a sus compañeros: «Si llevamos sólo palabras al general, nuestra lealtad no será suficiente. Pues todos nosotros confesamos saber sólo el lugar que ocupa el campamento. Llevar el plan de la tribu al excelso general será de la mayor utilidad para el Imperio latino. Llega el momento, compañeros; capturemos ahora a unos cuantos hombres del enemigo para que descubran abiertamente a nuestro general todos los secretos de su jefe Carcasan».

Contienda entre los espías romanos y los moros que emprenden finalmente la huida

Y sin hablar más, he aquí que viene a su encuentro Varinno, que fue en otro tiempo un imponente guerrero, acompañado de una funesta banda. Era empenachado y no fue a él a quien había herido con anterioridad Sólumut, poderoso con su espada —no obstante, ambos[214] eran violentos por naturaleza y, emparentados por la sangre, se dirigían a través de la batalla—. Cuando Liberato, al observarlo lo vio avan-

[214] Se refiere a los dos Varinnos —el mencionado en esta ocasión y otro guerrero moro del mismo nombre que aparece en el libro quinto (v. 320)— que eran parientes.

zar contra él y solicitar la lucha con su diestra levantada, él mismo se precipita el primero, arrojándose sobre los escuadrones de caballería. A continuación atravesó por el pecho al fiero Veuman con su pesada pica y entregó a la muerte a Marzin con su poderosa espada, al negro Lamaldan y a Zeias e hirió al robusto Tifilan, a Burcanta y a Nathún, a Sarzún y a Tilín y a Nican, armado con espada. Envía a las sombras como compañeros de éstos al terrible Masan y a Dextro que blandía un dardo. Pedro[215] atravesó con su lanza al audaz Táfaran y hacia él, mientras luchaba, se dirige Yámmada con armas hostiles; no obstante, Pedro, haciéndole frente, lo aniquiló con su espada, haciendo rodar las altivas sienes de su cabeza con las venas cortadas. Estéfano hiere a Altisan y Tarah con su espada a Yugurta; Prisco a Muríféro y Caroso a Yelidasen; Silvutis a Zembro; Grorgio ejecuta a Auspur, atravesándole la ingle con el golpe del dardo que le ha arrojado.

La falange maurusia emprendió la huida derrotada; la persigue la tropa de los vencedores y el veloz tribuno. Una espesísima nube hecha del polvo de la huida se levanta hasta las llanuras etéreas. Resuena la pezuña de duro cuerno y la llanura se oculta cubierta por la arena esparcida. Vuelan los enemigos, unos y otros, espoleando una y otra vez los ijares de sus caballos con las espuelas. Entonces el polvo sigue a las formaciones, trazando el camino. No de otro modo el viento, tras romper sus ataduras, revuelve las blandas arenas con su soplo, cuando el hinchado bóreas, liberado ya de su palacio escítico se enfurece por los campos. Un espantoso remolino vuela primero, revuelto por la fuerza del Noto y empujado, con movimientos circulares, barre las tierras arenosas enturbiando la llanura.

215 No se trata en este caso de hijo de Juan Troglita, sino de un soldado romano.

Los romanos capturan a varios moros; Cecílides los lleva ante el general y le da cuenta de su misión

El soldado, impetuoso en el combate, ya había perseguido a las formaciones fugitivas por los campos y dispersaba las bandas de guerreros, derribándolas por la hierba con su espada caliente. El tribuno mismo, sin embargo, desprecia y desdeña el derribar a los hombres en una matanza, empeñándose, por el contrario, en cogerlos vivos, corría de un lado a otro en su veloz caballo y, blandiendo su pica, precipitaba sus enormes cuerpos tras haber golpeado sus miembros. Cogiendo a cuatro moros escogidos de la formación, los ató y ligó fuertemente sus brazos, rodeándolos con nudos y los salvó para que contaran al noble general sus secretos y los dieran a conocer con sus propias lenguas. A Varinno cogió con fuerza por los cabellos y lo suspendió de su caballo. El desgraciado nasamón tembló y quedó colgando de su diestra. Soltándolo en seguida, el tribuno lo tendió en el suelo y rápidamente se sentó sobre el fiero pecho desmontando con agilidad y, tras entrelazar sus brazos, anudó por sus dos manos ásperas ataduras. Desde aquí es conducido el cruel Varinno, vencido, con las manos atadas a la espalda, junto con sus compañeros y permaneció ante los pies del general con expresión tranquila. Entonces acude corriendo hacia él toda la multitud romana con afán de verlo y los jefes masilas deseosos de conocer los asuntos y si es clara su lealtad. Tras haberse ordenado hablar al victorioso Cecílides, dice así: «Cumpliendo tus duras órdenes, el más noble de los generales, corrí luchando con Cristo entre los enemigos y vi el funesto campamento que establecieron los guerreros en los desdichados campos de Yunci. Al entrar en la temerosa ciudad, me compadecí de las guerras que la rodeaban. Allí, sin embargo, vi grandes milagros, pues los edificios no se extienden rodeados por muralla alguna, sino que están fortificados por la protección divina. No defienden con torres los al-

tos pináculos de alado techo. Un obispo[216] tranquiliza a los pueblos con el poder de su palabra; así prepara sus rudos espíritus con la gracia divina —él puede apaciguar con sus consejos a los feroces leones y aplacar a las fieras. Los corazones de los lobos se ablandan y no lastiman a los tiernos corderos con ávidos mordiscos— y los exhorta al mismo tiempo; tú, si vinieras, ordenarías confiado que se apresurara a acompañarnos a una batalla victoriosa para el Imperio romano. Y no pone fin a sus lágrimas al rezar por tus hombres, tus armas y las fuerzas latinas, rogando continuamente que el Todopoderoso aplaste a nuestros enemigos y humille a los soberbios con su poder. Yo, al marcharme, capturé a estos rebeldes con excesivo esfuerzo para que te revelen todos los secretos de su malvada tribu y te informen punto por punto sobre su intención».

El general increpa a los prisioneros hasta que uno de ellos le revela las intenciones de los moros

El tribuno terminó de contar las hazañas que había llevado a cabo. Pero el general, que ya desde hace tiempo miraba despectivamente a los cautivos con mirada amenazadora, dijo encolerizado: «¿Quién desafió nuestros propósitos? Hablad, canallas. ¿Qué funesto destino os obligó ahora a volver con vuestras luchas por los campos líbicos, a invadir los caminos prohibidos y a saquear con vuestros acostumbrados pillajes las casas de los púnicos y los pueblos latinos? ¿Cree Carcasan que ha vencido? A él después de cierto tiempo lo someterá Dios en la guerra y la plebe romana lo verá atado y hecho preso por sus propias armas. Antes de que suene la trompeta[217] recuerda hacia qué insidias em-

---

[216] Se trata del obispo Verecondo de Yunca. Yunci era una sede episcopal floreciente y en ella tuvo lugar un concilio en 523, preludio de otro más importante de la Iglesia de África que se celebraría en Cartago dos años después.

[217] Se refiere al toque de trompeta que anunciará la ejecución.

pujó el terror a vuestra mente, vuestros engaños y las artimañas de los tuyos».

Entonces dice el empenachado nasamón: «Tu inflexible orden me apremia a confesarlo todo. Aunque mis propias palabras me amenacen con una muerte merecida, todo lo diré, sin embargo en mi relato. Carcasan es el dirigente valerosísimo de nuestro ejército. En su autoridad reside y permanece patente la mayor esperanza de nuestro reino. De este modo vaticinó el profético Amón a nuestras tribus, concediendo los campos de Bizacio a los moros mediante la lucha y permitiendo que Carcasan fuera, soberbio, por los pueblos líbicos y devolviera la paz al mundo. Con estas palabras de Amón Belona obligó a las innumerables tribus a volver de nuevo por vuestros campos. Nuestro mismo jefe precisamente quiso entonces entablar batalla contigo. El enemigo güenfeyo, cambiando sus intenciones, retrasó la lucha del héroe y apartó su pensamiento de la guerra, pero mediante un consejo penoso en demasía. Sin duda, tú piensas, más bien, que ahora estos pueblos están dispuestos a huir, pero no los empuja un intenso terror, ni temen a los que han sido vencidos [218]. Para que el hambre agote vuestras fuerzas, han fingido la huida y os preparan calamidades con astucia. No creas que nuestras tribus huyen, incluso si viniera el emperador y vaciara el orbe entero llevándolo consigo a la guerra. Maximiano no pudo entablar lucha abierta con éstos, aunque tuviera en su poder el cetro como emperador del pueblo romano y, vencedor, atravesara por todos los pueblos de los púnicos con encarnizadas luchas. Pero ahora, porque Amón con seguridad nos concede batallas victoriosas mediante sus respuestas, ¿crees que el laguantan se retira con los suyos o que

[218] El participio hace alusión a la derrota que sufrieron los romanos en el libro sexto. Varinno aprovecha así los últimos momentos antes de su ejecución para recordar a Juan el penoso acontecimiento.

ha huido? Esto querrías, general implacable, pero no será ésta la voluntad de tus hados».

Juan ordena la ejecución de los prisioneros

Entonces, desdeñando ensañarse por más tiempo contra las palabras del enloquecido, rompió el silencio de este modo: «Pero, para que vosotros ocupéis de manera más segura estos campos nuestros»[219]. Dice así y ordena que se levanten cinco tablas en una hilera y que los cuellos de los que van a morir se suspendan de una estaca de dos puntas. Precipitándose ante su orden, sus subordinados actuaron con rapidez.

---

[219] La frase, con gran carga irónica, alude a las palabras del oráculo (VI 167-68): «el moro de extremado valor ocupará para siempre los campos de Bizacio» *(aeterno tempore Mazax Bizacii campos magna virtute tenebit).*

LIBRO OCTAVO

El general ordena trasladar el campamento a los campos de Yunci. Carcasan y Antalas se retiran a los montes

Cuando el general conoció el perverso plan y salieron a relucir todas las traiciones y se dio cuenta del cruel crimen de la raza impía, mientras todo lo medita con mirada callada, la sagacidad de su mente corre a través de las distintas posibilidades, buscando con afán qué se debe hacer. Su profunda sabiduría puede, sin duda, vencer a las tribus mejor que su fuerza armada. Con justo temple examina sus diferentes preocupaciones, pasando revista a una tras otra con rapidez, y mentalmente vuela a través de todas ellas. Del mismo modo revolotea la golondrina de veloces alas buscando tierno alimento para sus crías; unas veces descubre la hierba verde a ras de suelo y va y viene de un lugar a otro; otras, examina las ramas de un alto árbol y rasga el aire con sus calladas alas. Finalmente, el general con espíritu sosegado estableció un plan y habló así a sus compañeros: «No se atreve Carcasan, confiado en sus fuerzas, a acometer a nuestro ejército, sino que actúa con astucia en su crueldad, preparando acosar a las cohortes latinas y huir después. Aunque huya el malvado astuto, no obstante, no escapará. Será vencido con gran destreza. Debo establecer mi campamento en mitad de los campos de Yunci que

ahora ocupa el saqueador. Si por casualidad se atreviera a entablar batalla conmigo, será derribado en las tierras llanas, pues nuestro soldado atacará mejor en campo abierto, sin trabas a caballo, hiriendo con la jabalina o con el disparo de su flecha. Mas si la tribu impía abandonara estos lugares en su huida, tomaremos antes la costa y ordenaremos que no salga del territorio provisión alguna. No menos perecerán los enemigos sin poder resistir largo tiempo; el hambre funesta, golpeando a las tribus infames, las matará sin necesidad de combatir. A nosotros, en cambio, el mar nos alimentará, proporcionándonos todos los víveres a su debido tiempo y nos proveerá a la vez de comida y de vino. Levantad el campamento, hombres, y avanzad con vuestros estandartes en orden».

Apenas dijo esto, el soberbio jinete y el infante cubrieron todas las llanuras con lento avance; apretados escuadrones de hombres irrumpen por los campos y el relincho de los caballos se vuelve más sonoro. Supieron esto Carcasan, informado por sus precavidos escuadrones, y el feroz Antalas. De repente, con un ruido estrepitoso levantan el campamento. Temiendo permanecer en las tierras llanas, abandonaron el territorio y establecen con temor su campamento en los montes elevados y se rodean de sus grandes camellos. El ejército romano de apiñadas armas ocupa la costa; las tiendas llenan las extensas llanuras y los jefes masilas se colocaron junto a los latinos que estaban en el centro. Fijaron sus tiendas aquí y allí por todo el territorio y ocuparon todos los accesos. En aquel momento el padre Juan reunió personalmente naves de toda la costa y les ordenó permanecer en el puerto de Larisco[220] y reconfortó con víveres a

[220] Nada se conoce sobre dicho puerto. Podemos pensar, no obstante, que se encontraba cerca de la ciudad de Vinci o Yunci, si tenemos en cuenta que en este lugar Juan ordenó a su flota tras haber enviado una patrulla con Liberato a Vinci.

sus compañeros y a las tribus, distribuyéndolos por el campamento y entre sus tropas.

Estalla una sedición en el ejército romano. Los soldados se quejan de no haber recibido la paga

Mientras avanza el día y él, valerosísimo, proyecta con digna maestría ajusticiar a las tribus, estalla una sedición y la cólera atormenta por el campamento a los soldados latinos con enloquecedores aguijones. Ya aguzan con repetido zumbido sus espíritus vacilantes contra sus propios pechos. ¡Ay, dolor! Cada uno arma su diestra de nuevo contra sus propias entrañas y preparan las espadas contra sus propios cuellos. ¿Qué locura fue aquella con la que de este modo se inflamó todo soldado latino para arruinar entonces por completo a sus propias filas? Una suerte despiadada arrastraba a sus espíritus desdichados. ¿No temes, romano, a tu líder? Guárdate de tantas luchas, de tantos enemigos que, es cosa cierta, se situaron en torno a tu campamento. Mira que preparas junto con las tribus causar la ruina de Libia mediante la guerra y en tu maldad atacas a la desgraciada con dardos hostiles. ¡Ay, patriotismo! ¿Dónde está la sagrada lealtad? Un destino cruel se esfuerza por quitarnos de las manos los triunfos adquiridos de las naciones.

El soldado, mirando de reojo al general, comenzaba entonces a hablar con dureza y a excitar los espíritus apacibles de sus compañeros, llenándoles los oídos de murmuraciones. Y no pusieron ya límite a sus odios, sino que con voz sacrílega pronuncian palabras impías. Del mismo modo que el fuego prendido quema el bosque y las primeras llamas provocan el incendio, cuando una pequeña chispa comienza a prender el ligero follaje, o crepitan con la yesca las frágiles cañas. Con frecuencia se ve salir primero un humo negro y poca ceniza, a continuación Vulcano se yergue hasta las huecas brisas y vientos funestos devoran las frondosas colinas. De este modo, cegados por la lo-

cura, aguzaron poco a poco sus espíritus; de este modo estallaron sus amenazas: «¿Hasta dónde seguirás, desgraciada tropa, a este líder en la lucha? ¿A dónde son arrastradas las agotadas formaciones? ¿Dónde se prepara una vez más una muerte cruel para los desdichados soldados? Ay, él destroza mediante diversos peligros nuestras vidas sin valor y no se nos da recompensa alguna. Nos pagó con muertes en una guerra sangrienta. La sangre romana bañó la arena y se ennegrecieron las aguas mezcladas de pus. A nosotros nos abrasó la sed y el hambre y el ábrego con sus llamas y no hubo gloria alguna para quienes la merecían. Acudid corriendo, ciudadanos. Coged piedras, antorchas, espadas, cualquier cosa que la cólera y la ira os proporcione. Que nuestra facción se vea libre de una abominable carga con la merecida muerte de nuestro líder».

De este modo protesta encolerizado el ejército, excitado por una terrible agitación, y aumentan las impías murmuraciones. La enloquecida tropa se congrega y, tras ser convocada una asamblea, aguzan con violencia su ira ⟨***⟩[221] vacilante y deciden cometer un crimen. Su horrible griterío solivianta el campamento; el cielo resuena con feroces gritos, al igual que el nasamón que ataca el campamento inseguro, sembrando por doquier la confusión. Cuando el estrépito llegó hasta los oídos del general, dijo: «¿Qué locura excita mi campamento con un ruido ensordecedor? Averiguadlo y haced retroceder su rápido avance».

---

[221] El verso 91 está incompleto, aunque no aparece ningún espacio en el manuscrito.

El general envía a Tárasis para aplacar a sus hombres. Duras increpaciones de Juan a los amotinados

El jefe Tárasis sale primero, impaciente por conocer el origen de los hechos. Cuando oyó el confuso estrépito y el murmullo de los hombres, se acercó para calmar a los soldados con sosegadas palabras. Y ni la apariencia del líder, ni sus palabras suplicantes, ni el honor romano los doblegan: el respeto abandonó sus corazones. Aún más, incluso se atrevieron a atacarle con piedras amenazadoras. La suerte cruel y el destino apremiaban a los hombres, acosándolos con una muerte próxima y el día postrero arrastraba a los desgraciados.

A continuación, un mensajero se vuelve rápidamente a pie junto al confuso general y, al comunicarle que las crueles iras del loco soldado se han inflamado, dice que ha estallado de repente la guerra civil. Rugió el general y, terrible, cogió su dardo y abandonó los fosos y el campamento, enfurecido, saliendo con su particular arrojo, seguido de sus escoltas, los capitanes y una tropa fiel. Seguidamente se detuvo en un elevado montículo y con duras palabras hizo temibles observaciones a los enloquecidos soldados así: «¿Me creías acaso inhumano, soldado, en tu implacable locura? Si la ley divina y la humana salvaguardan las luchas entre ciudadanos, aquí me tienes. Apresúrate si crees impedir la guerra con mi muerte, si Juan es el responsable de la reyerta. ¿Es ésta la lealtad de los ciudadanos? Si de esta manera abandonó el patriotismo romano vuestras conciencias, entonces lucharé sin dudarlo con estas tribus. Pues nuestro valeroso Cúsina será siempre fiel al Imperio, al igual que su tribu, sus compañeros y jefes. Vosotros, tropa cobarde, salid de nuestro campamento. Marchaos. Que venga ya Cúsina, tras haber levantado sus tiendas; que nuestro querido Ifisdayas esté presente con sus propios hombres y Bézina y la veloz línea de batalla de nuestro siervo Yaudas».

Los aliados muestran su adhesión al general y los rebeldes, avergonzados se arrepienten de su actitud

Apenas dijo esto, las formaciones maurusias, con sus estandartes apiñados, irrumpieron en los campos por doquier para venir en ayuda del general. Entonces la tropa romana empuñó sus armas con más violencia y por todos los fosos resplandecieron soldados cubiertos de hierro. Ni la pereza afectó a sus espíritus implacables, ni les aterrorizó el enemigo en apiñada formación. Sin embargo, la apariencia del propio general, el terror que les infundía y el juicioso Ricinario que les reprendía con sosegadas palabras, empezaban a reprimir esta locura en sus mentes exaltadas. Renunciaron a sus amenazas; se marchó la funesta Erinia. Los hombres se arrepintieron de haberse dejado llevar por la cólera. Ahora, con voz humilde, quieren someter sus cuellos, no empujados por las tribus, sino acordándose del Imperio. Los incitó el patriotismo y la lealtad, el miedo al emperador, la dignidad y valor del general y Ricinario que hacía volver a las formaciones con apacibles palabras.

El general ordena detenerse un instante a cada fila sucesivamente durante una doble tregua y dirige estas palabras a los latinos: «Mirad cuántas tribus siguen las justas leyes del Imperio y arrepentíos de haber querido cometer un crimen. Pero si, por casualidad, proyectáis continuar la penosa guerra y saciar vuestro malvado espíritu, decidlo. Que sepa cuál es vuestra última voluntad: ¿voy a salvar a mis aliados o aniquilar a unos rebeldes?». Y no menos que César, en medio de la sublevación que le amenazaba[222], pudo aterrorizar a los romanos con sus seve-

[222] La comparación con César lleva a pensar, ya que en el texto no aparece el sujeto expreso, que el discurso es pronunciado por Juan y no por Ricinario. De hecho, Coripo, con relación a este pasaje y a las anteriores protestas de los soldados (77-88), alude a LUCANO (*Farsalia* V 261-364), que describe una sedición de los soldados de César, en donde se observa la misma estructura:

ras palabras. La falange enrojeció sorprendida y con voz humilde y respetuosa ruega así al general: «Una infame locura empujó a unos pocos a intentar esta clase de crimen. A estos culpables, como corresponde, está reservado un justo castigo. Que su propia pena persiga a los criminales. Nosotros acataremos con humildad las órdenes de nuestro general y señor».

Castigo de los culpables y traslado del campamento a los campos de Catón

En medio de estas palabras, la muchedumbre inocente arrastra a los responsables del crimen; los llevó atados ante el general por delito tan grave y con espíritu sumiso castigó su culpa. Se hizo la calma entre los soldados; la venganza del abominable crimen apaciguó sus conciencias. A partir de entonces, el terror al general fue mayor entre todas las tribus. Una vez calmados los soldados, el general entra satisfecho en el campamento. Sus compañeros regocijados, confiesan entonces con sumisión que obedecerán sus órdenes. A continuación, ordena inmediatamente que el bronce resonante llame a las filas con su ronco canto. Tras haber puesto en marcha sus enseñas, abandona la costa y establece su campamento en los campos de Catón[223].

---

querellas de los soldados, reacción del general y castigo de los promotores de la rebelión, además de otros numerosos paralelos.

[223] Se trata del lugar en el que los moros sufrieron la última derrota. Ningún otro autor lo menciona; dado que Juan se encontraba en Bizacio, cerca de Larisco y Yunci, hay que pensar que el lugar se encontraba en alguna parte del interior de Bizacio.

Una estratagema de Juan hace bajar a los moros de los montes. Aquél convoca una asamblea y explica la estrategia que deben seguir

El saqueador sírtico mantenía seguro su campamento en territorios fortificados. Pero un hambre terrible comenzaba ya a hacer estragos en toda la raza de los marmáridas. Sólo el ganado les sirve de alimento, pues no queda comida alguna. Cuando lo supo el poderoso general del pueblo romano, que preparaba cercar a las tribus con un asedio, mantuvo entonces alejadas sus enseñas durante algunos días y dejó a sus filas fuera del peligroso bosque. Y pasó ya un día y otro sin luchar, gracias a la astucia del general. Y la misma tranquilidad hizo que las indecisas tribus se aventuraran a los campos. El desgraciado nasamón cree que el pavor de los romanos es auténtico; ordena establecer el campamento, una vez desmantelado, en la llanura. Con la muerte ya demasiado cerca había asumido un espíritu temerario y una ira implacable.

El general convoca una asamblea, haciendo salir a sus formaciones del centro del campamento. Él mismo permaneció en pie, elevado sobre un montículo. Entonces acudieron los capitanes escogidos y los valerosos oficiales y los soldados, que venían en apretada formación, corren por destacamentos y escuadrones. Y la tropa masila, fiel al Imperio, se reúne mezclada a los latinos, así como la impetuosa tropa romana. El amor y el terrible miedo a su general ordenó a todos acudir corriendo por los campos con el mismo sentimiento. Su aspecto externo distingue a unas tribus de otras: a unos proporcionaba túnicas y espada, a otros, con los brazos desnudos, según su costumbre, púrpura pintada, combinada con diferentes colores. A unos les protege el escudo de metal, a otros el pequeño de cuero. El soldado se mantiene de pie, erguido con su casco y el moro envuelto en el ropaje de su manto. Y otro, que se aparta los largos cabellos de la frente, apoyándose en dos dardos y doblando la

rodilla, clava en la sólida tierra su dura punta. En medio de ellos les habla el general con amistosas palabras: «Compañeros romanos, única esperanza de una tierra exhausta, la verdadera salvación de Libia está ahora pendiente de vuestras armas. Conviene ya poner fin a la guerra y a las duras fatigas. Es preciso luchar».

Las filas regocijadas y las tribus latinas ponen en marcha las enseñas. Ruge una voz al unísono y los soldados, los capitanes y las tropas masilas gritan con gran estruendo. Dan rienda suelta a sus ímpetus y el griterío se extiende con alegre murmullo por todas las formaciones. No resuenan de tal modo las aguas revueltas del mar al anunciar a los vientos que han de venir de lejos.

Cuando el ilustre Juan oyó los deseos de sus hombres, les dio a conocer con mayor determinación cuál fue la primera causa de su salvación y la victoria que fue garantizada a su poderosísimo Imperio. Tras acallar el griterío y ordenar silencio con su diestra, los hombres guardaron silencio atentos y levantaron sus ojos al rostro del que les hablaba; sus mentes y oídos se preparan a escuchar sus órdenes. Con clara voz habla el general de este modo a sus compañeros: «Este día, compañeros, ha transcurrido y el día de mañana no nos es lícito luchar, pues ha sido consagrado al Señor a través del orbe; por lo que, vamos, oh, nobles, sirvamos a Cristo con alegría. Humildes, pidámosle con lágrimas su protección y vendrá, estoy seguro, rápidamente. Y a las malvadas tribus destruirá Dios y se compadecerá de nuestras fatigas, proporcionando nuevas alegrías a nuestro Imperio. Pero cuando el venerable sacerdote, conforme al rito, haya ofrecido al Señor las ofrendas celestiales, una vez llevada a cabo la ceremonia religiosa, y el soldado romano haya cumplido religiosamente sus deberes, colocaremos las mesas. Y no apacentaréis a los caballos lejos de los campos, porque, tras haber recibido, como de costumbre, la comida, he

decidido levantar el campamento, no para dirigir funestas guerras, sino sólo para acercarme a estos lugares de modo que mañana, tan pronto como Febo, surgiendo del horizonte, toque al mundo con sus caballos que vomitan llamas, nos sea permitido entablar la batalla con ardorosa matanza en la vecina Lataris[224]. Y no nos debilitará un largo camino y el jinete y el infante serán valerosos y matarán con valentía a las tribus feroces».

Se ponen en pie los hombres con un clamoreo y le aplauden y le aprueban y se regocijan en sus corazones. Las cohortes vuelven al campamento.

Carcasan propone la lucha como solución para combatir el hambre. Autíliten sugiere atacar de improviso al día siguiente

Y no menos en la parte contraria, el rebelde nasamón que preparaba un plan para el momento de la espantosa guerra, había reunido a las formaciones impías de una muchedumbre emparentada y a otras tribus a las que el ansia propia del saqueador y el día de su horrible destino, ya en la hora postrera de la muerte habían empujado a destrozar a Libia mediante las guerras. Con ellos el hijo de Güenfan, provocando violentos combates, maquinó planes en su pensamiento, pues no podía soportar el esperar largo tiempo. Sin embargo, Carcasan, el primero en rango, empezó a hablar así: «Las fuerzas cercanas de Juan nos hostigan y el hambre cruel pesa ya sobre todos nosotros. Hay una sola salvación para nuestras tribus: entablar rápidamente la batalla, mientras permanecen con vigor las sólidas fuerzas en nuestros miembros. Pues el ganado como única y última esperanza de

---

224 El lugar, que sólo aparece una vez en Coripo, no es recogido en ningún mapa ni mencionado por los autores. Diggle y Goodyear, últimos editores del texto completo, piensan que se trate de un nombre corrupto. Se podría pensar que se trata de *Cellas Vatari,* pero esta última se sitúa demasiado lejos de la zona.

comida y el agua corriente mantienen a nuestros hombres. Todo nasamón carece ya de trigo. No hay necesidad de recordar el vino, pues el agua corriente nos sacia. Si vencemos a los enemigos, el moro lo tendrá todo, al saquear, una vez aniquilado el soldado, su campamento tan lleno de bienes. Las respuestas que el cornífero Amón dio en su oráculo —que venceremos a las bandas latinas en la guerra— permanecerán inalterables para mí, que estoy seguro».

«Mañana los latinos deben celebrar un día de fiesta», continúa Autíliten. «El soldado romano no prepara combate alguno durante sus habituales sacrificios. Acometamos de improviso a los enemigos desorganizados durante el mediodía, mientras todos los cuerpos agotados yacen bajo la sombra, extenuados por el excesivo calor. Además, se necesita valor sólo para destruir su doble foso. Ataca primero el campamento del infatigable Juan y, al mismo tiempo, tras haber reunido las enseñas, elige valerosas cohortes en apretada formación y jefes audaces y desafía de este modo a las tropas latinas. Allí es preciso luchar con gran derramamiento de sangre. Que Guársana conduzca a las demás filas apiñadas a donde el infame dirigente Cúsina tiene su campamento. Aquí también una tropa decidida de soldados romanos arde en deseos de luchar. Su mismo jefe es además violento y prepara aniquilar a las tribus en favor de la causa romana, mientras se jacta, engreído con sus títulos honoríficos, mientras se dice que es general y de su misma sangre, nacido de madre latina. Complaciéndose a sí mismo con esta alabanza, el atroz enemigo pretende parecer valeroso y fiel. Una vez vencidos éstos, el nasamón no hablará de otros adversarios; todos seguirán a tus fuerzas. Se concederá de este modo una sólida victoria a nuestras enseñas».

Los hombres se mostraron de acuerdo con su plan y las infames tribus rugieron con fiereza excitando sus mentes para el combate.

De noche, Juan y Ricinario permanecen insomnes

Las aguas ocultaron el día en el Océano, le siguió la negra noche. Entonces Febo desunció sus caballos, entonces Cintia los unció mientras renovaba nuestras fuerzas. Ésta surge de las olas, el otro se sumerge en las aguas. Todas las especies reciben en sus miembros el plácido descanso y el sueño paralizador poseía a los demás animales por los campos, marcados por el agradable sopor con sus miembros cansados: los ganados y distintas aves, las espantosas fieras y los helados peces en la costa, mientras que Juan, insomne, excitado entonces por el combate, pasaba la noche en vela y con inteligencia daba vueltas en su precavida mente a sus grandes preocupaciones, examinándolas ordenadamente.

Junto a él el prudente Ricinario examinaba la espantosa guerra con mente serena y, con sagaz percepción, mientras recorría los diferentes hechos, los repasaba en orden. Ambos se animaban uno a otro con sus palabras y la mutua conversación mantenía el sueño alejado de sus ojos. ¡Oh, cuántas veces, en la misma medida invocaron ayuda y rogaron con lágrimas durante largo tiempo al Señor poderoso por la salvación del Imperio, de sus hombres, de Libia y de ellos mismos! Y no pronunciaron ambos en su tristeza plegarias inútiles. Desde su alta morada el Padre que aterroriza al universo con su rayo los vio rezando y puso fin a tanta fatiga en la guerra.

Sacrificios en el campamento moro

Entretanto se produce un gran estrépito en el campamento de los marmáridas, entregado a sacrificios nocturnos. Colocan los altares y ruegan a sus falsas divinidades. Conducen el ganado en torno a los altares y derraman la sangre desgraciada en ríos por los prados. Unos sacrifican a Gúrzil, otros a ti, cornífero Amón; otros rinden culto a Sinifere, al que el máza-

ce [225] considera como el dios Marte y cree que es el poderoso señor de la guerra, y otros a Mástiman. Con este nombre llamaron las tribus de los moros a Júpiter Tenario, a cuya funesta divinidad se sacrifica una víctima del género humano con gran derramamiento de sangre. ¡Oh, crimen siniestro! Un desdichado gemido que conmueve la brisa por doquier golpea el cielo con sus gritos. Éste clava la espada en las gargantas, provoca a la divinidad misma con sus palabras y, exhortándola a salir por las sombras equívocas, le ordena emprender el camino de la luz. A continuación, según la costumbre impía, arrancan las entrañas de los animales y buscan afanosamente los hados. Dios anuló estos sacrificios y toda divinidad fue sorda al oráculo. El sacerdote no dio a nadie una respuesta.

Celebración de la misa en el campamento romano. Plegaria de Juan. Ofrendas y bendiciones

Febo, resplandeciente desde el horizonte del remoto cielo, rasgaba las aguas del Océano y, resurgiendo con su luz potente, extendía hacia el orbe sus brillantes rayos al nacer el venturoso día. Y ya vienen, según el orden establecido, los que adoran a Cristo: los soldados, la tropa romana y los nobles capitanes acompañados de sus enseñas. En el mismo lugar en que el general Juan ocupó su tienda de tensados cortinajes, junto con los principales en el centro del campamento, colocó el sacerdote un gran altar que cubrió y envolvió por entero, según la costumbre de sus antepasados, con ropajes sagrados. Los sacerdotes asistentes, con abundante llanto, forman coros y salmodian hermosos cantos con voz humilde. Pero cuando el general alcanzó el umbral del sagrado templo, al entrar, sus hombres prorrumpieron en dolorosos gemidos. Arrasan sus ojos en lágrimas; su voz sacude los cielos por doquier y con puños hostiles golpean sus corazones tan conscientes de

[225] Cf. nota 46.

sus faltas. «Perdona los pecados de nuestros padres y los nuestros, te rogamos, Cristo», gimen y levantan la mirada al cielo con las manos extendidas y solicitan el consuelo del Señor para ellos.

El mismo Juan, postrado de rodillas entre los principales, orando por su pueblo conmovido por la devoción, derramaba de sus ojos lágrimas como un río y golpeándose el pecho con frecuencia ruega con tales palabras: «Creador del mundo, única vida y salvación de las cosas, Dios, todopoderoso hacedor de la tierra, del mar y del cielo, que con tu poder inundas el cielo y la tierra y el mar de olas errantes, o cualquier cosa que nace del orbe, y el aire y el negro Averno de lívido pueblo. Tú solo ostentas el poder, Tú la máxima autoridad, la gloria y la soberanía y la fuerza de tu poderosa diestra. Vuelve ya por fin tu mirada a los romanos, míranos, altísimo y, compasivo, ven a socorrernos, Padre, y haz pedazos, te lo ruego, a las tribus soberbias con tu poder. Y que te reconozcan las naciones sólo a ti como poderoso Señor, mientras aplastas a los enemigos y salvas a los tuyos en la guerra. Y entonces el género humano en su totalidad rechazará los dioses de piedra y te reconocerá poderoso, como verdadero Dios».

Mientras refería estas cosas, el padre regaba la tierra con la fuente de sus ojos, conmovido por la devoción y se lamentaba en su interior por el peligro de Libia y las duras fatigas del Imperio y de sus hombres.

A su lado Ricinario, que en la misma medida humedecía su rostro, derramaba lágrimas de sus ojos y, suplicante, con expresión entristecida, rogaba ayuda para los soldados latinos. Los nobles capitanes con el pecho humedecido enviaron hasta el cielo su llanto y los valerosos oficiales y todas las cohortes, con su voz arrasada por las lágrimas, derramaron a un tiempo sus plegarias ante Dios. El obispo, tras cubrir el altar de ofrendas, las ofreció en favor de los soldados latinos y regó el altar con la

fuente de sus lágrimas. A continuación, bendijo al venerable Juan, honrándolo con sosegadas plegarias y devolvió religiosamente las acostumbradas alabanzas a Cristo. La ofrenda, que santificaba y purificaba a un tiempo a toda la raza latina, era grata al Señor del altísimo cielo.

Intervención de Juan y enumeración de los moros que abate

⟨***⟩[226] uniéndose a los capitanes, dijo[227]: «Valeroso Putzíntulo, apresúrate con tus escuadrones y estandartes a donde el fiel Cúsina tiene sus enseñas. Al mismo tiempo, tú, poderoso Géisirit, une tus aliados a este hombre, pues es justo aliviar a quienes son fieles. Tú, en cambio, Sínduit, tras haber reunido ahora las armas de los jóvenes, únete a las filas romanas donde el valiente Ifisdayas haya establecido a su tribu y sus enseñas. Cerca de ti estará el aguerrido Frónimut que ayudará a tus tropas y estandartes».

Él da órdenes a sus hombres y ya cada soldado siguiendo a sus enseñas había ordenado sus filas por los extensos campos y los escuadrones enemigos se apresuraban por todas partes. Las primeras formaciones armadas de marmáridas corren con enorme griterío por los campos y doblando hacia atrás sus brazos, blanden sus lanzas, intentando enviarlas al combate. Aquí estaba Zábeas, aquí Bruten, a los que luego siguieron mil jefes. Una espesa nube de lanzas vuela cubriendo el alto cielo. Esquivan con los escudos los golpes que se aproximan; gime el bronce del soldado. Entre tantas armas de hombres enloquecidos, ninguna espada fue manchada con la sangre romana.

---

[226] Pasaje lagunoso.

[227] Tal vez el sujeto de esta frase estaba explícito en los versos que faltan en el párrafo precedente, pero suponemos que se trataba de Juan.

El primero en ir a luchar es el mismo Juan con gran arrojo; blandiendo su lanza irrumpe en mitad del enemigo y con su pica hiere en profundidad el pecho de Sasfo que estaba frente a él. El guerrero cae rodando de su caballo y la cavidad que ha sido penetrada hace fluir un río de sangre que rocía las secas arenas. Al instante, persigue a Ifnaten, al que hiere por detrás en la espalda con su larga lanza, por donde la espina dorsal del que permanecía sentado une las curvas costillas con la fuerza de sus vértebras. Mientras recibe, encolerizado, la lanza que se adhiere a sus huesos y se debate largo tiempo por extraerla, he aquí que viene el soberbio Mirmídonis e intenta arrojar un dardo tembloroso. Juan, sin embargo, arrebatando la pica del moribundo, la arrojó con esfuerzo, atravesó por el medio a su enemigo y le alcanzó el corazón con su «nuevo» venablo. Empujó, audaz, a Tameneo con su enorme lanza y lo derribó de su caballo. Arranca con su espada la mano izquierda de Narto, junto con el escudo, y clava el arma en el cuello de Samasco. Corta el cuello de Fíleto; atraviesa las entrañas de Palmo; hiere en el rostro a Calamena y le arranca con su espada la nariz y las mejillas con los dientes hechos pedazos; sus espantosos miembros golpean el suelo y los campos gimieron con la enorme caída. Y no lejos, hiere con su pica a Anco, que estaba frente a él, saliéndole al encuentro, y a continuación, atravesó el pecho de Manto con su espada caliente y rugiendo empujó con fuerza su lanza que traspasó los dos costados de Mastuma y derriba con su pica a Salpin, tendido en el suelo, y golpea con ímpetu desde su caballo a su enemigo moribundo. Brilla la sangre que fluye abundante del negro cuerpo y rocía las calientes arenas. Velozmente persigue a Autíseran al que derribó al suelo de un empujón, atravesado por su lanza y mata a Caggun y a Tanin y a Altífatan y traspasa el pecho de Anesto. Degüella con su espada a Autúfadin y con su jabalina ataca al soberbio Ontísiren. Hizo rodar con su espada la cabeza de canapo y derribó al suelo a

Tubian con el rígido hierro. Obliga a retirarse a las filas del malvado nasamón. A éstas persigue el jinete romano y los valerosos oficiales y los escuderos del general; en el medio vuela el general en persona. Los hombres atacan y siembran la confusión entre las formaciones de los marmáridas que huyen por los campos, los aniquilan, los derriban y atraviesan.

Arenga de Cúsina a sus hombres. El combate se recrudece y los moros hostigan a los soldados de Cúsina

Una vez expulsado de aquí, el nasamón da la vuelta y Cúsina, tras haber organizado su formación en el lugar donde dirige sus propios escuadrones, con soldados de diversa procedencia, y sus fieles enseñas, la alinea en forma de cuña. Preparando salir al encuentro del enemigo, habla a los jóvenes con amistosas palabras: «Compañeros romanos y tribu que nos es fiel, mostrad ahora vuestros valerosos espíritus, vuestra fuerza y lealtad. Resistid a las amenazas del laguantan y no temáis al enemigo que se os acerca. Ya está aquí Juan, vencedor, poniendo en marcha a todas las enseñas romanas al mismo tiempo. Id vosotros a través del enemigo. Que mientras él avance, alabe a los que son valerosos y fieles al Imperio. El valor del héroe se conoce; cuánta gloria para vosotros, hombres, el haber sido gratos a los ojos del general».

De este modo, Cúsina, inflamando los espíritus indecisos, empujó a sus compañeros a la lucha y a la vez esparció sobre todos ellos las semillas de la ira. Los ánimos de los hombres se conmovieron en virtud de la gloria. La tropa romana hizo irrupción en los campos, con todo su valor, y el jinete moro confundido con los latinos; el capitán en persona vuela a través de los apiñados enemigos, fogoso en medio de sus soldados y los esforzados oficiales empuñan las armas latinas. Reciben a las bandas de nasamones según su costumbre, preparan sus lanzas y presentan los escudos. En ese momento los primeros escua-

drones provocan violentos combates. Sube el griterío hasta el cielo y al mismo tiempo el polvo llena el firmamento, oscureciendo la luz del sol. El aire se cubre de densos dardos, la flecha voladora se lanza desde el nervio y corre la pica a través de las espesas nubes. Una parte alcanza los cuerpos, otra los campos. Hieren y caen aquí y allí las tribus. Los marmáridas atacaban con gran valor, pero sólo la fiel esperanza en la venida del general reconfortó al capitán, a sus compañeros y a los soldados a la vez.

El general anima a sus hombres a ir en ayuda de Cúsina, cuyos soldados recobran el ánimo

Cuando supo el general Juan, al transmitirse la noticia, que el fiel Cúsina, en una parte de los campos, era atacado en encarnizada lucha y que se encontraba indefenso ante la gran cantidad de armas, él mismo inflama a los suyos contra el enemigo con tales palabras: «El Imperio romano considera ciudadanos latinos a todos los pueblos que ve fieles y sumisos. Satisfecho con este patriotismo, sometió al orbe entero bajo su mando, al alzar con su poder a los humildes y humillar a los rebeldes. Cúsina, fiel en extremo a nuestra causa, lucha en crítico combate; si no lo hiere el enemigo, la fama de nuestra reputación se mantendrá a través de los siglos. Que se vea la lealtad romana, el valor y la resistencia. Ea, vamos, oh, jóvenes, aliviad con vuestra ayuda al héroe en este momento tan crítico de la guerra, derribad a las tribus soberbias y salvad, compañeros, a quienes están bajo vuestra protección».

Así habló y, poniendo en marcha las enseñas, hicieron irrupción las formaciones. Ya se retiraba del frente la fiel tropa maurusia, ya era el laguantan el vencedor. Putzíntulo, junto a Cúsina y Géisirit retrocedían con armas vencidas. De pronto, ven a lo lejos los estandartes de Juan acercarse; recobran los ánimos y hacen volver los blandos cuellos de sus caballos y en seguida reclaman de nuevo el combate con arrojo.

Putzíntulo, que derriba a varios guerreros moros, es herido por el enemigo y llevado moribundo al campamento

Delante, Putzíntulo impetuoso vuela con violencia contra los enemigos, situados en el lado opuesto, y los ataca el primero. Entonces derriba a Imastan, traspasado por una profunda herida, y con su espada hiere al robusto Nifaten y corta el fiero cuello del negro Mamón. Haciéndole frente a Irto que le atacaba, le corta en dos la cabeza con su espada y la sangre, mezclada con los sesos, se derrama sobre sus miembros. Avanzando cerca de su enemigo Amanto, con herida mortal le atraviesa la garganta con un pesado venablo, cerrándole el paso a su palabra. La sangre que fluye después por su boca y por las dos heridas, brilla al haberse arrancado la lanza. De lejos lo vieron, impetuoso, entre las armas de sus propios hombres, los jefes de los ifúraces. Entonces, una vez dispuesta la formación, muchos miles, cada uno contra su enemigo, lanzan a un tiempo sus dardos. Él recibe con su escudo las lanzas que le atacan. Sin temer herida alguna, había despreciado la coraza, confiado en su valor.

Mientras vuelan a su alrededor las apiñadas lanzas, el noble capitán, ay, siente bajo su pecho un terrible dardo. Y sin que semejante herida lo doblegue, de este modo exhorta, gozoso, a sus compañeros: «La victoria permanece vuestra, ciudadanos. Luchad, hombres, y sacrificad a las abominables tribus como ofrendas para mi funeral. Si vencéis a los enemigos, entonces veré, entonces viviré más y alegre a través de las sombras colocaré a las tribus de los laguantan entre mis propios triunfos. En cambio, a vosotros, sanos y salvos excepto uno solo, os recibirá la encumbrada Cartago de elevadas puertas con el mayor triunfo».

Al que decía tales cosas, ya agotado por la herida, pero gozoso en su espíritu, lo recogen sus compañeros y lo dejan en el

campamento. Éste, como compañero de los Decios[228], iba hacia las sombras infernales, afortunado en su muerte. Su nombre, al terminar la contienda, siempre será bienaventurado y siempre se recordará su muerte, mientras nuestros descendientes lean en épocas venideras estas feroces guerras.

Descripción de la batalla

Y la tropa romana a la orden de su capitán, mientras siembra la confusión entre las terribles formaciones enemigas, se dirige a través de las cuñas. Tras haber retrocedido un ala, les arroja flechas silbantes con las cuerdas de ronco sonido, así como derraman las huecas nubes densos chaparrones de granizo y arrancan los cultivos por los anchos campos; la abundante cosecha queda destrozada y el verde pámpano no defiende a sus propias uvas, ni ningún árbol frondoso protege sus tiernas ramas con la defensa de sus hojas. Entonces lanza la cuerda del arco la terrible flecha que revolotea, portadora de certeras heridas. Ningún dardo se precipitó sin sangre, ni cayeron sin sangre en el frente las flechas voladoras. Ya el robusto caballo, ya el apiñado enemigo se derriba. Y toda espada se enrojece caliente con la sangre masila. Avanza la tropa armada con jabalinas y por todos los campos derriban cadáveres los oficiales en afortunada matanza. Las armas de los soldados se calientan; no hay ninguna espada de soldado romano que no tenga sangre mora. El dolor excita la cólera. ¿Quién podrá explicar con palabras tantos penosos cadáveres de dirigentes entregados a los campos, quién, que cuente las diferentes muertes o la derrota y captura de los enemigos y los hombres que con arrojo derribó el

---

228 La familia de los Decios, de origen plebeyo, pasó a la historia entre los héroes de la antigua Roma. Ya en la *Eneida* (VI 824, 842, 845), en la famosa bajada de Eneas a los Infiernos, su padre Anquises le muestra las almas de los futuros héroes de Roma, entre los que cita a los Decios, a los Escipiones y a los Fabios.

mismo general? A un tiempo pereció el populacho sin nombre de los marmáridas; pero entre los muchos, citaré en mi poema a unos pocos a quienes primero llevó la fama en un vuelo desde los enemigos, hasta los oídos de todos.

Enumeración de los moros abatidos por Juan, Ricinario y otros soldados romanos

Juan, poderoso en armas, viendo al enemigo que le cerraba el paso, irrumpe en las apiñadas filas y hace pedazos a los escuadrones rebeldes con su espada mortífera; de la misma manera que siega la mies el experto segador con afilada hoz en la época apropiada, y ahora su mano izquierda comprime la paja con las tiernas espigas, ahora la corta su derecha, ahora con sólida cuerda ata innumerables gavillas, expresando su alegría por los campos. El sírtico Altílimas cayó vencido por el golpe del general, derribado en el suelo con el cuello cortado. Corre entonces el empenachado Alacanza contra su ilustre enemigo con su lanza en ristre, espoleando una y otra vez a su brioso corcel. Pero, sin temor alguno, le corta el general la cabeza con su espada. Sus cansados ojos vieron caer a su propio tronco; la lengua del moribundo no pudo dejar escapar una palabra, pero emitió un sonido. Derribó a continuación al encolerizado Espútredan y, luchando con valentía, abate a Tamatonio y a Yugurta y mata a Turso. Hiere por detrás al caballo de Audíliman; las terribles heridas que le propinó su espada le cortaron los duros huesos y los tendones de las patas. El caballo se revuelve hacia su espalda, mas no con todo su cuerpo, pues aún no había hincado en la tierra los altos ijares. Aún robusto y fiero, se debate con su cuello erguido y al intentar levantarse, derriba a su señor en la arena. Multiplicando las heridas por sus miembros, Juan avanza vencedor, temible con su espada desenvainada, contra el que se esfuerza —orgulloso— y lo golpea en la frente. Entonces la espada mezcló con su sangre derramada los duros huesos y el cerebro. A continuación, vuela empuñando su lanza

por el campo de batalla. Amenazante, traspasa entonces el terrible pecho de Flaco y su dura espalda, atravesándolo con su jabalina. La sangre le brilla por ambas heridas y se derrama sobre la hierba de la tierra caliente. Altivo, traspasa con su pica los audaces miembros de Cernisa, que le hacía frente, y el corazón del tembloroso Derco con precipitación. Entonces hiere con su espada el costado de Graco; degüella a continuación a Minisa y atraviesa las sienes del feroz Cutin. Abatió a Cámalo, que aún vivía; él mismo lo coge por los cabellos y arrastra a su prisionero, que entregó después a sus propios ayudantes, y persigue a otros escuadrones por caminos desconocidos.

Labbas, que blandía una lanza con brazo hostil, intentó atacar con su arma al noble general. Pero tras sentir, cuando avanzaba, el ímpetu de su enemigo, suplicaba perdón el desgraciado con voz sumisa: «Por los huesos de Evanto [229], bien dispuestos en digna sepultura, que dieron vida a tal héroe; por las grandes hazañas venideras de tu hijo Pedro, cuyo prestigio vuela ya poderoso entre los enemigos, atormentando a las tribus feroces y a su reino, y por la obra de tu valor con el que fue vencido el ilaguas, concede a esta alma la vida, te lo ruego, tras sus crímenes, y en tu victoria, consérvame entre tus triunfos cuando acabe la guerra. Pues me agrada servir a un hombre semejante». Cambiando de opinión con estas palabras, contuvo su golpe el general, mas rápidamente le enlaza ambos brazos, atándolos tras su espalda con una áspera cuerda.

El apacible Ricinario arremete contra el violento Urtanc y empuja con rapidez su inflexible lanza a través del pecho del guerrero. Cayó ante sus pies —parte importante de la abominable guerra, joven de ánimo esforzado— Urtanc, que nunca fue clemente, y ensució el suelo con su horrible sangre. Después

[229] Labbas invoca al padre de Juan, Evanto, con la pretensión de conmover al héroe.

ataca a Meilan ⟨∗∗∗⟩[230] al que derriba, vencedor, de un empujón, y hunde con su pesada lanza en la caliente arena. Degüella a Alantas, cortándole la cabeza con su espada fulminante, y hiere al negro Sacoma. Su fogoso caballo lo miró con horror mientras caía por los prados y su pezuña, acosada por el miedo, pisoteó la blanda arena y quiso emprender la huida. No obstante, Ricinario, que hizo chasquear velozmente su látigo golpeándole los altos flancos, obligó al tembloroso corcel a avanzar por las anchas llanuras. Una vez que el caballo, forzado, pasó sobre el cadáver, volaba entonces Ricinario impetuoso por el vasto llano, extendiendo la muerte a su alrededor en propicio combate y sembrando la confusión con sus dardos entre las formaciones sírticas. Derriba en aquel momento al veloz Afun y al robusto Nicandro y multiplica las duras heridas al traspasado Sucro. Mata a continuación a Tánado y abate al valeroso Erancun; hiere con su espada a Tínudo y atraviesa a Enipten con su jabalina.

Bulmitzis ataca con su pica a Túmudan; seguidamente, persigue con valentía a Licurdan por los campos. El dardo, que se desliza al mismo tiempo por la espalda y las entrañas del rebelde, le desgarró el corazón. Altivo, va a caballo Súccur, confiado junto a las formaciones. A éste lo persigue Sólumut. Al no poder darle alcance, arrojando desde lejos una lanza de fresno que atraviesa los campos, traspasa los flancos de su caballo con el arma poderosa. El corcel, dominado por la herida, aplasta a su amo con el peso de su caída. Sin herida de guerra, Súccur envió su desgraciada alma hacia las sombras estigias; su caballo, que le dio la confianza en sí mismo, no lo salvó por su velocidad a través del enemigo, ni su consciente valor lo arrebató, deshecho, de los hados, ni Gúrzil con su sagrado poder.

---

[230] El verso 591 está incompleto, aunque no aparece ningún espacio en el manuscrito.

Muerte de Carcasan a manos de Juan

El escudero con el nombre del general[231] corta desde los hombros la cabeza de Varto con su espada. Palineque, Astit Enerdi Mee[232] Dorotis mata con su espada a Tiluzant ⟨***⟩ cortó ⟨***⟩ entonces Fástita mientras corría traspasó al caballo de Anzatal, tras arrojar un dardo. Huye inmediatamente a través de los mil enemigos, confundido entre los suyos ⟨***⟩ [233] Carcasan, conmovido por la matanza de tantos hombres suyos, busca las enseñas del general a través del enemigo con muchos miles de guerreros. Lo vio venir ⟨***⟩ [234] el noble héroe. Él en persona coge con su mano las afortunadas armas de su escudero Juan y se precipita, soberbio, con la jabalina y ataca con golpes ⟨su pecho⟩ que le hacía frente, hiriéndolo sin temor. Corrió la sangre por las armas, brotando de la profunda herida y rociando las vestiduras señoriales. Al instante, una vez muerto el tirano, las filas de los marmáridas emprendieron la huida llenas de confusión. Ya nadie lanzó su dardo contra el enemigo, sino que el caballo, obligado a correr, se lleva con las riendas aflojadas. Y el nasamón ya no pudo confiar en su campamento. Por el ancho llano corren confundidos el jinete y el infante, dispuestos a morir. Los persiguen las enseñas romanas junto a los capitanes, los escuadrones y los valerosos oficiales; y, al mismo tiempo, regocijado por el afortunado combate, vuela Juan el primero, derribando por los prados a las bandas apiñadas. Era llano el campo, por el que el soldado podía correr en liber-

[231] Alusión a un escudero cuyo nombre era Juan y que aparece de nuevo en los versos 630-31 («las afortunadas armas de su escudero Juan»).

[232] Parece que estos nombres aluden a soldados moros o romanos. Mazzucchelli considera a Palineque (él lee *Plulinaeque)* y Enerdi como nombres de moros y Astit y Mee como romanos.

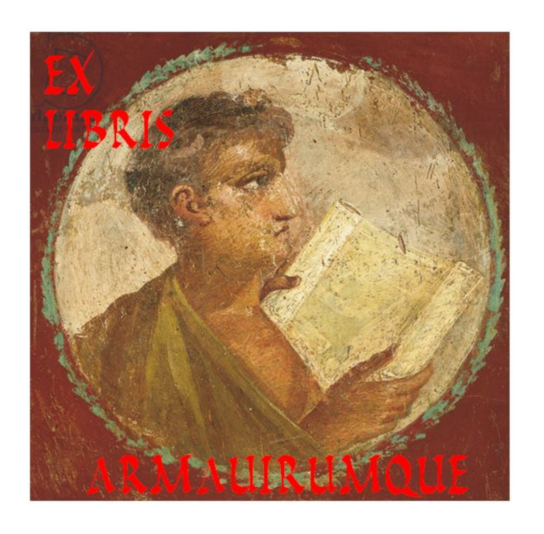
[233] Los versos 622 y 623, así como el 626 están incompletos.

[234] Falta el final del verso 629.

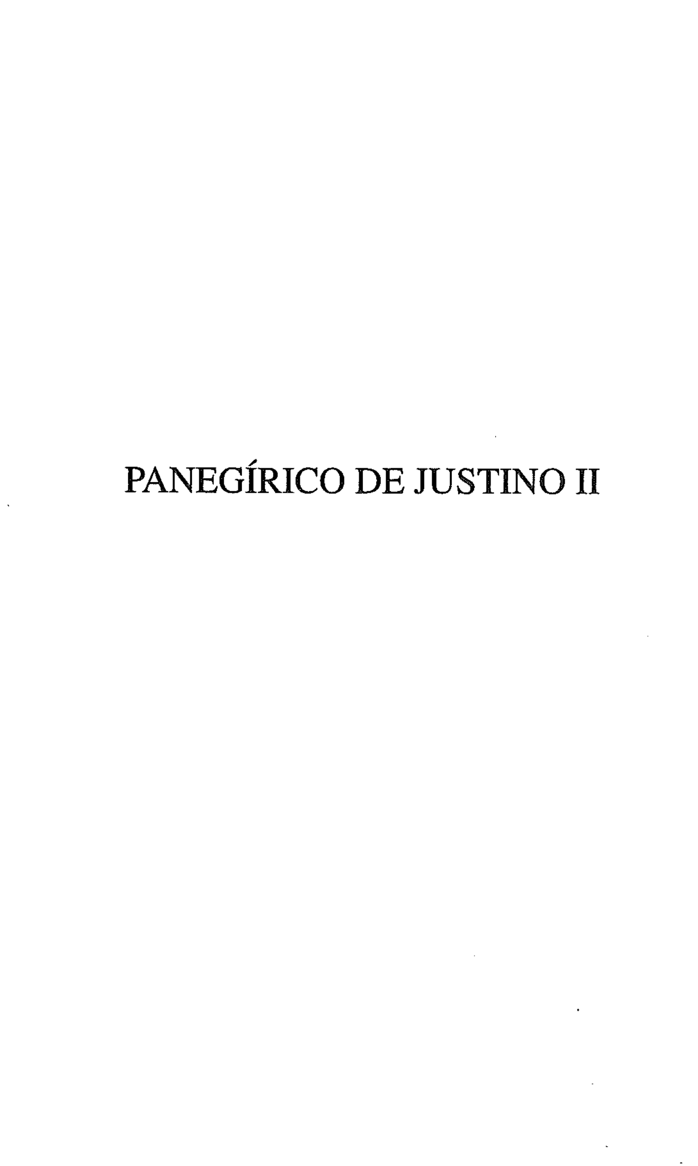
tad y dispersar con sus dardos a los escuadrones enemigos. Los hombres acometen y matan por doquier los cuerpos paganos de los marmáridas. El ilaguas vencido cumple su castigo y las filas de los ifúraces y los frexes confundidos con ⟨naffur⟩. Entregan sus almas a las espadas. La cólera del soldado romano[235] ⟨***⟩ se sientan entre las ramas. Allí, ardiente como un cazador que con destreza coge pájaros con la liga. Los ríos de sangre que fluyen de todo el árbol ⟨***⟩[236]

---

[235] Los versos 649-653 están incompletos.
[236] El final del libro se ha perdido.



ÍNDICE DE NOMBRES



PANEGÍRICO DE JUSTINO II

INTRODUCCIÓN

1. *Presentación y clasificación como género literario del «Panegírico de Justino II»*

El *Panegírico de Justino II* es un poema en hexámetros dividido en cuatro libros, con un total de 1.581 versos y precedido de un prefacio de 48 versos y de otro poema, *El Panegírico de Anastasio,* de 51 versos. En él se narran los sucesos acaecidos tras la muerte de Justiniano, el 14 de noviembre del 565 d. C., y las primeras semanas del reinado de su sobrino Justino, cuyo acceso al poder se realizó mediante un golpe de estado senatorial.

Las distintas partes de las que consta el *Panegírico* no fueron escritas en la misma época. Compartimos la opinión de Antès [1] cuando afirma que «ninguna parte de la obra pudo ser posterior al mes de abril del 568», pues no se alude a la invasión de los lombardos en Italia, que se inició el 1 de abril del 568, y en el prefacio se muestra a este pueblo vencido y sometido a Justiniano *(Praef.* 12-18). El *Panegírico de Anastasio* fue escrito probablemente en los primeros momentos del reinado de Justino II, a finales del 565 o principios del 566, cuando

[1] Cf. S. ANTÈS, *Éloge*..., pág. XX.

Anastasio desempeñaba las funciones de cuestor de palacio y jefe de la cancillería imperial. El prefacio pertenece al período de entre fines del 567 o comienzos del 568. Los tres primeros libros fueron escritos entre finales del 566 y del 567, si tenemos en cuenta la referencia a la ejecución de los patricios Adeo y Eterio el 3 de octubre del 566, tras su intento de envenenar al emperador Justiniano. Mientras que el libro IV, en el que se celebra la inauguración consular de Justino, el 1 de enero del 566, pertenece, al igual que el prefacio, a finales del 567 o principios del 568 [2].

La segunda obra de Coripo, a la que hemos llamado «panegírico», no es, en realidad, un panegírico formal, pues no se escribió siguiendo estrictamente las reglas que prescribía la retórica; su complejidad, al igual que observábamos en el primer poema, la *Juánide,* ha planteado dificultades a los estudiosos en cuanto a su clasificación según los géneros literarios tradicionales. Así, ha sido considerada por algunos como epopeya histórica [3] o epopeya principesca histórico-encomiástica [4] o como una mezcla de panegírico y épica [5]. En todo caso, observamos que el *Panegírico* es el resultado de la combinación de una serie de elementos de los que se sirve Coripo para alcanzar su objetivo: apoyar la subida al trono de Justino II y justificar su política.

En el *Panegírico de Justino II* hay elementos propios de la literatura panegírica: el hecho de poner de relieve ciertos aspectos beneficiosos de la política del nuevo emperador (II 308-

---

[2] S. ANTÈS, *Éloge...*, págs. XVII-XXI; RAMÍREZ DE VERGER, *El Panegírico...*, pág. 13

[3] U. J. STACHE, *Flavius Cresconius Corippus, In laudem Iustini Augusti minoris, Ein Kommentar,* Berlín, 1976, págs. 4-6.

[4] S. ANTÈS, *Éloge...*, pág. LII.

[5] TH. NISSEN, «Historisches Epos und Panegyrikos in der Spätantike», *Hermes* 75 (1940), 298-325.

398, 386-389, 420-422); las donaciones a los súbditos (IV 90-206); el tópico de la dificultad del orador ante la envergadura del tema que debe tratar (I 3-14); la idea del poder alcanzado sin maquinación (I 1-2); la enumeración de los méritos *(Praef.)* y las virtudes del emperador (III 88-105; IV 192-205, entre otros); la comparación de Justino II con los emperadores anteriores, en especial César Augusto (II 403-406; III 27, 130-131; IV 138-139); el tópico del emperador como médico *(Praef.* 44-46)[6].

También existen en el poema elementos de la ideología imperial romana tradicional, en cuyo portavoz se convierte Coripo; citemos entre otros: la *recusatio imperii* (I 154-172); la aceptación del poder como una carga (I 51-52; II 180); la aportación de estabilidad a un mundo cansado (I 185-186); idea de la *renovatio* (IV 137-138); la asociación del emperador a la luz solar (I 101, 149; II 91, 149, 299; IV 328), en este caso, además el sol se identifica con Cristo[7]; tópico de la complicidad de los elementos naturales (I 361)[8].

Son evidentes, por otra parte, los elementos propios de la épica, si tenemos en cuenta, además, que los panegíricos latinos en hexámetros, especialmente los de Claudiano, presentaron siempre afinidades con la epopeya[9]. Así, encontramos descripciones (I 94-114, 272-293; II 84-136; III 191-209); apariciones (I 28-65); el tópico de la Aurora para indicar el comienzo de un nuevo día (II 1-2); plegarias (II 11-42, 52-69); escenas de carácter épico, tal que la tala de árboles (IV 20-49); préstamos de otras obras épicas como el adiós de Justino a Justiniano, eco de la despedida de Eneas a Palas (III 35-36; *Eneida*

---

[6] S. ANTÈS, *Éloge...*, págs. XXIV, nota 4; XLI, XLIV.

[7] AV. CAMERON, «Corippus' Poem on Justin II: a terminus of antique art?», *Ann. Sc. Norm. Pisa* 5 (1975), 149.

[8] S. ANTÈS, *Éloge...*, págs. XLV-XLVII.

[9] S. ANTÈS, *Éloge...*, pág. L.

XI 97-98)[10]; discursos (I 130-153; II 178-274, 333-356; III 271-307, 311-398); símiles (I 229-235, 349-356; II 78-83, 92-97; III 50-54, 172-176; IV 28-33, 148-153, 215-223, entre otros).

Hay que destacar, además, el carácter cristiano del *Panegírico;* así, se nos muestra a menudo a los emperadores en actitud piadosa y en todo momento se manifiesta su sumisión a Dios, pues es Él quien les ha conferido el poder que ostentan. Se observan también temas y expresiones tomados de la Biblia como el Árbol de la Vida *(Pan. Anas.* 7-25); la imagen de los miembros del cuerpo (II 186-253); la parábola del Buen Pastor (IV 198-205); la idea de la humildad ante la grandeza de Dios (IV 319-320); la profesión de fe de Justino (IV 292-311); así como préstamos de poetas cristianos entre los que hay que mencionar a Prudencio, Sedulio y Sidonio Apolinar.

Así pues, si es cierto que el *Panegírico* no cumple estrictamente todos los requisitos de la literatura panegírica, no nos parece, sin embargo, adecuado calificarlo de epopeya, pues basta una comparación con su primera obra, la *Juánide,* para observar que el *Panegírico* no puede situarse en el mismo nivel. Por el contrario, sí hemos observado, en cuanto al fondo e intencionalidad del poema, una coincidencia con otros panegíricos, pues su fin es justificar y ensalzar la política del emperador. El poema de Coripo, como bien estima Averil Cameron[11], desempeña, pues, la función de un panegírico, pero de una forma nueva. Y en cuanto a su carácter histórico, nos parece obvio, ya que los panegíricos tienen como protagonistas a personajes reales.

---

[10] S. Antès, *Éloge...*, págs. XLIX-LII.

[11] Cf. Av. Cameron, «Corippus' Poem...», pág. 134.

2. *Fuentes literarias*

Los primeros versos del poema, «canto bajo buenos auspicios la grandeza del imperio...» (I 1-3), evocan el comienzo de la *Eneida*[12], pues no en vano fue Virgilio el poeta que mayor influencia ejerció sobre Coripo. Encontramos también ecos de la epopeya virgiliana en ciertos símiles: el del árbol abatido y los pájaros que revolotean a su alrededor (I 229-235; *Eneida* VI 282-283) o el de la golondrina que busca el alimento para sus polluelos (IV 256-263; *Eneida* 473-477); y en algunos episodios como la aparición de la Virgen ante Justino (I 40-65) que recuerda la de Venus ante su hijo Eneas (*Eneida* I 314-405); o las palabras de despedida que Justino dirige a Justiniano (III 35-36) y que remiten al adiós de Eneas a Palante (*Eneida* XI 97-98)[13].

El *Panegírico* es un poema esencialmente descriptivo; Coripo, fiel al gusto por las écfrasis de la época, describe de forma detallada escenas de la vida palaciega y del ceremonial de la corte bizantina: el palacio de Justino (I 97-111); el sudario de Justiniano (I 276-293); el circo (I 314-344); la indumentaria imperial de Justino (II 84-136); el funeral de Justiniano (III 1-61); el banquete de los nuevos emperadores (III 85-133); la sala de audiencias del palacio imperial (III 191-230); los preparativos para la inauguración consular (IV 1-89); la procesión consular (IV 224-263). En este sentido, el poeta sigue la línea de autores como Estacio y Marcial, representantes de la tradición de descripciones de actividades imperiales y mansiones lujosas[14]. Por otra parte, Coripo muestra una especial predilección en la descripción de obras arquitectónicas —como el pala-

---

[12] S. ANTÈS, *Éloge...*, pág. L.

[13] S. ANTÈS, *Éloge...*, págs. LI, LXXXIV, nota 1.

[14] S. ANTÈS, *Éloge...*, pág. LIV; AV. CAMERON, «Corippus' Poem...», pág. 133.

cio imperial o la sala de audiencias— y artísticas (sudario de Justiniano, vestimenta de Justino); Averil Cameron ha señalado al respecto la importancia de la influencia del arte visual y de los temas iconográficos en el *Panegírico,* hasta tal punto que el método de Coripo, en su opinión, no es en absoluto el método del argumento, sino el de la demostración; la retórica de la literatura cede ante la retórica del arte visual [15]. El poeta, buen conocedor de la vida de palacio, sabía hasta qué punto podía impresionar a sus lectores —u oyentes— la exposición de la magnificencia y el lujo de la corte, de modo que bien podríamos decir que en el *Panegírico* la labor de Coripo equivale más a la del pintor que a la del narrador.

Hay que considerar además en el poema de Coripo una serie de préstamos de otros autores; así, el poeta toma junturas y cláusulas de Virgilio, en primer lugar, y a continuación de Ovidio, Claudiano, Lucano, Estacio y Silio Itálico. Entre los poetas cristianos, sobre todo, Prudencio, Sedulio y Avito [16]. Pero también son dignos de mención los préstamos que se hace Coripo a sí mismo, tomados bien de su primera obra, la *Juánide,* bien del mismo *Panegírico,* lo cual justificaría, en opinión de Antès [17], las críticas de algunos estudiosos que acusan a Coripo de haber escrito una obra mediocre a causa de su vejez y miseria.

3. *Funcionalidad y valoración del «Panegírico de Justino II»*

El tono laudatorio del *Panegírico* y las características del mismo nos llevan a pensar que se trataría de una obra escrita por encargo. Coripo, pues, adoptaría la actitud de buena parte de los poetas del Bajo Imperio, para quienes la poesía no era

---

[15] Cf. Av. Cameron, «Corippus' Poem...», pág. 134.

[16] Es interesante la lista de junturas y cláusulas que ofrece Antès en su edición *(Éloge...,* págs. LXXIII-LXXIX).

[17] Cf. S. Antès, *Éloge...,* págs. LXII, LXXIX.

más que una profesión que ejercían bajo la protección de un patrono. Alan Cameron [18] los llama «professional poets» o «wandering poets», ya que se veían obligados con frecuencia a ir de ciudad en ciudad en busca de nuevos patronos o personalidades a quienes pudieran dirigir sus encomios. Tal vez fuera el cuestor Anastasio —a quien está dedicado el primer panegírico— quien encargara a Coripo la composición del poema [19]. Los primeros versos del libro I nos hacen pensar, más bien, en altos dignatarios de la corte, entre los que estaban el mismo Anastasio, Tomás, Magno, Teodoro y Demetrio (I 15-27); es la única referencia clara de Coripo a sus posibles patronos, aunque dicha alusión puede responder simplemente al conocido tópico literario del autor que escribe por encargo de un personaje importante [20]. Por otra parte, si consideramos las alusiones del poeta a su vejez y su estado de indigencia *(Pan. Anas.* 48-51; *Pref.* 43-48), no sería de extrañar que Coripo escribiera su *Panegírico* por iniciativa propia y con la intención de mejorar su posición social o de obtener ciertos privilegios [21].

Es indiscutible, pues, la función política del *Panegírico de Justino II;* con él Coripo pretende legitimar la subida al trono de Justino, quien no tenía, en realidad, ningún derecho particular al imperio —ya que Justiniano murió sin designar heredero alguno— y accedió al poder gracias a la maniobra política hábilmente dirigida por el eunuco Calinico, personaje de gran influencia en la corte [22]. El poeta se dirige, de este modo, a los

[18] Cf. A. Cameron, «Wandering Poets: A Literary Movement in Byzantine Egypt», *Historia* 14 (1965), 470-509.

[19] Av. Cameron, «Elites and Icons in Byzantium», *Continuity and Change in Sixth-Century Byzantium,* Londres, 1981, pág. 12, nota 40.

[20] S. Antès, *Éloge...*, págs. XVI, XXXII.

[21] Av. Cameron, «Corippus' Poem...», págs. 158-159.

[22] S. Antès, *Éloge...*, págs. XXV; A. Ramírez de Verger, «La imagen de la realeza en el *Panegírico de Justino II* de Flavio Cresconio Coripo», *La imagen de la realeza en la antigüedad,* Madrid, 1988, pág. 191.

eventuales opositores de Justino en la corte: los políticos y militares de alto rango y funcionarios de la cancillería, que eran los únicos capacitados para comprender el latín en la zona oriental del imperio[23]. El modo más claro de legitimar el reinado de Justino consistía en afirmar que el poder del emperador proviene de Dios, por quien ha sido elegido para desempeñar tan alta función; la idea se repite con frecuencia en el *Panegírico* (I 152, 182, 209-210, 366-367; II 45; III 333, 360-361; IV 277, 339-340) y con ella Coripo no hace más que aludir a la concepción bizantina del poder, según la cual el emperador es el representante y la imagen de Dios en la tierra[24]. Los discursos de Justino son esenciales para el conocimiento de sus primeras actividades en cuanto a política interior y exterior (con relación a la justicia y al fisco, preocupación por la seguridad y moralidad públicas, saldo de deudas, supresión del tributo a los pueblos bárbaros, etc.), de forma que Coripo intenta justificar y valorar la política del emperador que logró, por otra parte, subsanar los graves errores cometidos por su antecesor Justiniano (II 269-271)[25].

Pese a la actitud partidista adoptada por Coripo y al incontestable carácter propagandístico del texto, el *Panegírico de Justino II* es de un gran valor histórico, no sólo desde el punto de vista político, sino en el aspecto religioso, simbólico o descriptivo con relación a la vida palaciega. El *Panegírico* es la única fuente que poseemos sobre los últimos acontecimientos del reinado de Justiniano y el inicio del mandato de Justino II[26].

---

[23] S. Antès, *Éloge...*, pág. XXXV; Vinchesi, reseña a S. Antès *(Éloge...)*, *Atene e Roma* 29 (1984), 195.

[24] S. Antès, *Éloge...*, pág. XXXV; A. Ramírez de Verger, «La imagen de la realeza...», págs. 193-194.

[25] S. Antès, *Éloge...*, págs. XXXVII, XXXIX.

[26] S. Antès, *Éloge...*, págs. XXXIX-XL; Ramírez de Verger, «La imagen de la realeza...», pág. 205.

Gracias a él tenemos también acceso al ceremonial de la corte bizantina, siendo además el único texto que ofrece una descripción tan detallada sobre el ritual de ascensión al trono en el siglo VI[27]. Con todo, la última obra conocida de Coripo no es destacable únicamente como fuente histórica, sino como continuadora de la cultura clásica que representan autores como Virgilio, Ovidio, Lucano y Claudiano[28].

4. *La tradición manuscrita*

La crítica[29] ha supuesto que el texto del *Panegírico de Justino II* pasó de Constantinopla a España durante el reinado del rey visigodo Leovigildo (568-586), momento en que la influencia bizantina alcanzó su apogeo en nuestro país. Los bizantinos toman el sur de España y Leovigildo reconoce la autoridad de Justino II e imita el ceremonial de la corte bizantina. Esta hipótesis parece lógica, pues los contactos e intercambios culturales entre España y Bizancio eran frecuentes e importantes en esta época: figuras como Juan de Biclara o Leandro, hermano de Isidoro de Sevilla, realizaron viajes a Bizancio donde permanecieron, el primero desde el 558 hasta el 574 y el segundo durante los años 579 al 582.

En cualquier caso, es en el año 653, fecha en que tuvo lugar el VIII Concilio de Toledo, cuando aparece la primera noticia segura de que el texto del *Panegírico* se encuentra en España, en la ciudad de Toledo[30]. Según S. Teillet[31], el rey Recesvinto,

---

[27] AV. CAMERON, «Elites and Icons...», pág. 10.

[28] RAMÍREZ DE VERGER, *El Panegírico...*, pág. 15.

[29] Cf. S. ANTÈS, *Éloge...*, págs. LXXXVI-LXXXVII, nota 2; A. RAMÍREZ DE VERGER, «Sobre la Historia del texto del *Panegírico de Justino II* de Coripo (568-882 d. C.)», *Rev. d'Hist. des text.* 18 (1988), 229-230.

[30] RAMÍREZ DE VERGER, «Sobre la Historia...», pág. 230.

[31] Cf. S. TEILLET, *Des Goths à la nation gothique. Les origines de l'idée de nation en Occident du V au VII siècle,* París, 1984, pág. 539.

al pronunciar su discurso en dicho Concilio, se inspiró en el discurso de Justino ante los senadores (II 178-274).

Nuevas referencias al texto del *Panegírico de Justino II* nos ofrece una obra compuesta por Julián de Toledo entre los años 680 y 687 d. C., el *Ars grammatica,* en la que se citan cuatro versos del *Panegírico (Pref.* 25; II 1, 254; IV 243)[32]. El códice misceláneo *Escorialensis R. II. 18* menciona también los panegíricos de Coripo a Justino II y Anastasio, incluidos en un inventario de la biblioteca de la catedral de Oviedo escrito, posiblemente, en Toledo, en el 882 d. C.[33]. El traslado del texto de Coripo a Oviedo pudo producirse en el 711, pues con la llegada de los árabes a España se llevaron desde Toledo a Asturias reliquias y libros cristianos. Pero la influencia de Coripo en poetas mozárabes cordobeses del siglo IX hace pensar que el *Panegírico* pasara de Córdoba a Oviedo en el 882, de modo que el manuscrito citado en el *Escorialensis R. II. 18* sería de origen cordobés[34].

El *Panegírico de Justino II* se ha conservado, en el estado en que ha llegado hasta nosotros, en un *codex unicus*, el *Matritensis BN 10029,* antiguo *Toletanus 14.22,* del siglo X, aunque hay autores[35] que lo consideran del siglo IX o incluso del XI. El texto del *Panegírico* junto con sus *periochae,* que no fueron escritas por Coripo, está precedido de obras de Draconcio y Eugenio de Toledo y seguido de obras de Sedulio, Eugenio, Verecundo, Juvenco y Fortunato, entre otros[36]. El códice está

[32] S. ANTÈS, *Éloge...*, págs. LXXXV-LXXXVI; RAMÍREZ DE VERGER, *El Panegírico...*, pág. 44; «Sobre la Historia...», pág. 230.

[33] S. ANTÈS, *Éloge...*, pág. LXXXVII, nota 4; RAMÍREZ DE VERGER, *El Panegírico...*, pág. 44.

[34] RAMÍREZ DE VERGER, *El Panegírico...*, pág. 44; «Sobre la Historia...», págs. 230-232.

[35] Cf. S. ANTÈS, *Éloge...*, pág. LXXXVIII, nota 3; RAMÍREZ DE VERGER, *El Panegírico...*, pág. 44.

[36] S. ANTÈS, *Éloge...*, pág. LXXXIX.

escrito en letra visigótica minúscula y fue corregido por varias manos, de las cuales la tercera utilizó una escritura más tardía y sin gran interés [37]. Parece muy probable que el manuscrito derive del citado anteriormente en el *Escorialensis* y que contiene el inventario de la biblioteca de la catedral de Oviedo. Según una inscripción del siglo XVI que aparece al comienzo del códice, fue localizado por primera vez en Valladolid donde, lo compró Miguel Ruiz de Azagra, secretario del archiduque de Austria Rodolfo II y primer editor del *Panegírico de Justino II.* En 1587 un canónigo de la catedral de Toledo, Juan Bautista Pérez, lo compra a los herederos de Ruiz para la biblioteca de su catedral. De allí el manuscrito fue trasladado posteriormente a la Biblioteca Nacional de Madrid, donde se conserva hoy [38].

El *Panegírico de Justino II* no ha sido transmitido en su totalidad en el *Matritensis;* hay que citar las siguientes lagunas [39]: las dos primeras *periochae* principales del libro I, así como las *periochae* principales VIII a XV del mismo; las últimas *periochae* principales del libro III, las del libro IV y algunos versos iniciales del prefacio; varios versos del libro IV (entre el v. 172 y el v. 173); el final del poema. Antès [40] estima la pérdida final en unos cincuenta versos, en los que se narrarían el final de la procesión consular y el regreso al palacio.

En la transmisión del texto de Coripo intervinieron, además del *Matritensis*, otros códices que Antès [41] divide en dos grupos: los manuscritos españoles y los de origen francès. Entre los primeros se destacan dos códices de Oviedo, hoy perdidos;

---

37 S. ANTÈS, *Éloge...*, págs. LXXXIX, XCII; RAMÍREZ DE VERGER, *El Panegírico...*, pág. 44.

38 S. ANTÈS, *Éloge...*, págs. LXXXIX-XC; RAMÍREZ DE VERGER, *El Panegírico...*, pág. 44.

39 S. ANTÈS, *Éloge...*, págs. XCIII-XCIV.

40 Cf. S. ANTÈS, *Éloge...*, pág. XCIV.

41 Cf. S. ANTÈS, *Éloge...*, págs. XCV-C.

el más reciente *(O^2),* del siglo XII, fue escrito o mandado escribir por Pelayo, obispo de Oviedo, en época de Alfonso VI; y fue, a su vez, copiado de otro manuscrito ovetense *(O^1)* de la biblioteca de Alfonso III en el siglo IX. El O^2 habría servido de modelo a otros dos manuscritos: el *Matritensis BN 1346*, antiguo *F 58,* del siglo XVI y el *Escorialensis b. III. 14* del XVI. Los manuscritos de origen francés comprenden el *codex Santonensis,* hoy perdido, cuya datación no ha sido fijada —quizá el siglo XII— y que contenía los versos III 271-288. E. Vinetus lo publicó en su edición príncipe de Sidonio Apolinar con el epígrafe epistola *regis Avarum ad imperatorem Romanum;* el *codex Laurentianus plut. 45, 26,* del siglo XII, que contiene el mismo fragmento que el anterior y fue editado por primera vez por B. Kopitar en 1839; y un códice del siglo XIII, el *Vaticanus Ottobonianus 2013* que comprende los mismos versos que los anteriores[42].

5. *Ediciones críticas*

Debemos al español Miguel Ruiz de Azagra la primera edición del *Panegírico de Justino II,* en 1581; Ruiz de Azagra fue uno de los pocos editores que se sirvió de los documentos ofrecidos por la tradición manuscrita, utilizando para su *editio princeps* los códices *M, O* y *S*. Las ediciones posteriores —Dempster (1610), Rivinus (1653), Ritterhusius (1664), Goetz (1743), *Collectio Pisaurensis* (1766), Foggini (1777), Jaeger (1779), Bekker (1836)—, aunque numerosas, no aportaron al texto mejoras considerables, pues los distintos editores se limitaron a añadir correcciones y anotaciones al texto de Ruiz de Azagra[43]. Habrá que esperar, pues, hasta el 1879, año en que Partsch pu-

---

42 RAMÍREZ DE VERGER, *El Panegírico...*, pág. 51.

43 S. ANTÈS, *Éloge...*, pág. CI; RAMÍREZ DE VERGER, *El Panegírico...*, pág. 56.

blicó su edición del *Panegírico* en la colección *Monumenta Germaniae Historica;* esta edición supuso una considerable mejora del texto de Coripo, que Partsch estableció a partir de los manuscritos *M, O, S* y *L*. En 1886 Petschenig tomó como base y corrigió en su edición el texto del anterior.

En la actualidad hay que citar la edición de D. Romano en 1970, basada en el texto de Partsch y que no aportó nada nuevo al texto de Coripo; su valor reside en ser la primera traducción, en italiano, del *Panegírico*[44]. Le sigue la edición de Averil Cameron en 1976, cuyo texto estableció sirviéndose de los códices *M, O, E, S* y *L* —el *Vaticanus* le es desconocido—. Dicha edición consta de una breve y clara introducción (vida y actividad de Coripo, estructura narrativa del *Panegírico,* aspectos sociológicos del poema, estilo, métrica, tradición manuscrita), traducción, la primera en inglés, que Ramírez de Verger[45] considera demasiado literal, aunque supera la de Romano; y el comentario que es la parte más rica e interesante, en especial desde el punto de vista histórico, pues las observaciones y aclaraciones de Cameron facilitan la comprensión del texto de Coripo y el conocimiento de un período clave en la historia de Bizancio[46].

Compartimos la opinión de Ramírez de Verger[47], para quien la edición de S. Antès (1981) aventaja a todas las anteriores. Precede a la edición crítica una larga y detallada introducción que proporciona abundante información histórica y litera-

---

[44] Ramírez de Verger, reseña a Av. Cameron *(In laudem...)* en *Emerita* 47 (1979), 460 y *El Panegírico...*, pág. 56; Vinchesi, «Problemi della Laus Iustini di Corippo in due edizioni recenti», *Atene e Roma* 25 (1980), 173; S. Antès, *Éloge...*, pág. CI.

[45] Cf. Ramírez de Verger, reseña a Av. Cameron..., pág. 462.

[46] Ramírez de Verger, reseña a Av. Cameron..., págs. 460-462; Vinchesi, «Problemi...», pág. 181; S. Antès, *Éloge...*, pág. CI.

[47] Cf. Ramírez de Verger, *El Panegírico...*, pág. 56.

ria (autor, contexto político del poema, género literario, lengua y estilo, fuentes literarias, transmisión del texto, ediciones). El mismo Antès[48] califica su edición como «un regreso a la fuente del texto» y nos cita una innovación suya, pues él es el primero en editar con acierto el *Panegírico de Anastasio* en primer lugar, seguido del prefacio y de los cuatro libros del *Panegírico de Justino II*, mientras que todos los editores anteriores, siguiendo al *Matritensis 10029,* situaban el *Panegírico de Anastasio* entre el prefacio y el libro I. Son interesantes las notas que acompañan a la traducción, primera en francés, así como las notas complementarias que aportan mayor claridad al texto y ofrecen explicaciones históricas, geográficas, lingüísticas, etc, sobre el ceremonial de la corte bizantina.

La última edición del *Panegírico,* acompañada de introducción y traducción, ha sido realizada por A. Ramírez de Verger en 1985, cuyo texto latino hemos seguido en nuestra traducción —aunque también hemos recurrido en numerosas ocasiones a la edición de S. Antès—. En la introducción dedica apartados al autor, sintaxis, léxico, estilo, prosodia, tradición manuscrita y hace una breve alusión a las ediciones críticas, pero su aportación consiste en proporcionarnos una abundante información sobre los problemas ortográficos del *Matritensis,* al que quiso restituir algunas lecturas fidedignas, con lo que supera a ediciones anteriores y demuestra su buen conocimiento de la ortografía y fonética del códice, al que tuvo acceso directo. El valor de esta edición reside además en la traducción, pues se trata de la primera en castellano de una obra de Coripo. Las notas que la completan son en su mayoría de carácter histórico y, en nuestra opinión, demasiado sucintas.

---

[48] Cf. S. ANTÈS, *Éloge...*, págs.CI-CII, CV.

BIBLIOGRAFÍA

a) *Ediciones y comentarios*

Prescindiremos de las ediciones más antiguas del *Panegírico de Justino II*, que ya hemos citado en esta introducción (pág. 254), para limitarnos a destacar las más recientes.

D. ROMANO, *Corippo. In laudem Iustini, a cura di Domenico Romano,* Palermo, 1970.

AV. CAMERON, *Flavius Cresconius Corippus. In laudem Iustini Augusti minoris libri IV. Edited with translation and commentary by Averil Cameron,* University of London, The Athlone Press, 1976.

U. J. STACHE, *Flavius Cresconius Corippus In laudem Justini Augusti Minoris. Ein Kommentar,* Berlín, Verlag Nikolaus Mielke, 1976.

S. ANTÈS, *Coripe (Flavius Cresconius Corippus). Éloge de l'empereur Justin II. Texte établi et traduit par Serge Antès,* París, Societé d'édition «Les Belles Lettres», 1981.

A. RAMÍREZ DE VERGER, *Flavio Cresconio Coripo. El Panegírico de Justino II. Introducción, Edición crítica y Traducción,* Sevilla, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1985.

b) *Estudios de conjunto*

L. K. BORN, «The Perfect Prince according to the latin Panegyrists», *Am. Journ. Phil.* 55 (1934), 20-35.

A. CAMERON, «Wandering poets: A litterary movement in byzantine Egypt», *Historia* 14 (1965), 470-509.

—, *Claudian. Poetry and Propaganda at the Court of Honorius,* Oxford, 1970.

—, *Circus Factions. Blues and Greens at Rome and Byzantium,* Oxford, 1976.

AV. CAMERON, «Procopius and the Church of St. Sophia», *Harvard Theol. Rev.* 58 (1965), 161-163.

—, «Notes on the Sophiae, the Sophianae and the Harbour of Sophia», *Byzantion* 37 (1967), 11-20.

—, «Images of authority: Elites and Icons in late sixth-century Byzantium», *Continuity and Change in Sixth-Century Byzantium,* Londres, 1981, págs. 3-35.

TH. NISSEN, «Historisches Epos und Panegyrikos in der Spätantike», *Hermes* 75 (1940), 298-325.

c) *Estudios sobre Coripo y el «Panegírico de Justino II»*

S. ANTÈS, reseña a AV. CAMERON *(In laudem...), Rev. Philol.* 51 (1977), 330-331.

—, «Rhétorique et poésie dans le poème *In laudem Iustini* de Flavius Cresconius Corippus», *Colloque sur la Rhétorique, Calliope I,* París, 1979.

J. BLÄNDSDORF, reseña a AV. CAMERON *(In laudem...)* y U. STACHE *(Ein Kommentar), BZ* 73 (1980), 80-85.

A. CAMERON, AV. CAMERON, «A Propaganda Poem from the Reign of Justin II», *Bull. Inst. of Class. Stud.* 13 (1966), 101-104.

—, «Textual Notes on Corippus, *In laudem Iustini minori», Latomus* 35 (1976), 404-415.

AV. CAMERON, «Corippus' poem on Justin II: a terminus of Antique Art?», *Continuity and Change in Sixth-Century Byzantium,* Londres, 1981, 129-165.

W. EHLERS, reseña a AV. CAMERON *(In laudem...), Gnomon* 51 (1979), 22-26.

H. HOFMANN, reseña a S. ANTÈS *(Éloge...), Mnemosyne* 40 (1987), 209-219.

—, «Cornelius van Arckel und sein Neulateinischer Freundeskreis im Holland des ausgehenden 17. und beginneden 18. Jahrhunderts», *Hum. Lovan.* 35 (1986), 169-218.

—, «Corippus as a patristic author?», *Vigiliae Christianae* 43 (1989), 361-377.

—, «Cornelius van Arckel und sein Coripp-Kommentar», *Philologus* 184 (1990), 111-138.

R. Meister, «Zu Corippus laud. Iust. 4, 354», *ALL* 15 (1908), 421-423.

A. Ramírez de Verger, reseña a Av. Cameron *(In laudem...), Emerita* 47 (1979), 460-462.

—, «Notas textuales al *Panegírico de Justino* de Coripo», *Emerita* 48 (1980), 255-269.

—, «Problemas textuales del *Panegírico de Justino II* de Coripo», *Habis* 14 (1983), 61-66.

—, «Sobre la historia del texto del *Panegírico de Justino II* de Coripo», *Rev. d'Hist. des text.* 18 (1988), 229-232.

—, «La imagen de la realeza en el *Panegírico de Justino II* de Flavio Cresconio Coripo», *La imagen de la realeza en la antigüedad,* Madrid, 1988, págs 191-206.

—, «Dos notas textuales al *In laudem Iustini* de Coripo», *Humanitas in honorem Antonio Fontán,* Madrid, Gredos, 1992, págs. 295-296.

D. R. Schackleton Bailey, «Notes on Corippus *Laudes Justini»,* en U. J. Stache y otros, eds., *Kontinuität und Wandel. Lateinische Poesie von Naevius bis Baudelaire.* Franco Munarizum 65. Geburstag, Hildesheim 1986, págs. 315-319.

P. Speck, reseña a S. Antès *(Éloge...), Gnomon* 46 (1983), 500-506.

—, «Marginalien zu dem Gedicht in *Laudem Iustini Augusti Minoris* des Corippus», *Philologus* 134 (1990), 82-92.

U. Stache, reseña a D. Romano *(In laudem...), Gnomon* 46 (1974), 305-307.

M. Vendrell Peñaranda, «Estudio del códice de Azagra, Biblioteca Nacional de Madrid, MS. 10029», *Rev. Arch. Bibl. Mus.* 82 (1979), 655-705.

M. A. Vinchesi, «Problemi della *Laus Iustini* di Corippo in due edizioni recenti», *Atene e Roma* 25 (1980), 172-183.

—, Reseña a S. Antès *(Éloge...), Atene e Roma* 29 (1984), 194-198.

PANEGÍRICO EN HONOR DE ANASTASIO[1]

CUESTOR Y JEFE DE LA CANCILLERÍA IMPERIAL

Al contemplar, justo varón, el interminable bosque de tus elogios, me esfuerzo por llegar hasta las altas ramas y coger los abundantes frutos de sus más altos racimos. Pero en mi pequeñez, pretendo frutos mayores que no puedo alcanzar, pues sobrepasan mi propia estatura; y muy distantes los contemplo, me admiro al verlos y extiendo hacia ellos los brazos de mi inspiración y de mi afán. Un frondoso árbol, de apariencia muy hermosa, se halla en medio de unos bosques sagrados, con sus tupidas ramas extendidas al espacio celeste, colmado de toda especie de frutos, incluso cuando no es su época apropiada, añadiendo brotes nuevos a sus frutos maduros. Su copa alcanza las estrellas del alto cielo, mientras su raíz bebe de una fuente y de arroyos sagrados y, una vez saciado, extiende su follaje por encima de las nubes. Si me es lícito establecer una comparación entre lo pequeño y lo grande, me parece haber ofrecido como apropiados los símbolos del árbol y la fuente. Pero si no

[1] Anastasio, a cuyo servicio estaría probablemente Coripo en la corte imperial, desempeñaba el cargo de ministro de justicia del imperio bizantino *(quaestor sacri palati)* y de jefe de la cancillería imperial *(magister officiorum)*.

fuera así, mi ingenuidad, desconocedora del error, te pide perdón, cuestor insigne. Tú eres el frondoso árbol que bebe de la augusta fuente; la desbordante fuente de palacio es nuestro señor y común benefactor, la fuente que todo lo colma de riquezas, que elevó tus brazos por las extensas tierras e hizo descansar a los pueblos bajo vuestra sombra. Permíteme beber de esta fuente: tú me ofreces el alimento y la agradable fuente el agua. En estos deliciosos parajes seré con gusto alimentado y, saciado, me protegerá vuestra sombra, el más ilustre jefe de la guardia imperial, orgullo de los nobles, árbitro del orbe, que riges bajo los auspicios del emperador las leyes y el derecho, garante de la justicia, padre de los necesitados, preocupado en aliviar todas las desgracias con tus justos juicios porque menosprecias los favores, desdeñas la avaricia y te repugna el amarillo oro, cuestor Anastasio, cuya fidelidad conoció, por don de Cristo, el emperador que te condecoró con un doble honor[2]. Afortunado es el mundo entero bajo el reinado de Justino, afortunada esta época en la que reina Sabiduría[3], afortunados los pueblos bajo tu jurisdicción, a quienes proporcionas alegría bajo el gobierno de emperadores justos. Aunque tú mires por el mundo en general, los desdichados africanos en especial, a ti dirigen su mirada y sus rostros. África te expresa su gratitud al disfrutar ya de vuestra protección y se alegra de que sus ciudadanos refieran con frecuencia la gran ayuda que les presta Anastasio. Devuélveme también a mí semejante dicha, el más noble de los cuestores. Estas sagradas letras[4] ponen de manifiesto lo que el es-

[2] Se refiere a los honores de *quaestor* y *magister* que hemos citado en la nota 1.

[3] Alusión a Elia Sofía, sobrina de la emperatriz Teodora y esposa de Justino.

[4] Alude a un decreto de Justiniano, o de Justino II (Av. Cameron, «The career...», págs. 537-539), por el que Coripo es recompensado por la composición de su poema *Iohannis* con un puesto en la corte (*principis officium*, v. 48).

fuerzo ha permitido realizar, lo que la generosa y previsora vigilancia ha conseguido durante las noches de insomnio, ante la indolencia de las Musas. Léelas, insigne jefe de la guardia imperial, y defiende mi causa. A ti me encomienda el decreto en calidad de esclavo vuestro. En vuestra fuente tiene su origen este arroyuelo mío, bajo cuyo nombre desempeño una función en la corte imperial. Compadécete de mi extenuada vejez y cura mis heridas con tu habitual compasión para que, gozoso, te manifieste mi gratitud y cante en afortunado poema los sagrados triunfos del invencible emperador.

PANEGÍRICO DE JUSTINO II

⟨RESUMEN⟩

El Panegírico en honor de Justino II contiene:

I. Un prefacio en el que el poeta canta las alabanzas del emperador Justino.

II. Al recordar el sometimiento de los ávares y de otras naciones a Justino, la arrogancia dominada de los bárbaros renueva sus elogios.

III. Declara que Justino y Sofía, a quienes los pueblos sometidos reclaman un tratado de paz, son dignos de la soberanía imperial.

IV. El poeta suplica el favor del emperador para que, con la eficaz atención de su benevolencia, lo guíe, agotado por su vejez y agobiado por las calamidades.

⟨Éste es el contenido del Libro Primero:⟩

⟨***⟩

III. Recuerda el autor a las personas por cuya incitación escribió este poema para gloria de Justino.

IV. El poeta expone de una manera artística la muerte de Justiniano, cuando, según un decreto del senado, Justino, con elogios dignos de su tío ⟨***⟩

V. El momento en que Justino, deshecho en lágrimas y abatido por la muerte de Justiniano, mientras un profundo sopor le ganaba suave-

mente, vio a Santa María Virgen en sueños que le entregaba en sucesión el poder de su tío fallecido.

VI. Sobre la mansión de Justino, que es despertada por los golpes de Calinico para hacer entrar al senado y elegir como emperador a Justino, y la respuesta enojada del guardián ante el escándalo.

VII. Descripción del palacio de Justino, con qué fastuosa apariencia y laborioso trabajo fue construido.

⟨***⟩

⟨XVI⟩ ⟨Cuenta que la Fama indujo a toda la población⟩ a congregarse con la mayor presteza posible para honrar a Justino.

XVII. Aquí explica el poeta de modo admirable la interpretación del circo y su fastuosidad.

XVIII. Dice aquí quién fue el primero en uncir cuadrigas y cómo una infundada superstición pagana imaginó dios al sol. Este culto al sol, no obstante, fue otorgado después a los ⟨emperadores⟩ romanos.

XIX. El pueblo, impulsado por su amor a Justiniano, acompaña a Justino, el heredero del imperio, con la aclamación de su reconocimiento.

Éste es el contenido del Libro Segundo:

I. Sobre la aglomeración y el esfuerzo del pueblo en su deseo de ver al emperador Justino.

II. Justino y Sofía no aceptaron las enseñas imperiales sin antes, con una devota ofrenda de incienso en los sagrados altares, rogar al Señor con sumisas oraciones.

III. Sobre la fastuosidad de la augusta indumentaria y demás aderezos con los que Justino resplandeció en la ceremonia de su coronación.

IV. Siguiendo el rito de sus predecesores, Justino es elevado por los brazos de cuatro jóvenes sobre un escudo en su coronación.

V. Coronado por el pontífice Juan con la sagrada corona, Justino es proclamado emperador. Y del mismo modo son ensalzados él y Sofía por las aclamaciones y alabanzas de los senadores y de todo el pueblo.

VI. Sobre las palabras que dirigió Justino al senado tras subir al trono imperial.

VII. Justino, adelantándose, rodeado por el senado en pleno, se dirige públicamente a la población para hablarles del restablecimiento de las costumbres y las donaciones venideras.

VIII. Los acreedores, con lágrimas en los ojos, presentan ante la vista de Justino las cédulas del emperador Justiniano. El, apiadándose de ellos, salda las deudas de su tío y ordena que sean liberados de prisión muchos hombres envueltos en crímenes.

Éste es el contenido del Libro Tercero:

I. Según la costumbre de los antepasados, Justino prepara con fastuoso lujo el funeral de su tío fallecido y, tras celebrar los últimos honores con la asistencia de un coro, dispuso su cuerpo en una sepultura de oro.

II. Tras el dolor por su muerte, el pueblo se regocija con su antigua alegría, adorna las puertas de las casas con gloriosas guirnaldas, decora los umbrales y brinca alborozado con múltiples aclamaciones en honor de Justino y Sofía.

III. El poeta describe la insigne magnificencia del banquete imperial, así como la sobriedad y moderación de Justino entre tan gran profusión de refinamientos y colma de elogios el recuerdo de su tío al que no se permite olvidar durante el banquete, según su acostumbrado afecto.

IV. Sobre el término del banquete y la inquietud de los emperadores por el Estado y de los ruegos del poeta que suplica a Sabiduría por la perfecta conclusión de su poema.

V. Se adorna el augusto palacio del emperador y, tras ser convocados los nobles, toda la jerarquía palatina se dispone por grupos en función de su cargo y su atavío y es proclamada la supremacía romana sobre todas las naciones.

⟨***⟩

PREFACIO

*** [5] Dios te permitió tener a tus pies a todos los reinos; sometió a orgullosos reyes y disminuyó las bandas enemigas [6].

La que fue dura raza de los ávares [7], de cabellos en forma de culebra, de terrible apariencia y feroz en los sangrientos combates, sometida a tu imperio y dispuesta a servirte, en medio del palacio, suplicante, con la cabellera suelta te ruega la paz, sin atreverse a confiar, siendo tan numerosa, en sus miles de hombres y atacar a las enseñas romanas. ¿Quién podría enumerar a los francos, tantas veces vencidos en la batalla, a los sometidos getas, a los tiranos abatidos y capturados, a los feroces pueblos de los lombardos y los gépides que intercambiaban mutuas heridas por vastos territorios en su barbarie, al tiempo que el éxito del emperador aniquilaba a ambos pueblos, uno

---

[5] El primer verso está incompleto.

[6] Este tipo de expresiones, que refleja la intervención divina a favor de la causa latina, aparece ya en la *Juánide* (cf. IV 273, 281; VI 616-618; VII 101-103; VIII 299, 349-352).

[7] Los ávares aparecieron por primera vez en Bizancio en el 558. Al igual que en la *Juánide* —donde se identifica al moro con el diablo y con personajes infernales o se insiste en el color oscuro de su piel—, el enemigo es aquí también representado con apariencia monstruosa.

tras otro, sin que corrieran riesgos sus soldados[8]? ¡Qué gran cantidad de enemigos tuyos cayó, como castigo a su propia traición! Ahora, tras el cese de las hostilidades, vencedores y vencidos sirven en tu palacio.

A ti sólo el Padre Todopoderoso te ordenó ascender hasta la elevada ciudadela y te sentó en el más alto trono. Vigilancia[9], madre de vuestras decisiones, está siempre presente en tu mirada serena, así como la que conservas en todo tu corazón, la bienhechora emperatriz Sabiduría, con quien compartes tu reino. También tú, que fuiste nombrado con el nombre de Justicia, sujetas con firmeza las riendas de reyes sobre quienes tú debes gobernar. Por estos tres nombres se rige todo lo que se mueve[10]. Las naciones acuden disputándose tratados con el imperio romano; gracias a un emperador justo, el nombre romano es amado y todos aspiran a una vida dichosa bajo el poder de un piadoso soberano. Incluso los que se vanaglorian de ser amigos del sol, que contemplan los altos cuernos de la luna menguante y adoran la luz errante de los astros en la noche y los consultan, se ven agobiados por su temor hacia ti y corren presurosos a inclinar su orgullosa cabeza y a ofrecerte su cuello sometido[11].

¿Qué voy a contar de los pueblos de Libia, qué de las guerras sírticas, que ya fueron materia de mis libros[12]? Ha llegado el momento de cantar hazañas de mayor peso. Tiéndele tu mano, compasivo, a un anciano extenuado; tú has de proporcionarme el asunto apropiado de mis versos, la inspiración y la voluntad para cantarlos. Tú, a quien está permitido vencer a pueblos indomables y someter reinos bárbaros, vence, te lo rue-

---

[8] Se alude a las victorias de Justiniano en Italia en los años 552 *(Busta Gallorum* y *Mons Lactarius)* y 554 *(Casilinum).*

[9] Vigilancia, la madre de Justino, era además hermana de Justiniano.

[10] Se refiere a Vigilancia (v. 21), Sabiduría (v. 23) y Justicia (v. 24).

[11] Son los persas.

[12] Alusión a la *Juánide.*

go, la despiadada ira de mi mala fortuna: vencer al destino es más duro que ganar una guerra. Despojado de mis bienes y tras haber sufrido numerosas heridas, he acudido a un médico [13] a llamar con ruegos a su piadoso corazón, a un médico que cura las enfermedades con una sola palabra y alivia las heridas sin preparar medicamento. Yo, al que así me cura, si alguna fiabilidad tienen los siervos, expreso constantemente mi gratitud y le ofrezco en pago mi poema.

---

[13] Es el tópico mediante el que se considera al soberano como médico. La comparación remonta a Platón y en la literatura latina merece la pena citar a SÉNECA, *Clem.* I 15 (17), 2 y CLAUDIANO, *Carm.* XXII 204-205.

LIBRO PRIMERO

Presentación del asunto y mención de los personajes que encargaron al poeta la obra

Canto bajo buenos auspicios la grandeza del imperio, que fue obtenido sin hacer uso de violencia o de armas y no poseído por ambición [14]. Aunque nadie podría enumerar por orden todos los ilustres recuerdos de sus piadosas hazañas, creo, no obstante, útil que los siervos adapten su espíritu fiel a sus señores, cualquiera que sea el cargo que desempeñen. Yo ofrezco mi voz; vosotras, diosas, concededme las palabras; madre Vigilancia y Sabiduría, que, ostentando el poder supremo, das tu protección al universo, con vosotras me basta, a cambio de todas las Musas, para cantar mis versos; vosotras me descifraréis los secretos misterios. Y tú, Madre de Dios, tiéndeme tu santa diestra y ayúdame, te lo suplico. El asunto de mi empresa se me aparece inmenso y ofrezco mis brazos debilitados ante su peso. El cuestor Anastasio, parte

---

[14] Esto sucedía en la noche del 14 al 15 de noviembre del 565 d. C. Aunque en realidad, la llegada al poder de Justino II se produjo en circunstancias muy diferentes, pues éste, como Justiniano no hubiera nombrado aún a su heredero, accedió al trono gracias a una maniobra bien preparada. Por otra parte, el tema del poder alcanzado sin maquinación es un tópico de la literatura panegirista.

ilustre del respetable senado, quien determina las costumbres, sacerdote de la justicia y de las leyes, me apremia, pues ama a sus soberanos, y me anima a emprender la composición del poema; al igual que Tomás [15], soporte de la vacilante tierra de Libia, a la que puso en pie, tras su caída, quien devolvió a los africanos la esperanza de vida, acordó la paz y puso fin a la guerra sin violencia, venciendo con sus consejos a quienes nadie había vencido mediante las armas. Y Magno [16], noble por sus méritos y su nombre, al que aprecian sus soberanos por su inteligencia y se ocupa de las cuentas sagradas y ejerce su control escrupuloso sobre los dirigentes del imperio latino; me amparan, por una parte, Teodoro [17], sucesor y gloria renacida del buen Pedro [18], jefe de la guardia imperial con la dignidad propia de su padre, por otra, Demetrio [19] que trata los secretos del sagrado palacio ⟨***⟩ [20].

---

[15] Con seguridad era prefecto del pretorio de África, que tenía su sede en Cartago; esta función estaba desempeñada por un funcionario civil que dirigía el correo imperial, la construcción y el mantenimiento de edificios públicos, aseguraba el pago de los soldados y agentes civiles, se encargaba del aprovisionamiento y reclutamiento del ejército y de la dirección de los arsenales.

[16] Magno desempeñó la función equivalente a la de ministro de economía *(comes sacrarum largitionum)* durante el período entre el 566 y 573.

[17] Hijo de Pedro el patricio, sucedió a Anastasio —que ejerció únicamente como cuestor— en el cargo de jefe de la cancillería imperial en los años 566 y 567. Teodoro fue además *comes sacrarum largitionum* en el 576.

[18] Fue predecesor de Anastasio como *magister officiorum* desde el 539 al 565, en que fue nombrado este último.

[19] Se refiere al cargo de jefe de la cancillería imperial *(proto-a-secretis)* a las órdenes del *magister officiorum* y que tenía como función el redactar informes, despachar órdenes y establecer la correspondencia con los funcionarios del imperio. La identificación del personaje resulta problemática, pues no se conoce ningún Demetrio bajo el reinado de Justino II.

[20] Pasaje lagunoso.

Aparición en sueños de la Virgen ante Justino para comunicarle que es el heredero de Justiniano

El sueño oprimió sus humedecidos ojos. Creo que este sopor se apoderó de él, no sin la voluntad de la Suprema Divinidad: el sueño le había sobrevenido para mostrarle las señales de los bienes venideros y descifrarle los misterios de los hechos ocurridos. Apenas había ofrecido un completo reposo a sus vencidos miembros, cuando, descendiendo de las alturas celestiales, la Virgen, de aspecto benévolo y con paso alegre y pudoroso, con un velo que cubría su resplandeciente cabellera, con la mirada llena de bondad —según mostraban las señales, era la imagen de la sagrada Piedad— se detuvo ante sus divinos pies y lo coronó con su diestra, ciñendo la sagrada diadema sobre su cabeza; y, mientras lo rodeaba delicadamente con el manto imperial, le dijo: «Tú mereces esta indumentaria, el más noble de los monarcas, príncipe que en todos suscita al mismo tiempo miedo y amor, querido por Dios poderoso, divina descendencia. He aquí que, llena de gozo, me anticipo a tu buena fortuna y me presento ante ti, afortunada mensajera de los acontecimientos: esta noche bienhechora nos ha arrebatado a tu padre. ¡Levántate, valeroso príncipe! Te está esperando el día, Justino; tú eres el siguiente heredero, a ti te adornó el Padre Todopoderoso con honor divino [21], a ti te confirmó tu tío como soberano de la sagrada corte. ¿Por qué derramas lágrimas ante los acontecimientos? ¿Por qué te hace llorar una alegría? ¡Abandona la tristeza! Tu padre está vivo, vive en el cielo y goza de mejor vida. Sucédele en su tarea y acepta la

[21] Con estas palabras de la Virgen, al igual que con la imposición de la corona y el manto, Coripo, no sólo pretende legalizar la subida al trono de Justino, sino expresar la concepción bizantina del poder —recogida en la doctrina de Eusebio de Cesarea (260-340 d. C.)—, que es concedido por Dios al emperador y que llega a ser de este modo la imagen divina en la tierra (*hic Omnipotens imago*, cf. II 428).

penosa labor de gobernar el imperio. Tienes valor y energía, una edad conveniente, prudencia en tus decisiones, firmeza de carácter, una voluntad augusta, vigilancia, protectora del imperio y sabiduría que es digna del cielo y gobierna el ancho mundo. ¡No consideres vanas estas palabras o fingidas por el sueño! ¡Apresúrate! Te hablo con certeza: el mundo entero te servirá, lleno de admiración ante las nobles hazañas de tus virtudes. Y cualquier enemigo de vuestra corte[22] caerá por su propio peso y la espada justa de las leyes se abatirá sobre los malvados. Las guerras con los bárbaros engrandecerán la gloria romana y caerán a vuestras plantas reinos poderosísimos. Aquí están los nobles llamando a los umbrales de tu puerta para rogar a Justino y Sofía que sucedan a su padre». Esto dijo la Virgen y, cuando el plácido sueño abandonó los ojos de Justino, volando se confundió con la serena brisa[23].

El eunuco Calinico acompañado del senado acude a ver a Justino

Y ya un numeroso grupo, impulsado por una impresión repentina, golpeaba el umbral que había sido protegido por cadenas allí extendidas. Ante el escándalo, el guardián que se encargaba de proteger la puerta, dijo así encolerizado: «¿Quién es el imprudente que se atreve a interrumpir el plácido sueño de los soberanos cuando las altas horas de la noche obligan al agradable descanso y el sueño es muy grato a todos los miembros?». «Si aún conservas la fiel solicitud para con tus soberanos, levántate ⟨rápidamente⟩», le contestó Calinico[24]. En cuanto reco-

[22] Al parecer, se aludiría a la ejecución de los patricios Adeo y Eterio el 3 de octubre del 566, que habían pretendido envenenar a Justino ese mismo año (cf. IV 348-350).

[23] Las apariciones divinas son características de la épica y, de hecho, ésta nos hace pensar en la aparición de Venus a su hijo Eneas al comienzo de la *Eneida* (I 314-405).

[24] Este anciano dignatario, jefe de los eunucos *(praepositus sacri cubiculi)* y nombrado tesorero imperial *(sacellarius)* por Justiniano antes de su muerte

noció su voz, anunció a su señor que Calinico estaba en la puerta, con cuyo nombre, recibió Justino un auspicio favorable. Ése fue el primer indicio de prosperidad y ventura que devolvió épocas dichosas a un mundo extenuado[25], porque entonces, por primera vez, la Buena Victoria[26] vino hasta su puerta para conducir a los soberanos del mundo al augusto palacio. Fue un destino favorable el que te otorgó este nombre, Calinico, gracias a tus méritos, insigne varón. Y designado como instrumento de tan importante resolución, aunque Dios lo haya realizado todo, tú también, porque al haber vivido y seguir viviendo junto a tus señores con tal lealtad, recibirás a cambio de tu solicitud, prestigio, gloria y celebridad imperecederos. La voluntad divina se llevó a cabo sin el menor retraso: inmediatamente, por orden de su amo, el portero, tras descorrer los pestillos, abrió la enorme puerta de goznes rechinantes. La aparición, que había alejado de su pecho el agradable sueño, ya había puesto al corriente a Justino; profundas preocupaciones conmovían su piadoso corazón. Una vez abiertas las anchas puertas, el senado penetró en el amplio atrio y bajo el dorado techo emprendió el camino, presuroso, precedido de un palaciego.

(cf. IV 332-337), desempeñó un papel primordial en la ascensión al trono de Justino II, al favorecer su candidatura y conseguir el apoyo incondicional del Senado a su investidura.

[25] Se trata del tópico laudatorio de la *felicium temporum reparatio* que asocia la llegada de una nueva era de prosperidad al comienzo del nuevo reinado. Este tema será ampliamente desarrollado en el discurso de Justino al pueblo (cf. II 333-356).

[26] La Victoria, divinidad protectora, estaba íntimamente unida, ya desde los emperadores paganos, a la persona del príncipe y es quien le confiere su título de *invictus*; así, la victoria acompaña siempre a las armas del emperador, que es asistido por el Todopoderoso. Con los emperadores cristianos aparece con frecuencia representada en las monedas.

Digresión sobre el palacio de Justino

La residencia privada se encuentra en la parte superior del edificio; irradia su propia luz, como abierta, sin límites, al cielo, radiante con el distinguido brillo de un resplandeciente metal. Si me es lícito decirlo, el palacio no necesita de rutilante sol, sino que debe ser llamado «el palacio del sol», de vista muy agradable y con un paisaje digno de admiración: una parte mira al inmenso mar, la otra parte se orienta hacia el puerto [27], el puerto al que rodean los brazos de dos orillas, con cuyas murallas levantadas resisten a los vientos desatados y ofrecen un mar en calma para fondear; con su protección de mármol refrenan la agitación del oleaje e impiden con su estrecha entrada el vaivén de las olas. El lugar agradaba a los emperadores y desde allí solían contemplar el mar de olas errantes y las curvadas naves que transportaban todas las mercancías de ambos mundos [28]. En este momento, tras levantarse con premura del elevado lecho, el emperador electo se sentó en un lugar retirado y contaba a su querida esposa la aparición que se le había presentado.

Justino y Sofía reciben a los senadores. Calinico anuncia la muerte de Justiniano

Mientras habla y sopesa estas preocupaciones con su piadosa esposa, los senadores franquean el sagrado umbral con expresión de desaliento. Su actitud reflejaba la desgracia con claros indicios. Al punto se levantaron los emperadores y, dejando la conversación en su retiro, se acercaron al centro de la estancia. «¿Qué venís a anunciarme, amigos? ¿Por qué estáis tristes?», les preguntó Justino. «¿Ha muerto el insigne padre del orbe o está vivo?». En ese momento el palacio

[27] Es el puerto de Sofía, cerca del cual, sobre la Propóntide, estaba situado el palacio de Justino II, conocido por el nombre de *Sophiae*.

[28] Europa y Asia.

prorrumpió en grandes sollozos. Calinico acalló los gemidos con un dedo sobre sus labios e hizo el silencio con su diestra: del mismo modo que un río al desbordarse irrumpe en los anchos campos, inundándolos; si entonces el precavido campesino encauza las desbordadas aguas con diques de contención, la corriente retrocede hasta su origen, las aguas precipitadas quedan frenadas, toda la fuerza del río se retira y disminuyen los riachuelos que había absorbido la porosa arena. «El imperio romano, en vida de tu padre, fue engrandecido con vuestros consejos y desvelos: es cosa sabida por el pueblo y nosotros lo reconocemos con él. Y ¿quién no había pronosticado que tú, Justino, de augusto linaje, serías digno de ser emperador, que tú serías soberano de la sagrada corte, cuando reinabas en el divino palacio de tu noble padre, mostrándote semejante en tu interés, sólo distinto por la corona? Según la jerarquía, eras llamado *curopalates*[29], pero por una disposición del emperador habías sido nombrado César. Y aunque ostentara el poder el anciano, aún robusto, bajo tu control estaban los intereses del imperio que gobernabas con tu influyente decisión. Nada realizó Justiniano sin tu colaboración, ya emprendiera con nobleza esforzadas guerras, ya estableciera, como vencedor, tratados de paz con los vencidos. Ahora tu mismo padre, gozoso y lleno de vida se encaminó hacia el imperio celestial mediante una muerte afortunada, designándote a ti como su sucesor. Asúmelo con alegría: tu tío ha entregado bajo tu autoridad el universo que él gobernó. Aquel venerable varón pensó en ti, no como pariente, sino como hijo. Las leyes te solicitan, la corte te apoya. Tú eres la gloria, el resplandor y la virtud del imperio latino. En ti está

[29] El *cura palati* era el jefe de la guardia palatina, bajo la autoridad del *magister officiorum*. Justino II quiso dar a este cargo, que fue su único título antes de subir al trono, mayor importancia de la que tenía en realidad y, así, a partir de su reinado, se convirtió en una de las más altas dignidades del imperio, reservada prácticamente a miembros de la familia imperial.

nuestra salvación, en ti renace toda nuestra esperanza. Haz esta concesión a los tuyos, te lo suplicamos, sucede a tu padre. No te retrases, acepta el don de Dios, haz uso del cetro paterno y recibe el nombre de Augusto que aún no tenías».

Justino rechaza el poder («recusatio imperii»)

Con tales palabras el fiel Calinico dirigía súplicas a sus sagrados oídos, mientras exhortaba y apremiaba a los soberanos del imperio, vacilantes, y el senado, expresando su acuerdo, adoraba una y otra vez a sus monarcas y, de rodillas en actitud de súplica, besaba con insistencia sus divinos pies y en silencio confirmaba las palabras que había pronunciado su compañero.

En cambio Justino, emocionado por el destino de su difunto padre, rechazaba el poder sollozando y regaba sus mejillas con una copiosa lluvia y su rostro y sus vestiduras estaban empapados: tan grande era su amor por el anciano. «¡Ya basta!», les dijo. «Me exigís una empresa difícil y en vano me apremiáis, amigos. Pues, ¿he de adornar mi cabeza ciñendo la corona cuando Justino debe estar triste? El universo desea llorar; el Estado y el mundo entero pierden a un padre, no a un monarca. Pues ¿a quién no sostuvo, favoreció, aconsejó, alimentó y amó con bondadosa compasión? Y, sin embargo, muchos hubo que pretendieron dañarle en su inocencia. La función imperial no carece de envidia. Iré entristecido a los funerales de mi padre. Rechazo las insignias imperiales»[30].

---

[30] Se trata de la *recusatio imperii,* rito mediante el que se pretendía demostrar la falta de ambición del nuevo emperador y al que se sometían tanto los emperadores legítimos como los usurpadores. Augusto, al rechazar el *imperium* proconsular o las magistraturas extraordinarias, constituye el primer ejemplo.

Súplicas de los senadores. Aceptación de Justino, que se encamina al palacio imperial

Todo el grupo, postrado y tendido ante sus pies, mientras así hablaba, dice al unísono: «Ten piedad, compadécete, santo varón, de quienes te suplican, ven a socorrernos en la adversidad. Pronto verás con la llegada del día que todo se habrá perdido, si el pueblo llega a percibir el vacío de poder, ante la pérdida del emperador. Por mucho que te conmueva el afecto por tu buen padre, que no sea el amor a la patria menor que el de tu progenitor. Tu mismo tío, moribundo, te ordenó con sus propias palabras que fueras tú quien conservara el cetro. Mira cuánta fue la previsión y solicitud del anciano para con nuestra ciudad y el mundo entero. En tu favor hizo Dios todo lo que quiso que fuera realizado. Sube al trono paterno, príncipe valerosísimo, y gobierna el mundo que a ti se somete. Una edad de oro [31] verá la luz durante vuestro reinado y no parecerá que el palacio romano ha cambiado de soberanos». Conmovido por estas palabras, cedió al cabo Justino. Se dirige a la mansión imperial acompañado por los sumisos senadores. Tras él va su queridísima esposa, que marchaba entonces sin el acompañamiento de la acostumbrada escolta. Avanzan a media noche por la ciudad tranquila con expresión poco alegre, aunque se encaminaban al gobierno del imperio con el regocijo del senado, aunque era evidente que todo estaba bajo control, pues el dolor por su padre aún anidaba en sus divinas almas. Ante sus piadosos ojos se aparece su serena imagen que llena de inspiración su pensamiento y, al permanecer por entero en lo más

[31] Tópico de la «edad de oro» que se relaciona con el ya citado de la *felicium temporum reparatio*. Entre los autores que mencionan la vuelta de la edad de oro con la llegada de un nuevo emperador hay que citar a VIRGILIO *(Bucól.* IV 4-7), SÉNECA *(Apoc.* IV 1, 8-9), CALPURNIO SÍCULO *(Égl.* I 42, I 63-65), MARCIAL (V 19, 1-2, VIII 55, 1-2) y ESTACIO *(Silv.* I 6, 39-42).

profundo de ambos corazones, colma de divinidad sus piadosos espíritus.

La guardia imperial acepta y protege al nuevo emperador

Nada más tocar el umbral del palacio imperial con su sagrado pie, retumbó en todos los techos el canto de los gallos. Las aves fueron las primeras en percibir el final de la noche, auguraron un día de júbilo y ofrecieron su aclamación con un insistente batir de alas y agudo canto.

Los centinelas [32] que protegen el palacio imperial son los primeros en desear, a la entrada de los soberanos, un próspero reinado y rodean todos los accesos con soldados armados para que ningún enemigo se atreva a acercarse a la augusta morada con malas intenciones: tan grande fue la lealtad y precaución de los soldados y la solícita astucia de los fieles senadores. Pero ¿quién intentaría impedirlo, cuando Dios ya había anunciado por su santa boca que el imperio sería concedido a Justino y a Sofía y había rodeado todo el palacio de una imponente muralla y de escuadrones celestiales?

El precavido Tiberio [33], tras tomar las disposiciones necesarias, protegió el palacio, siempre con la mayor preocupación de ser útil a su señor; pues a él educó el mayor y común bienhechor del orbe. Habiéndolo elegido desde los primeros años de su niñez, lo retiró del seno materno y, como un padre a su hijo lo alimentó, lo rodeó de atenciones y lo amó y cuando se hizo

---

[32] Los *excubitores*, la guardia del palacio imperial, eran, en época de Justiniano, 300 hombres bajo el mando de un *comes excubitorum*. Su apoyo a Justino II fue vital para su acceso al poder.

[33] Tiberio, secretario de Justino y su hombre de confianza, fue nombrado por éste jefe de la guardia palatina *(comes excubitorum)* hacia el 564. Adoptado y coronado César en 574, será el futuro emperador Tiberio Constantino II (578-582).

hombre, poco a poco lo guió hacia las más altas funciones. Por eso es por lo que el joven pone todo su empeño en favor de los soberanos del imperio y no duda en arriesgar su alma y su vida; permanece vigilante y manifiesta su lealtad, lo que le valió el más sincero aprecio de su soberano. Él apremiaba a los fieles sirvientes, exhortándoles con discretas consideraciones a apresurar el próspero advenimiento de un reinado felizmente reconocido y les ordena que todo esté dispuesto.

Justiniano yace muerto en el palacio imperial

Mientras tanto, el cuerpo del emperador yacía sobre un elevado féretro de oro ante el llanto de una muchedumbre de sirvientes cuyos rostros regaba de lágrimas un justo pesar. Como un árbol en mitad de la campiña, en extremo agradable para las aves, que cae abatido por los años, pero aún conserva su antigua fuerza en sus frondosas hojas y, tendido sobre su tronco, extiende por el ancho suelo sus debilitadas ramas; y a su alrededor revolotean y en él se posan quejumbrosas aves que con tristeza se lamentan de que haya caído su antigua vivienda y deciden buscar otro árbol para sus nuevos nidos: de este modo conservaba Justiniano las últimas improntas de su vida, sin que la muerte mudara su color, sino que resplandecía con su habitual destello. Su venerable muerte manifestó con claros indicios su victoria sobre el mundo; sólo él, entre todos los que lloraban, parecía alegrarse con piadosa expresión, engalanado con la corona y tendido, con un vestido de púrpura, de tal forma que se podría creer que su cuerpo descansaba en el sueño, no en la muerte despiadada. Y no injustamente, creo, pues ¿iba a estar él, al morir, tan dichoso y con semblante tan lleno de bondad, si su alma, consciente del bien que llevó a cabo, no hubiera abandonado sus tranquilos miembros, volando hacia el cielo y no hubiera afianzado el imperio tras confirmar a un heredero?

Lamentos de Justino y Sofía ante el cadáver

Cuando acudió allí el noble Justino con su sagrada esposa, poniendo sus amorosos brazos en torno al cuerpo sin vida, así habló sollozando: «Luz de la ciudad y del universo, padre Justiniano, ¿abandonas tu amada corte y dejas a tus allegados, a tus sirvientes y a tantos súbditos? ¿Menosprecias la tierra? ¿No velas por el mundo extenuado? Aquí tienes a los ávares, a los amenazadores francos, a los gépides, a los getas y a tantas otras naciones que, tras poner en movimiento sus enseñas, provocan guerras por doquier. ¿Con qué empuje vamos a vencer a tantos enemigos si tú, firmeza de Roma, estás muerto?». Estas palabras pronunciaba Justino, derramando lágrimas por amor a su padre, pues ya inundaba todo su corazón la inquietud ante la guerra. Al instante se prepararon los estandartes, los capitanes, la flota, las líneas de batalla, los ejércitos y las armas, siendo todo dispuesto con una nueva resolución y preparado en silencio. Ante una seña de Justino tiemblan los pueblos y los reinos; todo lo aterroriza su fuerza inquebrantable. La naturaleza dio entonces a conocer su piedad y la condición de la carne, que nadie es capaz de evitar, pues es igual a todos los mortales, acrecentó el justo dolor en su divino corazón. Y en esos momentos es cuando se debe alabar y por siempre cantar la piedad de Justino. Decidme, ¿qué hombre podría llorar con lágrimas tan amargas la muerte de un anciano, al ser él sucesor y heredero del imperio? Justino ejerce el poder y sufre, sin embargo. Hubiera preferido prolongar el reinado de su padre a acceder al trono imperial y empuñar el cetro.

Descripción del sudario de Justiniano

Y no menos lloraba al padre amado la ilustre consorte del imperio y compasiva deploraba el destino de los hombres. Añade a los funerales paternos más ofrendas que las habituales y dispone que avance la

comitiva apretada en apiñadas filas. Le ofreció ademas una túnica recubierta de valiosa púrpura, donde se representó, resplandeciente de piedras preciosas y bordada con oro la serie completa de las hazañas de Justiniano. Allí el bordador con fina aguja y arte excepcional había dado vida, siguiendo un orden, a las falanges de bárbaros con el cuello doblegado, a los reyes aniquilados y a los pueblos sometidos. Y había realzado el amarillo oro con respecto a los otros colores, de tal modo que todo aquél que los contemplara los considerara cuerpos auténticos: de oro estaban pintadas las figuras, de púrpura la sangre. Y había representado en el centro del palacio a Justiniano vencedor, pisando el feroz cuello del tirano vándalo[34] y a Libia que aplaudía, enarbolando mieses y laurel. Añadió a la antigua Roma[35] que extendía sus brazos con un seno desnudo en su pecho descubierto, nodriza del imperio y madre de la libertad. La diligente Sofía ordenó que esto sea realizara para que la hora fatal condujera hasta su augusta morada al regio cadáver, engalanado con sus propios triunfos.

La Fama da a conocer la muerte de Justiniano y la subida al trono de Justino

Mientras los sirvientes se aprestan a cumplir las piadosas órdenes y preparan el féretro, surgió un enorme griterío, prorrumpieron en aplausos y aclamaciones de alegría y se alzó un clamor desde las profundidades de la tierra hasta el alto cielo y la paz bienhechora fue del agrado del juicioso pueblo. Alegre, batiendo sus alas a través de la augusta ciudad va volando la Fama y despierta inesperadamente del sueño profundo a sus habitantes; tocando a las puertas y gol-

---

[34] Es el rey Géilamir, a quien ya alude Coripo en la *Juánide* (I 381; III 17).

[35] Roma es llamada *antiqua* para diferenciarla de Constantinopla, que es la *nova Roma* (cf. I 344; III 156, 247; IV 101, 141).

peando los umbrales, multiplica sus lenguas, afortunada mensajera. El Sueño huyó ante su venida y con él arrastró a la Pereza que, al ser derribada, abandonó por entero la ciudad. Suspendida en el aire, la Fama protectora apremia, chasqueando los dedos con frecuencia, a la población que se retrasa. «¡Levantaos, levantaos!», exclama, reprobando el retraso y cuenta que el palacio está lleno de nobles en asamblea para determinar, cuando la noche llegue a su fin, el nombre del elegido que desempeñará la función del anciano muerto. La Fama empuja, excita, golpea los miembros, acosa, apremia. La población se apresura, vacía las casas y alegre va corriendo por todos los barrios. Se originan los primeros rumores, aún poco claros a causa del miedo y todos los ciudadanos, saliéndose al encuentro, se preguntan unos a otros y lentamente se difunde la noticia entre la multitud.

Explicación sobre el circo y su simbolismo

Los antiguos senadores dedicaron los gratos espectáculos del circo en honor del sol nuevo[36]; pues creían, según una cierta teoría de los hechos, que eran cuatro los caballos del Sol[37], que representaban las cuatro estaciones del año entero. Siguiendo esta representación, con signos, números y música, establecieron el mismo número de aurigas que de colores y formaron dos equipos con aficiones opuestas[38] como lo son los rigores del

[36] Las carreras del circo fueron establecidas, en un principio, en honor del sol (cf. TERTULIANO, *Spect.* VIII 1). La expresión *sol novus* era una antigua denominación del solsticio de invierno.

[37] Llamados Pírois, Eoo, Eton y Flegetonte (cf. OVIDIO, *Met.* II 153); sus nombres evocan la idea de llama, fuego o luz.

[38] En la época de Coripo las facciones rivales estaban constituidas por los Azules y los Verdes, siendo los Rojos y los Blancos subdivisiones de ambos equipos. En ocasiones la rivalidad se manifestaba en enfrentamientos violentos entre unos y otros.

invierno a los calores estivales. Pues el verde florece como el campo del mismo color que la hierba en primavera o el olivo de espesa copa o todo bosque en su magnificencia. El rojo resplandece con el manto purpúreo del verano, así como algunos frutos enrojecen con su resplandeciente color; el azul del otoño, rico en el color del hierro y de la púrpura, distingue a las uvas y olivas maduras. El color blanco, semejante a la nieve en su blancura y a la escarcha del invierno, se une al verde como compañero. El propio circo, que es inmenso como el círculo del año completo, se cierra en un óvalo de largas curvas que abarca dos metas situadas a la misma distancia y la zona de la arena en el centro por la que se abre camino la pista[39].

¿⟨Para qué⟩ contar que fue ⟨Tróquilo⟩[40] el primero en uncir cuadrigas y pertrechar nuevos carros y que a continuación vino Pélope[41] a causar la muerte de su suegro? El yerno fue considerado más aventajado por su técnica y estuvo mejor sujeto gracias al amor de su futura esposa. Nuestros primeros antepasados no realizaban este rito según las reglas, pues pensaban de forma equivocada que el sol era dios. Pero cuando el creador del sol quiso mostrarse a plena luz y, siendo de naturaleza divina, se encarnó en una virgen, se retiró entonces al sol ese favor

---

[39] Coripo ha establecido una correspondencia, por una parte, entre los caballos del Sol, los colores, las facciones y las estaciones y, por otra, entre el circo y el universo, basándose en una tradición tanto latina como bizantina.

[40] Tróquilo es un argivo, hijo de Ío, a quien se atribuye la invención de los carros, en particular el carro sagrado empleado en el culto de Hera argiva; aunque también es atribuida la invención de la cuadriga a Erictonio, uno de los primeros reyes de Atenas.

[41] Pélope, hijo de Tántalo, estaba enamorado de Hipodamía; pero su padre Enómao se negaba sistemáticamente a otorgar su mano, pues un oráculo le predijo que moriría a manos de su yerno. Todo pretendiente de su hija debía contender con él en la carrera de carros, en la que eran vencidos y matados. Hipodamía, enamorada de Pélope, ayudo a éste a sobornar al auriga de su padre, de modo que Enómao murió al romperse el eje de su carro durante la carrera.

y su honor y gracia se otorgó a los emperadores latinos y los gratos placeres del circo a la nueva Roma.

Aclamación popular a Justino

Allí estaba la población en pleno: niños, jóvenes y ancianos ⟨***⟩ la multitud aplaude ⟨***⟩[42] tenían todos una sola voz, un mismo espíritu; un solo nombre es grato a todos. Como cuando el ave Fénix renueva sus miembros que ella ha abandonado, al renacer de sus propias cenizas[43], mientras una asamblea armoniosa de aves permanece unida contemplando al sol y al ave del sol, hasta que ésta se presenta y acogen al nuevo soberano con aclamaciones: así, el esplendor del imperio, al renacer así la santa iota[44], se alzó de su propia muerte para renovar su vejez y el emperador Justiniano vive en el príncipe Justino de nombre erguido. Así el pueblo, que acude por doquier con el regocijo de las aves, por amor a su soberano, clama: «¡Vence, Justino!»[45]. Aumenta el enorme griterío y el luto se aleja del palacio imperial ante la llegada de la nueva alegría. El clamor provoca la exaltación de la multitud; todos los elementos ofre-

---

[42] Los versos 346 y 347 están incompletos.

[43] El Fénix es un ave fabulosa originaria de Etiopía, cuya leyenda está relacionada en Egipto con el culto al Sol. Al ser única en su especie, no puede reproducirse y, así, cuando siente llegar su fin, se quema a sí misma en una pira y de sus cenizas surge un nuevo Fénix. Es, por lo tanto, el símbolo de la *renovatio* por excelencia y es utilizado además en el arte cristiano como símbolo de la inmortalidad. Coripo se sirve de la imagen para expresar el renacimiento de Justiniano en Justino II.

[44] La iota es la inicial de los nombres de Justino y Justiniano, símbolo de la rectitud y la fuerza, y que, como la imagen del Fénix, insiste en la continuidad del imperio.

[45] Este tipo de aclamación era muy frecuente en Roma en la época imperial y aún más en Constantinopla. El grito sirve para aclamar todos los momentos públicos de la vida del emperador: entronización, victorias militares, coronación del emperador y su consorte.

cen su favor a Justino, la alegría es general. Todos los dignatarios acuden atraídos por el clamoreo, el sagrado palacio se llena de luz. Es más, se podría creer que incluso el mismo cuerpo
sin vida del emperador, a quien la muerte había dado una apa- 365
riencia angelical, se regocijaba. Dios proporcionó claros indicios y demostró que había sido Él mismo quien puso sobre la cabeza de Justino la deslumbrante corona del imperio.

LIBRO SEGUNDO

Al día siguiente Justino se dirige al templo de San Miguel. Plegaria del nuevo emperador

La Aurora cubierta de rocío había mostrado su color purpúreo, consagrada por el poder de Dios [46], y exhortaba a los emperadores a aceptar el reino que la gracia divina les había otorgado. No obstante, Justino, pese a conmoverse por las frecuentes súplicas de los nobles, no aceptó las reales insignias del imperio sin antes encaminarse al sagrado templo, en actitud de súplica, para hacer sus ofrendas a Cristo entre multitud de oraciones.

Al instante, dirigiéndose hacia el umbral del templo del Arcángel [47], depositó sobre el fuego piadoso incienso, ofreció cirios resplandecientes y con los ojos arrasados en lágrimas, comenzó su súplica de este modo: «Príncipe todopoderoso, Padre insigne del Altísimo Verbo, luz eterna, Dios que ha modelado y

---

[46] Es la mañana del 15 de noviembre del 565.

[47] Se trata del arcángel San Miguel, por quien Justino sentía una especial devoción, pues su hijo Justo fue enterrado en una de las iglesias consagradas al arcángel. La localización del templo al que Justino se dirige es difícil de precisar, dada la proliferación de iglesias —doce, en época de Justiniano— consagradas a San Miguel.

creado el universo, cuya sabiduría hizo el cielo lleno de estrellas, cimentó la tierra, embelleció los campos con flores, otorgó sus frutos a los árboles, la hierba a los valles; cuya fuerza creadora dio forma a los fuegos brillantes del cielo para distinguir el día de la noche, engalanó al sol con una cabellera de rayos resplandecientes, hizo menguar poco a poco a los cuernos de la luna y poco a poco crecer, dio forma a variadas figuras de aspecto diferente y creó al resto de los animales encorvados sobre sus miembros, sólo al hombre en posición erecta, al que en seguida dotó de inteligencia, dando vida al barro seco con su divino aliento. Tras quitarle una de sus costillas, consiguió dar forma a una compañera semejante al ser creado y se la entregó; y un mandato del Verbo divino hizo que se sometieran a ellos las criaturas que viven bajo el límpido cielo. ¿Qué gracias he de darte por tan inmenso don, creado, en mi pequeñez humana, a la imagen del infinito Creador? Aquí me tienes, una parte insignificante de la creación, sometido ante tus ojos, Altísimo. A ti sólo sirvo, ante ti inclino mi cabeza; sólo ante ti se doblan todas las rodillas, al que temen todas las cosas y ante quien tiemblan los elementos. Lo que ven los hombres y lo que no les está permitido ver, se muestra transparente ante tus ojos; ellos te sirven, te adoran y alaban tu creación. Si me ordenas ostentar el poder de Roma y subir al trono de mi padre, si ha sido de tu agrado el confiarme a tantas naciones, permíteme poder cumplir tu voluntad. Tú dominas a los enemigos, subyugas a los soberbios y sus enloquecidos corazones, Tú obligas a los reyes a servir como esclavos. Concédeme, así lo deseo, la capacidad de llevar a buen término tus preceptos». Agradaron al Padre las piadosas palabras de la plegaria de Justino, el Hijo escuchó la oración del suplicante y el Espíritu Santo dijo «¡reina!». La voz secreta de Dios se dio a conocer con el desenlace de los hechos: no se hubieran producido si la santa voz de Dios no lo hubiera ordenado.

Plegaria a la Virgen de Sofía acompañada de su hija

La purísima consorte del ilustre imperio se dirigió también al elevado templo de la Virgen y Madre[48] y, tras franquear bajo buenos auspicios su venerado umbral, se detuvo, deslumbrante, con las manos extendidas ante el piadoso rostro y, con la mirada baja, comenzó estas plegaria: «Virgen, Madre santísima del Creador del mundo, soberana del alto cielo, que eres, de modo sorprendente, la única en ser verdadera madre, permaneciendo virgen, elegida por Dios como madre, sin semen de padre; al concebir, por tu fe, al Verbo, diste vida a nuestra salvación. ¡Oh, piedad admirable de Dios que causa espanto el pronunciarla! El Señor Dios, creador de los cielos, única imagen de Dios Padre, se cubrió con un velo de auténtica carne, encarnándose de una virgen con forma de esclavo. ¿Qué dignos honores hemos de ofrecerte a ti, bendita, y a tu Hijo, en pago a tantos bienes? A ti, gloria de las madres, ruego tu auxilio; que siempre te adore y te reconozca como señora y protectora del nuevo imperio de Justino. Conserva, ilustre, nuestra cabeza, concede al imperio tu protección, dirige nuestra vida, lleva a buen término lo que ha sido comenzado; concédenos el éxito en todo, según nuestras buenas disposiciones; somete a los pueblos feroces y que perezcan los soberbios bajo justa espada. Que viva yo siempre bajo vuestra protección». Pronunciando aún numerosas súplicas con piadosas palabras, tras depositar su ofrenda de cirios, volvió al alto palacio. Le acompañaba a su divino costado su hermosísima hija[49] que podría vencer a la lu-

[48] Podría tratarse de la iglesia de Nuestra Señora de Chalcoprateia, que se encontraba cercana al palacio, frente a la puerta occidental de Santa Sofía, aunque de nuevo su ubicación resulta problemática al ser más de cien los templos de la Virgen en Constantinopla y alrededores.

[49] Arabia, esposa de Baduario (cf. II 284), era la única hija viva de Justino II y Sofía, al haber fallecido otros dos hijos de los emperadores, Justo (cf. nota 2 *supra)* y la pequeña Firmina.

na llena con su resplandor, de la misma estatura que su madre, de esplendor semejante en su elegancia, igual de hermosa y parecida a su madre en la blancura de sus mejillas. Sus ojos resplandecen con el brillo del fuego. Las diferenciaba el nombre y la edad, pero no la gracia de su distinguida belleza. Como el brote de un árbol que nace de la raíz de su madre y alza altivo su copa entre las altas ramas para igualar la sombra materna con sus nuevas hojas, mientras su madre se regocija al tener como igual a su propio vástago que florece de su semilla y dichosa, eleva hasta las brisas sus feraces ramas, contemplando desde su copa los campos sembrados.

Descripción de las vestiduras imperiales de Justino. Imposición del collar al emperador

En aquel momento el príncipe penetraba jubiloso en la divina morada y la multitud, en su regocijo, llenaba los amplios salones. Los fieles servidores, según su respectiva función, se apresuraban a ofrecer sus manos a su servicio. Sacan y traen la vestimenta imperial, el valioso cinturón recamado de pedrería y la corona para su sagrada cabeza[50]. Justino se despoja de su anterior indumentaria, permaneciendo sólo vestido con un manto que acrecentó el resplandor de sus reales miembros, como cuando una densa nube comienza a desgarrarse y el aire transparente deja ver el cielo sereno, el sol envía sus rayos resplandecientes y todos los elementos se congratulan de haber visto la luz. Al instante, levanta la hierba su suave cabeza, germinan los sembrados, maduran los frutos y la misma luz se regocija al contemplar las tierras. «Éste es el famoso día», dijeron los súbditos llenos de gozo, «que tu bondadoso padre había predicho a través de su santa boca».

[50] Con la preparación de la indumentaria imperial se inicia el ritual de la coronación de Justino II.

El príncipe avanza y viste sus piadosos miembros con una túnica, cubriéndose con un vestido dorado con el que resplandeció en todo su esplendor y despidió su luz que disipaba las oscuras tinieblas, aunque aún no se había mostrado el sol en el cielo. Sus pies resuenan con el purpúreo y brillante coturno; ató sus regias piernas con cintas escarlatas —obra del cuero persa, teñido con la púrpura campana[51]— con las que suele el emperador romano en su victoria pisar a los tiranos sometidos y doblegar el cuello de los bárbaros. Eran apreciadas por su color rosado de sangre, alabadas por su tono púrpura y fueron escogidas por su tacto suavísimo para los sagrados pies. Sólo a los emperadores, bajo cuyas plantas hay sangre de reyes, es apropiado utilizar esta indumentaria; con seguridad, todo misterio es demostrado con un razonamiento seguro de los hechos. Un resplandeciente cinturón[52], cuyo brillo irradiaba su noble pedrería y oro fundido, ceñía sus regios costados y un divino vestido le caía, sujeto desde el pecho, suelto hasta la rodilla, blanco con una lujosa orla. Un manto de brillante púrpura se extendía sobre sus reales hombros que, recamado de oro resplandeciente, vencía a la luz cuando el príncipe mostraba su diestra[53]. Un broche dorado[54] sujetaba con su curvo mordisco los bordes que se unían y sobre los eslabones de sus cadenas brillaba la pedrería, gemas que otorgó la feliz victoria en la guerra contra los getas y que Rávena benévola devolvió a los

[51] El adjetivo alude a las industrias de tintes situadas en la región de Campania.

[52] El cinturón, que no formaba parte de la vestimenta imperial durante los dos primeros siglos del imperio, fue introducido por Vitelio.

[53] La clámide, como muestran las representaciones del emperador en los mosaicos, estaba abierta en el lado derecho para dejar pasar el brazo.

[54] Las fíbulas eran piezas de especial importancia en el atuendo imperial. En el reinado de Alejandro Severo existió incluso un *praepositus a fibulis*.

emperadores y trajo Belisario de la corte vandálica[55]. Las pruebas de tus victorias, piadoso Justiniano, permanecen bajo la protección y el gobierno de Justino sobre el mundo; vuestros nombres serán cantados a través de todas las épocas y los pueblos venideros narrarán vuestros prodigios. Un collar de oro consagrado, que las manos de Armado pusieron en torno a su cuello, inauguró su divino imperio[56]; al tiempo que hacía esto y extendía tres veces su diestra con la ofrenda, dijo: «Te confiero, Justino, la dignidad imperial», «y yo te designo como tribuno», respondió el emperador. Afortunado Armado que fue el primero en oír las palabras del soberano y el primero en recibir solemnes dones.

Descripción de las vestiduras imperiales de Justino. Imposición del collar al emperador

Cuatro jóvenes elegidos levantan en el aire un enorme escudo de forma circular; Justino, elevado por las manos de sus asistentes, permaneció encima[57], erguido, como su inicial, que de trazo estable, nunca se dobla, consagrada por tres nombres que rigieron el imperio con poder semejante[58]; todos de un mismo linaje, su gobierno fue sucesivo, la época de su reinado consecutiva y su poder ininterrumpido. El imperio ha avanzado según su lógica sucesión: el reinado de

[55] En el año 534 Belisario trajo a Constantinopla el tesoro real vándalo del que se había apoderado en Hipona.

[56] La imposición del collar suponía el reconocimiento y aceptación del poder imperial por parte del ejército. El rito era llevado a cabo —desde Anastasio y Justino I— por el *campiductor lanciariorum,* suboficial de uno de los cuerpos de las tropas de palacio. El *campiductor* Armado, encargado de la misión, fue elevado al grado de tribuno, siendo frecuentes este tipo de promociones con el advenimiento de un nuevo emperador.

[57] Este rito, que formaba parte del ceremonial de la coronación, era de origen germánico —es conocido desde TÁCITO *(Hist.* IV 15)— y se realizó por primera vez en la coronación del emperador Juliano el Apóstata, en el 360 d. C.

[58] Justino I, Justiniano y Justino II.

dos de ellos permanece ya transferido al cielo y ahora nos asiste el mayor y común bienhechor del orbe, a quien los reyes confían sus cuellos sometidos, cuyo nombre temen y cuya divinidad adoran. El distinguido príncipe se alzó sobre el escudo, como imagen del sol[59]; una nueva luz resplandeció desde la ciudad. Y un único y mismo día favorable se admiró de que se alzaran dos soles al mismo tiempo. ¿Acaso mi poema sobrepasó su límite? Causará sorpresa quizá el haber dicho que nacieron dos soles a un tiempo. Pero no se dirá que mi boca pronunció palabras vacías o imágenes sin sentido, si se examinan mis afirmaciones; pues el espíritu del justo resplandece más que el sol, no se sumerge en las aguas, no retrocede ante las tinieblas, ni lo cubre la oscura sombra. La luz de las buenas acciones brilla con eterno resplandor.

Cuando vio que todo había sido cumplido según el ritual de sus predecesores, el patriarca Juan[60], de edad madura, bendijo al emperador que permanecía en alto y, entre plegarias al poderoso Señor del cielo, ordenó consagrar la cabeza del soberano con la sagrada diadema y al colocarla con gozo sobre su cabeza ⟨***⟩[61]. Resonó de repente el clamor de los senadores, a continuación crecen los vítores de los súbditos, a los que respondió el eco. Alaban con múltiples elogios los nombres de los soberanos; innumerables voces desean vida a Justino y en igual número aclama la población en pleno a la emperatriz Sofía. Miles

[59] La comparación del emperador con el Sol es un tópico de la literatura panegirística. En la iconografía o la numismática, a partir del siglo III, se representaba al emperador como el Sol sobre su carro.

[60] Es Juan III, al que llamaban «el Escolástico», patriarca de Constantinopla desde abril del 565 hasta su muerte en agosto del año 577 y unido a Justino II por estrechos lazos de amistad.

[61] El patriarca interviene en la coronación a partir de los años 450-457 y es en el siglo VI cuando la coronación religiosa se asocia a las ceremonias militares, legitimando de este modo el patriarca el poder concedido por el ejército al emperador. Falta el resto del verso.

de voces diferentes cantan mil alabanzas; dicen que Justino y Sofía son dos luces iguales para el mundo; «¡reinad los dos durante siglos!», dicen y desean años venturosos a sus felices monarcas. El griterío resonó durante largo tiempo y al final cesó.

Discurso de Justino ante el senado. Aclamaciones de los senadores

Tras su coronación, Justino subió al trono de sus antepasados y se sentó haciendo la venerable señal de la cruz y con la mano levantada, ante el senado en pleno, allí presente, comenzó a hablar de este modo por su piadosa boca: «Dios que reina sobre todos los reinos nos ha otorgado el reino de nuestros antepasados y concedido la corona paterna. El Creador del universo me ha impuesto la tarea, que Él mismo ha creado, del gobierno. Alabamos la obra del Hacedor y admiramos a un temible soberano. Le damos gracias y le manifestamos nuestra gratitud. De su propiedad es todo lo que somos, como lo demuestra la razón y ⟨***⟩ [62]. Un ser vivo está formado por muchos miembros, pero es la cabeza quien los gobierna [63]. Así pues, Dios creador, cuando dio forma al hombre ⟨***⟩ [64] de modo que la cabeza gobernara sobre todos los miembros. Para cuyo gobierno se ha unido a la cabeza la sabiduría que, al estar situada en la cumbre del cuerpo [65], observa sus miembros con mirada serena, de manera que, a aquellos que ve en su sagacidad, con ojos atentos, debatirse con la enfermedad que esclaviza su cuerpo, cure y expulse con medicinas sus perniciosos males. El imperio romano está dispuesto a la perfección en un solo cuerpo, del que está

---

[62] Sólo se ha conservado el comienzo del verso 185 *(et rerum certas)*.

[63] Coripo utiliza una antigua alegoría (cf. LIVIO, II 32; CICERÓN, *Offic.* III 22; SÉNECA, *De Clement.* I 5, 1 y *Vulg.* I *Cor.* 12, 12 s.) en la que compara al Estado con el cuerpo humano.

[64] El verso 188 está incompleto.

[65] La imagen de la cabeza como la ciudadela del cuerpo procede de PLATÓN *(Tim.* 70a; *Rep.* 560b).

permitido decir que se compone de muchos miembros. Nosotros somos, por consiguiente, la cabeza de este cuerpo consolidado. Sabiduría ha sido elegida como consorte de esta sagrada cabeza, para que, en su clarividencia, gobierne conmigo el mundo que me ha sido confiado, sentándose en el mismo trono. Vosotros, los miembros que estáis más cerca de mí, senadores, la mayor esperanza de nuestro reino, vosotros sois el pecho, vosotros los brazos de esta cabeza, vosotros de cuyos consejos y desvelos se sirvió el Estado para dominar a los pueblos y someter reinos. A mí me ha sido encomendada la más alta función en el gobierno del imperio. Y ya que es nuestro cometido el gobernar el mundo sometido, también os encomendamos a vosotros el velar por el interés del orbe. Hablamos a hombres leales y os exhortamos con estas palabras. Ante todo hay que venerar a Dios con todas las fuerzas, siempre hay que adorarle, siempre temerle y amarle, a Él que ha creado todo el esplendor del bello universo. Nosotros intentamos imitar, según la capacidad de nuestra naturaleza, al que lo crea y lo da todo. Por voluntad divina yo mando, como cabeza sobre sus propios miembros. Reservad una misma justicia para todos los pueblos por igual y mantened los límites de la ley; gobernad al pueblo como deben gobernarlo los verdaderos padres del imperio y protegedlo como a vuestros propios pies y miembros inferiores, pues no debe concederse menor atención a los miembros más humildes. Vemos, según la ley de la naturaleza, que las manos, cuando se aproximan a los pies, les prestan su ayuda y nos damos cuenta de que los ojos, con los que vemos lo que está más bajo, son los servidores de los pies. Allanad los caminos ante vuestros pies; no menospreciéis la parte que es apropiada para grandes funciones y duros esfuerzos, mediante la que se transporta todo el cuerpo con la cabeza en lo más alto. Quien anda con pies rectos no se inquieta ante mal alguno ni teme la ofensa: el camino recto desconoce la caída. Es más, incluso al cabe-

llo hay que otorgar el cuidado diario. Que nadie considere despreciable lo que sabe que concierne al cuerpo. Que la gravedad, que el ejemplo de los senadores se difunda por el mundo entero. Que se eviten los asesinatos, que se ponga fin a los altercados entre las facciones [66], que no se presente ocasión alguna para el ultraje, que cese la injusta práctica de la avaricia. Perdonad a quienes se nos han sometido, doblegad el cuello de los soberbios. Que su propia culpa castigue a los culpables, que las leyes protejan a los pacíficos.

Dirigid hacia aquí, varones, vuestros oídos y toda vuestra atención y aprended de nuestras palabras la confianza que os otorgamos. Los campesinos cultivan sus propios campos, desean las cosechas con el trabajo diario y labran la tierra con el arado. La productiva tarea se reparte entre los buenos colonos: un grupo destripa terrones, otro confía las semillas a los surcos; otro grupo canaliza las límpidas aguas y riega los huertos con el agua que traen los canales. La tierra sabe enriquecer a los colonos que la cultivan. Del mismo modo el Estado, como la tierra fértil, cubre de riquezas a quienes le han prestado sus servicios; el senado es su gran esperanza; éste florece con su virtud, fidelidad, severidad y rigor. Quienes velan por el Estado recibirán una gran recompensa. Que nadie se apodere de la propiedad del fisco. Sabed que el fisco desempeña el papel del estómago, por el que se alimentan todos los miembros. Si el estómago está vacío, desfallecen todos los miembros, pierden su vigor y los huesos contraídos permanecen rígidos cuando la médula se seca. A todos nutre el fruto del sagrado fisco, del que se obtiene el bien común, el apoyo común. Que el fisco sea

[66] Alusión a los enfrentamientos entre los Azules y los Verdes (interpreto *populorum* con el valor del griego *dêmoi* que designaba las facciones del circo. Cf. II 336), provocados, no sólo por la competencia deportiva, sino por una ideología social y política diferente. Bajo el poder de Justino no se conocieron altercados de gran importancia.

protegido sin ofender a ningún hombre justo; que tome lo que le pertenece y deje la propiedad privada. Practicamos la justicia[67], otorgamos nuestro respeto y afecto a los hombres justos; esta justicia os encomendamos y os ordenamos conservarla. Muchas cuestiones fueron descuidadas mientras vivía mi padre[68], por lo que el fisco arruinado contrajo tantas deudas que pretendemos saldar, llevados por la compasión, a los desdichados ciudadanos. Que el mundo entero se regocije de que en la época de Justino se reparó lo que no se hizo ni se llevó a cabo por la ancianidad de mi padre. Ya no tenía el anciano interés alguno; en la más absoluta inactividad, ya sólo le animaba su amor por la otra vida. Toda su mente estaba en el cielo; sin acordarse de este cuerpo, pensaba que ya había franqueado la apariencia de este mundo. Y aunque agotó los ingresos del arruinado fisco, no obstante, conservo la bendición de mi santo padre que es capaz de repararlo todo y restablecer lo que se ha arruinado. No permitimos que nadie cause daño al sagrado fisco, ni consentimos que nadie sea maltratado en su nombre. Que todos disfruten de sus bienes y hagan uso de sus derechos».

Una vez que el emperador pronunció este discurso con voz sosegada, el senado lo adoró, postrado, alabando sus piadosas palabras y el griterío de la aclamación se elevó hasta las estrellas.

---

[67] La justicia era la cualidad principal que se exigía a un emperador, por la cual éste se constituye verdaderamente como representante de la autoridad divina.

[68] La situación política a la muerte de Justiniano era desastrosa. Justino alude al estado crítico del erario público, obligado a contraer numerosas deudas, pero a esto hay que añadir el descontento del ejército, en el que abundan las deserciones y los enfrentamientos entre las facciones del circo, prueba del gran malestar social. Justino adoptaría una serie de medidas durante su mandato para paliar esta situación.

Justino se dirige al circo, donde es aclamado por la multitud

Al instante, Justino se dirigió a la tribuna del inmenso circo[69] para ver al pueblo en su regocijo y exhortarle con su piadosa elocuencia. Entonces avanzan en larga fila los nobles y el senado en todo su esplendor. Entre los primeros, distinguido por su venerable rostro y gozoso al servicio de su hermano, iba Marcelo[70]; y Baduario[71], nuevo administrador del sagrado palacio, sucesor de su suegro, pues en seguida fue nombrado *curopalates*. Diferentes en edad, pero semejantes en afán y voluntad, ambos patricios, ambos queridos por el emperador, resplandecían como dos estrellas radiantes, estrellas que adornan el cielo con potente luz y que sólo pueden ser vistas cuando aparece el sol y desaparece la masa de las estrellas, cuando todos los astros palidecen y la luz que nace contempla la hierba tocada por su resplandor y el nuevo día cubre las estrellas.

Un *cursor*[72] se adelantó corriendo a dar la señal, colocando una lámpara, según la costumbre. Un murmullo de júbilo se extiende entre el alegre gentío. El pueblo, poniéndose en pie, levantó sus ojos atentos hacia el trono imperial, pues en su regocijo, deseaba con el mayor afán ver al bienaventurado soberano. Éste salió en toda su gloria y fortaleció su serena frente con la señal del santo madero. Y cuando, tras saludar al pueblo,

[69] La aparición del emperador en el circo ante el pueblo formaba parte del ritual de entronización.

[70] Marcelo era hermano de Justino II. Participó en la guerra contra los persas en el año 544 y en el 562 estuvo al frente, como *magister militum*, de una expedición contra los hunos.

[71] Baduario era el esposo de Arabia, hija de Justino II y Sofía (cf. II 72). Su nombramiento como *curopalates* y *comes sacri stabuli* se produjo en el 572. Murió en el 575 ó 576, tras haber perdido una batalla contra los lombardos.

[72] Los *cursores* tenían a su cargo el correo estatal y también se ocupaban de asegurar el orden en el hipódromo.

llegó hasta los asientos, subiendo hasta el dorado trono y sitial paterno, levantado en alto con cojines de plumas y bellos tapices, contempló al alegre gentío y con humilde semblante, al ver a los miles de personas que le rodeaban entre aplausos, sonrió, conservando su dignidad y ofreciendo alegría a la multitud.

Cuando el emperador se sentó en el alto trono, resonó un gran clamor de alegría; el pueblo desea con múltiples voces una edad de oro para los emperadores y ambas facciones piden a gritos larga vida para Justino y ruegan por la emperatriz Sofía con innumerables oraciones. Resuenan los aplausos, se propaga el regocijo de las facciones, las filas se responden unas a otras a las aclamaciones, levantan sus diestras a un tiempo y a un tiempo las bajan. Por todo el circo la muchedumbre agita con empeño sus mangas blancas, al igual que las olas que avanzan apretadas una tras otra. Se organizan cantos que se acompañan de música. Levantan la cabeza a un tiempo, unas veces con los brazos alzados, otras dejándolos caer. Avanzan a la vez y a la vez retroceden: la masa compacta de una multitud humana va y viene[73]. Se creería estar viendo las espesas copas de un bosque de coníferas jugar encrespadas por el suave soplo del euro, cimbrearse inclinando su cabellera y doblar sucesivamente, a uno y otro lado, sus frondosas ramas de flexible copa. A continuación, tras ser dada una señal, la muchedumbre guardó silencio y todas las gradas del clamoroso circo permanecieron calladas, como cuando sopla una brisa suave, al calmarse los vientos, y el mar de olas errantes, que es agitado por la tempestad, allana sus tranquilas aguas; entonces toda la superficie marina resplandece en honor del sol y se acalla en la quietud de sus orillas.

---

[73] Los Azules y Verdes, ambas facciones del circo, desempeñaban una importante función en las aclamaciones imperiales que se realizaban en coro con acompañamiento musical de órganos que se situaban cerca de las dos metas.

Discurso de Justino ante el pueblo

Cuando cesaron las ruidosas aclamaciones y el griterío de la población, el divino emperador con su voz augusta, en un discurso al pueblo, le hizo estas recomendaciones: «Vivid felices, ciudadanos, es tiempo de júbilo. Regocijaos y conservad vuestra alegría, pues es Dios quien nos la ha concedido. Que nadie turbe su dicha. Que desaparezcan las matanzas, que cesen los enfrentamientos entre las facciones. Y que ahora, después de las duras fatigas, doy mi palabra a todos, tenga el pueblo paz y nosotros una diligente vigilancia. Construiré una ciudad tranquila para la seguridad de sus ciudadanos. Nosotros os tenemos bajo nuestra responsabilidad, nosotros protegemos vuestros bienes. Creedlo, la política de mi mandato no tolerará que los injustos se ensañen largo tiempo. Poned orden a vuestras costumbres; alejad vuestras manos del robo, dejad de hacer el mal. Aprended la justicia y observad los preceptos de las leyes. Quien practica la justicia no temerá a ningún tribunal; ningún juez le infundirá temor; la fuerza de la ley se abatirá sobre los culpables. Sed pacíficos. Si el compañero ama a su compañero, si el ciudadano a su conciudadano, no sólo dispondré los deseados espectáculos del circo, sino que prepararé recompensas e importantes donaciones para el pueblo. Enriqueceré con favores a la población y restableceré, durante mi consulado, el nombre negado a los cónsules después de tanto tiempo [74]. Y para que el mundo entero se llene de júbilo con el don de Justino, los dones de mis calendas se apresuran en llegar. Mantened

[74] En realidad, no se produjo, como afirma Coripo, una verdadera restauración del consulado, pues Justiniano, sin llegar a suprimir la dignidad, no nombró ningún cónsul, permaneciendo él mismo como único titular del cargo. Justino pretende atraerse el favor del pueblo con la celebración de su consulado, pues la ley sólo permitía distribuir el oro de las donaciones solemnes al emperador cónsul.

vuestras posiciones, apresuraos, preparaos y contad con nuestra silla curul en el día prometido». El pueblo se asombró en su regocijo cuando escuchó el inesperado nombre de cónsul. Estallan las aclamaciones y un enorme clamoreo se difunde entre la alegre ⟨población⟩. Se oye por doquier un temblor de murmullos y se multiplican los aplausos que resuenan con suave cadencia.

Justino salda las deudas de Justiniano

Mientras tanto, las gradas del ancho circo se quedan vacías; de todas partes baja una muchedumbre de hombres que sollozan y llenan toda la arena con documentos que extienden ante el mismo trono del soberano. Y regando sus rostros con abundantes lágrimas y con el cuerpo postrado en tierra, cayeron de bruces. «Compadécete de nosotros, estamos acabados», resonó durante largo tiempo una voz potente. «Lee las sagradas cédulas de tu padre, calcula la cifra a partir de tantos documentos y presta ahora auxilio a tus siervos. Nosotros confiamos nuestras pertenencias a quien nos lo ordenó. ¿Quién os negaría a vosotros, los emperadores, lo que os pertenece, pues vuestro es todo lo que el mundo posee? Tú sabes, el más insigne de los soberanos, hasta qué punto es provechoso el comercio público para vuestro fisco. ¿De dónde procederán los tributos anuales para tu imperio si nuestra fuerza desfallece? A tu servicio están todos nuestros actos. Nosotros llamamos bienes privados a tus posesiones. Apenas si, arruinados, nos queda el alimento cotidiano que un largo día y la suerte nos proporciona tras un largo esfuerzo y nos restablece por la noche un ligero refrigerio». Sin poder soportar largo tiempo el llanto amargo de tantos hombres, compartió su dolor compadecido y se sometió piadosa y libremente a sus propias leyes. «Las deudas», dijo, «deben ser saldadas por quien ha sucedido a su padre como heredero». Ordena traer a sus fieles sirvientes su tesoro personal. En seguida

acudieron numerosas cuadrillas con sus robustos brazos cargados de cientos de libras. Las descargaron de sus hombros. La multitud se concentra en un solo grupo y el circo entero resplandeció con el oro esparcido. Entonces, tras ser expuestas las cuentas en público y ante la vista del pueblo, pagó las deudas de su padre y recogió los títulos de deuda.

¡Cuánta alegría en aquel momento, cuánta aclamación! Por doquier se eleva hasta el cielo el alegre griterío de las aclamaciones populares. Se admiran los nobles ante tal espectáculo, se admira el pueblo: por una parte brillan las resplandecientes llamas con los documentos ardiendo, por otra, brilla el amarillo oro que rivaliza con el fuego; por un lado echan al fuego los documentos, por otro, equilibran en peso las monedas de oro esparcidas sobre el platillo de una balanza, empujándolo con el pulgar. Después se van con los pliegues de la túnica repletos, cargados bajo el peso de las monedas. Alzando los ojos ruegan por la vida del emperador. Justino fue considerado más generoso y benévolo que su padre. ¡Con qué fuerza de carácter aplastó el afán de lucro, saldando las deudas del Estado, por voluntad propia, con su oro privado, señor compadecido de sus siervos menesterosos! Con esta sola acción el nuevo emperador en su piedad ha vencido a todos sus antecesores. Aunque realizara después mejores acciones, éste era, sin embargo, un primer presagio que ninguno de sus antepasados vaticinó que los emperadores anteriores llevaran a cabo.

El emperador proclama una amnistía y regresa al palacio imperial

A continuación se produjo otra obra piadosa de semejante importancia. Se presentaron esposas y madres que lloraban por sus maridos e hijos presos: un profundo dolor no sabe conservar el pudor ante las adversidades. El grupo iba sin prestar atención a su sexo, con deplorable aspecto, en medio del gentío. Cuando llegaron a la venerable tribuna del emperador, to-

das dieron con sus pechos en la dura tierra, gritando: «Eres misericordioso, todo lo puedes. Mira estas piadosas lágrimas, libera a los desgraciados, devuelve a estas madres sus hijos, a estas esposas sus maridos. Que este día sea dichoso para todos; que nadie, emperador, viva en la tristeza tu alegría. Borra los delitos de todos para que el mundo dichoso se alegre de la indulgencia del emperador». Contempló el piadoso emperador estas lágrimas, asintió a las súplicas de las desdichadas y ordenó que todos fueran absueltos de sus crímenes, a la manera de Dios, pues es Dios aquel a quien corresponde con una sola palabra ajusticiar a los malvados y librarlos de la muerte. Creedlo sin rebuscamientos, pues no es atrevida mi palabra. Quien esto lleva a cabo, Dios es. Dios está en el corazón de los monarcas. Esto es lo que Dios soberano ordena a los soberanos. Cristo concedió toda la autoridad a los señores de la tierra. Aquél es Todopoderoso, éstos son la imagen del Todopoderoso.

Tras haber hecho entrega además de otros muchos presentes en solemne donación, Justino se despidió de la multitud y volvió al alto palacio.

LIBRO TERCERO

Exequias de Justiniano. Adiós de Justino ante el cadáver. Tristeza de los súbditos

Nada más tocar el umbral de la augusta morada, aunque ya había transcurrido la sexta hora de ese día festivo, el emperador no reclamó deliciosos manjares ni agradable bebida, sin haber antes confiado al sepulcro el santo y venerable cuerpo de su padre, al que honró con magníficas exequias. Ante la puerta estaba ya la ⟨comitiva⟩; por todos los lugares de palacio y a lo largo de los pórticos se encontraba el senado mezclado con el pueblo, dentro lloraban los servidores. Había mil vasos de oro, mil adornos en las columnas, mil vasos de plata con cirios que llenaban los salones, dispuestos cada uno en su lugar, siguiendo una ancestral costumbre. Un penoso menester bullía en el inmenso palacio.

El elevado catafalco resplandecía con incrustaciones de piedras preciosas, que ganó en épocas remotas la supremacía romana, joyas ofrecidas por el verde Nereo y la tierra de la India[75]

[75] Con la alusión al «verde Nereo» se refiere al mar cuyas joyas son las perlas. En cuanto a las joyas de la India, Coripo se sirve del tópico por el cual se consideraba que las gemas procedían de este lejano país (cf. TIBULO, II 2, 15; CLAUDIANO, VIII 585-586).

y que trajo César desde el palacio de Menfis como presente de la suplicante Cleopatra cuando, tras haber sobornado al centinela, venía, pálida, a romper las cadenas de su hermano [76]. Vistas de frente, emitían resplandores, mas no eran de luz, sino de fuego. La luz brillaba por doquier, haciendo relucir los dorados artesonados del magnífico techo. Queman incienso de Saba y derraman sobre páteras allí colocadas miel aromática y bálsamos de perfumada esencia. Se disponen multitud de otras especias y extraordinarios ungüentos para conservar el sagrado cuerpo hasta la eternidad. Así fue el último homenaje que rindió a su padre el emperador Justino, más piadoso que César Augusto [77]. Cuando, entrando el primero, vio el venerable cuerpo, se dejó caer entre lágrimas y recogió los helados besos de su divino padre, pronunciando estas palabras: «Nosotros lloramos entristecidos y profundamente apenados. Tú, padre santísimo, estás dichoso, ausente, entre escuadrones de ángeles y, una vez enterrado tu cuerpo, contemplas ya a Dios y disfrutas de una vida mejor bajo la luz de un sol sobre el que no se precipita noche alguna. ¡Adiós, padre ilustre, adiós! ¡Adiós para siempre, padre amado!». Sin más demora, ordena con una señal majestuosa levantar el féretro; la muchedumbre avanzó, saliendo de todos los lugares del palacio y el entristecido cortejo encendió cirios fúnebres. Personas de uno y otro sexo y de todas las edades acuden al funeral. ¿Quién podría enumerar las maravillas de semejante comitiva? Por una parte, la venerable clase de

---

[76] Coripo se inspira en los versos de LUCANO (X 56-58): *cum se parva Cleopatra biremi / corrupto custode Phari laxare catenas intulit Emathiis ignaro Caesare tectis.*

[77] La *pietas* de Justino hacia el emperador Justiniano fue mayor que la de Augusto hacia César, aunque, en realidad, el funeral en honor de Julio César al que alude Coripo, fue organizado, por la madre de Octavio Augusto. Coripo lo atribuye al hijo siguiendo la tradición panegirista, uno de cuyos tópicos consiste en la comparación con Augusto.

los diáconos entre cánticos, por otra resuena un coro de vírgenes cuya voz hace vibrar el cielo. Caen las lágrimas como la nieve; los vestidos de todos estaban mojados con una lluvia de llanto, mientras que los ojos humedecidos, anegados en su propia fuente, regaban rostros y pechos. Las madres, enajenadas, iban con los cabellos sueltos: unas ante las puertas, otras en la parte superior de los edificios, llenando las altas ventanas en apretada muchedumbre. Como un coro de aves que se concentra en las orillas del hiperbóreo Istro [78], a las que el crudo invierno fuerza a abandonar las heladas tierras; obligadas por el hielo y la nieve, se agrupan en multitud y, apiñadas en un solo lugar, pretextan retrasos y no quieren abandonar el río. Muchos quemaban piadoso incienso al paso del cortejo; el pueblo afligido corría por doquier en su afán de contemplarlo. A todos un solo afecto, a todos un justo pesar les provocaba el llanto y lloraban ante la vista del féretro, hasta que, tras penetrar en el atrio del templo de los Santos Apóstoles [79], colocaron los ilustres restos en el sagrado sepulcro que él, llevado por su devoción, se había hecho erigir de oro puro.

El pueblo aclama a los nuevos emperadores Justino y Sofía

Una vez que sobrevino la calma, la población, en su alegría, adornó por toda la ciudad las sagradas murallas y coronó de guirnaldas los edificios. Se arrebata a los prados su hermosura, se arranca todo bosque colmado de frutos, así como las ramas del verde olivo. Adornan las jambas de las puertas, decoran con junco los umbrales y por todos los barrios despliegan colgaduras en señal de fiesta. Los jóvenes entonces comienzan a bailar

---

[78] Nombre antiguo del Danubio inferior.

[79] La iglesia de los Santos Apóstoles fue inaugurada en el año 550. Su nombre procede de las reliquias de los apóstoles Lucas, Andrés y Timoteo que se encontraron bajo la basílica sobre la que fue construida la iglesia. En ella fueron enterrados Justiniano, Teodora y otros emperadores.

y a pronunciar una alabanza tras otra; dan golpes en el suelo con sus pies, doblan las piernas con paso flexible y retoman nuevos cantos de extraordinaria melodía. Proclaman que Justino y Sofía, en su piedad, son dos luces resplandecientes. Órganos, plectros y liras resonaron por toda la ciudad; se ofrecieron mil clases de espectáculos, mil festines, hubo danzas, risas, ajetreo, regocijo y aplausos. Desean larga vida a los emperadores entre alegres clamores. «Tras la vejez», afirman, «el mundo se regocija por su rejuvenecimiento y busca los principios de su aspecto originario. Desaparece ahora una edad de hierro y surge una edad de oro[80] en tu época, Justino, esperanza de la ciudad y del mundo, resplandor del imperio romano, gloria añadida a todos los emperadores que te precedieron, cuya sabiduría victoriosa obtuvo la más alta cumbre del reino paterno». Repiten el nombre de Sofía, llamándola «segunda luz» y añaden un nuevo canto con aclamaciones.

Banquete imperial. Frugalidad y mesura de Justino. Descripción de la vajilla imperial

Mientras tanto el emperador, sereno, había comenzado junto con su sagrada esposa a gozar de los felices placeres de la mesa imperial[81], de los regios manjares, de los gratos dones de Baco, que provenían de la fértil Sarepta[82] y de Gaza, que Ascalón[83] y Creta habían entregado a los alegres colonos y los que produce la antigua Tiro y el África fecunda[84] o los que obtiene Méroe, Menfis y la resplandeciente

[80] Cf. nota 31.

[81] La mesa imperial, separada del resto, se reservaba a la familia imperial y a los invitados de prestigio.

[82] Sarepta estaba situada en la costa palestina, entre Tiro y Sidón, y era famosa por los vinos que se obtenían de sus ricos viñedos.

[83] Situada al norte de Gaza, en Palestina.

[84] Las relaciones comerciales entre Cartago y la parte oriental del imperio eran importantes, incluso durante la ocupación vándala. Estos contactos se faci-

Chipre[85] o los que proporcionan las viejas vides —que el ítaco Ulises plantó con sus propias manos mientras protegía la casa de Laertes en la ciudadela ebalia, cuando aún no evitaba los peligros de la guerra de Troya[86]— en su robusta madurez; o los vinos que extrajo el viñador de las uvas de Metimna que exhalaban un extraordinario perfume a límpido falerno[87]. Se mezclan los antiguos dones del vino palestino, blanco por su color de nieve y muy ligero por su suave sabor. Al brillante metal entregaban oscuro vino crisático[88], que la naturaleza produce sin que necesite de la líquida miel, y lo mezclan con la ofrenda del vino de Garizim[89]. ¿Quién podría contar todo lo que ofrece a los monarcas el orbe y todas las provincias sometidas al imperio romano? Pese a la abundancia de estos bienes presentados

---

litaron tras la reconquista bizantina. CORIPO, en su *Juánide* (III 331-332), cita la alegría de los mercaderes tras la expedición de Belisario.

[85] Méroe, situada en el Alto Nilo, era la antigua capital de Etiopía; al igual que Menfis y Chipre, era famosa más por su fertilidad que por sus vinos.

[86] Ulises de Ítaca, hijo de Laertes, era uno de los héroes de la guerra de Troya. Coripo, según ANTÈS (*Éloge...*, pág. 56, n. 1), pretende dar prestigio a los viñedos de Ítaca al asociarlos al nombre de Ulises, suponiendo que fueron plantados por el héroe. En cuanto a la ciudadela ebalia, es Ítaca o la «ciudadela de Penélope», hija de Icario, que era, a su vez, hijo de Ébalo, rey de Esparta. Por último, Coripo alude a un episodio posthomérico en el que Ulises se fingió loco, intentando evitar su participación en la guerra de Troya.

[87] El vino de Metimna, al sur de Lesbos, es mencionado a menudo por los poetas latinos (cf. VIRGILIO, *Geórgicas* II 89-90; HORACIO, *Sátiras* II 8, 50; PROPERCIO, IV 8, 37-38; OVIDIO, *Arte de Amar* I 57; SILIO ITÁLICO, VII 209-211). El falerno es el vino, muy apreciado, procedente del territorio del mismo nombre en la región de Campania. Horacio cita este vino con mucha frecuencia.

[88] De los pocos textos que hablan de este vino del Ática, para ANTÈS (*Éloge...*, pág. 116) el de Coripo es el más explícito al aclarar que se trataba de un vino dulce natural.

[89] El monte de Garizim, en Samaria, era famoso por sus viñedos. Según ANTÈS (*Éloge...*, pág. 116), Coripo es el único que hace referencia a sus viñas, aunque los viñedos de Palestina son mencionados también por la Biblia.

con gran magnificencia, el soberano, con su acostumbrada moderación y parquedad en la comida, tomó escaso alimento y cuanta bebida pueda tomar un espíritu sobrio, sin perder la moderación gracias a su severidad. La misma preocupación por su reinado y su espíritu sosegado le inducen, con razón, a comer con mayor frugalidad y, en cuanto a la bebida, poca necesita la sabiduría. Colocan sobre las brillantes mesas platos de oro recargados con el peso de sus gemas. En todos ellos estaba representado Justiniano. Esta representación pictórica era del agrado de los soberanos que se regocijaban, como hijos afortunados, al contemplar la efigie de su padre. Se podían tomar por auténticas y con vida las imágenes allí representadas. El arte y la materia hubieran podido darles vida si tú, naturaleza, no les negaras el derecho a darla. A la condición humana se ha permitido vivir tras la muerte gracias al prestigio: la propia gloria conserva el nombre ilustre. El mismo Justiniano había ordenado reproducir en cada vaso con el oro extranjero la historia de sus victorias, en la época en que, triunfante, había cargado de cadenas a los tiranos capturados cuando, en su cuarto consulado[90], pisaba el elevado Capitolio en cortejo triunfal. Los sagrados monarcas conversaron sobre su divino padre durante la grata comida; entonces, entre manjares y deliciosas bebidas, ensalzan su glorioso nombre con las mayores alabanzas, reconociéndolo vivo en sus labios. Ningún monarca amó de tal modo a su predecesor, aunque fuera un hijo el sucesor en el reino paterno. Su muy amado padre siempre estará ante los ojos de su hijo en todo instante y siempre permanecerá en su corazón.

---

[90] El 1 de enero de 535. Justiniano había ordenado hacer una vajilla que ilustrara su triunfo sobre los vándalos con el oro obtenido en la campaña de Belisario, a finales del 534, cuando éste capturó al rey vándalo Géilamir y a su familia.

Vigilia de los emperadores que se ocupan de los asuntos de Estado

Una vez que tomaron las últimas copas de aquella cena digna de dioses y se calmó el alegre bullicio de la ilustre mesa que este primer día había convocado, ambos soberanos se levantaron serenos del alto lecho para dirigirse a sus dependencias particulares. Mas no abandonaron sus corazones al inactivo sueño, pues quienes tienen la piadosa tarea de gobernar tan numerosos pueblos, de someter a crueles tiranos, de tomar decisiones y ordenar los asuntos del mundo mantienen su mente despierta. Al talento de los hombres conviene reconocer que deben ser admiradas más que enumeradas las importantes decisiones que tomaron para la seguridad del imperio. ¿Quién estaría suficientemente dotado para enumerar, en un poema que se precie, los prodigios de tantas hazañas divinas? ¿Con qué palabras, con qué alabanza podría representarlas? Divina y protectora emperatriz, nombre santo y venerable, bien inmortal, Sabiduría de nuestra lengua, consagra este poema bajo tus auspicios, vuelve tu mirada al que canta tus deseos y ofrece, en tu clemencia, ayuda a este suplicante.

Hacen acto de presencia las tropas y los distintos funcionarios palaciegos

La dorada luz del día había visto por séptima vez[91] el mundo en su regocijo, expulsando los fríos invernales con una plácida primavera. El sol naciente, que todo lo tocaba con sus rayos más ardientes, había entibiado las heladas escarchas con su apacible fuego. Todos los elementos se regocijaban, una suave temperatura los calentaba y la nueva Roma cumplía sus deseos. Se adornó el palacio imperial y, por orden del soberano, se hizo venir a todos los dignatarios y se ordenó a la guardia de pala-

---

[91] Se trata del 21 de noviembre del año 565.

cio[92] permanecer en sus puestos. Y al instante, según el orden determinado, el grupo de los ordenanzas, de los mensajeros, de la policía secreta[93], la guardia especial[94], junto con los tribunos de palacio y el cuerpo de *protectores*[95] bajo el mando de su jefe, toda la multitud del personal palatino se presentaron con diferente atavío, aspecto, indumentaria y condición. El numeroso cuerpo de los centinelas[96] que vigilaban el divino palacio, apiñados desde la misma puerta por los extensos pórticos, protegía a modo de muralla la parte izquierda y derecha entrelazando sus dorados escudos bajo sus lanzas levantadas. Se mantenían erguidos, con la espada ceñida al costado y los pies calzados con coturnos y todos se distinguían de modo semejante y destacaban por sus anchos hombros y brazos robustos. Como las encinas de fruto cónico en medio de un río sagrado, entre las que el curso del agua resuena con ronco susurro, dan espesura al bosque con su frondosa madera e impiden con sus ramas el paso de la luz y levantan gozosas sus ⟨altas⟩ copas sin podar y golpean con su cima las estrellas. A izquierda y derecha se podían ver las filas en formación con sus hachas de doble filo resplandecientes de extraordinaria luz, formaciones impresionan-

[92] Coripo utiliza el término *schola*, pues el personal palaciego estaba dividido en *scholae*: *scholae* civiles, compuestas por empleados superiores del palacio y de las oficinas de la administración central, y *scholae* militares.

[93] Los *decani* desempeñaban el papel de ordenanzas, aunque a veces también se les utilizaba como mensajeros o para mantener el orden. Para los mensajeros o cursores, cf. nota 72. La misión principal de la policía secreta era asegurar a la policía de Estado y llevar los despachos del emperador; igualmente procedían a los arrestos y controlaban el correo público; a veces se les tenía por espías.

[94] Escolta de gala que protegía al emperador durante sus desplazamientos y en las ceremonias oficiales. Iban vestidos de blanco y llevaban sobre el pecho una cadena de oro con tres nudos.

[95] Tropa de élite armada de una larga lanza dorada y de un gran escudo circular u oval.

[96] Cf. nota 32.

tes y de edad pareja. El augusto palacio imita al Olimpo en sus cargos: hasta tal punto son todos ilustres, tan bien ordenados todos en sus formaciones, tan resplandecientes por su brillo; como las doradas estrellas que resplandecen en la bóveda celeste llevan a cabo su curso completo equilibradas por su medida, su número y su peso y se mantienen fijas en lugares estables y el resplandor de una sola destaca entre todas; todos los astros se rinden ante la magnificencia de sus llamas, se alimentan con la luz de su soberano bajo el que permanecen ocultos. De este modo se mantiene el poder romano sobre todos los reinos, resplandeciente por encima de los pueblos, tan sólo sometido al único brillo del cielo.

Descripción de la sala de audiencias y del trono imperial

Una enorme sala se distingue por su altísimo techo, resplandeciente con el fulgor de los metales, sorprendente por su ostentación y más admirable aún por la belleza del lugar y su extraordinaria decoración. El centro de la morada está ennoblecido por el trono imperial, rodeado de cuatro magníficas columnas sobre las que un reluciente dosel, hecho con abundante oro de Lidia y que simula las zonas de la bóveda celeste, cubre de sombra la inmortal cabeza y el trono del que allí se sienta y que está adornado de joyas, suntuoso de oro y púrpura. El dosel se curvaba en cuatro arcos entrelazados. Una Victoria que ocupaba de modo semejante el lado izquierdo y derecho, estaba suspendida en el aire a gran altura con sus alas desplegadas, llevando en su diestra una corona de laurel resplandeciente. Un suelo de enormes dimensiones, sorprendente por su embaldosado y los tapices que lo cubrían, y unos bancos colocados en larga hilera adornaban la magnífica sala recubierta de cortinajes. Los cortinajes recubrían además las jambas de las puertas. Centinelas vigilaban los nobles umbrales e impedían la entrada a quienes de modo indigno la pretendían, en apiñada formación y

temibles por su gesto altivo. Una vez que todo el personal llenó el palacio adornado con sus formaciones, una esclarecida luz resplandeció desde las dependencias más recónditas, inundando la sala del trono en su totalidad [97]. El emperador sale en compañía de todos los miembros del senado. Le prestaba sus servicios una multitud de eunucos: a ellos se les otorga la mayor confianza y pleno poder para atender los lugares sagrados, preparar el dorado lecho, cubrir la mesa real de magníficos manjares, conservar intacto el palacio, penetrar en la sagrada alcoba, preservar las puertas interiores y tener preparado el vestuario [98]. Entretanto, tras los pasos de su soberano, Narses [99] armado, de destacada estatura, sobrepasa con su cabeza todas las formaciones y llena de resplandor la corte imperial con su elegancia, su acicalada cabellera, su distinción y su rostro notable. Toda su persona refulgía como el oro [100], discreto en el porte y en la indumentaria, estimado por la integridad de sus costumbres, temible por su bravura, impetuoso, prudente, atento noche y día a los señores del imperio y brillante con el resplandor de su gloria: igual que la estrella de la mañana que reluce en el cielo despejado vence con sus rayos dorados a las plateadas estrellas y anuncia la llegada del día con su deslumbrante luz.

[97] Se trata del Gran Consistorio que fue probablemente construido por Constantino. Servía además como sala de audiencias, especialmente para recibir a las embajadas. Allí pronunciaba el emperador sus discursos y eran nombrados algunos funcionarios.

[98] Se ha descrito en estos versos las funciones de los eunucos, llamados *cubicularii* por asignárseles el cuidado de las habitaciones privadas de los emperadores.

[99] Homónimo del general de Justiniano, Narses era un favorito de Justino II que fue designado *spatharius* o jefe de la guardia privada del emperador, que protegía el aposento real.

[100] Según ANTÈS (*Éloge...*, pág. 120), el sentido del adjetivo *aureus* se refiere a la belleza moral.

Entrada de la embajada de los ávares. Postración ante el emperador

Una vez que el monarca ascendió, sereno, a su elevado trono y sobresaliendo por encima de todos, vistió sus miembros con ropajes de púrpura, el jefe de la cancillería anunció que los embajadores de los ávares[101], a quienes se había ordenado pasar, estaban en la entrada del divino palacio, suplicando contemplar los sagrados pies del bondadoso soberano, quien ordenó con palabra y talante amistosos que se les recibiera. La juventud extranjera contempla con admiración la primera entrada, mientras examina con detalle la inmensa sala. Ven hombres erguidos de enorme estatura con dorados escudos y levantan su mirada hacia las doradas picas que resplandecen con abundante hierro y a las áureas cimeras y rojos penachos. Se estremecen ante las lanzas y las crueles hachas amenazantes y contemplan las demás maravillas del ilustre séquito, creyendo que el palacio romano es otro cielo; se regocijan de ser observados y parecen entrar sonrientes. Del mismo modo que los tigres de Hircania[102], siempre que la nueva Roma ofrece espectáculos a la población, no rugen con su habitual ferocidad domeñados por el domador, sino que, haciendo su entrada por to-

[101] Pueblo de Asia central que en el año 558 envió embajadores a Justiniano proponiéndole sus servicios a cambio de tierras, donaciones y una subvención anual. Con la misma intención se presentaron los embajadores ante Justino, quien pretende acabar con el sistema de subsidios a los pueblos bárbaros a cambio de paz.

[102] Los tigres de Hircania, la actual Mazandaran, al sudeste del mar Caspio y al noroeste de Teherán, eran famosos en la antigüedad.

do el extremo de la arena, levantan la vista al circo repleto de miles de personas, aprenden a amansarse con gran temor, renuncian a su furia, se alegran de soportar las crueles cadenas y de avanzar hasta el centro de la arena, complacidos en su orgullo de ser ellos mismos el espectáculo, pasean su mirada por las gradas y la entusiasta muchedumbre y postrados, adoran el trono del soberano. Cuando, tras descorrer el cortinaje [103], abrieron las puertas de las cámaras privadas y resplandecieron las salas del dorado palacio y el ávar Targites [104] vio brillar la cabeza del emperador con la sagrada corona, tres veces con la rodilla en tierra le adoró postrado y permaneció clavado en la tierra [105]. Siguiendo su ejemplo, los otros ávares cayeron de bruces con el mismo temor; gastan con su frente los tapices extendidos y llenan la espaciosa sala con sus largos cabellos y el augusto palacio con sus enormes cuerpos. Una vez que el emperador en su clemencia ordenó a los embajadores ponerse en pie, los oficiales por orden y advertencia de su jefe levantaron a los hombres prosternados. «Haced vuestras reclamaciones», dijo con voz serena y bondadosa el soberano, «dadlas a conocer y referid el mensaje de vuestro rey».

---

[103] El cortinaje o *velum* separaba el trono de la mirada de los súbditos y era descorrido cuando el monarca los recibía; este uso del protocolo palaciego lo encontramos ya en los persas.

[104] Este mismo nombre aparece también como embajador del Cagan de los ávares en los años 569 y 597, de ahí que Stein se incline a pensar que el nombre señalaría, más que a una persona, a una función.

[105] Los embajadores debían realizar una triple adoración; el rito debía resultar familiar a los ávares, pues se trataba de una costumbre oriental que hizo su aparición en la corte de Justiniano.

Discurso del embajador ávar Targites que solicita el tributo anual pagado por Justiniano a su pueblo

Después de pronunciar el soberano estas palabras con apacible voz, el rudo y bronco ávar comenzó a hablar de este modo hostil: «El rey de los ávares, el Cagan[106], luchando en los confines del mundo, derribó a conocidos tiranos con su excesivo valor y sometió a innumerables pueblos y potentes reinos. Su ejército es capaz de secar el tracio Hebro, agotando su caudal, poner al descubierto su cauce tras haber bebido y marcharse sin haber sido aún plenamente saciado[107]. Al Cagan temieron los crueles persas[108] que ante sus amenazas acercaron las manos a sus rodillas y obtuvieron la paz en pago a sus ruegos. De no haber sido así, Babilonia hubiera estado inútilmente circundada de altas murallas y ahora Persia soportaría la hegemonía de los ávares. Hicimos irrupción en el Éufrates, hemos pasado a través de ríos helados y de nieves invernales por donde el frío frena el curso del agua que se vuelve más dura que cualquier tipo de metal. Hemos visto puentes levantados con una bóveda de hielo extendidos sobre estanques, lagos, ríos y fuentes. Como el empedrado o el mármol de un suelo pavimentado, el agua solidificada recubría las otras capas de agua. Hemos conducido nuestros carros rechinantes sobre aguas endurecidas sin que allí dejara huella al-

---

[106] Para W. TOMASCHEK («Ávares», *RE* II 2, Stuttgart, 1896) el nombre procede del mongol *chagha,* que signitica «roto», mientras que para F. ALTHEIM, *(Attila et les Huns*, París, 1952, pág. 55) se trataría del producto de una contracción **kav kavan* > *kav kan,* cuyo significado sería «rey de reyes».

[107] Coripo aplica a los ávares una leyenda sobre el ejército de Jerjes, que era tan numeroso, según se decía, que había secado el Escamandro al beber sus aguas.

[108] No existe ningún testimonio histórico seguro que pruebe la existencia de contactos entre persas y ávares o un tratado entre estos dos pueblos. Mediante estas bravatas, que en absoluto se corresponden con la realidad, Coripo desacredita a los embajadores ávares.

guna el movimiento de las ruedas; y su giro broncíneo al deslizarse no formó los habituales surcos ni la frágil belleza del cristal pudo ser dañada por la firmeza y resistencia del hielo. Con sonoro relincho el hueco casco de nuestros corceles pisoteó las líquidas llanuras produciendo un desmesurado estrépito. Caminamos sobre la lluvia, anduvimos por el agua con los pies secos. Las extensiones nevadas nos ofrecieron anchos caminos. Luchamos encarnizadamente contra pueblos aguerridos, al tiempo que otra parte de los nuestros levantaba campamentos. Entablamos combates, asaltamos ciudades fortificadas y derribamos seguras fortalezas habiendo destrozado sus murallas. En este momento nuestro rey victorioso ha alcanzado las orillas del escítico Istro y mientras planta sus apiñadas tiendas por extensas llanuras, nos ha enviado, soberano, hasta éstas magníficas murallas tuyas. Ha llegado el momento de recibir la contribución anual de vuestro generoso padre. Lo que nos suministraba aquel santo varón, es conveniente que también vosotros lo suministréis. Si quieres que se respeten los tratados de paz y se conserven los pactos, enviad a nuestro rey los tributos debidos que él reclama».

Respuesta de Justino, que se niega a pagar el tributo. Retirada de los ávares

Mientras hablaba con tal arrogancia, el monarca en modo alguno llevado por la cólera, sereno, con la mirada tranquila por su probidad, contempló al joven y esto expuso con sosegadas palabras: «En la medida en que se ha otorgado a los embajadores el permiso de hablar, conviene, en la misma proporción, que sean de carácter discreto, dignos por la honestidad de su vida y tales que puedan saber, según un orden de prioridades, en qué ocasiones deben hablar con humildad y en qué otras con arrogancia; que sus demandas suavicen mi cólera y velen por su vida cuando reclamen tratados. Lo que profiere tu altanería, hinchada por tus vanas palabras, revela la

indignidad de un espíritu cobarde. ¿Por qué alabas a unos fugitivos y ensalzas con un vano prestigio a un pueblo proscrito? ¿La raza feroz de los ávares que sometió a reinos poderosos no fue capaz de proteger sus propios territorios y abandonó, fugitiva, el lugar donde vivía? Tú, como si trataras con ignorantes, te atreves a decir mentiras a partir de falsos rumores e inventas sueños imaginarios con vergonzosos engaños. Eso que a ti ahora te ha parecido bien atribuir a vuestro esfuerzo, suele ser para nuestros soldados motivo de entretenimiento cotidiano: esto para los señores es una afición, para los esclavos es un deber. De este modo se hizo floreciente en el mundo entero este sagrado imperio: combatiendo y asegurando la paz. Nosotros, siguiendo la costumbre de nuestros antepasados, amamos la paz, pero en ningún momento tememos las crueles guerras. La paz es para los sometidos, en la guerra perecen los orgullosos. Perdonamos a los inocentes, no hay indulgencia para los culpables. El Estado romano pertenece a Dios y no tiene necesidad de armas terrenales. Vive por derecho divino, no es el primero en entablar batallas, pero asume las declaradas contra él. Y si hay pueblos ingratos que se niegan a obedecerle, primero se llama la atención a estos enemigos por su forma de gobierno; quien acepta estas advertencias conserva la vida y tiene la esperanza de recibir de nuestra parte los honores que merece. Quienquiera que ama la paz permanecerá seguro bajo su protección, quienes quieran la guerra, perecerán en la destrucción de la guerra. Cualquier pueblo que se atrevió a provocar a las enseñas romanas, se horrorizó ante la vista de sus escuadrones fulminados por un súbito rayo; vio caer a multitud de los suyos y a sus reyes altivos humillados y doblegados bajo nuestros triunfos. ¿Así que el Cagan se dispone a dirigir sus hostiles enseñas contra las mías y el pueblo de los ávares me amenaza con trompetas de guerra y campos de batalla si no firmamos pactos? ¿Creéis que nuestro padre actuó de este modo por temor,

porque hizo donaciones, apiadado de unos necesitados y prófugos? A nosotros nos mueve la clemencia de nuestro gobierno y ordenamos que se entreguen a los pueblos agradecidos las donaciones previstas. Nuestra mano es generosa, no derrochadora: no sabe malgastar. Distribuye sus riquezas con el derecho con el que domina el mundo entero. Por propia voluntad hacemos donaciones a los dignos, a los indignos las rehusamos por propia voluntad. Tú te atreves a igualar tus divisiones con mis divisiones y tus fuerzas con las mías. Nuestras armas no nos merecen confianza, aunque tengamos tantos generales, tropas, valerosos tribunos, reyes y pueblos sometidos al imperio como las gotas que caen del cielo o los granos de arena que hay en la playa. El que está en las alturas y que es mi único y especial apoyo, Dios, es el poder y la gloria de nuestro imperio, por el que se nos ha concedido una segura salvación, el cetro y el poder. Él alzó al pueblo latino, en su benevolencia, por encima de todos los reinos y recomienda el amor por su paz. De su esperanza disfrutamos, con su fuerza derribamos a los soberbios, con su clemencia protegemos a los pueblos. Él multiplica nuestras victorias con su magnífico poder. Su obra ensalzamos y sólo Él nos infunde temor. A este único Dios adoramos y reconocemos como rey y señor. Que lo reconozcan los ávares porque éste es el Dios de todos. No soportamos la altanería. Acogemos a los pueblos que desean someterse y, en su humildad, los reconfortamos con donaciones y honores. Que cada uno calcule sus propios recursos y las fuerzas de sus hombres, contra quiénes emprende la guerra y con qué esperanza empuñó las armas. Que considere aún más de dónde puede reclamar la ayuda divina en su propio beneficio. Si es posible que unas falsas divinidades puedan atacar a un Dios poderoso, si estatuas de piedra —figuras y monstruos sordos y mudos que se alzan modeladas con la fusión de diferentes metales— pueden aparecer por sí mismas, si la tierra entabla combate contra el cielo, vosotros

empuñaréis vuestras armas contra las mías. Si desconoces, bárbaro, la supremacía del valor romano, investiga en los tiempos remotos sobre la autoridad que tuvieron nuestros antepasados, padres y abuelos latinos. Aprende, ignorante, el poderío que detentó nuestro anciano padre bajo el que cayeron, en plena matanza, los tiranos vándalos, los getas sometidos, los jóvenes guerreros alamanes, los francos y tantos otros pueblos y célebres reinos a través del mundo entero que, sometiéndose al yugo, doblegaron sus altivos cuellos bajo nuestras victorias y pusieron su espíritu y su alma a nuestro servicio y nos guardan fidelidad después de haber sido nuestros adversarios. Ahí tienes a Escultor[109] que, dispuesto a servir en nuestra corte, nos envía a sus embajadores con numerosos regalos. Preparamos nuestras armas contra los pueblos ingratos que defendimos[110], nos oponemos a los tiranos, abrimos nuestra puerta a los esclavos fugitivos. Esta circunstancia no está de acuerdo con nuestras leyes[111]. Denuncio el hecho, pues ofrecemos nuestra ayuda a un pueblo indigno. ¿Y cree el Cagan que le tenemos miedo e intenta provocar a mis enseñas mediante la guerra? Está bien, id y preparad el frente, los ejércitos y campamentos y esperad, con toda seguridad, a los jefes de mis fuerzas».

El ávar se estremeció lleno de estupor y su enorme pavor le hizo quedarse inmóvil. Su lengua humedecida se le adhirió a la reseca garganta y, trastornado por su infortunio, abandonó el augusto palacio.

---

[109] El patronímico quizá se refiera al jefe de un pueblo, tal vez turco, diferentes de los ávares.

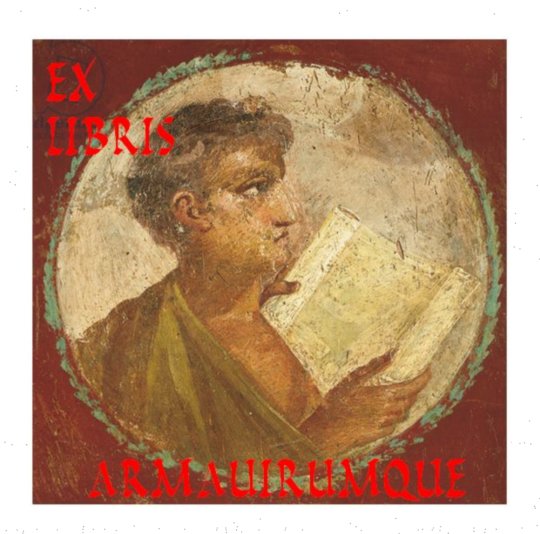
[110] Seguimos la puntuación de la edición de Antès.

[111] Siguiendo a Antès, no utilizamos signo de interrogación en el verso.

Final provisional del Panegírico de Justino II

En cuanto a las demás disposiciones que el monarca previsor tomó mediante su noble determinación, nadie está en la medida, lo reconozco, de exponerlas con palabras y el argumento completo de este libro se acerca a su fin. Estas cuestiones, un poco retrasadas, las dejo, no para ser omitidas, sino para adaptarlas cada una a su lugar y anotaré con dedicación, en la medida de lo posible, el interés de los hechos [112].

[112] El libro cuarto fue compuesto algo después que los tres primeros libros y al mismo tiempo que el prefacio, a finales del año 567 o a principios del 568.



LIBRO CUARTO

Preparativos para la inauguración consular: se levanta una tribuna con gradas para el pueblo

Ya la proximidad del día en que se iba a contemplar al cónsul [113] apremiaba a toda la multitud a llenar los asientos en las arcadas y lugares que destina a la población el prefecto de la ciudad [114], quien vela por el cumplimiento de las leyes y se encarga de asegurar la libertad, el que defiende la justicia y enmienda la injusticia desempeñando su cargo con dignidad, terrible por su excesiva severidad y muy venerable por su humana bondad. Así, se apresuran en cercar su propio emplazamiento y preparar el lugar y en mitad del foro —por donde el monarca, al salir del sagrado palacio vestido con la trábea [115], cubriría, como una nevada, de ri-

[113] El 1 de enero del año 566 d. C.

[114] El prefecto de la ciudad era en Constantinopla el representante directo del emperador al frente de la ciudad. Organizaba los espectáculos públicos y garantizaba la seguridad de los ciudadanos.

[115] La trábea o *toga picta* o *triumphalis*, elemento principal del traje triunfal, era más corta que la toga normal y estaba decorada con franjas y engalanada con gemas.

quezas al pueblo en solemne donación[116]— se alza un nuevo edificio[117]. Por toda la ciudad el vendedor de madera es acosado por una gran cantidad de compradores: la muchedumbre se lanza con afán de comprar. A continuación, los carros que chirrían con el enorme peso trasladan la madera de los bosques, haciendo girar sus ruedas con estridencia. Se expone el cargamento, pero la madera seca de los árboles es apenas suficiente. Entonces se dirigen en naves a las ciudades vecinas para abatir con el hacha los verdes bosques. Las frondas comienzan a perder su follaje, se desnudan los campos, el hierro silba en los frondosos árboles y por doquier gime de cansancio el leñador y las hachas numerosas multiplican sus golpes. Las aves abandonan sus nidos al huir. Los animales desconfían de sus propias guaridas y dejan sus queridas viviendas. Las cavernas se estremecieron, ante la profunda sacudida y los tenebrosos cubiles temen la luz que penetra en su interior. Una apiñada multitud se extiende por los antiguos bosques como las abejas a quienes la templanza de la primavera impulsa a levantar un nuevo campamento y a fortificar con cera los panales[118]. Levantando el vuelo, apretados enjambres vagan por la frondosa campiña, se posan sobre flores de variado color, liban el húmedo rocío, cargan sus hombros, elaboran la líquida cera y asientan su querido hogar sobre piedra porosa, mientras se consagran a su trabajo y se aplican sin tregua a las gratas tareas.

Al instante se derriban troncos de toda clase de árboles, cada uno se debe adaptar a su función: con los más sólidos se hacen vigas, con los tiernos tablas. Cae el fresno talado por el hacha cuadrada de doble filo y el alto pino tras numerosos

---

116 Se trata de la *sparsio* o distribución de monedas de oro que el nuevo cónsul arrojaba a la población durante su procesión consular el 1 de enero.

117 Era una tribuna construida en el foro de Constantino para la ocasión.

118 Coripo utiliza esta expresión militar aplicada a las abejas siguiendo una costumbre de Virgilio (cf. *Geórg.* IV 108).

hachazos. A continuación las dulces hayas y el tejo de amarga savia y el tronco de la encina y el firme y pálido boj, muy bello por su blancura. El hacha abatió las antiguas encinas y los olmos abrazados a las vides y el oloroso cedro y el firme roble que nunca flota, el ésculo, el álamo, el arce, el terebinto, el chopo, el fresno. El abeto de los montes queda cortado en finas tablas, así como los enebros, los suaves tilos y el perfumado ciprés: en mil pedazos cortan los troncos. Resuena el mazo al golpear el aire, las sierras en su ir y venir rechinan con el orín y a lo lejos se oye la curvada segur talando la madera. Ni siquiera cortó tantos árboles el pueblo de Ínaco [119] al equipar su flota, aparejada con mil navíos.

Así era la construcción que, al comienzo, ofreció su espectáculo a la ciudad alborozada. La población se queda sorprendida y gente de ambos sexos y de todas las edades llegaban corriendo deseosos de verla. La muy sabia mano de los artistas había trazado arcos redondeados con maderos curvados y con tablas fijadas a vigas huecas había levantado un edificio colgante, formando un solo bloque con cuatro tribunas; ajustando capiteles de boj a columnas de chopo, había consolidado su basamento con el mismo material. Recubren todas las zonas planas con madera pulida, construyen el entablado, trabándolo con ligaduras de hierro de modo que pueda soportar el peso y el alboroto de la población y los movimientos de la entusiasta multitud. La madera cortada delimitaba por ambos lados el respaldo de todos los asientos y ofrecía por doquier su protección, belleza y seguridad. Colocaron gradas donde la plebe se situara en una larga fila, repartida en grupos y corporaciones para que pudiera extender sus manos abiertas a las donaciones, contemplar con más facilidad el espectáculo, expresar su entusiasmo

[119] El pueblo de Ínaco, dios-río, antiguo rey de Argos, son los argivos. Coripo hace una alusión a la expedición de los argivos contra Troya.

con aplausos y recoger en los pliegues de sus túnicas los dones [120] que, innumerables, se disponía el cónsul a arrojar sobre el pueblo y tender sus ávidas manos hacia donde cayera la dorada lluvia [121] con más intensidad.

Cuando cesó el trabajo de los artesanos, una vez terminado el edificio, y resplandeció la belleza de tamaña construcción, limpian en un gran espacio todo lo que un momento antes se había ensuciado con los fragmentos de madera y cada uno adorna su asiento y corona su lugar con festivo follaje. El suelo entarimado verdeaba con ramas, allí sujetas, de palmera y de olivo, amigo de la paz. El laurel triunfal [122] adorna todos los tejados inclinados y en un abrazo los rodea con sus propicias hojas. ¡Qué entretenimientos, qué seriedad [123] tenía allí la población! Se podía ver ahora a unos solazarse, a otros contemplar el espectáculo: había mil clases de distracciones. Extienden toldos que cubren los asientos, conforme a cada lugar, para mayor admiración: lo público no tiene valor, lo que está oculto es digno de respeto y lo que está más escondido, se considera de mayor valía. Después, a nadie se permitió circular bajo los pórticos que fueron cerrados al paso: para todos se abre un ancho acceso.

---

[120] Eran objetos *(missilia)* de diferente valor, según su destinatario, que distribuía a los dignatarios y a la población el cónsul o el triunfador durante su procesión. Entre otros *missilia* había grandes bandejas redondas, cuadradas u ovaladas, pequeñas copas redondas, otras copas adornadas de una cruz, etc.

[121] Alusión a la *sparsio* (cf. n. 116).

[122] El laurel, empleado como decoración en los triunfos, se utiliza en esta ocasión porque la procesión consular es de carácter triunfal. Por otra parte, los ornamentos triunfales y consulares se confunden desde el siglo II.

[123] Se opone el aspecto festivo de los preparativos a la solemnidad del acto. Petschenig ofrece dos ejemplos de esta oposición *ioca-seria* (SALUSTIO, *Guerra de Yugurta* XCVI 2, y LIVIO I 4, 2) que es, por otra parte, muy frecuente en la literatura latina.

Comienzo del nuevo año. Donaciones del emperador al senado y a la guardia imperial

El octavo día tras el nacimiento de Cristo [124] había hecho volver, con nuevo resplandor, los pasos del año que giraba sobre sí mismo. Con su recorrido acostumbrado, el círculo había terminado una órbita entera, trayendo de nuevo, tras el final de sus días, el principio de otro año; y un nuevo transcurso de meses apremiaba, uno tras otro, a la rueda redonda que hace girar el curso de todas las edades y eternamente pone fin a los días. La luz del sol resplandeció en el claro cielo y se ofreció piadosamente a los deseos del mundo entero, llenando de júbilo todas las tierras con su benéfico resplandor. Otra luz brillante había avivado a esta luz resplandeciente cuando ambas se mostraban a la tierra ante la dicha del cielo: el sol radiante y el cónsul triunfante. La nueva Roma relucía y el palacio en su gozo competía con el mismo cielo. Los oficiales, a los que se asignó esta tarea, preparaban las donaciones de primeros de año y llenaban la corte con sus tropas bienhechoras. Llevan el oro resplandeciente amontonado en enormes canastos y cubren el lugar en el que ya había sido colocada en alto, sobre un firme pedestal, la silla triunfal [125] donde aún no se había sentado el insigne cónsul. A continuación, traen sobre sus altos hombros vieja plata refundida en formas y objetos variados con inscripciones grabadas y figuras esculpidas; el enorme peso los fatiga y vuelcan en un solo lugar los pesados cofres: ambos metales se acumulan en enormes montones.

En el grandioso edificio sobresalía el trono, construido con asombrosa ostentación, magnífico por su oro y pedrería, dotado de luz propia, sin necesidad del brillo del sol; la calidad de sus

---

[124] Se trata del día de la inauguración consular, el 1 de enero.

[125] Es la silla curul, de oro y piedras preciosas, que era llevada sobre una especie de entarimado. ANTÈS *(Éloge...*, págs. 127-128) la describe con minuciosidad.

gemas alumbra los lugares cercanos transformando el color de las cosas y oscureciendo los rayos del reluciente Febo. Joyas de forma redonda se combinan con cuadradas, las de color blanco con las verdes. Resplandecen los topacios y la murra y el piropo[126] llameante que disipa las tinieblas con su propio fulgor. A este elevado trono de escalones dorados y sagrados tapices, antes de que el sol apareciera en medio de la corte, subió el emperador, ceñido con la trábea ancestral, engalanando su augusta frente con la corona real; y, sin perder su piadosa compostura, se sentó con dignidad, dando mayor realce a la indumentaria imperial y a la costumbre de los de Gabio[127]. Su púrpura resplandecía con la pedrería del Hidaspes[128] que vencía con su fulgor a la luz del día, más brillante y perfecta por la grandeza del monarca que allí se sentaba. El senado fue el primero en adorarlo, postrado, con las siguientes palabras: «Vence, Justino, que bajo tu consulado, bajo tu mandato el mundo entero prospere afortunado. ¡Salve!, el primero de los emperadores, no en la sucesión de números, sino de méritos, distribuidor de riquezas, pródigo en honores, corona de la libertad, cima del mundo[129], único poder y patente salvación del imperio, restaurador de un nombre ilustre. Vuelven tiempos pasados y una edad

---

126 La murra era una materia mineral, no bien conocida en la actualidad, con la que se fabricaban vasos muy apreciados. En cuanto al piropo, se trataba de una aleación de oro y bronce (o cobre).

127 «La costumbre de los de Gabios», mencionada a menudo en la literatura latina, consistía en un modo particular de llevar la toga, echando hacia atrás un extremo de la misma por encima del hombro izquierdo, para recogerlo al lado derecho, anudándolo por debajo del pecho, mientras que la cabeza se cubría con el otro extremo de la toga. Era utilizada, en su origen, durante los sacrificios y después por el cónsul en su procesión.

128 Es el actual Djelan, río de la India continental, afluente del Indo.

129 Coripo utiliza un título que se daba normalmente a Roma en la Antigüedad y en la Edad Media.

nueva [130]. Has renovado la antigua época de César Augusto, aunque más insigne y grandiosa es la tuya. Desde ahora vuestro primer año, dichoso, comparte contigo tu alegría y la nueva Roma realiza numerosos sacrificios en favor de tus triunfos». A continuación, se leen en voz alta los nombres de los senadores y los padres conscritos, al ser nombrados por la voz, se acercan sonrientes, suben a la parte más elevada del trono, extienden sus manos y toman los presentes del cónsul y señor del mundo y, orgullosos con los obsequios recibidos, llevan vasos de plata rebosantes de amarillo metal; como los dones de la feraz campiña que recogen los campesinos cuando verdean los prados y los lirios blancos que llevan en cestos repletos, en cuyo centro reluce el oro de la perfumada flor. Y se regocijan de llevar a su casa las primicias de un año fértil; decoran puertas y umbrales y entrelazan guirnaldas con sus ofrendas para aplacar a los dioses. Seguidamente la elocuencia de los oradores cantó en las dos lenguas [131], como gracia solemne, los encomiables méritos del augusto cónsul. La fortuna otorgó su favor a quienes lo merecían y el reconocimiento sucedió a las justas palabras. ¡Oh dichosos, los que obtienen de la realidad numerosos motivos para el elogio! ¿Qué dirán que no sea digno de alabanza quienes reconstruyen la vida y las hazañas de un emperador de tales méritos? ¿Qué fue ese alboroto? ¿De dónde se obtuvo tanta aclamación y tan gran número de panegiristas? ¡De qué artes, de qué talento se han servido! ¡Con cuánto empeño se esforzaron entonces por añadir oropel a los oropeles y elogios a los elogios! No fueron, sin embargo, capaces de enumerar según su orden los prodigios de su santa vida: para narrar cosas divinas ni la fuerza ni la inteligencia humanas son suficientes. Si

130 El tópico de la *felicium temporum reparatio* (cf. n. 31) se ilustra ahora con la restauración del consulado por parte de Justino.

131 Latín y griego.

alguien coge agua de la fuente del Nilo y la bebe o encauza su corriente hacia arenas porosas, sin duda, ese hombre es saciado por el agua y también son saciados los campos, si él los riega: llena las fuentes y los ríos y ofrece caudalosas aguas a quienes quieren beber... ⟨***⟩[132]. Apreciamos los deseos que formulamos para nuestros soberanos; entre cánticos, venerando a nuestros piadosos monarcas, los honramos con nuestras aclamaciones. Cuando los alabamos, somos dignos de alabanza por nuestras alabanzas y gozamos de un bien inestimable. Pues la estirpe de los dioses no tiene necesidad de alabanzas humanas, mas considera las ofrendas de sus vasallos y honra con su afecto a quienes le demuestran su sumisión. La mano imperial quiso mostrarse entonces más generosa y fecunda, sin favorecer a nadie con su preferencia. De modo que hizo posible con sus donaciones que aquellos fuesen iguales que los senadores, aunque los diferenciara su rango. La vigilancia de la noche mereció este favor, así como la sabiduría[133], protectora de las queridas musas. El emperador, en su enorme sapiencia, sabe también que la literatura ocupa una posición importante y conoce la ingente tarea a la que se entregan los escritores.

Justino es comparado al Buen Pastor que conoce a todas sus ovejas

Al instante, a los oficiales que protegían la excelsa corte, designados en el orden debido y según la antigua costumbre, haciéndolos venir por corporaciones y escuadrones, les concedió piadosos presentes lleno de gozo y cubrió de riquezas a sus fieles súbditos, según sus méritos y su cargo: ese mismo insigne varón los había alimentado a todos y también los dirigía cuando vivía su padre. Nacido con la dignidad

[132] Pasaje incompleto.

[133] Referencia a Vigilancia y Sofía (cf. I 8-9), protectoras de Coripo, aunque al mismo tiempo en la expresión *vigilantia noctis* se alude al tópico de la «agrypnía» o insomnio del poeta.

imperial, criado en plena corte entre grupos de protegidos y asambleas de hombres fieles, conocía el nombre de todos, las acciones de todos, a todos manifestaba un tierno afecto, a todos alentaba siempre y aconsejaba siempre con la dedicación de un padre y, según su modo de gobernar, él mismo protege, alimenta y da abrigo a sus vasallos, igual que el precavido pastor [134], que durante largo tiempo llevó a pastar a sus toros y rebaños laníferos a campos cubiertos de hierba, conoce todos los nombres que él impuso a sus toros, se regocija con el aumento de su amado rebaño, entra en el redil, separa a los tiernos corderos para reunirlos en un solo lugar, llamándolos por sus nombres conocidos; al oír su voz, le siguen y reconocen a su amo, golpean el aire con sus balidos y toman con avidez la verde hierba que él les trajo.

La multitud en las tribunas espera la llegada de Justino que se retrasa en el palacio

Mientras tanto, la población había ocupado todos los edificios decorados con guirnaldas de variadas hojas. Cortinajes de seda pendían de todas las columnas y a través de los pórticos y por todos los barrios se situaba, a cada lado, la enfervorecida multitud con las manos y los pliegues de la ropa dispuestos. Esperan la llegada del cónsul que se retrasa en la excelsa corte, permanecen pendientes de su demora, tratan de averiguar las razones y todos dirigen su mirada hacia la entrada del palacio con deseos de ver pasar al augusto cónsul. Del mismo modo que los habitantes de Libia, ante la tierra sedienta [135], levantan sus ojos hacia las nubes y en cuanto centellean los primeros rayos en el agitado cielo y el Noto con numerosos

[134] Coripo toma como referencia en este símil la parábola cristiana del Buen Pastor.

[135] LUCANO (IX 690-696) también nos habla de la sequía de la tierra de Libia.

truenos confunde el firmamento, la multitud de labradores se dispersa corriendo por los secos sembrados con esperanza de lluvia; limpian las cis-ternas, equilibran las entradas de los canales y dirigen todo el curso de las aguas de modo que la límpida corriente se deslice sobre los verdes prados —los fuerza la penosa sequía—, interponen montones de arena seca a modo de barrera y cercan las pendientes de la fecunda tierra.

Descripción de la procesión consular de Justino. Aclamaciones del pueblo

Una vez que, en calidad de cónsul, colmó de riquezas a sus fieles protegidos, el emperador ordenó con gesto señorial que avanzaran todos para hacer las piadosas donaciones a la población. Se ejecutan con gusto sus mandatos. La silla divina es alzada por las manos de mil sirvientes en solemne procesión [136]. Jóvenes seleccionados someten sus hombros al grato esfuerzo, se ajustan sólidas correas, todos de la misma edad, con igual indumentaria y belleza semejante; su vestido era de idéntico color rojo y sus cinturones relucían con el oro puro [137]. Los senadores avanzaban sonrientes con egregios vestidos, unos engalanados con la trábea, otros con la toga, según la condición y el ornato que proporcionaba a cada uno el grado que le fue estimado. Vienen a continuación los oficiales imperiales y, entre los primeros, un heraldo los apremia con sus gritos, ordenando a todos avanzar divididos en grupos. Las cohortes avanzan apiñadas acompañadas de un lictor [138]. Por otra parte, una tropa

[136] La procesión consular de Justino, que es llevado en la silla curul, parte del palacio de Santa Sofía. La ceremonia, celebrada también el 1 de enero, era prácticamente la misma llevada a cabo por los antiguos cónsules cuya procesión partía desde su propia casa hasta el Capitolio.

[137] El cinturón (o *cingulum)* era una prenda obligatoria y emblema distintivo de quienes desempeñaban un cargo al servicio del Estado; su ornamentación variaba según el rango de quien lo llevaba.

[138] Los lictores, especie de ordenanzas asignados a un magistrado dotado del *imperium,* precedían siempre a los magistrados cuyas órdenes ejecutaban, y

armada asegura los costados del emperador a derecha e izquierda. La numerosa guardia de los centinelas[139] protegía con sus escudos la piadosa espalda y las falanges de su guardia privada resplandecían con sus brillantes picas de rutilante oro. El cónsul, por su parte, resplandeciente con la sagrada corona, engalanado con la trábea, relucía con las joyas y el oro, impresionante por la expresión de su rostro y sus hombros. Y, como una luminaria divina, su presencia vencía al brillo de las gemas y al oro, igualándose a las estrellas del cielo con su mirada angelical. Cuando alcanzó el próspero umbral de la sagrada puerta, en el lugar en que un camino conduce directamente al centro de la ciudad, el pueblo se llenó de temor ante su paso y él resplandeció del mismo modo en que el dorado sol que, desde las límpidas aguas del Océano, muestra sus brillantes rayos y, encendido, extiende por doquier la clara luz del día e ilumina al mundo entero con la belleza de su resplandor. Entonces, al ver al cónsul, el pueblo se levanta entre aplausos y se multiplican las aclamaciones. De este modo vuelve la tierna golondrina para ofrecer a sus polluelos el alimento que buscó con afán. Al precipitarse, parlanchina, a través de las anchas oquedades para ver su propia morada, ante la llegada de la madre, se levantan de todo el nido los gárrulos polluelos, reclaman la comida, buscan con sus picos el pico de su fiel progenitora y permanecen con los buches abiertos; y ella, suspendida en el aire, recorre con sus ojos todo el nido y reparte con afecto la comida, de modo que pueda alimentar a todas sus crías.

---

simbolizaban la autoridad jurisdiccional del mismo. Portadores de los *fasces* (haz de varas atadas con un hacha en el centro), su número fue variable según las épocas y las magistraturas. Aunque el lictor que aparece en el texto de Coripo pertenece, más bien, al servicio del orden.

[139] Cf. n. 32 del libro primero.

Justino se encamina a Santa Sofía. Interpretación del nombre. Paráfrasis del Credo

El emperador Justiniano había consagrado un templo con el augusto nombre de Sofía [140] cuando ostentaba el poder romano y su alma venerable, que no desconocía entonces, creo, el futuro, dirigía, propicia, sus plegarias a Cristo; o más bien Dios, según un justo orden de cosas, lo persuadió sin que él lo supiera a consagrar antes bajo piadosos auspicios el secreto de los bienes venideros. Teodora reinaba en la época en que su fundador edificó la sagrada ciudadela que mereció ostentar el nombre de Sofía, aunque no gobernaba todavía [141]: esos fueron los presagios del poder futuro. Una vez terminada, la obra reveló el enorme misterio que permanecía oculto bajo su grandiosa construcción. El camino ha aparecido ahora luminoso ante nuestros ojos. Con la claridad de la luz comprendemos que tiempo atrás el imperio fue prometido, como presente divino, a los piadosos Justino y Sofía; ha salido a la luz lo que antes estaba oculto y ningún velo impide ya nuestra visión. La sabiduría de Justiniano ha realizado sin duda una empresa digna de Sofía: edificó un hermoso templo, le proporcionó una sólida consistencia, lo comenzó, lo llevó a buen término y lo adornó y enriqueció con sus dones. Que no se mencione ya la descripción del templo de Salomón [142], que se

[140] Santa Sofía fue comenzada el 23 de febrero del año 532 y consagrada solemnemente el 27 de diciembre del 537. Para su construcción, de un lujo y ostentación extraordinarios, Justiniano hizo traer materiales provenientes de monumentos antiguos: el oro, la plata, el marfil y las piedras preciosas fueron utilizados en profusión. El edificio causó tal impresión, que pronto se propagaron leyendas en las que se decía que había sido construido por intervención divina.

[141] Alusión a la esposa de Justino.

[142] Referencia a las palabras pronunciadas por Justiniano («Salomón, te he vencido») durante la inauguración del templo; aunque la comparación con el templo de Salomón era tópica.

retiren todas las maravillas de los países conocidos. Pues hay dos afamadas maravillas que imitan al resplandeciente cielo, construidas por decisión de Dios: el venerable templo y los brillantes techos del nuevo palacio de Sofianas[143]. Éste es el palacio del emperador, aquél el de Dios. Dios glorificó ambas construcciones, pero el templo, por su gloriosa grandeza, resulta más impresionante. Pues allí se demuestra cómo Dios manifiesta su presencia por doquier, llenándolo todo al mismo tiempo. Allí con los ojos del espíritu se ve el sagrado poder, que permanece indivisible, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo[144]. Se cree en una sola sustancia, pero hay tres personas; existen cada uno por sí mismos y sus nombres son resplandecientes. Del mismo modo que el Padre es ⟨Dios⟩, el Hijo es Dios con gloria semejante y también es Dios el Espíritu Santo. De las tres personas, una, que bajó del cielo para redimir a la humanidad, tomó forma humana naciendo de una virgen. Vino por voluntad propia y el Autor y Creador del mundo se hizo hombre, permaneciendo verdadero Dios, nacido, no creado, plena luz que procede de la luz, una sola persona que existe en dos naturalezas, semejante al Padre en su divinidad y por completo semejante al hombre, sin pecado, perdona los pecados, Cristo que hace numerosos milagros entre los hombres. Con su muerte aplastó a la muerte y, al resucitar a la vida, dio vida a todos los que creían en Él. Subiendo al cielo, se sentó a la derecha de la gloria del Padre, que es eterno como Él y ha de venir a juzgar al mundo y posee un reino que no tiene fin. El empera-

---

[143] El palacio de *Sophianae*, cuya construcción debió de ser terminada a principios del 568, estaba situado en la orilla asiática del Bósforo.

[144] Con esta paráfrasis del Credo (vv. 293-311) Coripo apoya el decreto sobre éste, publicado por Justino en los años 566 ó 567. Además el poeta, para poner de relieve la ortodoxia del emperador en un período trastornado por la herejía monofisita —por la que únicamente se reconocía en Cristo su naturaleza divina—, añade una profesión de fe anti-monofisita (vv. 300-305).

dor Justino que lo amaba con espíritu fiel, saliendo del palacio vestido con la trábea, se encaminó primero al elevado templo y dio las gracias a Dios con su habitual devoción. Consagró numerosos presentes acompañados de plegarias y enriqueció el sagrado templo con una importante ofrenda. Ofreció cirios y rogó en voz baja y con humilde corazón y se marchó bendecido por la mano de Dios, más ensalzado, más justo por reconocer él mismo su humildad ante Dios y su verdadera fe que él conserva con devoción. Quien lo quiere, es querido; y a quien Cristo, noble soberano, ama, es amado. Él es rey de reyes y a nadie se somete. El emperador Justino gobierna en paz con su protección y a Él sólo adora con la certeza de su esperanza.

Justino sube de nuevo a la silla curul. Calinico recuerda las últimas palabras de Justiniano

Una vez que el devoto emperador abandonó el umbral del templo, tras haber pronunciado sus plegarias, subió gozoso ⟨a⟩ su alto sitial de cónsul para ser transportado y se sentó en medio de la luz. Ante sus pies permanecían sus protegidos para llevar a cabo con alegría las órdenes de su señor, con el rostro y los vestidos resplandecientes, convertidos en padres del pueblo romano, sin serlo por su origen. Brilla en su honorable ancianidad el patricio Calinico, quien, nombrado antes padre del imperio, mereció ser tenido en mayor estima como guardián de las sagradas riquezas del tesoro imperial. Pues al morir, Justiniano le otorgó inmediatamente estos honores y confió a su fiel oído el secreto de su decisión: «Soy llamado», le dijo, «mi fiel protegido, se apresura en llegar mi último día y por orden del Creador soy llevado de mi reino a su reino. Dios ha entregado a Justino todo el imperio latino. Tú, fiel amigo, recuerda estas palabras que te entrego como legado. Cuando mi alma, una vez abandonada la carne, al subir al cielo penetre en la radiante ciudadela, dirígete al umbral de Justino entre dignatarios. Haz la propuesta al va-

rón; incluso si no quiere aceptarla, apenado por mi muerte, acudirá, aceptará después. No dudes: nadie sería capaz de desdeñar los terribles preceptos de Dios. Reconocerá afectuosamente a quienes me guardaron fidelidad; perjudicará a quienes me perjudicaron [145]. Incluso se dispondrán a tentarle con una acción semejante, hasta morir y sufrir el justo castigo con su propia sangre. Pero la justicia del emperador reprende a los malos súbditos con la bondad de su decisión: sin querer destruir todo lo que le está sometido, castiga a las perversas almas mortales de modo que el castigo ⟨eterno⟩ de la muerte no espere y lo sufran en mucho menos tiempo. Basta con sufrir penas ⟨corporales⟩ que serán pasajeras: que ⟨no⟩ tiemblen ante el suplicio eterno ni teman el castigo impuesto para siempre. El castigo atenúa el crimen cometido. Sin duda, los ejemplos de unos pocos malvados, cuyo recuerdo temen y condenan nuestras leyes tras su muerte, son útiles a muchos. La muerte de un solo hombre ha de ser provechosa para muchos, pues las traiciones cesan ante el temor de un castigo. El mismo Dios ha designado legisladores en el mundo entero». Conservando en su corazón estas palabras, el fiel Calinico le obedeció con lealtad y mereció el afecto de su soberano. También estaba presente Narses, temible por su espada, robusto por la fuerza de sus miembros, de aspecto afable, bondadoso, aunque de excesiva severidad, que realzaba el trono de su soberano con magníficos estandartes que él sostenía, como la valiosa ágata o el mármol de Paros [146] que resplandece en medio del amarillo oro cuando les da forma la mano del artista: así, con esta luz resplandeciente, con su carác-

---

[145] Se hace una referencia a las conspiraciones contra Justiniano al final de su mandato. Cf. n. 22.

[146] El famoso mármol de Paros, de color blanco y muy apreciado, fue explotado desde la prehistoria hasta el siglo XV. Los autores antiguos lo mencionaban con frecuencia; Coripo al citarlo aquí toma como referencia a VIRGILIO (*Eneida* I 593).

ter apacible y su expresión afable que le hacía tan grato, relucía con sus brillantes armas, protegiendo la espalda de su señor. También estaba allí Tiberio, muy querido al monarca de la sagrada corte, que desempeñaba todas las responsabilidades y ⟨***⟩[147] en el ejercicio de su cargo, con serenidad instaba a menudo al ⟨personal⟩ palaciego a cumplir sus obligaciones con sus indicaciones y advertencias ***[148].

---

[147] El verso 375 está incompleto.

[148] Faltan en el manuscrito los últimos versos del poema.

ÍNDICE DE NOMBRES

Abreviaturas y signos que hemos utilizado en este índice:

A = *Panegírico en honor de Anastasio.*
Pref. = Prefacio *al Panegírico de Justino II.*

ÍNDICE GENERAL

JUÁNIDE

PANEGÍRICO DE JUSTINO II